

carasucias

carasucias

carasucias

carasucias

carasucias

carasucias

Carasucias

o

Niños revueltos

o

Raspones en la rodilla

o

Aguas pesadas

o

Dolores de parto

o

Parajes solitarios

o

Dientes de leche

o

Aguas revueltas

CARASUCIAS
CARASUCIAS
CARASUCIAS
CARASUCIAS
CARASUCIAS
CARASUCIAS

MARCO ALGORTA *Championes*

EDUARDO SANTOS *La última zanahoria*

CARLOS CHOLO GÓMEZ *Una perla fea en el fondo del latón*

Carasucias

Abrapalabra ediciones

Edición, noviembre 2023

Primera edición papel, noviembre 2023

ISBN: 978-9915-9365-3-6

Corrección de estilo: Maura Lacreu y Silvia Rodríguez Gadea

Caligrafía y diseño de tapa: Camila Gómez García | @camilagomgar

Diseño y armado: Camila Gómez García | @camilagomgar

Índice

Champions	9
MARCO ALGORTA	
La última zanahoria	143
EDUARDO SANTOS	
Una perla fea en el fondo del latón	275
CARLOS CHOLO GÓMEZ	
Sobre los autores	335



Championes

MARCO ALGORTA



I

Las que mejor ardían eran las tapas de los libros de historia, que largaban un humo azul como el de las brujas. Ahí, en el patio donde Abuela solía colgar la ropa lavada, de cuatro por cuatro, separado por un muro del jardín vecino, desde donde se asomaban las ramas de un árbol lindero, ahí, Mamá quemó los volúmenes de mitología griega con los cuentos que nos hacían dormir, vestida con unos tacos altos, verdes y una pollera que le cubría hasta el talón, también verde, y que, de tan larga, si no tuviera los tacos, se la pisaría y se caería. Ahí, había olor a remedio para el dolor de panza.

11

Esa mañana me desperté por el ruido del cuchicheo de Mamá por teléfono y, cuando fui a lavarme los dientes, vi por la puerta semiabierta del baño cómo se maquillaba.

Cada vez que limpio un espejo y trato de no dejar marcas —lo seco con diario, así me lo enseñó Abuela, y mi mujer agradece el esmero—, vuelvo a ver ese rostro de ese día de mi madre.

Primero con un lápiz negro remarcó el contorno de sus ojos, se tapó las ojeras con un polvo marrón y con un cepillo fino, al igual que el mástil de la carabela que me había ayudado a armar sobre el escritorio del living, se pintó sus párpados de un

azul celeste para resaltar sus ojos aún más. Esparció el perfume por el pescuezo, el mismo perfume de siempre. Después de sus labios, cerró el cajón y, sosteniendo mi cabeza con sus dos manos, dijo que hoy, sí o sí, me iba tener que portar bien y que le hiciera caso a Abuela. Antes de salir, me besó la frente con su *rouge*.

Parado en la mitad del pasillo de madera con falta de lustre, vi cuando empezó a apilar los libros en el patio y vi cómo las letras doradas de las cubiertas de los cuentos de mitología, incrustadas en unas tapas de fondo azabache, negros, requetenegros, mientras se hacían brasa, con el sol de la mañana que se colaba, vi cómo las letras emitían centelleos como las flechas de oro del irascible Eros cuando disparó sobre Apolo. Después también agrupó afuera los libros en español, de historia, y agarró del placar, puesto arriba de la pileta, la botella de alcohol sin abrir. Cuando me acerqué hasta la puerta de la cocina que daba al patio, el fuego ya había vuelto a encenderse con el nuevo combustible, aún olor a medicamento, y las hojas que se hacían ceniza, color a hierro, como las flechas que disparó Eros a Dafne. Abuela entró a la cocina y me preguntó por qué seguía en pijama.

—Esas hojas que ponés al caldo ¿qué son?

—¿A ver esos dientes? Uuuh, creo que el cepillo no anduvo por acá, andá al cuarto, corazón,

terminá de juntar tus cosas y ayudá a tu hermana, que es chiquita y no puede sola.

Mi hermana, Pilar, seguía acostada en su cama, pero tenía los ojos abiertos, parecía asustada. Miraba el techo como si estuviera frente a un regalo nuevo todavía envuelto. El chupete se movía al mismo ritmo que ella se acariciaba sola su rostro con el trapito que usaba para dormir —tenía nombre: Ana— y arrullaba a su gato Artigas con la otra mano. Le dije que se levantara y no me hizo caso, arranqué entonces dos bigotes más de Artigas, que esbozó arañarme, pero eran tantas las batallas que le había ganado que se acomodó en su resignación. Los guardé en la caja de fósforos donde los juntaba y amenacé a Pili con llenar de bigotes esa y otras cajitas más. No se movió, solo lo abrazó con más ganas y aumentó el ritmo de su chupete.

Mis cosas ya las tenía todas prontas, me quedaba por guardar en el cierre del costado del bolso el par de champions que Abuela me había traído de la feria, eran negros como los que usarían los jugadores del Mundial de fútbol. Las que no viajarían eran mis hojas de dibujos. Había visto las transmisiones de los partidos amistosos previos al Mundial en el televisor blanco y negro de la cocina y había estado semanas dibujando a los dioses griegos vestidos con los uniformes de las selecciones que jugarían la Copa del Mundo. Me

imaginaba esas hojas coloreadas en luchas cuerpo a cuerpo, papeles rasgados como decapitaciones y la cinta adhesiva eran heridas de guerra. No todos los dibujos habían sobrevivido a las batallas, los que quedaban los sentía como verdaderos héroes, pero Mamá ya me había dicho que ellos no viajarían. Los había dejado fuera del bolso la noche anterior, después de que ella se había sentado en mi cama y nos había dicho en voz baja que hoy no leería cuentos, ya tendremos tiempo para Ares y sus guerras, porque tenía mucho que hacer y que nos preparáramos para la mañana siguiente. Pilar esa noche hasta se sacó el chupete para escuchar mejor las órdenes de Mamá. Sabíamos muy bien por cómo se sentaba en la cama y dejaba de mover los brazos, apenas apoyando sus manos sobre su regazo, escondiendo sus dedos, aplastándolos entre sus rodillas y husmeando con ellos por debajo, a escondidas, en la tela de su pollera, cuando la cosa se ponía seria. Pregunté y me tapó con la frazada y apagó la luz. «Duerman», nos dijo.

Al día siguiente necesitaba hacer algo de hombre y, cuando vi las hojas de dibujo afuera del bolso, me pareció que debía llevarlas hasta el patio donde Mamá había iniciado la fogata.

—Es mejor quemarlas también —le dije a Mamá y no pregunté—. El pájaro que siempre se colgaba de la rama, el de pico negro, hoy no vino.

—Con esta humedad, solo con mucho alcohol para que se prendan las cosas.

—Ya debe saber que nos vamos. —Y agregué—: Quiero guardar el Zeus que lleva la celeste, aunque sé que no vamos al Mundial.

Mamá me contestó con un cachetazo y que no lo repitiera nunca más. No sé cómo hice para tragarme el llanto, debió ser por eso de que los hombres no lloran o porque me agarré de su pollera, fue mi turno de husmear, arrugué su tela suave y ella no dijo nada. El ardor de sus dedos en mi rostro enseñada dejó de doler aquella mañana, pero todavía hay días en que me levanto con ese dolor, como si esos dedos se siguieran incrustando cada tanto, hurgando en la culpa, y ganaran espacio, la cáscara de una herida que se vuelve a levantar, como si mi cara fuera un campo de batalla y la marca de sus dedos las trincheras donde me escondo.

Ella giró sobre sus tacos, acomodó la falda, sus ojos ardían, y me preguntó si quería yo mismo arrojar los dibujos al fuego.

—Ya sos grande para no quemarte.

Me quedé mirando las llamas que empezaron por los bordes de las hojas y que las doblaban conforme se consumían, surgía una pelusa negra y gris por detrás que se desintegraba con el remolino de aire del patio, como si levantaran vuelo mariposas negras.

—¿Quieres también que traiga los libros de aquel estante?

—Esos no —contestó Mamá—, esos son los que están en portugués, eso los guardamos, ¿te acordás?; y creo que tu Abuela te está llamando en la cocina, andá a ver lo que quiere.

—¿Solos en el cuarto, tampoco podemos hablar en español?

—Ahora no. —Sus ojos estaban húmedos—. Andá. Hacé caso, que ya sos un hombrecito.

Pilar le hacía compañía a Abuela, que envolvía la vajilla con diarios. Sentada, como si asistiera dibujitos en el televisor, vigilaba cómo todos los platos en que habíamos comido entraban en una caja de cartón. Los acariciaba con su trapo de dormir, cuadriculado rojo y blanco, una vez que estaban puestos en su sitio, como si se despidiera. Artigas se esperezó a la salida del cuarto y, al ver que había mudanza, se metió apurado dentro de una caja que seguía vacía. Pilar se paró solita, cada día agarraba más equilibrio, y fue a consolar a Artigas. El olor a remedio de la fogata había invadido toda la casa.

—Artigas tiene miedo de que lo olvidemos —le comentó Abuela a Mamá, que había entrado a buscar más papeles para la fogata.

—Habrá que cambiarle el nombre —dijo Mamá—, nada de caudillos nacionales, llámenlo, qué sé yo, Artemisa, ya está, suena parecido y es griego.

—¡Pero, Mamá! —retruqué furioso—. Artemisa es diosa y Artigas es nene.

—Era, lo castramos —sus ojos hervían.

—¿Y Ana? —preguntó Pilar.

—Ayuden a Abuela.

Pero ella se había alejado de la cocina: enrollaba la alfombra del living y la apoyó detrás del marco de la puerta.

No la vi llorar y nunca más hablamos sobre ese día, hemos repasado muchas veces con mi Abuela esa época, pero hay días que quedan presos de la censura, como si nada se pudiera hablar de esas horas sin despellejarse, sin volverse brasa y ceniza; aunque sé que ese día lloró, tiene que haber llorado.

—Cuando se termine de consumir el fuego —nos dijo Mamá, y esa es la penúltima imagen que tengo de ella de espaldas y tan bien vestida— tengan todo pronto, así llamo al camión de la mudanza —y lo dijo antes de volver a la fogata con su ruido a tacos.

17

2

Todavía era un cohibido amanecer de hojas tristes cuando salimos de casa. Traía a pedido de Abuela una bolsa de *nylon* con ollas y utensilios de cocina. Las otras cosas ya habían sido cargadas en la furgoneta. Era un vehículo más grande que el de las anteriores mudanzas y dos hombres trataban

de acomodar el último de los colchones; en el fondo pude ver la heladera, nuestra cocina a gas y las valijas. Me acerqué a uno de ellos, el que traía puestos unos lentes de aros dorados, y le pregunté si se acordaba de haber guardado la televisión.

—En unos meses empieza el Mundial —dije.

No me supo entender y, en un portugués que lo descifré atado, algo de mi madre me dijo. Me di vuelta, no me quería perder el Mundial, y Mamá abrazaba con sus dos manos a un hombre al que no había visto antes. Esparcía sus palmas y yemas por la espalda de otro, al igual que lo hacía con la manteca en las tostadas. Estaban frente a un auto azul color chapa, con un parabrisas que arriba tenía un filtro opaco, y, después de soltar a mi madre, él también se puso unos lentes de sol. Agarré la pollera de Mamá como lo había hecho cerca de la fogata, la hurgué con fuerza, seguía siendo suave, y me dieron mucho asco los bigotes que llevaba el hombre que abrazó.

—Acomodate atrás con Pilar y Abuela, Javier nos lleva —dijo Mamá.

Él se levantó los lentes, se rascó el ojo y vi su uña con sangre por el reflejo del retrovisor.

Seguiríamos al camión, y si hubiera podido, a nuestro chofer, a él también le hubiese arrancado los bigotes. Entré al auto por la puerta del acompañante, levanté la perilla de plástico negra y recliné

solo el asiento de cuero para sentarme atrás. Me colgué del pescuezo de mi madre y así me tapaba el olor a pino artificial, que colgaba del retrovisor, con el perfume de Mamá. Pilar en la otra ventana, con su vestido azul lleno de mariposas, se agarró de Ana y tenía el gato a sus pies; y Abuela, que estaba cada vez más gorda y su cintura tocaba la mía, iba en el medio solita con sus manos unidas por arriba de sus rodillas.

Nadie hablaba y entendí que no podía comportarme como un niño; solté el pescuezo de Mamá. El gato seguía acurrucado en los pies de Pili, pero ella ya se había empezado a poner inquieta por las muchas horas de viaje. Javier parecía tener prisa. Un momento agarró las manos de mi madre y le dijo que no se preocupara, que llegaríamos. Pilar, que saltaba de un lado al otro, me mostraba la lengua haciendo un ruido raro, un ruido que le salía y que lo repetía siempre porque a los adultos les hacía gracia, y cada tanto me escupía. Abuela con ternura se preguntaba dónde habría aprendido esas cosas, la acariciaba para que se quedara quieta. No le hice caso a mi hermana y crucé los brazos mientras miraba por la carretera, y como a una línea blanca discontinua la íbamos tragando. Mamá le preguntó a Javier si sabían algo de él, si había alguna nueva noticia, y Javier volvió a agarrarle la mano.

—No sabemos nada ni hemos encontrado nada, pero no, después, hoy lo tuyo es la frontera —dijo el bigotudo que no largaba la mano de Mamá.

Siguieron con sus dedos entrelazados unos kilómetros más y Abuela nos recordaba que no debíamos tener miedo si nos paraban. Pude ver por el retrovisor cómo la expresión de Javier cambió y apoyó sus lentes sobre su frente, fijó mejor la mirada; «no es nada», dijo, volvió a entrelazar los dedos con mi madre y esta vez ella le besó la mano.

Pilar jugaba con su lengua y le quería meter el dedo en la nariz de Abuela, que con gestos cariñosos la apartaba, y, después de alejar momentáneamente a su nieta, se cerró uno de los botones de su saquito de hilo *beige*. Yo permanecí inmóvil, no hablé, no opiné y le tenía asco a la mano de mi madre, y ella empezó a entrelazar su antebrazo con el de Javier y le preguntó si ni siquiera se había reportado. No sabía bien lo que era *reportado* y Mamá empezó a llorar cuando Javier calló. Lloraba y empezó a morder suavemente la mano de Javier, y a lamer, yo veía su lengua, y metía los dedos de Javier adentro de su boca y los chupaba, hasta sentía olor a baba, a saliva ajena, y él le decía que ahora no, qué estábamos cerca de la frontera, y Mamá lo mordía y además gritaba, gritaba. Javier redujo la marcha, el gato se metió debajo del asiento del conductor, pero Mamá no podía parar de llorar y le daba golpes a la guantera.

—Te tenés que calmar —le dijo Javier—, están ahí enfrente, calmate. —Y Mamá gritaba, gritaba cada vez más fuerte y se tiraba de la pollera.

—El muy hijo de puta ni siquiera se reportó —siguió Mamá y por fin entendí lo de *reportó*, por lo de la televisión y los noticieros, y me acordé de que la habíamos olvidado, blanco y negro, en la otra casa, y que no iba poder ver el Mundial.

—¡La tele, la tele, tenemos que volver por la tele! —Pateé el asiento de adelante donde estaba sentada Mamá—. La tele, la tele que te parió. —Y Mamá se dio vuelta y quiso acariciarme el rostro y la aparté—. La tele, el Mundial —gritaba, y Javier que suplicaba a mi madre que me calmara, solo quedaban quince kilómetros—. La tele. —Y Pilar que no paraba de saltar en el asiento, y ahí fue cuando Abuela se desprendió el botón de su saco de hilo *beige* y me dio un cachetazo que calzó justo en los surcos que ya había dejado mi madre, hasta al punto que en mis recuerdos parecen uno solo, los dedos sobrepuestos en la misma zanja donde me refugio cada vez que no soporto el dolor, cada vez siento la culpa que asoma, todavía.

Después del ruido de los dedos de mi Abuela contra mis mejillas, el gato volvió a los pies de Pilar, ella, con su trapito, pasó por arriba de Abuela y me acarició el rostro para que me doliera menos. Mamá soltó la mano de Javier, que se acomodó los

lentes, y Abuela se volvió a prender el botón de su saco de hilo *beige*.

—Ya está, corazón —me dijo—. Nos vamos de paseo, pi, pi, pi, en un auto feo, pi, pi, pi, pero no me importa, pi, pi, pi, porque llevo torta, pi, pi, pi.

En la frontera, mostramos los documentos que Javier había traído y, del otro lado, le grité a un guardia aduanero, en un portugués imitado, pero lleno de seguridad: «O Brasil vai ser campeão», y nos dedicamos mutuamente el pulgar para arriba.

Cincuenta kilómetros después, la furgoneta estaba estacionada en la carretera, Javier paró su auto atrás, despidió a mi madre con un largo abrazo untado y nos tuvimos que esconder los cinco, con Artemisa y su nuevo nombre, dentro de una furgoneta por entre los colchones.

22

Nos metieron en la parte de atrás, y en el laberinto armado por los colchones solo podíamos ver a uno de los otros. Abuela era a quien yo podía ver casi entera, sus ojos y su saquito *beige* con un botón cerrado; ya de Mamá solo lograba ver sus pies y cómo se había sacado los tacos. A Pilar no la veía, pero escuchaba las risas que le debería estar dedicando a Mamá. El que sí nos tenía a todos y deambulaba de uno a otro, como para asegurarse de que estuviéramos bien, era Artemisa, pero a cada tanto Mamá lo retaba por afilar sus uñas en los colchones. Ana, el trapito de Pilar, por las risas de mi hermana debía de estar cómoda.

Después de horas de viaje, la furgoneta se frenó. Escuché que el conductor abrió el auto, sentí sus pies sobre el piso, caminaba hacia la parte de atrás del vehículo, hizo fuerza con la cerradura y, al tirar la puerta doble trasera, se cayó en el asfalto uno de los tacos de mi madre, que se había corrido hasta el fondo del coche.

Mamá se paró, pisó justo el hueco de colchón entre mis piernas, se apoyó con sus manos al techo de la furgoneta y bajó descalza.

—¿No me pasás el otro par? —me dijo mientras el chofer le indicaba que ahí era el apartamento. Mientras se terminaba de calzar los tacos, nos dijo que bajáramos y le pidió a Abuela un espejo que traía para poder peinarse.

El conductor de la furgoneta y el peón que lo acompañaba empezaron a bajar los colchones y Mamá los ayudaba. Yo quise hacer lo mismo y otra vez me pasaron la bolsa de *nylon* con los utensilios de cocina. Era un conjunto de edificios de ladrillo con color a tierra seca y al lado había un árbol enorme, sin hojas, que tenía la altura de varios pisos. Llenaron el ascensor con los colchones, la heladera y algunas valijas. Abuela se quedaría abajo con Pilar, Artemisa y Ana cuidando la furgoneta, que todavía tenía cosas, y Mamá con uno de los peones subirían por las escaleras para, cuando llegara el ascensor, poder descargarlo. Tenía una función:

debía ser el conductor del ascensor. Todavía quedaba un rincón libre donde me acomodé, pero mi Abuela siempre ansiosa decidió poner una valija más porque entraba por encima de la heladera. Yo debía apretar el botón 4, eso me había dicho Mamá, y si el ascensor se frenaba por cualquier cosa, también lo había aprendido y memorizado hasta el cansancio, tenía que decir «subindo». Cuando cerraron la puerta del ascensor, el último bolso que había puesto Abuela me tapó la luz y subí en total oscuridad. El ascensor se frenó, esperaba la voz de mi madre, pero vi la silueta de un señor que usaba sombrero o tenía lentes, y que amagó con entrar. No le pude decir «subindo»; grité: «Fuera, arriba, fuera, fuera», como si fuera un niño.

Descargaron el ascensor y mi nueva misión fue quedarme arriba, en el apartamento, cuidando los colchones, la heladera, algunas valijas y la bolsa de *nylon* con las cosas de cocina que habían apilado en el living cerca de la entrada.

—Quedate acá quietito, que ahora venimos con el resto —me dijo Mamá—, y cerré la puerta.

Salvo por lo que habíamos traído, el apartamento estaba vacío y parecía un inmenso gris con unas paredes recién pintadas, había olor a fresco, las persianas estaban levantadas y ya estaba terminando de oscurecer el día. Así de grande debía de ser un estadio de fútbol vacío y me quedé parado,

de espaldas a la puerta y de frente a las cosas que Mamá me pidió que cuidara; agaché la cabeza y vi un piso de baldosas que, con las luces apagadas, parecían verdes oscuras. Se veían otras puertas que daban a ese living. El deber de un hombre hubiera sido explorar, inspeccionar las otras habitaciones y certificar que no hubiera enemigos. No me moví hasta que abrieron la puerta y por fin llegó Mamá. Traía todas las cosas que faltaban, a Pilar, Ana y el gato. Abuela se había ido hasta el almacén: todavía no nos habían conectado la luz y tuvo que ir a comprar velas.

Entre Mamá, Pilar y yo, acomodamos los cuatro colchones en el living y le pedí que me acompañara hasta el baño. Fue Pilar con nosotros también e hice pichí con Artemisa entre mis pies. Por esa noche la heladera y el horno también se quedarían en el living. Abuela volvió con las velas, tenía la respiración entrecortada. «Ya estoy vieja», me dijo, y la vi más gorda, como si se hubiera inflado.

En un pedazo de madera, resto de una tabla que Abuela encontró en la cocina, dispusimos seis velas, los colchones alrededor y compartimos las galletas que Abuela también había traído. Las de chocolate tenían impreso en el envoltorio el dibujo de un niño que usaba la camisa de Argentina, la misma con la cual yo había vestido al dios Hades en mis dibujos que se quemaron en la fogata, dominando una

pelota de fútbol. Tiempo después supe que esa era la mascota del próximo Mundial.

En nuestro círculo alrededor de las velas, la primera en quedarse dormida fue Pilar abrazada de Ana, Artemisa la acompañó casi instantáneamente y, cuando me acomodé para cerrar mis ojos, escuché a Abuela que le preguntaba a Mamá por qué el apartamento no era en un primer piso, o en el último, como debía ser.

—Tranquila, vieja —contestó Mamá—, de acá no nos vamos a tener que escapar. Ya me avisaron, mañana viene todo el resto de la mudanza.

26 —¿Hasta los domingos trabaja esa gente? Este aire seco es insoportable. —Se paró Abuela y trajo de la cocina un balde lleno de agua para humedecer el ambiente.

Ellas también se acostaron y no sabría decir cuál de los tres fue el que se durmió primero antes de que se terminaran de consumir las velas.

3

Cuando despegué los ojos en el colchón y sin sábanas, me sentí resquebrajado por una rala capa de polvo que recubría mi rostro. Tendido, vi la imagen torcida de Abuela en camisón y descalza, con sus tobillos anchos como un panqueque, preparándose un té. Me levanté todavía entre sueño, la abracé por

la cintura y no pude recubrir todo su perímetro; le pedí una cocoa y que tenía hambre.

—Lo que hay por ahora son las galletas que sobraron ayer y agua, solo si te animás a probar este invento de Abuela con agua de la canilla y bolsita de tilo.

Dije que quería cocoa y me acarició el pelo con su camisón.

Mientras masticaba el resto de las galletitas, la harina tostada que había quedado abierta y deshilachada desde la noche anterior me raspaba los labios, vi cómo le costó a Abuela agacharse para agarrar un pedazo de hierro que había encontrado debajo de la piletta de la cocina; se encorvó la espalda, parecía molesta, juntó aire y le pegó un golpe seco, con ruido a roto, al borde de la mesada alrededor de la piletta, quebró la imitación de mármol de la casa nueva y arrancó un pedazo de piedra. Sentí los tacos de Mamá que se acercaban con prisa, pero su perfume se anticipó, llegó antes, aunque fuera un resto, no sé cómo hacía para tenerlo en su cuerpo hasta de mañana cuando se levantaba.

Cada vez que paso por una perfumería, busco una empleada que me ofrezca las diversas opciones de fragancia en pedazos de cartón y pruebo como si buscara algo que no conozco. Hasta que veo el frasco, hermético al igual que un cofre, con un pequeño vidrio en el medio que se parece a un candado. La

vendedora me comenta que es un clásico y me lo da a probar. Me quedo con ese cartón y le doy vueltas por mis narinas hasta sentir que de noche, mientras duermo, me ordenan los lápices de colores.

Pero salvo la ternura de aquella fragancia, no había nada en ella recién despierta en esa cocina, que empezaba a quedarse en pedazos, que no fuera furia. Quizás tuviera ganas de gritarle a Abuela, de empujarla, de pegarle un cachetazo, algo que hiciera retroceder el tiempo y pusiera la mesada otra vez en su lugar. Con ojos de salsa de tomate a punto de hervir, no hizo nada.

28 —Son niños y a algo tienen que jugar —dijo Abuela con una voz ronca, cansada, de quien tragó arena, y esquivó a mi madre, que cerraba el paso de la puerta de la cocina, sin tocarla, pese a su cintura. La seguí ansioso y también tuve que pasar por mi Mamá, que se había quedado ahí, como una momia expectante de su propia tumba. Pilar se arrinconó contra la pared, parecía en penitencia y con Ana en sus manos. Abuela corrió los cuatro colchones y los apoyó contra la pared. En el medio del living, sobre las baldosas que a esa hora del día eran de un verde más claro, usó el pedazo de mesada que había arrancado para surcar en el piso una rayuela. Hizo los números grandes, los tallaba con un ruido agudo y ligero, como si recorrieran el aire más rápido que en la casa con patio. Después de rayar

las baldosas de nuestro nuevo living, escribió la palabra *cielo*.

—¡Chicos, a jugar! —dijo con voz de cocoa—, pero, para llegar de la tierra al cielo, los números los decimos en portugués mientras saltamos.

Pilar soltó el chupete, largó a Ana en el piso y se paró enfrente a la baldosa *tierra*.

Mamá miraba todo desde el marco de la puerta de la cocina; prácticamente no se había movido, salvo el semicírculo que tuvo que hacer para ver el espectáculo. Mientras Pilar trataba de saltar diciendo vocablos que se parecían a los números en portugués, Artemisa merodeaba por entre los casilleros y Abuela volvió a la cocina a terminar su té.

—¿No me dijiste que hoy venía una mudanza? Entonces no jodas, alguna alfombra traerán —le dijo a Mamá con su taza entre dientes—, la vieja me la tuve que olvidar atrás de la puerta. —Tragó un sorbo—. ¿Y no me dijiste que tenías que salir, que tenías algo importante y que no me puedo enterar de nada? No te voy a preguntar si Javier tiene noticias, prohibido preguntar, ¿no era así? Andá, andá de una vez por todas. —Y volvió a salir de la cocina para encerrarse en el baño. Mamá se calzó sus tacos, agarró su cartera y nos besó a los dos con labios de *rouge*. Asustada, nos dijo que no tuviéramos miedo y se fue.

Demoró poco Mamá.

Después de los saltos, de muchas disputas con mi hermana, números que mejoraron su pronunciación y Ana quieta, exiliada, unos hombres uniformados con overoles verdes y el logo de una empresa en el pecho tocaron timbre y preguntaron si era acá la casa de la familia Gizem, nombre que nunca había escuchado y, debió ser por la euforia, ya que hacía mucho que no había jugado tan suelto y libre, me hizo mucha gracia nuestro nuevo apellido y largué una carcajada fresca, perenne, y que se abstuvo con el pellizcón que me dio Abuela por debajo del pijama.

—Quietito, corazón.

30

Mamá muy seria, se había impuesto una voz de Ali Babá, asintió. Firmó unos papeles y empezaron a entrar muebles en el apartamento. Había dos cuartos y al más grande fue la primera cama, enorme con un respaldo lleno de curvas doradas y con unas piedras que brillaban. Sin embargo, subía otra cama de iguales proporciones, también con un decorado cargado y en su respaldo había una medialuna grabada. Mamá, que seguía parada en la puerta, pudo ver que detrás traían camas individuales y ordenó entonces que pusieran la segunda cama grande en el living. Es para la oración, le aclaró mi madre al empleado de la empresa de mudanzas, que antes del comentario hubiera preferido un vaso de agua para paliar el calor

árido; no habíamos abierto las ventanas en toda la mañana y durante horas hubo dos niños que saltaban y un gato mirón en ese encierro. Trajeron un horno nuevo que lo instalaron a la garrafa de gas y pusieron, no sin antes tener que desarmar el marco de la puerta de la cocina, que era un poco más chico que el de la entrada, la nueva heladera en su sitio. La cocina tenía también su propia puerta de salida al pasillo del edificio, pero era más chica todavía, y tenía un vidrio esmerilado que solo dejaba entrever lo que había en el pasillo. Probaron las hornallas y funcionaban, enchufaron entonces la heladera y al abrir la puerta no prendió la luz.

—Es que ainda no instalaron *luís* —dijo mi Abuela en su turco.

—Eu também sou eletricista —comentó uno de los peones y fue hasta el panel del edificio, revisó una caja incrustada a la pared detrás de la puerta de la cocina y la heladera, de puerta abierta, prendió su luz.

Mientras tanto, los demás peones siguieron trayendo muebles. Después de las dos camas individuales que fueron puestas en el otro dormitorio, subió un sofá de tres cuerpos que Mamá ordenó ponerlo al lado de la cama de oraciones. Una mesa con un juego de seis sillas y cuadros para decorar las paredes. Abuela seguía con su peón, lo agarró

del brazo con un gesto maternal y le dijo en un español clarito, que no dejaba dudas y que se hacía entender por el afecto de esas palabras, que, ya que era tan bueno y callado, por qué no arreglaba las canillas del baño e instalaba el calefón. Abuela con su ayudante fue colgando cuadros, atornillando puertas de armarios mientras los demás seguían en un ir y venir, que con cada puerta de ascensor se abría una nueva sorpresa.

32

Primero vino una estatua blanca, de tamaño real, con la figura de una mujer con un chal que cubría su cabeza e iba hasta los tobillos, y que en una de las manos sostenía un objeto parecido a una gota de agua, pero al revés. Mamá, que parecía tenerlo planificado de antemano, como si ya lo hubiera ensayado y ese fuera solo el estreno, pidió que la dispusieran al lado del pasillo que daba a los cuartos, cerca de un espejo de marco dorado que Abuela con su ayudante ya habían colgado. Pilar, Ana, Artemisa y yo estábamos parados y mirábamos como si se tratara de la adaptación teatral de una tragedia griega. El calor aumentaba, Pilar había recuperado a Ana y se secaba el rostro con su trapito. Otra puerta de ascensor que se abre y sale otra estatua. Esta cuesta pasarla por la puerta del apartamento porque tenía su base muy ancha. Era la figura de una mujer que usaba una pollera gorda y que a sus pies tenía un pavo real con la

cola abierta, y costó que entrara, la giraron de un lado, del otro, la inclinaron, hasta que pudieron con el pavo real por delante, y Mamá le pidió con certeza que esa estatua, la de la base ancha, la pusiera al lado de la puerta de la cocina. Escuché al peón de Abuela, que además de sus servicios de sanitario y electricista, se ofrecía a arreglar las baldosas rayadas. «Dejá así», dijo mi Abuela, y se acercó a mi madre a pedirle plata, pero fue interrumpida por la caja de sorpresas que se volvió a abrir: otra estatua, otra figura femenina de tamaño real.

—Outro lado do espelho —aseguró Mamá en un portugués confiante y pusieron esa última estatua, que traía el torso desnudo, una jarra elevada en una de sus manos y la otra con una copa de vino, en el rincón del living que estaba más lejos de la puerta del apartamento.

Con ese viaje de ascensor también vino una alfombra enorme y Abuela se anticipó a Mamá con una sonrisa de laurel, y pidió que la pusieran sobre la rayuela. Mamá le dio la propina correspondiente, un poco más generosa por tratarse de un domingo y, por detrás, Abuela ofreció la paga extra a su peón. Cuando cerraron la puerta, Mamá cargaba una expresión de quien hubiera cruzado el desierto. Abuela, por primera vez desde que habíamos llegado, abrió las ventanas.

4

Del enorme árbol plantado en la entrada del edificio se escapaba una rama desnuda que coincidía justo con la altura de nuestro apartamento. Si quisieran observarnos, con pararse ahí bastaría.

—¿No nos habrá seguido el pájaro del patio? —le pregunté a Mamá.

—Tarde o temprano nos encontrará.

Nos sentamos todos en la cama de oración, con su respaldo de medialuna grabado en la madera, y Artemisa que aprovechaba un almohadón que había venido con la mudanza para afilar sus uñas. Mamá se paró enfrente, desdobló una hoja con anotaciones y empezó a dictar las reglas de la nueva casa. Cualquier duda que tuviéramos, había que levantar la mano.

—No se puede salir a la calle, salvo que yo autorice y Abuela, que tiene que ir al almacén, ¿escucharon? —Y levanté el brazo para interrumpir a mi madre.

—La estatua de la cocina, la que tiene un pájaro, gorda, ¿qué es?

—Mi amor, preguntas sobre lo que estoy tratando de explicar, ¿te parece? Igual esta es Hera, la diosa griega, ¿te acordás de que estaba en los cuentos que leíamos antes de dormir?

Era la principal esposa de Zeus. Cuando estuvimos en la casa con patio, hubo una historia de Hera que cuando Mamá nos la contó, dormí muy poco. La lectura era sobre Cidipe, una sacerdotisa de Hera, que iba atrasada a un festival en honor a la propia diosa. Sus bueyes, que tiraban del carro, no daban abasto con la prisa y no llegaría a tiempo. Entonces sus dos hijos gemelos, Bitón y Cleobis, de esos nombres no me olvidé nunca, se bajaron y tiraron ellos mismos del carro. No sé bien cuánto, pero la distancia era enorme, y gracias al esfuerzo de sus hijos, Cidipe llegó a tiempo al festival. Como buena madre, quería lo mejor para sus hijos y quiso premiarlos después de haber hecho tal esfuerzo, entonces le pidió a Hera que le concediera el mejor regalo que un dios pudiera dar a sus niños. Hera aceptó el pedido de Cidipe y ordenó que los hermanos murieran mientras dormían. No fue solo esa noche, pero durante mucho tiempo me persiguió la idea de ese regalo que más se parecía al peor de los castigos. Eran niños y habían muerto. Dicen que murieron abrazados. Fue mucho tiempo después, en la última noche en ese apartamento, que entendí el tamaño del regalo de morir durmiendo.

Desde la cama donde estábamos todos sentados, Artemisa seguía con su lucha contra el almohadón y se escuchaban gritos de niños que jugaban no muy lejos de ahí.

—Repito —decía Mamá, rodeada de esos muebles que nunca podrían haber sido nuestros y que, sin embargo, eran parte del decorado de donde ahora vivíamos; hasta la voz de Mamá había cambiado definitivamente—, repito, no pueden salir, lo que quiere de decir que tampoco pueden atender el teléfono, ni el timbre, ni le pueden abrir la puerta a nadie.

Los niños en la calle seguían a los gritos y sentía una pelota que retumbaba, y cada tanto un grito de gol que se escuchaba más fuerte.

—Ahora lo del portugués —seguía Mamá.

Aunque la ventana estuviera abierta, el calor era sofocante, como si solo faltara la lluvia, y Mamá usaba una musculosa blanca. Ella tenía los pechos chicos, casi inexistentes, y al caerse la hoja que nos leía, se agachó a juntarla. Al tocar su mano contra el piso, así era como Hera, la diosa griega, engendraba a sus hijos, se corrió la musculosa de mi madre y le pude ver un pezón. Fue raro ser un niño y ver el pezón de mi madre. Ya había perdido la suficiente inocencia y para mí eso ya era una teta, y quisiera no haberla visto, pero al mismo tiempo tenía la suficiente picardía por la curiosidad de saber cómo era el cuerpo de una mujer, aunque fuera mi madre. Estábamos sentados en la cama, que ocupaba medio living, y teníamos al espejo con marco dorado detrás y dos de las otras estatuas

que habían venido con la mudanza. La figura de mujer que tenía el torso desnudo, y una jarra y una copa en cada mano, la que estaba lo más lejos de la puerta, la reconocí después de dedicarle atención. Siempre que veía un dibujo de esa divinidad aparecía sin vestimenta arriba y me llenaba las manos de curiosidad. Esa era hija de Hera, Hebe se llamaba, una ayudante de los dioses, la personificación de la juventud. En los cuentos que nos leía Mamá, siempre me había llamado la atención uno de sus poderes: era capaz de rejuvenecer a los viejos y de envejecer a los niños.

Mamá se acomodó la tira de la musculosa, el calor ahogaba cada vez más, la lluvia que no venía, escuchamos otro grito de gol y recomenzaron las instrucciones:

—Prohibido hablar en español en el living y en la cocina, ni susurrar en español. En el cuarto sí se puede, pero lo hacen bien bajito.

—Mamá, ¿y los cuentos que nos leías antes de dormir, de los griegos? —le pregunté.

—No más cuentos, mi amor, además se quemaron todos.

Abuela inmóvil, sentada con el delantal y con sus dos manos sosteniendo entre sus rodillas un trapo de cocina y, estaba al lado, sentía el olor a desinfectante, mientras mi hermana se tapaba el rostro con Ana y esperaba que alguien jugara con ella al

¿Dónde está Pilar?, pero nadie la seguía. Escuchábamos a Mamá que no paraba de dar órdenes y una gota de sudor le corría por el costado de la oreja, y en cualquier momento se largaría a llover, pero los niños no paraban de jugar. El ruido a diversión provenía desde muy cerca del apartamento, pero todavía no habían permitido que me asomara a la ventana y ni siquiera había sacado del bolso los champions negros, los que eran igualitos a los de los jugadores del Mundial.

—Hay que levantarse temprano, porque van a ir a clases en la cocina de casa. Ya compré los cuadernos, los lápices de color y los libros en portugués. Abuela va a ser la maestra. Después del desayuno, a las ocho, empiezan las clases en la cocina.

38

Pilar había descubierto que, si se dejaba caer sobre el almohadón, no le dolía, y se tentó con una risa que deslizaba, zambulléndose de cabeza una y otra vez. El gato se rascaba el lomo dando vueltas sobre la estatua que estaba del otro lado del espejo, la que tenía el chal en la cabeza y una gota de agua en la mano, pero al revés.

—La televisión acá va a hablar en portugués, si la ponemos en la cocina, ¿se puede entonces? —levanté la mano e interrumpí a mi madre.

—La televisión se quedó en la otra casa.

—¡Mamá, el Mundial!

—Ya te dije, ese Mundial no se mira.

Pude reconocer la estatua donde se rascaba Artemisa. No era una gota de agua al revés, era fuego lo que traía en su mano, era Hestia. Cuando Zeus dividió a los dioses en doce escuadrones para cumplir sus misiones, Hestia se quedó a cuidar la morada de los dioses por poseer el fuego divino, así relataba los cuentos que nos había leído Mamá. Hestia le cedió su lugar a otro dios y se fueron guiados por un dios olímpico, podrían haber sido un cuadro de fútbol, hasta sobraaba uno, pero no, me había fijado aquel día frente al televisor en la casa con patio, Grecia tampoco se había clasificado al Mundial.

Pilar descubrió los nuevos lápices de color; pidió hojas para dibujar y se lo regalaba a Abuela. Empezaron a caer las primeras gotas de la lluvia que hacía mucho que se anunciaba, pero los niños seguían a los gritos y la pelota ahora retumbaba en charcos. La lluvia aumentó y escuchábamos los gritos de las madres: «Rodrigo», «Junior», «Cassio», «Rafael», gritaban por las ventanas, preocupadas por la lluvia; también había una voz masculina que clamaba por Javier, se llamaba como el hombre de bigotes; que sus hijos no se mojaran y que dejaran el fútbol.

—Hay que acostarse temprano, eh, porque mañana es lunes y ya empiezan las clases —y Mamá había terminado con las nuevas reglas. Dobló la hoja donde tenía anotadas las instrucciones y, con

ruido a tacos (se estaba mojando el living), fue a cerrar la ventana. Abuela dijo que esa noche no necesitaríamos el balde con agua en el cuarto. A dormir. Me había metido en la cama cuando escuché a mi madre, con sus pasos de remache contra el piso, ordenando los lápices en la caja. Arrorró mi niño, arrorró mi sol, arrorró pedazo de mi corazón.

5

40

Las sábanas nuevas todavía guardaban el olor artificial a envoltorio y mi primer despertar en ese cuarto con cuadros ajenos, una estrella y una fina luna verde creciente también fue de sobresalto. Mamá abrió la puerta de golpe y pensé que algo había ocurrido, y hasta calculé cuánto tiempo me costaría guardar mis cosas, por suerte los championes seguían en el bolso. Ella lo vio, mi susto, alargó entonces la boca con un buen día falsificado, se sentó al borde de la cama, prendió la veladora que se estrenaba y me abrazó con ojos de desasosiego. Esa espuma revuelta, resto de un verano que parecía más añejo ese día que ahora, acarreaba su perfume recién puesto; desde ese aroma pude enderezarme, apoyarme en la pared antes de calmarme y sentir que estaba en casa. Nos dijo que era hora de levantarnos y con la otra mano sacudió a Pilar, que seguía abrazada de su trapito Ana. Artemisa entró

al cuarto y fue a su cama, no quería correr el riesgo de que nadie le arrancase los bigotes, y fue él quien la terminó de despertar.

—Calzate las pantuflas —no sabía que tenía pantuflas y, sin embargo, ahí estaban, al pie de la cama— y andá a lavarte la cara y los dientes —me dijo Mamá.

Hasta allá fui arrastrando los pies y creo que hasta hoy los arrastro no por pereza y sí para encontrarme con esa época; aquellos fueron los últimos días de una etapa extrañamente alegre. Cuando deslizo la pisada, me vuelvo a comunicar con esos días, como si me resbalara y, en el roce, me conectara por el suelo con ese tiempo en que curiosamente fui feliz.

En el baño no fue difícil adivinar cuál era mi cepillo de dientes: de los más chicos, el azul. Quise abrir la canilla del agua caliente y no pude, estaba dura. Probé con la de la fría y no tuve problemas, y me acordé del peón de Abuela que se había metido a solucionar los problemas del baño. Me esforcé una vez más y nada, hasta que probé girarla para el otro lado, por si acaso, y me di cuenta de que la canilla del agua caliente estaba al revés.

Cuando volví al cuarto, sobre la cama me tropecé con la ropa que ya había sido separada: una remera con el dibujo de un oso que nunca vi antes, una bermuda de tela azul con unas rayas grises en

los costados, un par de medias también grises y hasta unos zapatos. Mientras me vestía, escuché la conversación entre Mamá y Abuela, estaban hablando en español y en la cocina, eso no se podía, y Mamá le contaba que iba a salir. Abuela resopló que ya sabía que no podía preguntar dónde, que se cuidara, y Mamá le dijo que llamara a ese número si no volvía antes de las tres. Fui hasta la cocina, todavía descalzo, sentía que debía saludar a mi madre antes de que se fuera y vi cuando ella le dio un papelito a Abuela. Después de que me abrazó, y esta vez me abrazó fuerte, me rezongó por estar descalzo.

42

—Ponete zapatos que te dejé separaditos en el cuarto. —Y me acomodó el pelo recién despierto.

Sentí el ruido de la puerta que se cierra y Pilar, sentada en su cama, me pidió upa. La agarré en brazos, la abracé tan fuerte como mi madre había hecho conmigo, la senté sobre mi cama y le di los cordones de mis zapatos para que se entretuviera. Quería estrenar mis champions, los que se parecían a los de los jugadores del Mundial, aunque fuera en una cocina. Eran de tela negra y en la suela no tenían verdaderos tapones, tenían cuadraditos también de goma, bien bajos y que imitaban los calzados de los futbolistas. Los até con una vuelta por debajo de la suela, como había visto en el televisor, antes del viaje, mientras vivía con patio,

que era como se los ataba Rivelino, el crack de la selección brasileña. Alcé nuevamente a Pilar, tuve que volver unos pasos porque nos olvidábamos de Ana y fui hasta la cocina, donde Abuela nos esperaba en camisón con el desayuno pronto.

Muda, pero absorta en una sonrisa infantil, como si recién hubiese robado un caramelo del pote, Abuela nos recibió con un «bom día, pronto o café de manha», en algo que se quería parecer al portugués y que se asemejaba a los diálogos de las comedias brasileñas, pero como si estuvieran mal doblados. «Café com leite», seguía en tono de comedia, la letra *i* en el medio de la palabra *leche* en portugués, pronunciada con un énfasis absurdo, «manteiga», otra vez la letra *i* por encima del resto y «torrada», que la dijo con muchísimas erres. Y después se tentó, a tal punto que tuvo que sentarse en una de las banquetas y enjuagarse las lágrimas de la risa con el trapo de cocina. Yo también me reía, hacía mucho que no compartía un desayuno con tanto gusto a colmena, como si estuviera en familia, y Pilar, nerviosa, lo de las lágrimas la confundía, se reía sobregirada, excitadísima, desesperada para que alguien le confirmase que, a pesar de las lágrimas, lo que estábamos compartiendo en esa cocina era gozo.

Comimos todo y callados: la algarazara era silenciosa. Abuela levantó los platos y las tazas envuelta

en esa risa que se había descontrolado y que ahora permanecía al borde de sus labios, como un suicida en el precipicio, esperando una última excusa para tirarse y encontrar alivio. Por eso nunca me miró los pies y vio mis championes de fútbol; si no, algo hubiera dicho. Reconozco que era un poco incómoda esa suela desapareja sobre las baldosas, cosas del fútbol, repetí en mi cabeza una frase de relator deportivo; esperaba que al menos Mamá trajera las pilas para la radio.

44 Abuela nos dio dos cuadernos a cada uno. Yo tenía uno con cálculos matemáticos, que no me lo pasó sin antes arrancar la hoja con las soluciones y esconderlo en su sostén junto al papelito que le había dado Mamá, y otro de ortografía en portugués, con textos cortos y palabras a las que les faltaban letras o terminaciones de verbos y que, por arriba de unos puntos suspensivos, tenía que rellenar. El portugués que había absorbido por el televisor, en la casa con patio que quedaba cerca de la frontera y agarraba la señal de Brasil, me había agudizado el oído. Veía una comedia brasileña y, como no entendía todos los parlamentos, pegaba mi oreja por la ventana para escuchar a mi vecina que disfrutaba de la comedia a todo volumen y sabía así cuando llorar, cuando reír. Extraño esa ventana. Ahí aprendí mucho de lo que escuchaba en ese idioma. Leer me costaba más. Las pronunciaba en

voz alta, aunque fuera con mi vocalización rioplatense, las palabras en portugués y así fui descubriendo significados que guardaban las distintas combinaciones y las letras que me faltaban como canicas de colores. Pilar tenía todos sus lápices, al principio ordenados como un arco iris, así siempre los disponía Mamá, y coloreaba dibujos de animales que abajo tenían escritos sus nombres en portugués. De reojo descubrí que *vaca* era *vaca*, que *gato* era *gato*, pero que *perro* era *cão* o *cachorro*, aunque fueran grandes.

Mientras nos tenía vigilados con nuestros deberes, Abuela preparaba el almuerzo en su nueva cocina, y se enceguecía por el funcionamiento de las nuevas hornallas y del fuego azul que largaban. El menú del día iba ser canelones de verdura y Abuela ya había hecho la mezcla para los panqueques, ya se habían pegado los dos primeros y ahora ya los sacaba uno tras otro, de la misma forma que iba rellenando los puntitos en mi cuaderno. Me cansé de la ortografía y me pasé a las matemáticas, que no me salían tan fácil como los panqueques de Abuela. A cada nuevo cálculo que me surgían dudas, la llamaba y le apuntaba con la mano a la dificultad; todo era válido mientras no se hablara en español. Ella giraba su dedo índice, ordenándome que siguiera dando vueltas al asunto. Se alejaba de la mesa donde estaba sentado con Pilar, hacía como

si revisara los panqueques, pero yo veía que sacaba del sostén la hoja con las respuestas. Buscaba el cálculo que me traía problemas, esperaba unos segundos, daba vuelta un panqueque o ponía otro a hacer, y volvía a la mesa y me preguntaba con un levantar de cejas si había encontrado la solución. Le negaba con la cabeza, entonces ella agarraba el lápiz y de la misma forma que cuando me regaló mi primer mate, años después, indicándome cómo curarlo, no dejar la bombilla puesta mientras se hincha la yerba, hacerlo con agua tibia, transfiriendo desde la oralidad, por pertenecer a la misma tribu, los secretos para que la bombilla no se tape y, como si fuera un tesoro familiar, el secreto que le había enseñado su padre, que era hijo de vascos, de cómo dar vuelta el mate sin quemar la yerba, al igual que había surcado la rayuela y hasta había tirado la primera piedrita, me escribió los primeros pasos para solucionar el cálculo, marcándome siempre por dónde me convenía seguir.

Abuela se entretuvo en ayudarme con las matemáticas, veía que ella estaba redescubriendo un mundo, rodeada de sus dos nietos y con el fuego prendido. Había agarrado confianza y hacía los panqueques de a dos sartenes a la vez. Una división de tres cifras nos trajo una dificultad inusitada y ni siquiera mirando la hoja de respuestas Abuela me la podía explicar. Nos descuidamos de

los panqueques y uno se quemó a tal punto que la masa dura se hizo brasa. Abuela apagó esa hornalla y al tirar el panqueque quemado a la basura, no vio que seguían ahí las hojas de diario que habían envuelto alguna vajilla de la mudanza. El tacho también se prendió fuego, Abuela lo quiso apagar pisando y se quemó sus pantuflas nuevas, entonces mi hermana me apuntó al juego de té que le habían regalado en Navidad, con sus tacitas y jarras, y los llené con agua de la pileta y los tiraba en el tacho. Éramos un escuadrón de bomberos con Pilar: ella me pasaba su juego de té, pieza por pieza, y yo las rellenaba con agua y la tiraba a la basura. No sé por qué, hubiera sido más fácil rellenar una y otra vez el mismo pote, pero el equipo estaba convencido de otra táctica y, cada vez que una pieza quedaba sin agua, yo se la devolvía a mi hermana para que me diera otro de sus potecitos y así los íbamos turnando. Abuela después de apagar la otra hornalla, que también ya se estaba quemando, vino con una pala y la escoba, y apretó la basura hasta que dispó el fuego.

47

6

—No sé qué haría sin ustedes —nos dijo Abuela, en español y en la cocina. Arroz con leche, me quiero casar, con una señorita de este lugar, que

sepa coser, que sepa bordar, que sepa la tabla de multiplicar.

La casa se llenó de humo, seguíamos con la costumbre de no abrir las ventanas mientras no estuviera Mamá. Debió ser por eso que nos tocaron timbre por la puerta de la cocina. Detrás del vidrio esmerilado vimos la figura de un hombre, yo estaba seguro de que era el mismo de la sombra del ascensor, el que usaba sombrero o tenía lentes, y que después de la pregunta de mi Abuela, de qué quiere, que será el mismo tono en cualquier idioma, el señor preguntó a su vez si estaba todo bien.

—Todo bem, bem —se esforzaba Abuela en que pareciera portugués.

48

—Senti muito cheiro a queimado, tá tudo bem mesmo? —seguía el hombre en un idioma que pudimos entender.

—Todo bem, bem —repetía mi Abuela, como si le hubiera salido una pronunciación correcta la primera vez.

—Escutei dizer que vocês são turcos, meus avós eram turcos —y eso ya no lo entendimos mucho.

—Todo bem, bem, chau, até luego —y Abuela disipó la charla con una calma de estofado, que la logra solo quien ya ha sobrepasado su propio límite.

El hombre, por detrás del vidrio esmerilado, siguió unos segundos parado afuera, esperando

algo. Abuela miraba fijo a esa imagen difusa, pero que ella parecía enfocarla como un búho encamina de noche la mirada a su presa; no lo perdió de vista. La figura se dio vuelta y sentí sus pasos que bajaron por la escalera.

Aunque había mucho humo, Abuela no abrió las ventanas; dijo que nos acostáramos contra el piso, que ahí se respiraba mejor. Fuimos los tres hasta nuestro cuarto, nos acostamos entremedio de las dos camas, a Abuela le costó, pero se puso boca abajo entre Pilar y yo. Había olor a quemado, pero se podía respirar e hice el amague de pararme. Abuela cinchó de mi brazo con fuerza y dijo:

—Te quedás acá, corazón.

Se tapó el rostro contra el piso y se puso a llorar. Ese llanto Pilar entendió enseguida que era de tristeza y le prestó su trapito Ana para que se enjuagara las lágrimas. Acostado en el piso, veía al gato escondido debajo de la cama de Pilar y sus ojos en ese rincón oscuro brillaban, como dos faros, ahí ya no era Artemisa, era Artigas el que nos miraba. La forma en que me había atado los championes me apretaba, sentía como si me estrangularan los pies. Quedamos quietos, ahí, hasta parecía que hubiéramos dejado de respirar, y de pronto Abuela se levantó, no sin antes quejarse de su cintura cada vez más ancha, dijo que ya venía y segundos después se volvió a acostar, otro quejido, pero esta vez vino con el reloj

de la cocina en la mano. Ya eran las dos y cuarto de la tarde y Mamá no había llegado. Acostados, vi cuando Abuela revisó su sostén, tenía unas tetas enormes que daban la impresión de que quisieran salir, y vi los dos papelitos, el de las respuestas de los cálculos de matemática y el otro, el que le había dado Mamá. Abuela parecía inquieta y creo que la postura tendida contra el piso le estaba haciendo doler la espalda. Giró, sin miedo a aplastarme, terminé debajo de mi cama, y ella miraba el techo como si pudiera por ahí encontrar una salida. Apoyó una mano sobre la mesa de luz y la madera gruñó de forma rara. Artemisa, asustado, se escapó del cuarto; lo vi meterse detrás de la estatua de Hestia. Abuela logró sentarse.

50

—A ver, gurises, nos vamos a tener que mover —e hizo un gesto como si se quisiera parar. Pilar agarró a Ana, que Abuela había dejado abandonada en el piso, y yo tuve que arrastrarme con la ayuda de mis brazos para poder salir por delante de la cama.

—¿No me ayudás a pararme? —me pidió Abuela, y no dudé un segundo. Pero cuando vino el tirón, el de mi Abuela haciendo fuerza agarrada de mis brazos, pensé que me caería también y además ardía su mano, que apretaba mi antebrazo, el roce de su palma reseca sobre mi piel, y tenía que aguantar, que tenía que aguantar, que era eso lo que hacían los hombres, y que ya era grande, que debía poder ayudar, pero Abuela no pudo.

—Dejame sola —me dijo, y de a poco se fue acomodando en la cama, primero un brazo, después el otro, se puso de rodillas; yo observaba la escena parado desde el marco de la puerta y Pilar me sostuvo la mano. Abuela de rodillas miró el reloj; se agarró de la mesa de luz y pudo apoyarse sobre un pie y una rodilla. Cuando pegó el estirón final y se terminó de parar, se cayó la hoja que estaba en su sostén. Quise ir por la hoja, pero Abuela me dijo otra vez:

—Dejame sola, corazón —con voz de estómago. Cuando se agachó y tocó el piso para agarrar el papel, con el mismo gesto que Hera engendraba a sus hijos, sentimos ruido en la puerta, seguido de la voz de mi madre que preguntaba qué se había quemado.

Arriba, ruido a tacos. Durante nuestros años de estudiantes universitarios, con Pilar y Abuela compartíamos un apartamento y la vecina de arriba era una señora que vivía sola y tanguera. Los martes y los viernes de noche reunía gente en su casa para bailar. A esa hora, Abuela preparaba el mate, apagábamos el televisor, los estudios los dejábamos para después, y quedábamos los tres escuchando los ruidos de los tacos contra el piso con ritmo a gambeta, sin decir nada, en la ronda del mate, absorbiendo, como gotas de lluvia en el rostro, los remaches de las suelas contra el techo.

Cuando llegó, lo primero que hizo Mamá fue abrir las ventanas, ventilar la casa y al vernos a los tres en el cuarto, supo que no debía preguntar nada.

—Esta ciudad es una locura, los tiempos son otros. Perdón, vieja.

Artemisa se esperezó, hizo un intento de afilar sus uñas en Hebe, pero un grito de Mamá lo frenó, ella fue atrás del gato, lo agarró del pescuezo y vociferó con un tono a sobreviviente: «¡Las estatuas no!, ¡las estatuas no!»; sus ojos no eran los de ella.

Mamá tenía las expresiones del rostro desfiguradas, pero poco a poco volvieron a su lugar. El tamaño de su boca con el de sus cejas retomó su equilibrio y proporción. Recostó una bolsa con libros en el piso, le pidió a Pili que le prestara a Ana y sacó algo de uno de sus bolsillos; con una voz distorsionada, usó el trapo de mi hermana como un títere, dijo: «Traje pilas nuevas para la radio»; y Ana a partir de ese momento también tuvo una voz.

Abuela parecía haberse rejuvenecido y tomó de las manos de Mamá las pilas, fue hasta la cocina, las puso en la radio de una forma torpe, dejó la tira de tela, la que después nos ayudaría a sacar las baterías, para afuera, no terminó de cerrar la tapa de plástico que cubría y giró el cilindro del volumen hasta que escuchó el tic. Giró un poco más el volumen, con el otro disco encontró una sintonía, se la acercó a la oreja y aunque desconociera la música

que escuchaba, bailó, bailó, bailó, y nos invitó a ser parte de la ronda.

Abuela puso la radio sobre la mesada de la piletta, a la que faltaba un pedazo y había sido la tiza con la que habíamos dibujado nuestra rayuela, que permanecía escondida debajo de la alfombra, nos dimos la mano en ronda, Mamá, Ana, Pilar, Abuela, yo y otra vez Mamá, y reímos, juro que reímos, como si el mundo en esos segundos hubiera dejado de ser hostil, como si tuviéramos realmente alguna chance de sobrevivir intactos.

Abandonamos, por un momento, esa sensación agobiante de que estábamos viviendo lo que algún día otro contaría sobre nosotros.

Se desarmó la ronda porque Abuela fue por más volumen en la radio, y así el sonido tapanía lo que quería cantar y quería hacerlo en español, y estuvo así, sola, como en trance, mezclando canciones de cuna con músicas populares, y aunque la melodía que salía del parlante fuera otra, cantaba lo que quería, tangos, valsecitos, milongas. Las ventanas del living permanecían abiertas; se había ido el humo y el olor a quemado. Con los panqueques que habían sobrevivido, Abuela empezó a rellenar los canelones, y la radio que seguía a todo lo que daba.

—Tengo una sorpresa para ustedes —dijo Mamá y nos invitó a que volviéramos al cuarto—, dejen a la Abuela, ta media loca —e hizo el gesto como si

se sacara un tornillo de la cabeza, al mismo tiempo que metía la lengua para un costado de la boca y doblaba la mirada. Por detrás de esa máscara, aunque Mamá no lo quisiera, se le veían las ganas de gritar. Mamá siempre estaba en alerta y cuando más se notaba era cuando lo intentaba tapar. Al gritarle a Artemisa o agarrar a patadas la guantera del auto de Javier, el señor con bigotes, esa era Mamá por entera, pero cuando representaba la obra de la familia normal, cuando convivíamos con estatuas como si fuéramos parte de una representación teatral, esos eran los momentos en que se veían la costura del disfraz y la pena de Mamá. Lo más difícil, para el niño que fui, fue saber que vivía con una madre a la que algo le dolía y no podía hacer nada para sanarlo. Sana, sana, culito de rana, lo que no sana hoy sanará mañana.

Mamá, de la bolsa que había dejado recostada en el piso, sacó unos libros grandes de tapas verdes, se sentó con ellos en la cama de Pilar y nos dejó lugar para que nos sentáramos. Empezó a pasar unas hojas plastificadas, con unas ilustraciones enormes de Zeus, de Poseidón, de Atenea, también nuestras conocidas Hera, Hebe y Hestia, con las historias de los dioses griegos, como las que nos leía en la casa con patio. Me dejé llevar al principio por los colores, por el brillo de la hoja plastificada, pero solo la palabra *dioses* escrita con demasiadas *e* y con una *u*

que nada tenía que hacer ahí (*deuses*, decía el libro en portugués) me volvió ajeno a esos cuentos. Dejé a Mamá leyendo sola con Ana, Pilar perseguía al gato, parecía que ella también quería arrancarle los bigotes, y le pedí a Abuela que bajara el volumen.

—Me duele la cabeza —dije.

—Debe ser por todo el humo de hoy, corazón. —Y giró un poco la perilla.

Me acerqué a la ventana y pude reconocer la pelota que retumbaba cerca del apartamento. Hasta pude distinguir algunas de las mismas voces que ayer: estaba el que relataba los partidos mientras los jugaba, estaba otro con una voz más gruesa, que se pasaba dando órdenes y quejándose con los compañeros, el que siempre alentaba a los otros y que yo creía que debía ser bajo, el que me lo imaginaba de lentes y que pedía todo el tiempo que se la pasaran y otro, estoy seguro que tenía remera roja, que a cada roce pedía falta. Sin embargo, todo lo que veía era la rama sin hojas y sin pájaro que llegaba hasta nuestro piso.

Cerré la ventana, me acosté en mi cama, me tapé la nuca con la almohada. Me trajo Abuela uno de esas aspirinas infantiles que tanto me gustaban.

—Debe ser por el humo —le dijo Abuela a Mamá—, debe ser por el humo que tragó hoy. —Y trajo un balde con agua para el cuarto—. Este aire, cuando no llueve, es insoportable.

Mamá me tapó con una manta fina y me sacó los championes con sumo cuidado, deshizo la vuelta que yo les había hecho y no me dijo nada. Puso el par de championes al lado de los zapatos, para que supiera que ella se había dado cuenta, y se fue deslizando su pollera a centímetros del piso, sostenida por sus tacos, como una diosa griega, *deusa*, pensé, pero que, si no los tuviera puestos, se pisaría la ropa y se caería.

7

56 De a poco me fui acostumbrando al abrir brusco de la puerta. Mamá movía el pestillo con violencia y lo hacía así porque no estaba pensando en esa maniobra. Al moverlo en su arrebató y empujar, Mamá hacía el último ensayo para mostrar su mejor rostro al despertarnos. Pero esa determinación en no fallar nunca era lo que hacía resquebrajar nuestra intimidad de hermanos y de sueño. Durante sus pasos de taco alto entre la puerta del cuarto y mi cama, Mamá se ponía su antifaz. La luz de la veladora que se prende, su perfume que emana como una chimenea encendida, el maquillaje perfecto, sus ojos claros resaltados por el lápiz y su contorno negro, pero, pese a todo, la máscara corrida. Estrellita, dónde estás, me pregunto quién serás, estrellita, dónde estás, me pregunto quién serás.

Mamá esperaba que nos sentáramos en la cama para pasar las indicaciones del día. Después, con su pollera larga, hablaba con Abuela, le decía una hora. Lo escuchaba desde el cuarto y siempre lo hablaban en español, aunque estuvieran en la cocina. Abuela se limitaba a no preguntar y Mamá salía del apartamento cuando yo todavía no había llegado a sentarme para el desayuno. Abuela sí que nos recibía con una sonrisa sincera. Había aprendido a hacerlo sin esfuerzo, así nomás, de pantuflas quemadas y camisón puesto.

Después de levantar tazas, platos y manteca, Abuela anuncia que hoy tenemos una tarea especial que nos dejó Mamá: teníamos que aprender el himno de Brasil. Nos dio una hoja con la letra a cada uno, aunque a Pilar también le dio sus lápices y hojas para dibujar. En ese trajín idiomático en que nos habíamos metido, Pilar se había trancado un poco en su desarrollo y no hablaba como debería una niña de casi dos años. Nombraba, siempre con abreviaciones, la comida, la leche, la mamadera, las galletitas, los caramelos, y sabía nuestros nombres, el de Mamá y el de Ana eran fáciles, a Abuela le decía *Bobó*, a Artemisa, no hubo caso, lo nombraba *Tigas* por su antiguo nombre y a mí me decía *Mano*. Casi siempre que me nombraba estiraba la mano, como si no pudiera distinguir bien una cosa de la otra; la confundía que se dijeran igual. Lo del

himno, aunque mi hermana tuviera también su hoja con la letra, estaba destinado a mí.

Pero no tenía los años de Abuela para aceptar y además quería ser un hombre. Mi Abuela canturreaba el primer verso, en una pronunciación indescifrable: «Ouviram do Ipiranga as margens plácidas...»; no, yo no debería, ese día me había puesto los zapatos como había pedido Mamá, había ayudado a Abuela con la comida ayer de noche, ya está, yo no, que me hicieran acompañar a mi madre, que pudiera salir a la calle o que me dejaran ver el Mundial, pero el himno no. Quería resistir y mis pies no tocaban el piso cuando me sentaba en las banquetas de la cocina. Abuela, con esa paciencia grande como una fuente de ensalada en Navidad, repitió el primer verso y seguía los zapatos puestos que no alcanzaban el piso. Quería llorar, pero llorar como un hombre, hacia adentro, sin lágrimas, y no sabía cómo. Quería aprender a tragarme el dolor, como lo hacía Mamá cada mañana; si ella podía, yo tenía que poder. Pero tenía ganas de patear, aunque fuera de zapatos puestos, patear como un bebé, como si tuviera la edad de Pilar, pero el himno no. Sentía que corrían lágrimas por mis mejillas y las secaba con el puño cerrado, para de paso darme un golpe por poco hombre; y sin embargo las lágrimas seguían saliendo, como si no fueran mías, o mías, pero no solo de esta mañana; eran

lágrimas también de otro momento que se quedaron esperando el lugar y el tiempo más inoportunos para finalmente dejarse caer; y justo ahora decidían tirarse y afirmar, frente a mi Abuela, lo infantil que seguía siendo. Y lo hacía en el más rojo de los silencios.

—No sé dónde están las respuestas, seguí por acá, corazón. —Me dio un lápiz para que rellenara los espacios en blanco por arriba de los puntos suspensivos con una nueva hoja de los ejercicios de siempre.

Seguíamos en clase cuando volvió Mamá. Había llegado temprano y nos trajo de regalo galletitas de chocolate. Se acercó a Abuela para saludarla con un beso ruidoso y después se sacó los tacos. «Ya no tengo que salir más», dijo, y se sentó en la cama de oración del living. Mientras nos dividíamos las galletas con Pilar, aunque perdí en el monto, en cambio, me quedé con el envoltorio, que traía impresa la mascota del Mundial. Abuela también se sentó en la cama y solo podía ver su gesto encorvado que se acercaba a la oreja de Mamá.

Mi madre se levantó de golpe y casi se cae después de tropezar con su ropa, ya no tenía los tacos, entonces le hizo un nudo a la pollera y, descalza, nos pidió que la acompañáramos hasta la cama con la medialuna marcada.

—Mis amores, para que Mamá esté tranquila, necesito que se aprendan el himno de Brasil. —Y era

interrumpida por Pilar, que pedía «tita, tita, tita», que era la galletita que una vez tuvo en sus manos—. Es para que todos podamos estar mejor. —Miraba al piso, pero no me animaba a cruzar los brazos, porque sabía que tenía que colaborar, y mi hermana que empieza a llorar con a la insistencia de «tita»—. Me tienen que ayudar, mis amores. —Y Pilar lloraba y pedía «tita», y Mamá se las dio al mismo tiempo que me sostuvo la mandíbula—. ¿Me escuchaste? —y lo dijo con los mismos ojos que usaba cuando quemó los libros.

60

Sonó el timbre, Abuela vino del living nerviosa, con una sacudida del repasador nos dice que el señor, el mismo de la otra vez, el turco de mierda ese está en la puerta, es él, por el perfil, es él. Mamá se paró despacio, como si tuviera la certeza de ser una diosa griega, fue hasta el lugar donde había dejado sus zapatos, se calzó los tacos, deshizo el nudo de la pollera, no se apuró por un nuevo toque de timbre, un minuto, dijo en voz alta para que se escuchara desde la puerta de la cocina, fue hasta el baño, se peinó, remarcó el contorno de sus ojos, parecían los de un animal sin domesticar que conocía muy bien a su presa, un poco de *rouge*, me dio un beso y fue hasta allá.

Con Abuela y Pilar agarrada de Ana, esperamos detrás de la mesa de la cocina y no veíamos a Mamá, salvo su sombra en el suelo por la luz del pasillo.

—Boa tarde —había dicho el señor antes de que Mamá abriera la puerta, ni bien vio una figura humana que se acercaba al vidrio esmerilado.

—Quem gostaria? —preguntó mi madre en un portugués que sonó perfecto.

—Sou o vizinho que ontem tocou na porta, preocupado pelo cheiro a queimado —insistió el hombre de lentes o sombrero.

—Claro, claro —contestó Mamá, con el tono de quien hubiera reconocido la voz de un amigo de muchos años. Giró la llave en la cerradura, dobló el pestillo despacio, pero todavía le faltaba la cadena que siempre ponía Abuela, entonces vi por su sombra cómo aprovechó para acomodarse el pelo una vez más antes de soltar la última tranca y abrir la puerta. Artemisa fue el único que se acercó y anduvo rodeando por entre los tacos de Mamá y se atascaba su cola estirada con la pollera.

Mamá, una sombra inamovible, era como si se hubiera memorizado el artículo de Turquía de alguna enciclopedia; habló de regiones, nosotros somos de la zona de Rumelia, cerca de Grecia. Le quitó cualquier duda y hasta le hizo preguntas al vecino, y más de una vez creo que lo puso en una situación incómoda por alguna confusión geográfica en que había incurrido el señor de lentes o sombrero. Lo saludó con un *boa tarde*, esperó que el vecino bajara por la escalera con la puerta abierta,

solo después la cerró, trancó con dos vueltas de llaves y aseguró la cadenita que siempre Abuela ponía; pero esos movimientos de Mamá los descifraba por los sonidos que salían de ese rincón de la cocina, su sombra, como un guepardo en su escondite, permaneció inmóvil.

Ella volvió sola hasta la cocina, sin su sombra. Creo que se quedó allá enfrentada a la puerta. Mamá se sentó en una de las banquetas, del otro lado de la mesa, al lado de Abuela.

—Tengo puchos, ¿quierés? —preguntó Mamá.

—¿Y desde cuándo fumás? —se sorprendió Abuela.

—Desde que soy turca, ¿quierés o no?

—¿El encendedor? ¿Javier?

—Ni idea.

Escuché la pelota retumbar por la ventana y agarré la libreta donde Mamá anotaba algo en un papelito cada mañana y se lo daba a Abuela, y un lápiz. Fui hasta el living de ventana abierta y rama sin hojas.

Otra vez estaba el que daba órdenes y armaba las jugadas, e iba tomando apuntes y pude empezar a relacionar voces con nombres, el de las órdenes era Rodrigo. Estaba Junior, que el otro día me lo había imaginado de remera roja, un poco gastada, a ese no lo quería mucho, se pasaba quejando que le habían hecho falta, que la pelota había salido,

y no estoy seguro de si era Rafael el que siempre pedía que se la pasaran o el que relataba los partidos, pero estaba cada vez más convencido de que usaba aparatos fijos, su voz sonaba a dentadura con obstáculos, y el que siempre alentaba, ese era fácil, porque los demás siempre le agradecían, se llamaba Cassio; nombre raro, como los relojes. Fui anotando en la libreta y pensaba, por su forma de hablar, en qué posición deberían jugar. El que siempre la pedía todavía no estaba convencido de que se llamaba Rafael, debía ser delantero, si no, la iría a buscar; Rodrigo, defensa, por lo de las órdenes, Junior y Cassio los ponía un poco por todos lados, y me faltaba una de las voces que se repetían, y trataba de prestar atención y no podía percibir, y carecía de un nombre. Y estaba Javier, el nombre que se repite, el dueño de la pelota, que cada vez que llegaba su padre a recogerlo era el fin del juego. Después había un montón de otras voces, pero eran de esas que no se oían todas las tardes, las que algunas veces estaban y otras no; a esos los puse como suplentes en mis anotaciones.

Mamá se acercó, se había vuelto a sacar los tacos y a hacer un nudo en la pollera, y me preguntó qué escribía sin parar. Le conté lo de las posiciones, de las características de algunos y de que necesitaba descubrir un nombre. Ella se puso de cuclillas y me quiso ayudar, pero solo me confundía más,

yo llevaba días escuchando esas voces y sus interpretaciones siempre eran erróneas. Un momento Mamá cerró la ventana, se sentó en el piso conmigo y me preguntó por el himno de Brasil. Yo le conté que yo ya era grande para eso, que me pidiera otra cosa, y ella insistió en que lo aprendiera, que era importante.

—Además —me dijo—, cuando lo sepas, Mamá te va dejar salir de casa, de a poquito va ser, siempre con Abuela, pero ya vas a poder ir al almacén.

—¿Y Pili? —pregunté.

—Por eso mismo —contestó Mamá—, si tú acompañás a Abuela, yo me animo a que Pili vaya con ustedes. Así, si pasa cualquier cosa, vas a estar para defenderla.

Recuperé la hoja con la letra del himno y me fui al cuarto a estudiar, salí recién cuando estuvo pronta la cena. No habíamos terminado la comida y le pedí a Mamá si me podía ir de la mesa. No me dejó. Esperé la sobremesa, me fui a lavar los dientes, Mamá nos acostó a los dos, apagó la luz y fue a juntar los lápices tirados, no sin que antes Abuela pusiera su balde con agua en el cuarto. Pero no me dormí, hacía fuerza para aguantar el sueño, como cuando quise ayudar Abuela a levantarse, pero no pude, y también ardía esta vez, pero eran los ojos. Esta vez sí, esta vez sí tenía que poder. Demoraron mucho, pero acerqué el reloj de la cocina, que había

quedado olvidado en el cuarto, y lo puse cerca de la oreja para que el tic-tac no me dejara dormir. Esperé y esperé y, cuando estuvieron en silencio, prendí la luz de mi veladora; Pilar ni se inmutó, y seguí con mi lección del himno de Brasil.

No sé qué hora era cuando terminé de memorizar y recitármelo dos veces sin errores, pero ya entraba una luz naranja por los agujeros de la persiana. Y al abrir la puerta del cuarto de Mamá y Abuela, mi madre saltó de la cama y empezó a correr hacia la estatua de Hebe, como si quisiera agarrar algo, y cuando pudo focalizar y ver que era yo que estaba ahí, volvió sus pasos al cuarto.

—No, Mamá. —Y en una postura recta, junté mis dos pies y clamé con una mano en la sien, como un soldado—: Ouviram do Ipiranga as margens plácidas; de um povo heroico o brado retumbante...

Cuando terminé de recitar todas las estrofas del himno, mi madre me felicitó por la lección y después me pegó un cachetazo cariñoso.

—Nunca más un saludo militar, ¿me escuchaste? Andá a dormir.

8

Las mañanas se volvieron siempre las mismas, uniformes. Mamá nos desvelaba con su sonrisa dilatada y su cara de yeso; procedíamos a la

usanza de los dientes limpios y del rostro mojado, antes de pasar a la cocina, donde Abuela, no sé cómo, cada vez encontraba una excusa para renovar nuestros días.

66 Con el desayuno pronto, nos controlaba mientras rellenábamos los libros, los cuadernos, y siempre la radio prendida. Al principio buscaba cualquier sintonía y escuchábamos música en portugués, pero poco a poco fue descubriendo nuevas estaciones y, de diez de la mañana a doce, había un programa de tangos que, aunque el locutor fuera brasileño y hablara en su idioma, las canciones eran en español. Abuela nos pedía que por favor no le comentáramos a Mamá, y con Pilar negoció el secreto con un par de caramelos al final de todos los desayunos. Yo adquirí, a cambio de mi silencio, el derecho a escuchar un resumen deportivo que pasaban en otra estación y que empezaba justo a las doce, cuando terminaba el programa de Abuela, y que hablaba sobre la preparación de los seleccionados para el Mundial.

Sin saber de nuestra complicidad de cocina, Mamá nos había autorizado a ir al almacén con Abuela después de los deberes. Íbamos los tres, Abuela de un lado, Pilar del otro y yo en el medio, agarradas cada una de mis manos.

A la ida al almacén, era Pilar quien intentaba arrastrar el carrito de feria, pero no podía, y era

Abuela quien terminaba por empujarlo, y al regreso, cuando estaba lleno, siempre me tocaba a mí. Esa era la parte del día que más disfrutaba. El peso no lo podía remolcar con una sola mano, entonces tenía que usar ambas y me soltaba de mi Abuela y Pilar en plena calle, como un hombre.

Hasta ahí llegaba nuestra vida fuera del apartamento, las demás horas las pasábamos ayudando a Abuela. Hacíamos alguna otra tarea de los libros, había un momento de la tarde que Abuela se ponía nerviosa, nunca era el mismo, dependía de la hora que le hubiese dicho Mamá de mañana, y ella se sentaba en una butaca de la cocina y arrugaba un repasador.

Cuando no llovía, me acercaba a la ventana a escuchar a los niños jugando. Había llenado hojas y hojas con anotaciones y a la rama que se asomaba le había salido un pequeño brote de hoja. Llegué a la conclusión de que Rafael no era el que relataba los partidos, él era definitivamente el que pedía siempre que la pasaran, el nombre que me faltaba era el del relator, porque cada vez que él tenía la pelota en sus pies se autodenominada Rivelino. Ese era el nombre que me faltaba. Pero estaba muy aburrido de ese encierro y rutina. Me molestaba el grito de los niños y ya no lo podía disfrutar.

Agarré cuatro pares de medias y me armé un balón. Empecé dominándolo en el living, después

probé unos pases cortos contra la pared, y la pelota cada vez agarraba más forma. Abuela seguía con la radio en la cocina, preparaba la cena, y Pilar retaba a una muñeca sacudiendo el dedo, de la misma forma que se lo hacía Mamá. Artemisa era el más molesto, porque también quería jugar con mi nuevo juguete y en uno de mis regates, cuando me saqué la marca veloz y felina de Artemisa, golpeé la estatua de Hebe, que se tambaleó con el choque suave de una pelota de medias. La fui a tocar para asegurarme de que no se cayera y me di cuenta de que las estatuas no eran muy pesadas. Estaban huecas y no eran de mármol, como en los museos. Con mucho cuidado y algún esfuerzo, sosteniéndolas por la base, las pude ir trasladando. Corrí el sillón que estaba abajo del espejo de marcos dorados y puse a Hebe en el medio. A Hestia la traje más cerca de la cocina y la puse alineada con Hera. El living quedó así: en la barrera Hestia y Hera, de golero Hebe y el arco era el espejo con marco dorado. Cerca de la puerta de entrada de la casa, la alfombra que tapaba la rayuela delimitaba el área grande.

Desde esa zona el juez pita la falta y desde ahí, órdenes del árbitro, tiraría el tiro libre. Por como Hebe acomodó su barrera, no me deja más opciones que pegarle fuerte al ángulo del espejo que está más cerca de la puerta de nuestro cuarto o patear suave, por arriba de la barrera, para clavar la pelota

de medias en el palo del arco que está al lado de la ventana. La presión es grande, pero el juez ha pitado la falta en un lugar del campo que es ideal para quien tiene un perfil de pierna derecha; ni siquiera miro al entrenador, sé que la responsabilidad es mía. Acomodo el elástico de mi short y demoro un poco el tiro para tratar de poner nerviosa a Hebe, que conoce muy bien mi destreza con las pelotas quietas; el relator de la radio dice que desde ahí, con mi pie, es medio gol. Atrás del arco, la tribuna visitante que me abuchea para quitarme la concentración y mueve las banderas para distraerme, pero no soy uno de esos que tiemblan en las difíciles. Tomo una carrera corta, dos pasos, y le pego suave por arriba de la barrera; la pelota toca en el ángulo del espejo, que tambalea, tambalea, pero el clavo que lo sostiene aguanta y el balón no entra.

69

En la tribuna visitante, por el espejo de marco dorado, vi el rostro de mi madre que entraba a casa. Me agarró furiosa por la oreja y me remolcó hasta mi cuarto, diciéndome que nunca más tocara las estatuas, «me escuchaste, nunca más», y que casi había roto el espejo.

—No necesitamos más años de mala suerte, con los que tenemos por delante basta —vomitó con ojos de sangre.

Yo le dije que la odiaba, que era una mala madre, «te odio», le dije, que se ponía linda solo para los

demás y a nosotros nada, y que Abuela escuchaba radio en español de mañana en la cocina, que Pilar comía caramelos en el desayuno y que yo seguía todas las tardes el resumen de las noticias del Mundial, y cerré yo mismo la puerta del cuarto con fuerza. Escuché que los tacos, que ya habían llegado a la cocina, retrocedían al cuarto, pero se frenaron cerca de la puerta, estuvieron unos segundos quietos y después se dirigieron al baño. Yo estoy seguro de que Mamá lloró ese día y me hubiera gustado haberlo visto, ver cómo se le corría el maquillaje, verla gritar con la boca llena de saliva, hilos de baba pegados en sus dientes, que los mocos transparentes le salieran por la nariz, pero no pude, todo eso lo debe haber hecho trancada en el baño, y yo dejé de llorar, lo tranquilé con la almohada y lo hice como los hombres, para que las lágrimas corrieran para adentro.

Estuvo un buen rato en el baño mi madre, pero cuando salió estaba peinada impecable, había repasado el maquillaje y el contorno de los ojos, aunque tenía una mancha negra que le recorría la mejilla y marcaba el camino de una gota de llanto, de esas que quedaron para el final, cuando el dolor ya estaba controlado. Me golpeó la puerta y preguntó si podía pasar. Le dije que sí y todas las lágrimas que había guardado contra la almohada hacía unos minutos empezaron a caer antes de que Mamá se

sentara en mi cama. Me abrazó, no me dijo nada y me abrazó. Su perfume estaba recién puesto, lo debió de haber repasado en el baño y cómo quisiera en ciertos momentos volver a ese lugar.

Mamá sentada en mi cama no me dijo nada sobre la pelea. Me acomodó el pelo, me dio un beso en la frente y me dijo que Abuela estaba por ir al almacén, a ver si no la acompañaba.

—Sí. —Cambié mis championes por el par de zapatos y salí del cuarto.

En el living, el sillón y las estatuas ya estaban en su lugar, Hera al lado de la cocina, Hestia al lado de nuestro cuarto y Hebe en el rincón más lejos de la puerta, que estaba abierta con Abuela esperándome:

—¿Lo llevás vos o lo llevo yo el carrito?

A la vuelta también arrastré el carrito, con mis dos manos, suelto y solo por la calle. Entramos al edificio, llegó el ascensor y, cuando estábamos por subir, sentimos unos pasos, Abuela quiso apurarse, pero ya no le daría tiempo de evitar a cualquier vecino. Era un niño que venía todo sudado y por la forma que nos saludó, con un buenas tardes muy ordenado y cortés, me di cuenta de que era la voz de Cassio, el que se llamaba como los relojes, el que siempre alentaba a los demás compañeros. Preguntó a qué piso íbamos y se ofreció en apretar el botón. Él era un poco más alto de lo que me lo imaginaba y más viejo, tendría unos nueve años.

—Você mora no oito, eu moro no seis. De tarde a gente sempre joga futebol no campinho, as quatro da tarde, se você quiser vi e só chega, você é meu convidado —me dijo Cassio, y yo abracé la pierna de mi Abuela y hasta largué el carrito, que se cayó al piso del ascensor. Fue él quien levantó el carrito y me lo puso en mi mano—. Tô te esperando pro futebol —dijo y se bajó en su piso, dos antes que el nuestro.

Llegamos a casa y me volví a trancar en el cuarto, no quise comer esa noche, Mamá otra vez no me dijo nada. Después sentí cuando acostaron a Pilar y cómo me acariciaron la frente. Me estaba haciendo el dormido, solo estaba tirado en la cama, rendido y hartó, y cuando venía alguien, cerraba los ojos para que me creyeran ausente. Escuché después movimientos en el living, la ordenada de los lápices, y quería mantenerme desvelado para escuchar de qué hablaban Mamá y Abuela, pero el reloj ya había vuelto a la cocina y no tuve un tic-tac que me mantuviera despierto. Traté de aguantar y no pude saber de qué hablaron, hasta muy tarde, en el living de casa.

72

9

La siguiente mañana ya no fue el gesto nervioso de Mamá que me despertó. Antes de que ella

abriese la puerta con fuerza para enseguida entrar con sus pasos en el cuarto, antes mismo del choque del primer taco contra el suelo y de que bajara su velocidad —esos movimientos están registrados en mi memoria con letargo, hasta su voz cambiaba y empezaba a modular mejor cada frase—, mismo antes de que rasgase en su rostro esa sonrisa que se exigía ser larga, yo ya estaba despierto.

No había cenado la noche anterior y ya hacía unos minutos que estaba desvelado. He vuelto a estar en otras camas, ceñido por el insomnio, basculándome en la culpa, y todas me retrotraen a aquella noche, en el cuarto al lado de la respiración de Pilar que seguramente estaría con Ana, la del despertar hambriento. Y cada vez que enfrento una vigilia de colchón, me vuelve lo mismo que cuesta descifrarlo, uses las palabras que uses, esa repugnante inercia de los días que como un rolo compresor te aplastan, hagas lo que hagas. Los pollitos dicen pío, pío, pío, cuando tienen hambre, cuando tienen frío. La gallina busca el maíz y el trigo, les da la comida y les presta abrigo. Bajo sus dos alas, acurrucaditos, hasta el otro día, duermen los pollitos.

Fui enseguida al baño a lavarme la cara, los dientes, y me senté antes que todos en la mesa de la cocina a la espera de mi desayuno. Y no era solamente hambre de comida, el encuentro con

Cassio en el ascensor me obligaba a devorar lo que fuera. Embutí tres tostadas más de las que Abuela habituaba servirme y me zampé solo al cajón con los cuadernos y los problemas de matemática, los manduqué sin ni siquiera pedirle ayuda a la hoja de respuestas, que debería estar enganchada en el sostén de Abuela. Después vinieron los ejercicios de portugués que, con mis lecciones diarias con la oreja pegada al parlante de la radio, fueron una papa.

Al mediodía acompañamos a Abuela en su ida al almacén y Pilar crecía día a día. Un lunes te pedía para revolver sola la taza, al otro se enojaba si le ponías babero. Fue ella quien arrastró por dos cuerdas el carrito de feria hasta el almacén y fui yo que lo traje a la vuelta.

Mamá volvió a casa más temprano que otros días y almorzó con nosotros. Después de una siesta de media hora, nos ofreció leer cuentos en la cama de oración. Abuela incrustó una mirada de reproche seguido de un jadeo incomprensible, pero que tuvo una respuesta limpia de Mamá: «Yo no puedo», le dijo.

—Andá ponerte un short y calzate los championes —me ordenó Abuela—. ¿Pili se queda o viene con nosotros?

Mi hermana saltó de la cama del living, donde ya se había acomodado para la lectura de los cuentos, levantó un pie y se lo miró, después levantó el otro

y también se lo miró, y abrió los brazos: estaba descalza.

—¿Cuáles querés ponerte? ¿Los azules que te regaló Abuela o los que tienen cierre? —le preguntó.

Ella fue corriendo, me atropelló en la entrada del cuarto y agarró los azules.

—¿Mamá? —preguntó Pilar cuando volvió al living.

—Se tiene que quedar para darle de comer a Artemisa —contestó.

—¿Ana?

Mi madre agarró el trapito de Pili, lo envolvió en su mano como una marioneta y nuevamente le puso voz.

—Yo voy, yo voy —dijo mi madre con el tono y la dicción de Ana.

Cuando salíamos de casa, Pilar apuntó al carrito de feria y preguntó por él.

—Nos vamos a jugar sin carritos —dijo Abuela, que se disponía a cerrar el apartamento y Pili se empeñaba en saludar a Mamá con un *chau* efusivo mientras su imagen iba desapareciendo junto a la puerta que se recostaba en su marco.

—¿Todos prontos? —preguntó Abuela en el pasillo de nuestro piso. Contestamos con la cabeza y ella apretó el botón que llamaba el ascensor.

Caminamos la primera cuadra como si fuéramos otra vez al almacén, pero en la esquina doblamos

a la derecha y yo seguía a Abuela con la confianza de quien tiene los ojos vendados. Otra cuadra más y sentía el ruido de la pelota que retumbaba. Nos acercábamos. Abuela me soltó la mano y se fue con Pili a unas hamacas al costado de la cancha de fútbol. Andá y pedí para jugar, me dijo. Me quedé quieto, absolutamente quieto, y sentí el olor a polvo, a ciudad, a polución, a niños que transpiraban, al cuero que se rasgaba contra el piso de cemento, a infancia disecada y no me animé a alistarme en el partido. Cuando ya había decidido resignarme e ir hasta las hamacas con mi hermana, fue la voz de Cassio, el que alentaba siempre a los compañeros, el que se atravesó en el ascensor, con un «vizinho, vizinho, vem, falta um», que funcionó como un tic-tac que no me dejó dormir. Me acerqué hasta el pedazo de la reja donde estaba la puerta de la cancha.

—O nosso time é o Rafael —y me iba apuntando a cada uno y le ponía cara y cuerpo a los que ya conocía de memoria—, o Junior —uno más que adquirió rostro y cuando me fue a presentar a otro integrante de mi equipo, él solo se adelantó a Cassio:

—Sou o Osmar —me dijo, y le pude poner nombre al que relataba los partidos.

Rodrigo fue nuestro rival, el que daba órdenes, y jugaba con Claudio, Fabio, Felipe y Javier, sin

bigotes. Nos turnábamos en el arco, era Cassio quien llevaba el tiempo, cinco minutos cada uno, y empecé de arquero.

La pelota que usamos es linda, de cuero, y tiene muy pocas marcas de pared, parece manteca; la veo de cerca cuando sostengo y no doy rebote en un tiro de lejos de Javier. Blanca es, de un cuero blanco y tiene la presión de aire justa para no lastimar de tan dura y no estar pesada de tan blanda. Se traslada en el aire o por el piso de cemento como si no hubiera sido hecha para otra cosa que para esta canchita, para este día de otoño, que se siente junto a la fragancia de ciudad, esa mezcla rara de sequedad y pasado. Rodrigo se va solo de la marca de Junior, me tiro a sus pies para atajarla y no importa rasparme los codos con el piso; los impresiono, yo sé que sí, y ellos lo toman como un indicio de que de fútbol sé, y que espero ansioso los cinco minutos para salir del arco. Tengo dos tapadas más, pero tiros de lejos, Junior es muy bueno en la marca, fornido, y el aliento de Cassio en cada pelota que recupera lo agiganta aún más, y si falla, Osmar llega al cierre, aunque gasta su aliento en relatarlo todo. Pasan los cinco minutos y ambos arcos se mantienen invictos. Me sustituye Rafael en el arco, recién acá tomo contacto con la real dimensión del placer de esta pelota; si le ponés el pie, va adonde querés que vaya, y trato de impresionar con mis

gambetas, de mostrar con lo del fútbol, aunque no sé cómo pedir que me la pasen, pelota o guinda no es, bola sí, es bola lo que dicen en la radio, y me desmarco sin suerte. Después pasa Cassio al arco, y armamos el cuadro con Junior en defensa, Rafael arriba, pidiéndola sin parar, y Osmar y yo en el medio. En la primera que tengo, la domino con el pie izquierdo y, al someter la pelota a mi zurda y a sus deseos, meto un pase preciso, a espalda de Claudio que mismo con su estatura y con un esfuerzo gigantesco no llega, no llega y creo que todas las ventanas de los edificios alrededor aprecian esa jugada, es descomunal, y pienso que Mamá me está aplaudiendo, hipnotizada por mi magia, con Artemisa reclamando su ración entre sus pies, pero cuando miro a Abuela ella está olvidada con Pilar y no me ve. Rafael queda solo frente al arco, y arrancamos ganando uno a cero, y no lo festeja conmigo, se guarda todos los méritos. El dos a cero viene enseguida, hacemos una triangulación con Junior y Osmar, y lo dejamos a Rafael ya sin arquero, que solo tiene que empujarla. Soy nuevo y lo festeja con Junior y Osmar, que le pone el grito de gol, como si fuera una radio, aunque sale Cassio del arco a felicitarme. Le toca a Junior ir de golero y yo paso a la defensa. Achican diferencias, dos a uno. Pero en una jugada en que me vienen dos contra uno, me tiro al piso a barrer y no se la paso a nadie, y sigo

con ella casi a los empujones, pero sin falta, como un hombre, y pateo, ensangrentada toda mi canilla por lo que baja de mi herida, pateo fuerte, pero no con la fuerza de una pierna fina de un niño, pateo con mis dientes, con la rabia que todavía guardo, pateo con lo que me falta, con la rodilla dilacerada. Tres a uno.

Vino el padre de Javier, el dueño de la pelota, y le dijo que se tenía que ir. La sonoridad de ese nombre me devuelve el olor a pino artificial, a los bigotes en el retrovisor, a que, si quizás nos hubiéramos quedados escondidos en la casa con patio, cerca de la frontera, antes de la fogata, Mamá todavía estaría acá.

Cuando la sostuve para dársela, vi una mancha roja en el cuero, debía ser mi sangre. Se terminó el partido y me acerqué a Abuela, que preguntó preocupada qué me había pasado, estaba todo lastimado. «Cosas del fútbol», le contesté con voz de locutor y esa respuesta bastó. Cassio nos acompañó a casa. «Você joga bem, mais é um pouco maluco», dijo, y no entendí. Cuando se bajó del ascensor, se fue con un *hasta mañana*.

Entramos en el apartamento y Mamá miró con un rostro de madre, por donde se fugaba una alegría envuelta en un desasosiego por tanta sangre volcada, pero el raspón no era muy grande. Ella estaba descalza, como cada vez que no pretendía

salir más de casa y, con un nudo hecho en su pollera larga, me acompañó hasta el baño, me sacó los championes y las medias y puso mi pierna debajo de la ducha. Ardía, pero cuando ella me lo preguntó, le dije que no. Agarró el jabón y el ardor aumentó y me guardé las caras de dolor, como Mamá hacía con las lágrimas. Desinfectante y más ardor; ni me inmuté y ella me detalló que era un hombre. Cómo me sentía y le dije que estaba contento. Ella me abrazó fuerte y puso su mentón sobre mi clavícula. Sentí una humedad que bajaba por el hombro, era el llanto de Mamá, no lo pude ver porque cuando me solté ya se había secado las lágrimas. Pero esas dos o tres gotas recorrieron toda mi espalda y terminaron en el elástico de mi short y esa es la cicatriz intachable que me atraviesa hoy.

10

Tenía permiso para ir a la canchita del barrio los lunes, miércoles y viernes. Al principio, cada vez me acompañó Abuela y ella aprovechaba para jugar con Pilar en las hamacas, a tirarla por el tobogán. A la rayuela podían siempre y cuando Pilar fuera la única para saltar y juntar la piedrita. Lo que sí no lograban era al sube y baja. Abuela estaba cada vez más gorda y ya no tenía las fuerzas suficientes en sus piernas para poder impulsar su peso. Cada vez

que el padre de Javier, el dueño de la pelota, desde el alambrado que rodeaba el cemento marcado con dos arcos, nuestra canchita, le decía que se tenían que ir, ahí terminaba el fútbol. Pilar aprovechaba y me pedía para jugar en «hube aja», en su idioma de chupete.

Al cabo de algunas semanas, la casa se fue llenando de libros de matemática, gramática, pero además historia y geografía, todos en portugués; parecía que nos estábamos acomodando y, siempre y cuando me hubiese portado bien de mañana y hecho todos los deberes, en los días marcados, tenía el privilegio de ir solo después del almuerzo a jugar al fútbol. Eso sí, cinco y media de vuelta, lo que significaba que las seis era la verdadera hora de toque. Mamá hasta me regaló un reloj de plástico para que lo llevara en el pulso siempre y a ese límite se subordinaba mi independencia.

Mamá estaba más suelta, ya no preguntaba tanto y sus salidas eran prolongadas, se la veía activa, como si tuviera un trabajo o coordinara algo. La familia solo estaba completa en casa después de las seis y hasta cuando Mamá nos despertaba; seguía el ritual de los tacos que se acercaban a la cama, pero, al enjuagarme la boca para sacarme el resto de pasta, Mamá ya había llamado el ascensor; escuchaba desde el baño las directivas que le transmitía a Abuela.

Una mañana, habían empezado a posarse palomas en el borde de la rama como ratas negras buscando sobras y faltaba muy poco para el Mundial. Mamá le advirtió, y al cerrar la ventana volaron los pájaros, que no tardaron en volver, que empezara a cuidarse con el peso por si vienen.

En ese amanecer del comentario intruso, hice todos los deberes, aunque sin el placer de otros días; esa vez los terminé con rabia, con bronca, para que no me pudieran decir nada y no tuviera que contestar desde el odio. Abominaba esa parte de mi vida que ensombrecía la ternura de los desayunos y la efusividad de mis goles, pero me lo tenía que tragar, como si fueran lágrimas; en casa las preguntas, no. Conté los tic-tac del reloj de la cocina a la espera de las dos de la tarde y el permiso para ir a jugar al fútbol.

En el camino entre el edificio y la canchita, al doblar a la derecha, no escuchaba la pelota retumbar y tampoco los gritos, sin relatos, como si la sequedad de un final de otoño se lo hubiera tragado. Vi de lejos a Cassio, que pateaba solo una pelota de trapo hacia un arco y después se movía y pateaba hacia el otro. Me dedicó una sonrisa sincera al verme, como si fuera yo el que lo hubiera rescatado.

—Não vem ninguém, é feriado —me dijo ni bien pisé la cancha.

—Tá bom, tá bom —no supe qué contestar.

—Você fala estranho —me comentó con confianza.

—Eu faço mais goles que você —le respondí con rabia.

—Você quer vir brincar na minha casa? —lo planteó naturalmente, como si no hubiera preguntas que contestar. Debería pedir permiso y, probablemente, al no estar Mamá, Abuela no se animaría a tomar una decisión y me quedaría sin «brincar» en la casa de Cassio. Sin embargo, la repugnancia por tanto silencio, por no contarme, por no tratarme como a un hombre de rodillas magulladas, por sentirme culpable de no saber no me hizo dudar.

A la casa de Cassio entramos por la puerta de la cocina, y después de pasar por un costado del living, cuando nos metíamos en el pasillo para sumergirnos abrumados en su cuarto, la madre le chistó desde un sillón largo y blanco.

—Vem aqui que eu quero te apresentar alguém. —Y pude ver por la imagen reflejada de un enorme espejo, puesto en la misma pared que mi casa (los apartamentos eran idénticos, dos pisos más abajo), cómo ella se descruzó las piernas para recibir a su hijo. En una poltrona estaba sentado un señor pelado, del que solo veía su nuca y la punta de una de sus botas de cuero, que sobresalía.

—Este é meu filho, Almirante, o nome dele é Cassio, leva o mesmo nome que o seu pai. —Me

atrincheré en el pasillo y solo veía la parte del espejo que revelaba el gesto en yeso de Cassio, estirando el brazo para darle la mano al señor pelado, convencido que desde mi posición nadie me vería.

—Leve esse nome com orgulho —le dijo el señor sentado de espaldas al espejo. Cassio asintió, como si estuviera cansado de escuchar.

—Vejo pelo espelho que você veio com um amigo, vão brincar no quarto, mais não façam muito barulho —le dijo la madre de Cassio, que me había delatado.

El miedo espantoso que me devoró las vísceras, ahí en cuclillas, en una casa ajena, a espaldas de las órdenes de mi Abuela, duró el lapsus de una puñalada, el tris en que la plata fría abre una carta, ya que Cassio pasó por enfrente y abrió la puerta de su cuarto, porque, en ese otro instante, la vi.

Era una tabla de madera teñida de verde pasto y con los contornos de una cancha de fútbol pintados de blanco, como si fuera cal. Tenía todas las líneas marcadas, hasta el lugar en los rincones para patear los córneres, ya había aprendido que acá se llamaban *escanteios*. Estaba sostenida por cuatro patas desmontables, como si flotara. El sol de la tarde entraba por la ventana del cuarto. El arco y el área más cerca de la cómoda estaban bajo una sombra, mientras el resto de la cancha de fútbol de botones estaba bajo un sol fuerte. En ese momento

todavía no tenía nombre, luego la bautizaríamos como el Monumental; escuchamos días después que ese era el nombre del estadio donde se jugarían los partidos decisivos de la Copa del Mundo.

Cassio se quitó los championes y me invitó a quedar en medias. Su cuarto tenía una enorme alfombra blanca, donde también estaba apoyada la mesa suspendida, con unos pelos tersos, era como pisar merengue, y muchas veces he tratado de recuperar la suavidad de aquella tarde en otras alfombras, esa intimidad con otras medias, amigos, pero todas devinieron en una mala imitación de esa tarde que sentí en mis pies, en ese cuarto, como si mi niñez hubiera quedado anclada en esa alfombra, secuestrada en su lisura para protegerla, y ahí está, hasta hoy, a salvo.

Con ansiedad pateé mis championes de fútbol para debajo de la cama y, el partido tenía que empezar, Cassio sacó del placar todos los equipos de fútbol de botón que tenía; unos cilindros de plástico, del tamaño del reloj de pulso que Mamá me había regalado para que nunca llegara tarde, y que empujabas con una paleta de acrílico para que a su vez hiciera mover una pelotita de lana. Había selecciones de Europa y clubes que nunca había escuchado nombrar. Los puso sobre la cama y me dio para elegir. Conocía el fútbol de la canchita y de la radio, pero el fútbol de botones no y tampoco

sabía lo que tenía que hacer. «Elegí vos», lo dije en un español irreprochable. «Já tenho meu time», respondió, y de uno de los cajones del ropero sacó, escondido entre los pares de medias, un estuche negro, de joyas; lo puso arriba de la cancha y de cada bolsillo hecho para guardar collares o anillos sacaba las fichas de su equipo, el São Paulo.

La entrada al estadio es magnífica. Siento cómo su afición recibe al equipo, banderas que flamean, papel picado, un ruido ensordecedor de las tribunas y el juez que acomoda el elástico de su short mientras espera que los equipos concluyan el calentamiento, ya sobre el terreno de juego. Saca de a uno a los jugadores que descansan en sus cuchetas, concentrados y que esperan a su rival.

Cassio los dispuso en la cancha, aunque guardo la impresión de que ellos se acomodaron en sus puestos solos. Los discos de plástico, con el número 2 y el 6 por los laterales, el 3 y el 4 se pusieron cerca de su propia área, los volantes en su lugar y los delanteros fueron hasta el centro de la cancha para que empezara el partido. Elegí al equipo que tenía más cerca. Dispuse los jugadores sobre la cancha de la misma forma que lo había hecho Cassio y él fue a buscar, a escondidas de su madre, una alarma de cocina. También había traído una moneda e hicimos el sorteo; esa fue mi primera derrota: cayó en la alfombra con la cruz mirando al techo.

Sonó a los diez minutos la alarma y perdía cuatro a cero; mis jugadores, de cabeza gacha, lo único que querían era irse, pero escuché a Cassio decirme que todavía faltaba el segundo tiempo. Tenían la sensación de que era irremontable, que, por más que corrieran y corrieran, la derrota los alcanzaría, sin tregua. Ya no podían más; me costó mucho convencer al golero para que volviera y apelé a su dignidad, que es lo primero cuando se trata de un asunto de hombres. Le dije al plantel que los partidos se juegan hasta el final, pero ellos, apoyados sobre sus muslos en los vestuarios, tenían la sensación de haber entrado en un túnel oscuro de donde era muy tarde para volver y lo que quedaba era seguir, aunque todavía no se viera la luz al final. Les pedí fe, en no sé qué, y sin embargo ese argumento bastó.

Reanudado el partido, y mientras Cassio siguió con sus movimientos precisos, en su cuarto había una jarra de agua arriba de su mesa de luz, puesta arriba de un plato con servilleta y un vaso limpio. Estaban también sus cuadernos y libros de escuela apilados y tenían una etiqueta con su nombre impreso: Cassio de Campos Neto; y confirmé que se llamaba como los relojes, pero con doble s. Al lado, un portarretrato con un expresión feliz y abrazado de su madre, y, en otro portarretrato, un señor de uniforme. Ni siquiera ese traje verde selva me pudo

desenchufar de la paz que me subía por los pies, y, aunque muchas veces me invade la culpa, guardo a escondidas la certeza de que no había escapatoria, mismo si esa tarde hubiera hecho lo correcto, abandonado el juego y me hubiera ido con una excusa falsa y actuado como un hombre.

Adheridas al vidrio de la ventana, las figuritas repetidas del álbum de la Copa del Mundo que Cassio coleccionaba, con la cara de los jugadores. Les pude poner rostro a los comentaristas de la radio, Rivelino usaba bigotes, la sonrisa repleta de dientes de Teófilo Cubillas, el Nene lo nombraban los relatores cuando hablaban de la selección peruana y Kempes, el crack del equipo argentino, que tenía el pelo largo, más se parecía a un cantante. La puerta del placar estaba recubierta con un mapa de Sudamérica. La madre de Cassio lo llamó desde el living para que fuera a despedirse del almirante y Cassio salió con prisa, al reloj de cocina no había como frenarlo. Al volver, dejó entreabierta la puerta y vi, como había visto a Mamá aquella mañana delinearse los ojos, taparse las ojeras y enfrentar el mundo, como un reloj de cocina que no se detiene, al almirante despedirse de la madre de Cassio besándole la mano. El segundo tiempo fue peor. Terminó el partido, nueve a cero.

Después, esa misma tarde, seguimos jugando con otros equipos, pero Cassio no volvió a poner

al São Paulo en la cancha. Usé otras selecciones, algunos equipos, y todas las palabras que intercambiábamos con Cassio estaban relacionadas al juego. Una y otra vez, la alarma sonó a los diez minutos. Cuando su madre nos dijo que siguiéramos otro día, que ya era tarde, no había hecho ni un solo gol y tampoco había mirado el reloj, regalo de Mamá, pero era tarde, había oscurecido hacía mucho y subí con prisa, orgulloso de mi falta, contento, aunque cada tanto me invade la culpa. Sabía que el reproche me esperaba, quizás un cachetazo, después de los dos pisos por escalera. Sin embargo, pisé firme cada escalón, decidido a ser hombre.

II

89

Mi madre ya no me dejaría jugar en la canchita, la ida al almacén, prohibida, y la normalidad conquistada con mis deberes, con mis retornos puntuales, con mi himno porfiado se marchitaría cuando tocara el timbre, escuchara el ruido de los tacos de Mamá acercándose y el rezongo a puertas cerradas; recién miraba mi reloj de plástico y ya eran las 7:18 de la tarde.

Elegí la puerta del living para entrañarme un poco más y que no se viera mi figura por detrás del vidrio esmerilado. Apreté el botón, siguió el ding dong del timbre y parado frente a la puerta escuché

unos pasos de medias, casi imperceptibles, como una víbora que se arrastra.

Preguntó en portugués: «Quem é?», y estuvo a punto de descomponerse al escuchar mi voz, porque tardó mucho en sacar las dos trancas y tuvo que repetir movimientos, como si se tratara del nudo marinero de un tripulante que estaba apurado por zarpar. Yo tenía el cachete pronto para el golpe, no lloraría, ni siquiera para adentro.

90 Sin la precisión del guepardo sin sombra que le había abierto la puerta al vecino que usaba lentes o sombrero y cuando al fin pudo, me esperaba Mamá sin maquillaje, sin el contorno de los ojos delineados, Mamá por entera, sin el *buen día* ensayado, sin *rouge*, una mujer a punto de subyugarse, de rendirse sin condiciones, pusilánime. Empujó la puerta y, por primera vez desde que llegamos, esa casa quedó cerrada sin pasador. Se agachó y me abrazó con sus vísceras; pude sentir el ruido de sus jugos gástricos, el movimiento del aire en su tráquea con mis labios y también estaba su perfume, que, a su vez, me acunaba las entrañas. Mientras Mamá me abrazaba estirándome la ropa, apretándome el antebrazo, oliéndome detrás de la oreja y besándome el pescuezo, vi el living de casa en penumbra. Un pequeño portalámpara prendido al lado del sillón, los lápices de colores ya ordenados, un libro abierto, los zapatos con tacos y nada más. No veía rastro de Abuela ni

Pilar; pensé en muchas cosas en ese momento, pero, como era costumbre, no hice preguntas. El que se acercaba a nuestro abrazo comprometido era Artemisa, que enseguida empezó a dar vueltas alrededor.

Mamá, agarrada de mi mano, me condujo hasta el rincón donde estaba sentada, con su libro en portugués, como si me llevara por primera vez a la escuela. Alzándome en brazos, me dispuso con suavidad en el sillón, en el lugar del medio, y ella se dejó caer cerca del posabrazos y ahí estuvo el libro abierto entre nosotros. Sentí ruido que provenía del pasillo, Abuela que me ve, me pellizca con ternura.

«¿Sos vos?», me pregunta. Le dio un beso en la frente a mi madre, lloró con ella y me sostuvo el mentón. «Portate bien», me dijo, y se dio vuelta. Cuando pisaba el pasillo e iba en dirección a mi cuarto, sentí la voz de Pilar: «¿Mano?», pude imaginarme el ademán que Abuela le debió haber ofrecido y escuché la frescura con que cerró la puerta del dormitorio, donde se debieron haber atrincherado a la espera de noticias. Hasta Artemisa, que huía cada vez que me avistaba, sintió mi ausencia como una puñalada: después de dar vueltas y vueltas, se acomodó en un ronroneo sobre mis pies.

Con todas las luces de la casa apagadas, salvo la veladora que alumbraba el rostro de mi madre, ella tenía los ojos rotos, casi amarillos, Mamá, con la voz disminuida, como un soplo entre dientes, me

preguntó en español de dónde venía. Le hablé de la cancha de fútbol de botones, que era verde como si el pasto hubiera crecido en primavera y estuviera recién cortado, había olor a grama suelta, y con eso es difícil dominar la pelota, corre más rápido con el césped así, pero que no tuve problemas, los jugadores, más allá de que era nuestro debut, habían sido valientes.

—¿Eso es en la casa de un amigo? —preguntó Mamá.

Le dije que en lo de Cassio, y largué una carcajada organizada cuando pronuncié *Cassio*, con la explicación de que me parecía raro que se llamara como los relojes, pero en realidad se escribe con doble s. La cancha, que estaba suspendida sobre cuatro patas, tenía marcadas todas las líneas y no solo las áreas, el semicírculo también, los puntos penales y hasta el rincón donde se tenía que poner la pelota en los córneres, que ya había aprendido que acá se llaman *escanteios*. En eso momento me paré del sillón y me puse de pie, frente a mi madre, compartiendo la luz de la veladora, y le agarré las dos manos, que las tenía suaves porque recién se había puesto crema.

—¿Quién es Cassio?

Conté que Abuela lo conocía y que en un estuche, todo negro, guardaba su equipo preferido, como si durmieran concentrados para los partidos, y además en otra caja un montón de equipos más.

Me dio a elegir el que quisiera, y agarré uno que era rojo y verde, y que al equipo de Cassio es imposible ganarle, hiciera lo que hiciera, no iba a llegar nunca a eso, pero que, cuando jugamos otros partidos y él también agarró otros equipos de la caja, a esos sí creo que algún día les voy a poder ganar, y le sacudí los brazos con cada detalle de esa tarde en la casa de mi vecino.

—¿Es el vecino del ascensor?

—No sabés, Mamá, todos los equipos que tiene —le dije—, una bolsa repleta, hay algunos que están incompletos, creo que habrá perdido algunos jugadores porque tiene demasiados, además todos en una bolsa enorme, salvo el equipo de él, el que cuida, el que guarda en un estuche, y no sé qué es más suave, el estuche o la alfombra blanca que tiene en el cuarto.

—¿Estaba la mamá o el papá?

—Estaba —le contesté—, y no sabés, el primer partido perdí nueve a cero, pero ya en el segundo fui mejorando y empecé a perder por menos; no es fácil colocar al golero, si lo adelantás, le cerrás los rincones, pero te la tira por arriba, juega bien Cassio.

—¿Viste a alguien más o algo raro?

—Dejame contarte, Mamá. No —le dije—, y al final, estaba cansado Cassio, es verdad, pero le gané un partido, ¿podés creer? —le mentí.

—¿Y qué hacés descalzo? ¿Tus champions dónde están?

Desde que me había parado frente a la veladora prendida, Artemisa, que al principio había venido a ronronear a mis pies, no pudo taparme más el descuido. Mis medias blancas, como la alfombra de Cassio, se veían al final de mis piernas finas de niño que pateaba con rabia.

—Te odio, Mamá —le dije—, te odio, no quiero más, no quiero.

Una vez que mi infancia funcionaba, venía ella a auscultar en mi error. Me di vuelta y me tranquilé en el cuarto y esa vez lloré para afuera, como un niño. Me dormí de tanto llorar.

94

12

Al otro día, cuando me despertaron con una sacudida de brazo sin haber escuchado la puerta ni los tacos contra el piso, ya sabía que era Abuela y no mi madre quien venía.

—¿Mamá? —le pregunté.

—¿Mamá? —preguntó Pilar.

Abuela abrió su boca tan grande como el lechón de fin de año al que se le ha colado una manzana y dijo que había tenido que salir temprano, pero la buena noticia era que volvería enseguida y, mientras tanto, para esperarla, nada de deberes y

lecciones después del desayuno, vamos a hacerle cada uno un dibujo para recibirla con una sorpresa.

Bajé de la cama, pantuflas, me lavé la cara, los dientes, y después tuve que resignarme a mis zapatos. Con la culpa en mis pies por no haber sido el hombre que tenía que ser, me arrastré, volví a arrastrar los pies hasta la cocina, donde Abuela, en vez de tostadas, nos había preparado unos panqueques. Además había hecho una torta, recortado con cartón figuras de pájaros y estrellas, y las había colgado con hilo por el techo de la cocina, como si fuera el cumpleaños de uno de nosotros y estuviéramos preparando la fiesta. Después de la cocoa obligatoria, Abuela había cocinado unos panes rellenos de chocolate y, cuando ya tenía el segundo en la boca, escuché la puerta que se abría, los tacos que se acercaban a la cocina, me apuré en tragar la culpa, sentí que Mamá se descalzaba y nos recibió con un abrazo en cuclillas de a tres. Pilar fue por delante y le regaló el dibujo que ella sí le había preparado. Mamá le devolvió el gesto con el regalo envuelto de un estuche de fibras de colores. Escondía por detrás de su espalda en cuclillas otra sorpresa que Pilar la quiso ver y, enojada (Mamá no se lo quiso mostrar), le pidió a Abuela que se agachara, quien con todo el gusto se dejó pintar el rostro con las fibras nuevas.

—Es para ti —me dijo Mamá, que ya se había hecho el nudo en la pollera.

Ese fue el último regalo que recibí de mi madre. No lo tengo entre mis cosas. En la huida, ese fue uno de los tantos objetos que dejamos por el camino, como Hansel y Gretel dejaban sus migas de pan, para que después supiéramos cómo volver, sin importar dónde estuviéramos o quiénes todavía estuviéramos; tenemos el trayecto marcado por esos días para estar, años después, con su ausencia y con ese abrazo de madre, que en ese momento solo fue un abrazo para hacer las paces, pero todavía lo es, lo encuentro por las noches, nuestro abrazo de despedida.

96

Mamá traía envuelto, escondido por debajo de un papel lleno de margaritas, los discos de plástico como si brotaran flores de sus manos, un equipo de fútbol de botones, pero también con el escudo del São Paulo impreso en cada uno de los jugadores. Ella se había sentado en una de las butacas de la cocina y si hubiera querido abrazarla por arriba de los hombros, como solo podría hacer alguien más alto que ella o alguien que la pudiera proteger, no habría llegado. Agarré el banquito de madera en el cual Abuela se apoyaba para alcanzar el azúcar sin abrir, lo puse a los pies de Mamá, me paré encima y la abracé por lo alto, mis brazos daban vueltas por su cuello, como solo un hombre lo podría haber hecho. Debajo de ese gesto adulto, Mamá percibió que no era el regalo que yo esperaba, sabía que se

había confundido. Se puso llorar por debajo de mis brazos. Sentí una mezcla de alivio y miedo al escuchar el llanto.

—Igual me sirve para ir entrenando —le dije cuando ya me había desenrollado de su pescuezo y con toda la infantilidad de mis años.

Abuela puso sobre la mesa una nueva fuente con panes rellenos de chocolate y, después de comer dos o tres, Mamá le dijo que se cuidara con el peso: «Cuidate. Vieja, cuidate».

—Abuela, ¿no me da una aspirineta? —así nombraba el medicamento infantil.

—Perdoname —me dijo Mamá con voz de resto de mocos.

—No, Mamá, necesito una pelota para entrenar.

Me fui al cuarto con mi regalo y empecé a practicar pases entre los jugadores en el piso de baldosas que no tenía alfombra. Los pliegues del suelo hacían difícil que la pelota recorriera una trayectoria precisa, me lo comentaba con voz de locutor en un portugués inventado.

«Pese a las malas condiciones del terreno, los jugadores prefieren sobrellevar esos contratiempos con buen ánimo y se muestran muy dispuestos en los entrenamientos matutinos. La pretemporada es muy intensa a esta altura del año y el doble horario riguroso hace mella en los físicos de los jugadores, pero que, sin embargo, saben de la importancia

vital de una buena preparación de base para enfrentar de la mejor manera lo que vendrá, ahora nomás, a la vuelta de la esquina. Saben que el desafío que los espera será durísimo, pero confían en la fortaleza de su plantel para llegar más lejos de lo que soñaron»; y con esa voz en *off*, dictaba por mis labios, trataba entre baldosas irregulares de ir acomodando mi pulso, de ir aprendiendo a hacer subir la aspirineta si en el próximo partido Cassio adelantaba el arquero.

Como en una casa de muñecas, en mi cuarto con mis jugadores, no había lugar para colgar relojes ni para un tic-tac que me mantuviera despierto. El tiempo se resbaló por entre las grietas de la persiana semiabierta y cuando mi madre dobló el pestillo para deshacer mi realidad de plástico y aspirineta, la línea de colores que recorría los edificios vecinos tenía el mismo color que la sopa de calabaza de Abuela. Lo que resistía de luz, ante la invasión de la noche, alumbraba el cuadro justo en marco con la luna creciente y ese pedazo de cielo rojo de una sola estrella.

—Dentro de un ratito vamos a comer, creo que ya es hora de que vayas por tus champions —dijo Mamá.

—¿Solito? —pregunté, y mi madre asintió.

—Tú estás cada día más loca —contesté, imitando el tono y el caminar de mi Abuela.

Agarré mi bufanda y recorrí los mismos gestos que la última vez que fui a la escuela antes de que se nos desbaratara, esas habían sido las palabras de Mamá ese día.

—Cada día te pareces más a tu padre —dijo Mamá.

Abrí la puerta del apartamento solo, di el paso hacia afuera y doblé el pestillo para cerrarla. Estuve parado, de espaldas a mi casa, sin el coraje todavía para bajar los dos pisos por escalera. En aquel momento, era como si me hubiera tapado una nube, mezcla de rabia, impotencia, recuerdos de infancia, que no me permitía disgregar los motivos que llevaron a mi madre a nombrarlo. Las preguntas estaban prohibidas, nombrarlo estaba prohibido, pero de la impunidad con que lo hizo Mamá recién me di cuenta cuando ya era un adulto; fue la confirmación de que tarde o temprano se rompería el pacto y de que, aunque todavía no asumiéramos la derrota, ya estábamos perdidos, siempre lo estuvimos, desde que bajamos de la furgoneta y llenamos el ascensor de colchones.

En esa tardecita de pasillo de edificio y bufanda, nada de eso lo veía con claridad, apenas la nube, la condensación del aire, como un algodón dulce que te empalaga.

Llegué hasta la puerta del apartamento de Cassio, no era tan blanca como la del nuestro

apartamento, tenía un tono parecido a la crema de vainilla que Abuela solía hacernos para comer en la casa con patio, y el pestillo era más opaco, con un decorado lleno de curvas, como si se tratara de un caserón aunque estuviera en un edificio de bloques donde los hijos de los vecinos jugaban en una canchita de cemento y solo uno de ellos tuviera pelota.

No sé si fue el pestillo, la nube, la puerta de otro color, que en la cuadra solo hubiera una pelota o la licuadora de recuerdos que es la infancia, pero no toqué timbre. Volví a subir los dos pisos por escalera en el más absoluto sigilo, trataba de que los tacos de mis zapatos no golpearan contra los escalones, pisaba con los dedos, y llegué a casa cuando Abuela estaba por servir la sopa.

Me senté en mi butaca, siempre nos sentábamos en las mismas butacas, cada uno en la suya, para ordenarnos, y Mamá al entrar me miró los pies; de reojo supe que quiso mirarme a la cara.

—¿Quién quiere queso rallado para la sopa? — preguntó Mamá y puso el sobre en la mesa.

Seguía mirando la olla que humeaba y pronto Abuela serviría. Mamá sacó la jarra de jugo de la heladera mientras Pilar se acomodaba en su banqueta, cruzada a mí. Tenía a Abuela enfrente y a Mamá al lado. Mi hermana decía que no le gustaba cualquier comida que tuviera un poco de color naranja y mi madre la rezongaba con ternura, tanta

que no surtía efecto y esa noche Pilar cenó galletitas. De postre, Abuela había hecho una torta, como si el ánimo cumpleañosero de la mañana todavía se extendiera hasta la noche, eso sí mi hermana comió. Hasta le pusieron una velita para que soplara, tenía los mismos ojos que Mamá frente al fuego.

Me puse el pijama mientras Pilar le decía «nono no» a Mamá, que le dio el chupete y su trapo Ana para zanjar la discusión. De pantuflas fui hasta el baño, me lavé los dientes, deseé buenas noches a las tres, miré la estatua de Hebe, la de Hestia y la de Cidipe, busqué respuestas y dormí exhausto.

Al otro día, el pestillo violento, los tacos contra el piso y sin embargo la ralentización de los movimientos en su última etapa, un *ya es hora* de escenario, el antifaz puesto y por suerte el perfume que secuestraba el resto. Me costó salir del colchón, había tenido un sueño profundo, reparador. Mamá tuvo que insistir con que ya era hora. Con mis sentidos todavía envueltos en esa lucidez almidonada me paré, me calcé las pantuflas y fui hasta el baño para el ritual de las mañanas. Volví al cuarto y, como siempre, mi madre me había separado la ropa a usar ese día.

Hasta hoy, cada vez que tengo que vestirme de una forma correcta, porque vienen visitas o tengo que salir, es mi mujer quien selecciona la vestimenta, en un tiempo intermedio fue mi Abuela. Como

un amuleto, preservó la incapacidad de combinar un pantalón con una camisa y el saco apropiado. Me escondo en ese juego para permanecer en esa mañana.

Después de que salí del baño con pantuflas, después de que me vestí con lo que me había separado Mamá, al querer calzarme ahí estaban: mis campeones al lado de mi par de zapatos.

13

Por querencia, no pregunté sobre los campeones. Hasta me demoré un poco en aprontarme para no tener que ver a mi madre, que escuché cuando dijo una hora; hubo ruido a papel arrugado y a puerta que se cerraba.

102

Había mucho trabajo por hacer. Teníamos que recuperar las lecciones del día anterior, que habían quedado en un cajón como si hubiera sido un día de fiesta. Me apliqué con una disciplina obsesiva en rellenar cada ejercicio. El bolígrafo lo apoyaba con fuerza en las hojas y las primeras letras de mis respuestas tenían una pequeña mancha redonda de tinta por cómo me hincaba sobre el papel, como si le quisiera hacer un agujero, como si por ahí se pudiera respirar. Hice el trabajo de dos días en el mismo tiempo que Abuela preparó el almuerzo, sin tener que consultar la hoja de respuesta que colgaba de su sostén.

De tarde nos tocaba la ida al almacén. Pero esta vez le pedí para no acompañarlos.

—Me duele —le dije—. ¿No me da una aspirineta?

—¿Otra vez la cabeza, corazón? —Y me alcanzó del botiquín la pelota con que entrenaría mientras ella y Pilar estuvieran de compras. Me trajo un vaso de agua. Hice como si tragara el medicamento, que lo había escondido entre los dedos. Esperé que terminaran de armar la lista y que Pilar decidiera cuál de sus muñecos la acompañaría; Abuela revisó que tuviera el dinero necesario, le costó encontrar las llaves de casa, un breve repaso para cerciorarse de que no se olvidaba de nada, y mientras tanto la aspirineta que rodaba impaciente entre mis dedos.

—Portate bien, corazón.

Cuando por fin cerraron la puerta y escuché el ruido del ascensor, me costó empezar con el plan que había diagramado, correr la alfombra y jugar en el living donde el piso era más regular, para poder entrenar con precisión mis pases. Oía como se alejaba la cabina del ascensor y fui descendiendo hasta ese living, ahora cubierto de muebles, y no vacío y grande como un estadio de fútbol, como la primera vez que lo vi. Me paré en el miedo y, aunque mi infancia no me exigiera racionalizar el hecho de vivir en una casa con una cama, su medalluna y tres estatuas griegas en el living, había una confusión, un desorden.

Todas las explicaciones posteriores que escuché en esas tardes cuando volvíamos de facultad y los tacos de la señora que bailaba tango en el piso de arriba hacían sonar algo parecido a Mamá, como una forma de atarse por la vibración en el piso a un pasado —algunas veces me cuestiono si realmente lo he vivido—, pero mi infancia sigue en aquella licuadora de símbolos turcos y diosas griegas.

Con mi equipo de São Paulo, que era igual al de Cassio, jamás podría jugar contra él con esos jugadores, vi la estatua gorda de Hestia cerca de la puerta de la cocina con su pavo real, a Hera al lado de la entrada de los cuartos y la figura de Hebe en el rincón más lejos de la puerta. Corrí la alfombra del living buscando una superficie más plana donde podría hacer subir mis laterales, como decían los periodistas deportivos que subían los laterales de Holanda —muchos de ellos la daban como favorita para el Mundial— y que si Brasil tuviera ese sube y baja, sería imbatible.

Me había olvidado de la rayuela que la alfombra tapaba, como una cicatriz que supura y una gasa la recubre. Hacer deslizar mis discos de plástico con el escudo de São Paulo por ese suelo deformado con un pedazo de mesada de la cocina, surcado con rabia, era más complicado que hacerlo entre las baldosas del piso del cuarto. Traté de hablar con los jugadores, de pedirles el mismo espíritu que

habían tenido el día anterior cuando entrenaron aunque las condiciones habían sido pésimas, pero les había ganado la derrota, sabían que bajo esas circunstancias jamás podrían lograrlo. Se negaron a la práctica, algunos volvieron a sus cuartos y había decretado la cancelación del entrenamiento cuando Abuela volvió de la calle con Pilar, una muñeca nueva y un papel de regalo envuelto para mí.

—Te traje algo. Creo que es esto lo que estás buscando. —Y con un solo movimiento quité el papel lleno de dibujos del Gauchito, la mascota del Mundial que se acercaba. Era otro equipo de fútbol de botones, pero sin el mismo escudo que los jugadores de Cassio. Tenía la bandera de Grecia cada disco de plástico—. Es muy parecida a nuestra bandera, solo que al revés —siguió Abuela mientras yo los rastreada de a uno a los jugadores con regocijo.

—Y no está el sol —la corregí.

—No, ahí hay una cruz —contestó Abuela con la misma rabia que había dibujado la rayuela—, pero, ¿sabés qué? —seguía, frente al desorden del living, con la alfombra arrugada—, podés entrenar hasta la hora de la cena en la mesa de la cocina. Estos jugadores son especiales para ese césped —me salvó Abuela.

Sin miedo a ser descubierto por la aspirineta, golpeé cuarto por cuarto y saqué a los jugadores de su letargo. «Ahora sí tenemos chances», les dije. A los discos estampados con el número 2 y el 6 los hice

recorrer, cada uno por su banda, la cancha de la cocina de forma perpendicular a sus lindes, pero sin que se cayeran, una y otra vez, como decían los relatores que jugaban los holandeses. Al 5 le pedí despliegue y que se deshiciera rápido de la pelota, «lo tuyo es jugar simple». Al 3 y al 4, concentración, y que los de arriba estuvieran atentos a los laterales rivales, pero, salvo eso, que se divirtieran por una vez. Después entrenamos jugadas ensayadas, sobre todo las de balón quieto, y al final un recreativo para que se distendieran de toda la presión que habían sabido sobrellevar estos últimos días. Cuando los jugadores apenas trotaban alrededor de la mesa, Abuela se me acerca, me pasa la mano por la nuca, se sienta en una banqueta a mi lado, se arruga las rodillas con sus dedos, se certifica una vez más de la hora y me comenta que el tiempo pasa volando. No deja de mirar la heladera y me pregunta qué será de la lámpara que la alumbra cuando la puerta está cerrada.

—Los muchachos hoy hicieron doble horario, están fundidos —la animé.

Escuchamos ruido a tacos en el pasillo, la cerradura que hace su barullo y Mamá que entra.

—Dale, despejá la mesa que hoy vamos a comer, ya tendrás tiempo para jugar —ordenó Abuela para que juntara mis juguetes.

Mamá me dio un beso en la cabeza y le mostré mis jugadores griegos. Son once, le dije, como los

dioses del Olimpo, pero sin Hera, que es estatua; los voy a llamar a cada uno por su nombre.

—Buenazo —me alentó Mamá —, y que sean en portugués —y sonrió como un maniquí.

Cenamos todos juntos, ayudé a Abuela a levantar los platos, me lavé y cuando estaba por acostarme le pregunté a Mamá, si mañana no había fútbol en la canchita, están todos de vacaciones, si podría jugar en la casa de Cassio.

—Sí —contestó, y más nada.

Me fui a acostar mientras Abuela tejía en el living y Mamá continuaba con su libro. En esas últimas vueltas de frazada, mientras todavía no era engatusado por el sueño, empecé a disponer mi equipo sobre el terreno de juego. Poseidón tendría que ser el arquero, era un Dios de otro mundo, como en el fútbol lo son los últimos defensas, a los únicos que les está permitido tocar con la mano. Mi equipo lo tenía pensado de atrás para adelante, primero defender y luego que se tenga balón, ver qué hacer con él, por eso necesitaba delanteros que se divirtieran cada vez que el balón les llegara. No dudé de poner a Apolo de *centro-halfy* Dionisio de puntero. Balón no, era *bola*. Tendría que repasar al otro día los nombres de los dioses griegos en portugués.

Amaneció, después desayuno, las clases en la cocina y, mientras Abuela preparaba el almuerzo, otra vez pedí permiso para no ir al almacén.

—Ya sos un hombrecito, portate bien, corazón
—me dijo Abuela sosteniéndome el mentón y se fue con Pilar en una mano y el carrito en la otra.

Con el banquito de Abuela, alcancé en uno de los estantes el libro con los cuentos de mitología en portugués. Quería comparar los nombres y saber con exactitud cómo llamarlos llegado el momento. Los tres dioses que ya tenían sus puestos definidos se escribían exactamente igual en portugués que en español. Casi todos deletreados con la misma ortografía, salvo tres, y todas ellas diosas: Atenea se llama *Atena*, Afrodita es *Afrodite*, y lo más curioso fue descubrir que Artemisa, como habíamos bautizado al gato Artigas para no levantar sospechas, se llama *Ártemis*, con un acento en la tercera sílaba. Acá ya sabía por las lecciones que las esdrújulas se llamaban *proparoxítonas*, pero esa diferencia no solo cambiaba la ortografía con una letra, cambiaba toda su pronunciación. Pasaba a esdrújula de haber sido grave. Desde que habíamos llegado, nuestro primer escondite ya había sido confesado.

108

14

Me fui a la mesada de la cocina a entrenar como si nada hubiera ocurrido, por la inercia de los días, por esa certeza que me agobiaba y que nada podía hacer por cambiarla, hiciera lo que hiciera, como

un rolo compresor, hagas lo que hagas. Hablé con los jugadores, los reuní en el centro de la mesa de madera compensada y blanca: estaba por llegar el momento y me gustaría que cada uno tuviera bien clara su función, porque solo trabajando en equipo podríamos sacar provecho de lo mejor de cada uno. Lo vi a Dionisio un poco disperso, pero ya sabía que con él no podía insistir mucho sobre el orden. Empezamos con los primeros movimientos del día, y percibí cierta habilidad del número 10 para los pases precisos; pensé en el arquitecto Hefesto para el puesto, para que me organizara el equipo. Sin embargo, la voz de mando tenía dueño de antemano, la cinta de capitán y el número 5 para que controlara el centro del terreno de juego se los di a Zeus, que no esperaba menos. Cuando estaba en la cocina, Artemisa me vino a visitar y cuando lo llamé Ártemis, su verdadero nuevo nombre, no se dio vuelta, como si no fuera con él, y siguió con la misma inercia, hasta su bandeja de arena, con la que yo volví a entrenar a mi equipo de fútbol de botones.

Abuela y Pilar volvieron con felicitaciones por la disciplina que mantenía en mis entrenamientos. No había otra manera de concientizar a mis defensas de la importancia de su tarea si no usaba un tono de guerra al referirme a un partido. La pareja de *back* la conformé con Ares y Atenea, que

en esa casa se debió llamar *Atena*. Necesitaba el equilibrio entre la fuerza y la estrategia. Atenea, en los cuentos que nos leía Mamá en la casa con patio, siempre le ganaba a Ares, aunque ella fuera mucho más débil. En la mezcla de los dos podría estar la fortaleza inexpugnable, esta con voz de relator, que necesitaba el arco de Poseidón.

Después de repasar una y otra vez movimientos defensivos, sentí cómo Abuela abrió la ventana y ningún ruido a pelota que retumbaba provenía de afuera. Pero en ese silencio me imaginaba a Cassio pateando la insonora pelota de media que rebotaba en la sequedad de la pared, esperándome, yo sabía que estaba. Le pedí permiso a Abuela, le expliqué lo de la pelota que se deshilachaba callada contra la pared, como una gasa vieja, y que era vital que yo bajara a jugar aunque eso me costara la vida. Lo dije como si estuviera frente a un micrófono. Se rio de mis abusos, con picardía me amenazó con esconderme las pilas, pero muy seria, arrugándose las rodillas con sus dedos, como cuando me comentó que el tiempo pasa volando.

—Cuidado con la hora, hasta reloj tenés, comportate como un hombrecito. —Y, aunque fuera en diminutivo, ese nuevo atributo me servía—. Portate bien, corazón.

Al llegar a la canchita, la escena que había premeditado me esperaba. Cassio, solo, arrastraba

con los pies una pelota de medias y, al verme desde lejos, ensayaba entre labios su invitación para ir a jugar a su casa. Sin que Abuela me viera, traía escondido mi equipo de dioses griegos esperando ese momento. «Claro que sí —le dije—, pero esta vez juego con mi equipo.»

Llegamos al Monumental, las gradas están repletas. El ansiado debut de la pretemporada de la selección del Olimpo está por empezar. Cassio no hace menos y pone al São Paulo en la cancha, como queriendo, en nuestra rivalidad de amigos, ponerme en mi lugar. Que yo hiciera más goles que él en la canchita del barrio lo podía aceptar, pero que quisiera ser más en su propio estadio era demasiado atrevimiento contra una escuadra que había sabido reinar en estas tierras por mucho tiempo. No nos olvidamos de quitarnos los championes por la alfombra blanca de Cassio. Empieza a rodar el balón después de que el reloj de cocina con los diez minutos marcados gira. Atena logra el primer robo de pelota después de que Ares estuvo forcejeando con el delantero Serginho, de São Paulo, con poco éxito, pero desgastándolo, para que su pareja de *back*, bien posicionada, llegue limpia a la pelota y se deshaga con un pase a Zeus, que enseguida activa con tres dedos a Hefesto desmarcado, que tiene tiempo para dibujar su jugada y hacer un pase limpio a Apolo, que la domina con una belleza inagotable, que hace

el amague de encarar hacia el arco, pero, cuando toda la defensa va atrás de él, se la deja servida a Dionisio, que de estrategia poco quiere escuchar en los entrenamientos, pero que tiene la chispa para hacer lo imprevisto, abrirse en la cancha como si estuviera distraído y en el momento justo aparecer para acariciar el fondo de la red, y el arquero Waldir de Cassio nada puede hacer. No han pasado tres minutos de partido y ya ganamos, para la sorpresa de todos, uno a cero. El partido se pone tenso. El lateral derecho ya tenía nombre, era Hermes, lo había llamado así por ser el mensajero de los dioses, el que podría pasar de defensa a ataque, como hacían los holandeses, según los comentarios de la radio, pero le pido que suba poco, que deje pasar los minutos y que tratemos de administrar el resultado. A los otros jugadores de mitad de cancha les reclamo el doble de atención, a Deméter que riegue el pasto para que solo nuestras jugadas crezcan y a Afrodite que con su belleza sea un faro que encandile a los jugadores rivales. Sin embargo, los segundos pesan como tormentas, se arrastra el reloj de cocina y, antes de que termine el primer tiempo, la habilidad de Serginho hace mella: empatan uno a uno.

El segundo tiempo es sangriento, no hay pelota que no se dispute con las vísceras, y lo que se pretendía como un amistoso de pretemporada se parece más a un nuevo cuento mitológico. Cuando

falta poco, la experiencia y la habilidad de Cassio abruman: después de una triangulación, otra vez Serginho lo deja sin chances a Poseidón, que se estira como una ola, pero no puede llegar. Y cuando el final parece condenado, cuando la inercia otra vez se instala en mi rutina, la pelota cae de la mesa de fútbol de botones y me toca levantarla desde la alfombra blanca del cuarto de Cassio. Entre los pelos suaves de la tela que se asemeja a manteca cuando las tostadas están recién hechas y se esparce sola, tengo que hurgar para encontrarla. Busco muchas veces en mi infancia alguna explicación y esa alfombra resulta ser la mejor respuesta. Como Hera, la diosa del Olimpo que no jugaba y se quedaba a cuidar mi casa, engendraba a sus hijos tocando el piso, al reponer *a bola*, como tengo que decir este día, en una jugada que no había sido preparada, como si hubiera espacio para la improvisación en esos días, el que creíamos el mejor de nuestros escondites, Hermes duerme una pelota que se va cerca de su banda izquierda y, como lateral holandés, pasa al ataque y pateo, no con las piernas de niño, no como un cilindro de plástico, con los dientes apretados y rabia, sin mirar bien hacia dónde. La pelota se cuelga entre el palo y el golero de São Paulo, y dice basta a las sucesivas derrotas. Dos a dos termina el partido y Cassio me dice que jugaría el próximo con otro equipo.

Yo preferí seguir con los nuestros, necesitábamos rodajes antes del momento decisivo. Fue un espectáculo para el público que se quedó a ver el encuentro de segunda hora. Deméter sembró inúmeras jugadas, Zeus con el equipo al hombro habilitó a Hefesto para que armara los planos que quisiera mientras Afrodite distrajo a los rivales con su belleza. Hermes y su velocidad subieron varias veces al ataque con los mensajes de sabiduría de Atena. Ártemis por su banda llenó a la defensa rival con sus flechazos. Apolo nos deslumbró a todos con sus regates y el oportunismo de Dionisio estuvo al servicio del equipo. Aunque por momentos quiso usar sus armas, Ares no encontró ocasión para desplegar sus dotes, y Poseidón, como si fuera una tarde de marea baja, pudo descansar de la resaca del partido anterior. Tres a cero ganamos y después del pito final. Cassio alegó que tenía dolor de panza y que se quería acostar. Llegué temprano a casa mismo sin fijarme en el reloj.

Al entrar debía irradiar mi triunfo, que Mamá enseguida supo captar.

—¿Está lindo afuera?

—Gané.

—¿Pero no habíamos ganado la vez anterior también?

—Ya sé —y me arrepentí de la mentira—. Esta vez fue una victoria en serio —y no le dije que la

extrañaría cada vez que volviera a casa y no me encontrase con su nudo de pollera.

Le pregunté a Abuela qué teníamos para la cena y si quería que la ayudara en algo, *hombrecito* me había dicho. Mamá se había olvidado de poner el *rouge* en sus labios esa mañana, como un disfraz que empezaba a despegarse, pese a cualquier esfuerzo. Ya eran dos las palomas que se paraban en la rama que asomaba en el living.

Después de la derrota que sufrió y en su antes inexpugnable terreno, nuestros encuentros se volvieron citas ineludibles en nuestra infancia, que siguieron cuando al fin habían vuelto los demás de las vacaciones, con los partidos en la canchita, pero, al pasar el padre de Javier y llevarse la pelota, «a bola», decía él, si nos apurábamos, nos quedaba tiempo para dos disputas en el Monumental antes de que tuviera que volver a casa. En esa rutina empatamos, ganamos y por suerte perdimos, tenía miedo de que mi plantel creyera que no había que trabajar todos los días, cada vez más duro, para el confronto que nos esperaba. Sin embargo, Cassio nunca más puso al São Paulo y aquel empate dos a dos había quedado como el último dato estadístico del plantel.

Fueron jornadas agotadoras y si no fuera por el aliento de Zeus y la fuerza de Ares, creo que alguno de mis jugadores ya habría claudicado. Cassio me

dijo que al otro día debutaba Brasil en el Mundial, y me preguntó si quería ir a su casa a verlo.

—A minha mãe comprou uma televisão.

15

—El vecino, el del ascensor, sí, con nombre de reloj, pero con dos s, sí, Mamá, ya sabés cuál es, mi amigo, él, la madre compró una televisión; preguntale a Abuela cómo hago todos los deberes y subrayo las dudas dos veces. Me invitó a ver el partido de Brasil, que lo pasan. Quiero ir.

—Está hablado —y volvió a prenderse un cigarro como cuando era turca—, ese Mundial no —lo soltó con el humo que expulsaba de sus pulmones—. Andá a lavarte las manos que estamos por comer —dijo cuando Abuela todavía pelaba la calabaza en la mesa de la cocina.

Veía en Mamá el mismo desinterés que me mostraron los jugadores cuando levanté la alfombra del living y tratamos de entrenar por encima de la rayuela surcada. Ese día ni siquiera los ojos se había delineado, ya no contrastaba lo celeste con el paso del lápiz negro. Le respondí que era una burra, que Artemisa se llamaba Ártemis en portugués, que siempre anduvimos hablando en español, hasta en la cocina. «Burra», le repetí.

—Lo sé —contestó Mamá.

La abracé. Ella retó a Ártemis, que no le hizo caso cuando lo nombró con su nuevo nombre, para que no rascara las estatuas y le dio un cachetazo en el lomo frente a Pilar, que se puso a llorar y sola, hasta donde sabía mi hermana no alcanzaba el segundo cajón de la cómoda, agarró el chupete, su trapito Ana, me dijo «mano» y me estiró el brazo para que nos calzáramos los dedos. Fuimos a mi cama a dormir abrazados. Duérmete niño, duérmete ya, que si no vendrá el coco y te comerá.

Nos despertaron para la cena y lo único que se intercambió fueron los ruidosos sorbos que les dábamos a las cucharas de sopa de la exquisita receta de calabaza que Abuela perpetuaba como una tradición. Después barullo a platos que apilaban, la fuente de vidrio de salpicón que rebotó contra la mesa, los nuevos platos que encontraban sitio, la cuchara llena que golpeaba la fuente y los platos cuando los servía, la saciedad del hambre, que también tiene su sonido, hasta la canilla abierta cuando ya lavábamos la vajilla.

Vino la ceremonia de las buenas noches, Abuela se acostó temprano y Mamá que la sentí merodear en el living y no juntó los lápices de colores. Escuché sus medias que resbalaban hasta la puerta de la cocina, se estacionaron; para certificarse de algo mientras no hubiera testigos, fue hasta la puerta de los cuartos, donde estaría Hestia, hizo el mismo

ruido desconocido y se paró en el rincón más lejano del living, donde ya no escuché nada. Se trancó en el baño y aproveché para calzarme los championes y esconderme en la cocina cerca de la puerta de vidrio esmerilado. Sentí que Mamá prendió la ducha y ese era el momento que esperaba para sacar las trancas con sigilo y bajar los dos pisos por escalera.

Otra vez la puerta color a la crema de vainilla que hacía Abuela en la casa con patio y que teníamos que esperar que se enfriara para no quemarnos el cielo de la boca —me obsesionaba la idea de que el cielo se prendiera fuego, como una premonición—; el pestillo opaco y lleno de curvas, como si no perteneciera al mismo lugar que sus vecinos. Había salido sin abrigo, el pijama era fino y sentía frío en el *hall*. Escuché el ruido del ascensor que subía, salí corriendo por las escaleras y vi, metido en el piso intermedio, el que me separaba de Cassio, cómo volvía de la calle con su madre, que usaba un sombrero, y él tenía un cucurucho de helado en la mano, aunque no veía a qué sabor podría saber; extrañé a mi gato que se llamaba Artigas, como un caudillo aunque estuviera castrado.

Esperé a que entraran, agazapado como un guepardo, me quité los championes y los solté dentro del tacho de basura del pasillo del piso del medio, el que me separaba de Cassio. Subí a casa con el sigilo felino que había aprendido por verlo tanto, pasé

todas las trancas, me arrastré insonoro por el living y me atrincheré en la cama.

A la siguiente mañana las pantuflas y después los zapatos en la cocina. Terminé la tercera cuader-nola de ejercicios de matemáticas y en las tareas de idioma todavía me quedaban puntitos en blanco. Después ese olor a tarde, a desinfectante, y Abuela que aprovecha a limpiar los baños, y me pregunta qué raro que no fuera a jugar al fútbol.

—Va a jugar Brasil ahora.

—Entonces tú te quedas en casa con tus juguetes —dijo Abuela con total impunidad— y ni inten-tes la radio, nada. —Y siguió con su balde hasta la cocina.

Hablo con los jugadores para que aprovechemos el momento para entrenar más tenacidad mientras nuestros rivales juegan. Dionisio alega la impor-tancia de conocer las tácticas de los contrarios y me pregunta por qué no nos sentamos todos a ver el partido. Le miento y digo que nosotros nos dedi-quemos a lo nuestro y que los demás piensen en cómo jugamos nosotros. Aunque los convenzo con esa trama, ni siquiera yo puedo estar compenetra-do en la práctica que hacemos en la mesa.

El partido ya había empezado, era contra Suecia, que, según los relatores, más allá de contar con un juego aéreo peligroso y atletas de mucha fuerza, no debería ser un problema para Rivelino, Cerezo

y Zico, que jugaban a hipnotizar la pelota. Cuando hacíamos ejercicios aeróbicos, sin tomar todavía contacto con el balón, se escuchó un murmullo que provenía de los edificios vecinos, como una queja, algún *foul* sin cobrar, un penal que tuvo un *sigá sigá*, algo debió de haber pasado. Pero, cuando repartía los chalecos para un movimiento en terreno reducido, escuchamos un grito de gol, afónico y unísono. Abuela me pidió que le pasara la escoba para barrer antes de pasarle un trapo al piso de la cocina. Y después de eso, no se escuchó más nada, ni lamentos, ni festejos, nada; hasta el trapo mojado por las baldosas, que me obligó a encerrar el entrenamiento de ese día —ayudé a mi Abuela a poner las banquetas sobre la mesa—, se escurrió callado. Ya había anochecido, no había pelota que retumbara en la canchita y cuando llegó Mamá tampoco hubo preguntas por mis championes, sabía mejor que yo que hoy no saldría a jugar, sería un día de zapatos puestos.

Nuevamente la cena con gusto a sorbos, a pedidos por jarra, que alguien pasara la sal, y ya no todos tomaban jugo de peras; Abuela se había pasado al maracuyá, una fruta local que nunca había escuchado nombrar antes. Me acosté más temprano que mi hermana, que después vino con ruido a chupete, mientras se esforzaba en vencer al sueño, y mi cabeza hundida en la almohada, sin esperar. De repente el timbre de la cocina, Abuela que entra

al cuarto de camisón y nos susurra: «Quietos, quietos, quietito, corazón». Mamá se viste, siento ruido a cierre, se calza los tacos, cruza el living, entra en la cocina y hasta ahí llegaba nuestra audición. No demora mucho, los mismos sonidos, pero a la inversa, le susurra a Abuela: «Nada, nada, nada, vieja». Ya es tarde, cierra nuestra puerta del cuarto, y otra vez el ruido del chupete que trata de resistir y el vacío de mi almohada.

Cuando me despertaron al otro día, con el mismo ensayo, pero como si los que manejaban los títeres se dejaran ver y la magia ni siquiera pretendiera existir, vi al lado de mis pantuflas una bolsa de nailon con una nota: «Para familia Gizem», y dentro, mis champions. Con descaro me puse los champions, mismo antes de entrar al baño a lavarme los dientes.

121

16

Cuando empecé a sentir el retumbe por la ventana del living, ni siquiera le pedí permiso. Cargué con mi equipo de fútbol de botones, para cuando viniera el padre de Javier y se llevara la *bola*, y con un saludo me despedí de Abuela, que estaba sentada en la cocina. Saqué todas las trancas, que hasta a ciegas lo podría haber hecho, y me fui a la canchita, olímpico. Llegué antes de que hubiera ocho niños,

el aforo mínimo para empezar los partidos, y la pelota que se la pasaban sin ganas era callada por los comentarios del partido de ayer. Que los suecos no eran buenos, que habían empezado bien el partido y nada más, el tema había sido otro: «O Brasil só acordou quando a Suecia fez o gol», comentó Junior. «O Rivelino ta velho já —dijo Javier—, e se não fosse pela sorte do Reinaldo, a gente tinha era perdido esse jogo». «O segundo tempo foi uma palhaçada —agregó Cassio—; desde quando empatar com a Suecia é bom resultado?», y lo que quería era que empezáramos a jugar, para entender algo de lo que estaba sucediendo. Llegó el octavo niño y, aunque arranqué jugando con la misma voracidad que todos los partidos, sentía que los demás jugaban a un ritmo más lento, cuidando más sus pases, su posición en la cancha, como si quisieran imitar a los jugadores que habían visto en la televisión, como si hubieran ido a una clase de una materia que yo no fui. En cada jugada se buscaba la categoría y no saciar la sed del cuero por rasparse en el cemento, por dilacerarse aunque costara una rodilla, eran niños sin hambre y yo famélico; dominaban la pelota y levantaban la cabeza, hacer un gol ya no lo era todo, y por suerte vino el padre de Javier.

Cassio, por costumbre, aunque su cabeza seguía en los céspedes del Mundial, me invitó a jugar a su casa, y ni siquiera hubo papel picado a la salida

del vestuario de los equipos y las gradas estaban completamente vacías. Agarró cualquiera de sus conjuntos, los dispuso así nomás en la cancha sin poner los que tenían estampados los números 9 y 11, destinados a los delanteros, arriba, y si no fuera por el cubo de plástico, muy distinto a todos los demás, que eran los goleros, lo hubiera puesto a jugar en la mitad del terreno. Me seguía comentando sobre el partido que él creía que yo había visto y que no tenía y no podía explicarle lo contrario, no había razón, y que Snojder —le costaba pronunciar el nombre del que creo que debió ser un jugador sueco (nunca he revisado anuarios atrás de datos de ese Mundial; cada vez que en la televisión repiten los goles de esa final, miro para otro lado, como si hubiera reconocido el rostro de mi violador en la calle)— tuvo chance de hacer otro, pero empatamos, qué le vamos hacer, ahora nos espera España, que ayer perdió con Austria, me decía Cassio mientras los dioses olímpicos triunfaban sin ganas en el terreno de juego, porque nuestro rival jugaba con la cabeza levantada, y no con los ojos hundidos en el Monumental, aunque fuera un pedazo de madera barata pintado de verde, enterrado en nuestra cancha, hundidos en aquella alfombra, pero Cassio parecía fluctuar esa tarde.

—Y si gente organiza una Copa del Mondo com futebol de botón com todos os vezinos? —le dije en mi portugués a medias.

—Quando você tá nervoso, você fala mais estranho ainda —contestó Cassio mientras yo creía haber descubierto la forma de ser parte—. Enquanto o Brasil tiver na Copa do Mundo, vai ser difícil, mais depois vai ser moleza juntar os vizinhos, vamos fazer sim, mais depois da copa, agora não da —y me hubiera gustado contestar a Cassio que lo debíamos hacer antes, que después, lo más probable, lo más probable que fuera tarde.

—Daqui a pouco vão passar o jogo da Holanda, que foi ontem também. Vamos ver na televisão de casa? —me preguntó Cassio, y yo le contesté que no podía. Junté mis dioses griegos y subí los dos pisos por escalera sin que hubiera sonado la alarma de cocina.

Mientras seguía el Mundial, los demás jugaban en la canchita del barrio como si estuvieran siendo televisados y sus actos estuvieran bajo el juicio de todos, que si Brasil quedaba eliminado, podríamos empezar nuestro Mundial de fútbol de botones antes y esa tarde rechacé la nueva invitación de Cassio, no quería que sospechara de mis intenciones y del mal augurio que le dedicaba a su selección.

Al otro día me enteré de que, en un partido agónico, Brasil se había clasificado segundo en la serie y tendría que esperar un poco por nuestro Mundial.

—No último suspiro —dijo Oscar aquella tarde, ahora iba ser difícil, les había tocado la serie con el

Perú veloz y el Nene Cubillas, de una sonrisa de muchos dientes, y Argentina, que al ser local se hacía fuerte, además con el gobierno que tienen, nadie (hasta los niños ya repetían lo dicho por los periodistas), nadie creía que regalarían el Mundial.

Al otro día junté el plantel a los pies de Hera, al lado de la cocina, para que ella también participara y me ayudara a que no perdieran la moral los jugadores. Les dije que las cosas se habían aplazado un poco, pero todo indicaba que de esta no pasaban, «queda poco, muchachos, vamo' arriba que se viene la hora».

Pero en el primer partido de Brasil contra el peligroso Perú, que había clasificado primero en la serie de la favorita Holanda, gritos y más gritos, y al final mucho ruido de ascensor mezclado con las bocinas. En la canchita, me enteré de que Brasil había resucitado con un tres a cero contundente y, nada más y nada menos, eso lo dijo Osmar con voz de locutor, a una de las favoritas al Mundial. Era tanta la euforia de todos que el padre de Javier vino y no se fue enseguida con la pelota; quedó pegado al alambrado, mirando nuestras torpes gambetas hasta tarde y, al oscurecer, ya no había tiempo para el fútbol de botones en lo de Cassio.

Al llegar, me embuté la sopa de calabaza, al plantel no le dediqué una sola palabra, me lavé los dientes, pasé por el *buenas noches* y lloré. Lloré de verdad, como se debe hacer, para adentro.

El siguiente partido de Brasil era contra Argentina y, por el excelente resultado que había obtenido con el poderoso Perú, un empate le bastaría. Esa tarde del partido, yo me tranquilé en el cuarto, estaba distanciado de mi plantel, y no fue una tarde silenciosa, hubo insultos, gritos, «ladrones», decían los vecinos, pero al final los ascensores llevaron a la gente a la calle y las bocinas que lo confirmaban: mi Mundial estaba más lejos. Mamá mientras tanto en el living leía un libro, y Abuela deshacía y volvía a tejer una bufanda que en este clima no usaría nunca, pero con un ovillo de lana a sus pies intacto, con una punta esperándome para marcar el camino, como si fuera Ariadna a punto de guiarme por un laberinto.

—Mirá este nuevo punto que inventé, ¿no tiene forma de margaritas?

Al otro día, cuando retumbó la pelota, salí corriendo para saber qué había pasado y me contaron que, por más que el juez no hubiera cobrado dos penales, había sido un robo, ni siquiera así le había podido ganar Argentina, cero a cero terminaron, ahora ni un milagro contra los peruanos podría salvar a Argentina. Los partidos entre nosotros, por la efervescencia mundialista, se prorrogaban siempre hasta que no hubiera luz, hasta que todo el aliento futbolero estuviera agotado y no hubiera lugar para Zeus y diez más.

Sin embargo, vino el partido de Argentina contra el poderoso Perú. Nadie creía que ni siquiera les podrían ganar, pero de todas formas nunca sería suficiente por el saldo de goles, y más con el Nene jugando al contragolpe. Desde temprano se posaron muchas palomas en la rama de nuestra ventana, apiladas como si de un estadio de fútbol se tratara. Por el horario, ya había empezado el encuentro. Empezamos a escuchar murmullos, como sombras de rumores capaces de ensombrecer una tarde seca y soleada, al principio casi imperceptible, hasta que pasaron a ser rumores, exclamaciones, gritos de guerra y llantos de angustia. Al final los susurros, como si de sobrevivientes se trataran. El ascensor no se movía, en las calles no se escuchaban las bocinas ni veía caravanas, los demás apartamentos mudos y a oscuras, como si hubieran entrado ladrones. Fui hasta el living a ver si todo estaba bien: Mamá seguía con el mismo libro, como si lo hubiera vuelto a empezar, y Abuela estaba por terminar lo que parecía una bufanda doblada y sellada.

127

Lo único que se escucha es el arrullo de las palomas, hasta casi entonan, como una marchita militar.

—Te dije, vieja, estos hijos de puta, milicos de mierda, lo tienen todo arreglado.

—Vení, corazón —me dijo Abuela y dejó de lado sus agujas—, te hice un estuche para que puedan

dormir concentrados tus jugadores, así no se pierden; y no te olvides de llevar un balde con agua para tu cuarto, este aire seco es insoportable.

17

128

No bajé porque hubiera escuchado la pelota retumbar, bajé porque correspondía a la hora que nos juntábamos para nuestros partidos y, además, traje en mi mano los dioses concentrados, el estuche que tejió Abuela con cada jugador en su cucheta. Sin embargo, cuando estaba en la canchita, Javier, que siempre era de los primeros en llegar, todavía no había llegado con la pelota. La desazón de Osmar, Cassio y Junior era total. No sabía cómo preguntarles sobre lo que había pasado. Era imposible que Brasil, después de haber goleado al temido Perú y empatado, mismo con la benevolencia del juez hacia los locales, contra Argentina, no se hubiera clasificado para la final contra los holandeses y sus laterales. Pregunté entonces por Javier, la *bola*, y los tres me miraron como si no hubiera lugar para esa duda.

—Duvido que venha —dijo Osmar con tono de relator de velorio.

—Que merda —agregó Cassio, siempre tan educado.

—Hoje no tem futebol —lo dije nervioso, en mi portugués a medias.

—A vida é assim mesmo —opinó Junior, antes de avisar que él tampoco tenía ganas de jugar y se marcharía a su casa.

—O futebol vai desaparecer —sentenció Osmar, se fue, no lo volví a ver más, esa fue la última imagen que tengo de quien relató parte de mi infancia, la voz de mi banda sonora, pateando el aire, de espaldas, alejándose con las manos en la cintura.

—Vamos jogar botão? —le dije a Cassio antes de que se me escapara y le mostré el estuche que había tejido Abuela. Tenía un lugar más grande arriba, donde descansaba el golero, el cubo de plástico, Poseidón. Debajo tenía diez casilleros idénticos, para los discos de los jugadores de cancha. Los había organizado por pares, para que durmieran juntos los que más tarde tendrían que entenderse mejor en la cancha. Los laterales, Hermes y Ártemis, uno al lado del otro, porque cuando uno subía el otro tenía que quedarse. Además tenían que apoyarse en la función de cubrir las espaldas de los *backs*, que los puse también juntos, solo Atena podía tener a Ares tranquilo y concentrado. A Zeus preferí guardarlo lejos de cualquier mujer, no fuera cosa que Hera se enojara, justo ahora, y lo puse con Deméter para que me regaran la cancha. Afrodite y Hefesto, los volantes ofensivos, uno al lado del otro, y la dupla de delanteros, Dionisio y Apolo, en los últimos dos casilleros.

—Vamos joga? —le insistí a Cassio.

Frente a tal infraestructura, nuestras localidades habían sufrido una notable mejora, Cassio y su educación gentil no supieron decir que no. Al llegar al Monumental, pateamos nuestros champions para abajo de la cama, hubo un tímido papel picado, algunos sectores de las gradas estaban llenos, guardo ese gesto como un símbolo de amistad profunda, estoy seguro de que, si tiene algo de culpa, si es uno de los eslabones en la secuencia de hechos, lo hizo sin saberlo, quizás a él también le perdure la duda, y puso al São Paulo en la cancha.

130

El partido fue recio pese a que Cassio no estuviera totalmente enfocado en sus jugadores, algo en su cabeza seguía disperso, en lo que había ocurrido entre argentinos y peruanos, y que yo desconocía. Pero los dioses, como de costumbre, no tuvieron piedad. Ares robó una pelota al límite de la legalidad, Cassio no quiso discutir si mi disco de plástico había tocado o no la pelota antes que al jugador, y se la obsequió a Afrodite, siempre linda y libre de marcas, que en una irracionalidad cómplice de lo bello, salteándose al arquitecto Deméter, le puso un pase largo, para la sorpresa de todos, a Apolo, quien galante lo dejó sin chances al arquero Waldir del São Paulo. Después a aguantar, pero sin sufrir, con el balón en los pies, hipnotizado, Zeus tuvo todo bajo control. Cuando la alarma de cocina sonó avisando

el final del partido, Cassio furioso arrancó el mapa de Sudamérica que colgaba detrás de la puerta de su cuarto, dijo que el golero de Perú era un vendido, hasta en Argentina había nacido, si no nacés en un país, no podés ser de ahí, que no podía ser que se dejaran hacer seis goles, vendidos, ladrones.

—Agora podemos fazer o nosso Mundial, Cassio, vamo llamar os vizinhos —no esperé más para decírselo.

—É isso mesmo —contestó, y pasó de la rabia a la euforia—, eu organizo, pode deixar —y empezó a juntar el equipo de São Paulo, que había perdido su invicto de local de la mano de los dioses—, vou jogar direitinho para ser campeão. —Y me dijo que juntara mis fichas, que iba a desarmar la mesa, que hoy me tenía que ir temprano y, antes de salir del cuarto, me volví a poner los championes y toqué la alfombra blanca de Cassio, como tocaban los jugadores el césped antes y después de cada encuentro.

Cuando ya abría la puerta de su casa, terminó de planear que el campeonato lo haríamos el sábado, mientras Brasil jugaría por el tercer puesto, nadie lo iba a querer ver realmente, alegó, lo ponemos de fondo mientras jugamos la Copa del Mundo, y se llenó la boca al final. Le dije que contara conmigo para la organización y que no se preocupara por lo del Mundial, era obvio que estaba todo arreglado desde el principio, mi madre me lo había dicho.

—Tua mãe entende de futebol? —me preguntó.

—Sabe —contesté, y todavía me cuestiono si hubiera callado en ese instante, si me hubiera guardado la respuesta, si hubiera actuado como un hombre.

No era común que Mamá saliera los fines de semana, fueron varios los que se quedó en casa, sin decirle un horario a Abuela, sin que tuviéramos que esperarla para que empezara lo que quedaba del día, sin embargo, se maquillaba siempre, como si fuera un día más, se pasaba el secador de pelo para alisar las puntas y se vestía con su pollera; es cierto que no andaba de tacos, prefería resbalar de medias. Pero el sábado del campeonato de fútbol de botones ya habíamos confirmado la presencia de al menos diez niños del barrio; al despertarme y salir del cuarto, mi madre leía en el living calzada con las pantuflas de Abuela. Ni rastro de pintura en su rostro, su cabello atado con una cola de caballo, triste, como si arreara tierra, y sin su mirada felina. Me paré enfrente, le quité el libro y le expliqué que jugaba Brasil por el tercer puesto, era cierto, pero era casi un partido de fraternización, amistoso de lujo, le dije repitiendo la radio, y que, mientras estuviera el partido en la tele, con todos los niños del barrio habíamos organizado un campeonato de fútbol de botones, iban a estar todos, y Abuela había tejido el estuche, era perfecto, los tengo organizados por posiciones en sus cuche-

tas, habíamos venido entrenando todo estos días, nuestra cancha de prácticas era la mesa de la cocina.

—¿Puedo?

—Sí —contestó ese día, y esa respuesta la he tratado de resignificar de otra forma, nombrarla como el monosílabo que prendió la mecha para lo que devino, el perdón de Pitaco cuando le trajeron al asesino de su hijo y él no lo condenó por entender que el perdón era mejor que la condena, pero no, siempre lo percibo como la subyugación definitiva, la rendición sin condiciones, pusilánime.

Me até los championes con dos vueltas, como sabía que hacían los jugadores de fútbol, agarré el estuche que había tejido Abuela con mis discos de plástico, la saludé a Pilar, que les dedicó un beso en el aire a mis dioses griegos y bajé los dos pisos por escalera.

133

18

En la casa de Cassio había una multitud. Él había convocado a otros niños de un edificio vecino y había escrito con máquina, en unas hojas muy prolijas, las reglas del campeonato para que no quedaran dudas y evitar disputas. Cada partida tendría un juez, que sería designado por sorteo entre los que no jugaban ese partido.

—E o Javier? —le pregunté a Cassio.

—Ele não vem, o pai dele não deixa.

Éramos muchos, los primeros partidos durarían cinco minutos en total y cuanto más avanzara el campeonato, más largos serían, hasta la final, que ya estaba estipulada, 15 minutos por tiempo. Enfrentamos rivales complicados, partidos entreverados, pero, con mis laterales, la velocidad de Hermes y la puntería de Ártemis, con el espíritu combativo de Ares, la estrategia de Atena, con la voz de mando de Zeus, el encandilamiento que provocaba Afrodite, la prestancia de Deméter, la capacidad de encontrar espacios donde no había de Hefesto, la picardía y la espontaneidad de Dionisio, la presencia de Apolo y la seguridad de Poseidón en el arco, no había suficientes obstáculos para frenar a los dioses del Olimpo. Los partidos se hacían cada vez más largos, y esa condición solo aumentaba nuestro aliento y nuestra capacidad de resistir. No se daba balón por perdido, tampoco se hacían esfuerzos innecesarios, todo estaba medido, funcionábamos a la perfección, como si un laurel nos acompañara desde el principio. Iba a empezar el partido por el tercer puesto de Brasil y la madre de Cassio nos hizo pararnos para el himno. Lo canté sin equivocarme ni una sola sílaba, como si con eso hubiera bastado.

Llegamos a la final y, como no podía ser de otra manera, contra el São Paulo, con su notable golero

Waldir, con su mediocampista Didi y el implacable delantero Serginho. En el momento del puntapié inicial, reloj en mano de Junior, quien había sido sorteado para arbitrar, estaba por empezar el clásico de los clásicos, la madre de Cassio golpeó la puerta del cuarto donde el público, que sobrepasaba el aforo máximo, parado arriba de la alfombra, esperaba la decisión del Mundial.

—Chicos, ya es tarde, mañana la siguen.

—Pero es la final.

—Hora de dormir —dijo después de tener que aguantar a 16 niños en su casa todo el día.

Años después, en una comida de amigos donde el fútbol siempre fue un tema a tratar, teníamos un compañero de facultad que llevaba las estadísticas de todos los campeonatos, nombres de jugadores, resultados, alineaciones, y recién en un comentario de una conversación en que no participaba, ahí, con un vaso de cerveza en la mano, fue que me enteré de que Brasil había ganado la disputa por el tercer puesto en ese Mundial.

Cuando volvía a casa, clasificado para la finalísima (algunos de los vecinos me daban como favorito), miré el reloj y ya eran las ocho de la noche. Temía que me regañaran y no me dejaran jugar el partido decisivo al otro día, pero, al acercarme a la puerta de la cocina, escuché risas, entremezcladas con comentarios en español de Mamá, en voz alta.

Hice que sonara el timbre y fue Mamá quien me hizo pasar y me invitó a acompañarlos en el juego de cartas en la cocina.

—Pará —le dije—, tengo que darles libre a mis jugadores, si no, mañana van a llegar muy cansados.

—Bueno, mientras tú los liberás, voy repartiendo.

Saqué a los jugadores de sus cuchetas y los dejé sobre la mesada de la cocina, sueltos, para que se relajasen, todos sabían lo que los esperaba al otro día, cualquier discurso o charla que les diera sobraría. Me senté al lado de Mamá, que con picardía, cuando levanté las cartas, trató de ver lo que yo tenía de juego. Así pasamos esa noche, como si tuviéramos la certeza de que era nuestra noche de despedida, como si supiéramos de antemano lo que pasaría al otro día, y, sin embargo, no hacíamos nada para cambiarlo, celebrábamos haber llegado hasta ahí. Después de lavarnos los dientes, Mamá agarró un libro de mitología en portugués y lo iba traduciendo al mismo tiempo que lo leía en español. Era el cuento que describía los poderes de Hebe, de rejuvenecer a los viejos y de envejecer a los jóvenes. Ojalá nos hubiera leído el cuento de Cidipe, aquel que Hera les ofrenda a sus hijos como el mejor de los regalos, la bendición de morir durmiendo.

Como nos habíamos acostado tarde, me levanté y ya era cerca del mediodía, la final estaba pactada para después de la hora del almuerzo de Cassio, las dos de la tarde, así le daba tiempo después para ver la final del Mundial entre Argentina y Holanda, que tenía los laterales como los míos, de ida y vuelta. Entré en la cocina en busca de mi cocoa y vi a mis jugadores fuera del estuche; me había olvidado de guardarlos en la alegría de la noche de ayer. No me parecía mal que se hubieran distendido antes del partido, pero, ahora sí, a meterse en la final, cada uno en su cucheta. Al guardar al número 9, Apolo, lo sentí un poco blando. El sol que se había filtrado por la ventana de la cocina había calentado el disco de plástico y había deformado levemente a mi delantero. Lo puse de inmediato en la heladera para que volviera a su forma, pero cuando lo saqué, media hora antes de la final, constaté que se había endurecido, pero tuerto, tenía una pequeña desviación, como si fuera chueco. Bajé corriendo las escaleras y toqué timbre. Me atendió la madre de Cassio y me dijo que estaban comiendo, que viniera más tarde. Insistí en que era urgente, necesitaba aplazar la final hasta que Apolo se repusiera, y ella me repitió que él estaba comiendo, que viniera en media hora.

Hablé con el plantel, que las reglas estaban escritas y que no creía que se podría posponer el

partido, les pedí entrega; aunque rengueando, Apolo fue el primero en levantarse y decirme que él estaba pronto. Los demás hicieron lo mismo. Nos juramos la gloria. Esperamos que fueran las dos, a esa hora la rama estaba colmada de palomas, y bajamos los dos pisos por escalera.

El domingo no estaban todos los gurises en lo de Cassio, Javier tampoco. Sin embargo, sentía el Monumental repleto, no entraba ni un alfiler con las gradas copadas por hinchas fanáticos, y con diario yo había hecho papel picado para el recibimiento de mis jugadores, que fue una locura. Nos paramos en la mitad de la cancha y saludamos a la tribuna, en cada rincón había una cámara de televisión armada con cartón, la tapa de una cuadernola servía de placar electrónico, y nos movíamos para no perder el calentamiento previo en los vestuarios mientras Junior, que tuvo que acudir a la cita por haber sido sorteado como juez, no comenzaba el partido. Tenía una sensación extraña y pregunté a Cassio por la alfombra. Me dijo que su madre se había enojado mucho ayer, nadie se descalzó, la sacó para mandarla lavar.

Alarma de la cocina en mano, una verdadera final de dientes apretados. Ya de arranque, Juliano, el lateral derecho del São Paulo, que no había hecho un gol en todo el campeonato, pateó de media distancia y, por más que Poseidón rozara la pelota

con la punta de los dedos, no llegó a sacarla. Gol del São Paulo, pero a no desesperarse, todavía quedaba mucho.

Sonó la alarma y era el final del primer tiempo. En el descanso hablé con los jugadores y les pedí entrega. Les dije que entraran confiados, que lo podíamos dar vuelta, que a estos brasileños les ganamos toda la vida, que hoy no iba a ser distinto.

Jugamos a matar el segundo tiempo. Pelotas que pegaban en los palos, jugadas dudosas, insultos. Quedaba poco. Y después de un par de rebotes, la ganó Hermes y le tiró un pase de zurda, cruzado y preciso, a los pies de Apolo, que quedó cara a cara con el golero. Al arco, le digo a Cassio para que acomodase a Waldir. Sonó la alarma y, como decía la regla, tenía derecho a ese último tiro. Waldir se adelantó un poco y cubrió el palo derecho, y dejó un pequeño hueco para patear a la izquierda o tirarla por arriba. Dudé un momento, pero quería mostrar la jerarquía de mis jugadores. Apolo, medio chueco, la picó por encima de Waldir. La pelota pegó en el palo, en la espalda de Waldir y no entró. São Paulo campeón.

Salí corriendo del cuarto, aunque había tenido ganas antes de arrancar el mapa que Cassio había vuelto a pegar, lo había rearmado con cinta adhesiva y estaba otra vez colgado detrás de la puerta de su cuarto. Giré yo mismo las llaves de su apartamento.

Dos pisos por escalera y, una vez en casa, me saqué los championes, los dejé tirados en el medio del living y me tranquilé en el baño. Mamá se puso furiosa y ordenó que abriera la puerta. No salí y la maldita canilla de mierda, que la quise abrir para que nadie me escuchara llorar y me quemé con agua caliente, y no pude abrir la fría. Cerré todo y me acuerdo de haber empezado a llorar de rabia, pero después seguí llorando y creo que lloraba porque había estado llorando, y lloraba por seguir aunque supiera que los hombres no lloran, y muchas veces después, aunque no tuviera motivos, he vuelto a llorar por esa pelota que no entró, y también me he angustiado por gusto otras veces, como si pudiera así deshacerme de eso, y creo que fue Abuela quien me acostó y terminé por dormirme de tanto llorar. Duerme, duerme, negrito, que tu mamá está en el campo, negrito; y si negro no se duerme, viene el diablo blanco y zas.

Nos despertamos con Pilar y el timbre de la puerta de la cocina que sonaba con insistencia. Mamá fue hasta la puerta de vidrio esmerilado, era el vecino de sombrero o lentes. Abrí, le gritó a mi madre de una forma convincente y le avisó que venían. Mamá salió corriendo atrás de Pilar, gritó por Abuela, que ya conocía el plan, y, aunque costó (Abuela no se había cuidado mucho con el peso), entraron dentro de la estatua de Hera, Pilar por dentro del pavo real y Abuela debajo de la piel de la

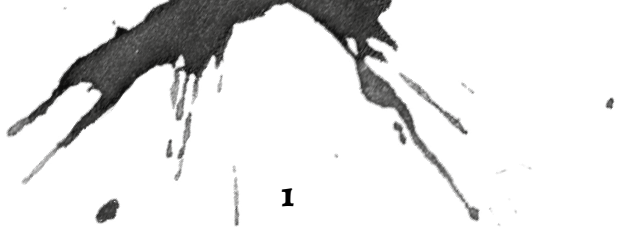
diosa. Ahora te toca a ti, me dijo Mamá, y me metió dentro de Hestia, y me dijo que no hablara, que quedara quietito, aunque pasara mucho tiempo ahí adentro, que aguantara lo que fuese, como hacen los grandes en una final. Cerró la estatua y en el oscuro total sentí un resto de su perfume y cómo ella se calzó los tacos, no fue eso lo que la hizo caer, estoy seguro de que no se tropezó con la pollera. Cuando empezó a correr hacia el rincón más lejos de la puerta, la estatua de Hebe, sentí que se cayó en el piso, quizás hayan sido los champions que dejé tirados en el medio del living, no lo sé, quizás los lápices de colores sin juntar, no sé. Sentí, lejos de mi hermana escondida en el pavo real, con los párpados levantados, aunque con una oscuridad de ojos dormidos, el horror de morir despierto. Sin embargo, también pude oír cuando Mamá apoyó la mano en el piso, como Hera engendraba a sus hijos. Un ruido estremecedor desde la puerta, como si Zeus la hubiera desintegrado con un rayo, y una voz de mando que ordena que se quede quieta. No escucho nada más de mi madre, ni un lamento, ni un llanto, ni Javier para que termine el juego, ni sus bigotes, nada, como cuando Brasil había empatado cero a cero. Creo que calló para que Pilar no la escuchara y no se pusiera a gritar, se aguantó el dolor y la bronca para no deschavarnos, como los verdaderos caudillos, creo, y habrá llorado para adentro.

Y en un momento que quedará para la historia de los almanaques del fútbol, sin la vergüenza de la derrota se retiran los jugadores exhaustos, con la tranquilidad del deber cumplido, pero conscientes de que nadie puede predecir con una exactitud matemática si una pelota que pega en el palo entra o sale. ¿Quién podría dominar totalmente la curvatura de un esférico, calibrado a ojo, recorriendo un aire que cambia de densidad, que puede estar más seco de lo previsto, que quizás el viento haya invertido su dirección? ¿Quién puede tenerlo todo controlado si hasta los dioses fallan? Así se retiran de la cancha, inmortales y vencidos, agrandando la historia, haciéndola, viviendo en ella. El fútbol tiene de esas cosas, orgullosos y derrotados, con el grito de gol ahogado, con la amargura por aquella pelota que no entró, que pegó en el palo, que rebotó en la espalda del arquero y que no entró, sin saber por qué.



La última zanahoria

EDUARDO SANTOS



1

En soledad, mientras friego el gimnasio abandonado donde La Cabra supo generar a los mejores remeros del país, observo la pared blanca que tengo enfrente y no puedo más que usar referencias al río como metáforas para describir las manchas de humedad en ella. El lamparón amarillento justo a la altura de mis ojos es claramente un dorado nadando a contracorriente. Esa otra más oscura, ahí arriba a la izquierda, una boya esperando el pique para hundirse. Debajo están los botes que, compitiendo en una regata, avanzan como una flota de transpiración hacia el piso. No puedo imaginar en ellas, a pesar de todo el tiempo que paso mirándolas, digamos, por ejemplo, la luna triste del enamorado no correspondido o el cuchillo filoso del vengador silencioso. Metáforas sin dudas más placenteras de usar que el oloroso y escurridizo surubí. Lamento mi incapacidad para contar esta historia, mi historia. Y es que esas metáforas, ese río que corre por la pared, la que manché de sudor y saliva durante años, la que conozco de memoria y he visto fijamente durante muchas horas de entrenamiento en la máquina ergométrica, representan lo que navegó junto a mi bote en las mañanas soleadas que transparentan el agua, imágenes que a veces

145

me llenaban de entusiasmo y a veces eran un ancla imposible de levantar.

En ese río buscaré las explicaciones. Es lo único cuyo funcionamiento comprendo, y en las analogías con él es que puedo intentar comprender otras cosas, por más que sean inútiles para otros y pobres literariamente.

Además, el río es el único que me entiende. Más ahora que murió La Cabra, entrenador en mi juventud cuando él ya era mayor, entrenador de mi padre, cuando los dos eran jóvenes. Fue su muerte la que propició mi regreso, luego de dieciséis años, al pueblo en el que crecí y que es a veces acariciado, a veces abofeteado, por el famoso río Santa Helena.

146

Murió La Cabra. Se suicidó. Se tiró de la lancha y no salió nunca más. Ahogado en el que fue su lugar de trabajo por tantos años, sumido en la incapacidad y en la obsesión de repetir el logro máximo de su vida: llevar otro atleta a los Juegos Olímpicos, como lo hizo con mi padre. No sé si lo quería hacer por él, por el pueblo o por Dios. Es lo mismo. Una obsesión, como una adicción, es un motor que funciona con cualquier combustible.

Yo estuve muy cerca de clasificar. A pocos metros diría. Pero me traicionó una tanza que se enredó en mi egoísmo, hinchado y puntiagudo en aquel momento, y que se mantuvo enredada en mi cuerpo. Me fue tirando, cinchando y soltando, yo la seguí

como un pescado hasta el cansancio, y me arrastró hacia la costa de la huida.

Sobre La Cabra puedo decir, con seguridad, que nunca supo nadar. Ni de joven ni de adulto ni de viejo. Es algo que solo yo conozco, debido a la noche en que lo salvé de morir ahogado. Eso fue hace muchos años. Tantos que en ese momento todos creían que correría con Carlos el doble para la clasificación a los Juegos. Tantos que todavía me creía capaz de lograr la atención de Ana. De todas formas, esa noche, como siempre, dado que Carlos nunca se quedó tiempo extra para entrenar, estaba solo junto a La Cabra. Fue la noche en que acercó su lancha lo más que pudo al bote, siempre tarareando la canción, y con una linterna me alumbró los nudillos, sabiendo que podía corregir aún más mi técnica y ganar segundos viendo la dirección en la que apuntaban. Siempre hizo eso, siempre miró los detalles que otros ni se imaginaban, siempre varios pasos adelante incluso de los mejores entrenadores del mundo. Me forzaba a quedarme más tiempo para seguir mejorando. Más de lo que yo creía necesario. Más de lo que mi foco permitía.

La rutina y el sacrificio se sentían en su olor a río, en las mangas mojadas de los pantalones arremangados, en los pómulos quemados por el sol y en los pelos en aquel momento negros que le salían por debajo del gorro de lana que nunca se sacó.

Pero, aparte de eso, el resto de su vida siempre la escondió, ya sea detrás de sus gritos por el megáfono o, según me contaron cuando volví, en los cubículos del baño del club, donde pasaba mucho rato encerrado.

Durante los entrenamientos siempre acompañaba los botes con la lancha, bajo sol o lluvia, gesticulando y gritando por el megáfono incoherencias ininteligibles, con la mano haciendo visera si es que el sol le daba de frente. Lo hizo desde antes de que yo naciera, desde que entrenaba a mi padre, y lo siguió haciendo por más décadas de las que podía contar con sus dedos sanos.

148

Su prédica fue el agua. Amalgamarse y fluir. Eso buscaba en nosotros, adaptarnos a su física y dejarnos rodear, entender que siempre estamos en el agua. Eso parecía querer decirnos, aunque no lo comprendimos.

Aun así, nunca lo había visto sumergido hasta ese entrenamiento en que estiró la cabeza para ver mejor mis manos y perdió el equilibrio.

Cayó al agua y se hundió en la oscuridad. Sentí el descontrol de sus brazos y piernas en la espuma de la superficie, y ahí supe que no podía nadar. Su gorro quedó flotando, el motor hizo un ruido grave y se trabó por una décima de segundo, luego la nube negra surgió. Salté y lo tomé del cuello de la campera. Sus movimientos parecían querer alejarme,

como rehusando cualquier ayuda, pero logré impulsarme a la superficie y arrastrarlo conmigo. Hice que se sujetara del bote y ahí vi los dos dedos de la mano izquierda que se había cortado con la hélice de la lancha.

El accidente hizo que se quedara un par de días sin entrenarnos, supongo que durmiendo todo lo que nunca dormía.

Sé que nunca aprendió a nadar porque murió ahogado de la misma forma que aquella noche, saltando de la lancha, esta vez solo, ya que nunca volvió a encontrar otro atleta que apreciara el trabajo extra. Saltó de la lancha como buscando terminar el trabajo que yo detuve, como negando y tratando de borrar todo lo que pasó entre la primera y la segunda caída, como si, en lugar de ayudarlo, lo que hubiera hecho al rescatarlo fuera darle dieciséis años más de agonía.

Quien sabe nadar no se puede ahogar así. Tendría que atarse al ancla u otro peso, pero no fue necesario. En esos últimos milisegundos de descontrol, cuando solo responde al instinto de supervivencia, la mente enviaría todos los recursos necesarios para salir a flote. Únicamente alguien desprovisto de toda capacidad permanecería sumergido. Nadie tiene, y menos una persona con la mente tan revuelta como la tenía él, la claridad y la disciplina como para dejarse envolver por la

oscuridad del lecho del río y aceptar la muerte como a un aliado.

Me hubiera gustado despedirme, sin embargo, cuando me enteré, ya estaba velado y enterrado. Me avisó Ana, consiguió mi número de alguna forma y me llamó. La atendí solo por aburrimiento, sin saber que se trataba de ella, estando en San Francisco, donde pasé los últimos años de escape. La atendí en el pequeño apartamento, parado junto a la ventana, tratando de absorber la mayor cantidad de la luz que entraba por el pozo de aire, como para calentarme las manos. Aprovechar el poco sol que no era bloqueado por las cuerdas con ropa colgada de los pisos de más arriba, tapándome un oído con una mano y tratando de escucharla a pesar de los gritos de los niños, las peleas de los vecinos y los televisores retumbando con programas de concursos.

150

—La Cabra murió.

Desde que me fui del pueblo no hablaba con ella. Estaba triste o nerviosa. Noté que quería impositar una voz, utilizaba palabras poco usuales y las colocaba en lugares inapropiados. Quizás porque pensó que ya no recordaba cómo hablar español, o tenía miedo de carecer de un lenguaje de nivel universitario. Usó palabras del estilo de *apesadumbrados*, *apremiante* o *idóneo*, que no son comunes en los habitantes del pueblo. Por más que creemos que soñamos en grande, que podemos imaginar

cualquier futuro posible, solo podemos figurarnos con las palabras que conocemos, y nuestros sueños llegarán apenas hasta el límite de nuestro vocabulario. Nada más allá. Por eso los anhelos de los habitantes del pueblo son tan acotados y los míos siempre terminan en las dos palabras malditas, Juegos Olímpicos.

Me contó del velorio, de las pocas personas reunidas en la sala de los Rotarios, de los crucifijos y otros símbolos religiosos y la ausencia de emblemas del culto verdadero del pueblo, de lo que profesaban verdadera fe: el remo.

Se produjo un silencio. El discurso que tenía preparado terminó y mi reacción fue vacía, seguro diferente a la que buscaba. Me tomó de sorpresa, no tenía nada para decirle. Sin embargo, no cortamos. Nos quedamos callados.

Ana, Anita, Ana la inocente, Ana la más linda e inteligente, Ana la trola, Ana la traidora.

—El domingo hay regata, ¿sabés? —me dijo al fin, y cambió de voz. Entonces la reconocí, reconocí al pueblo detrás de ella, la melodía en las palabras que ondulan lentas y ascendentes para terminar en una pregunta que no lo es, como olas pequeñas rompiendo en la orilla un día sin viento. —Seguro que va a estar todo el pueblo.

No podía volver. No por ella. No me di ni medio segundo para reflexionar. O sí, quizás fue un

pensamiento tan rápido que no pude ser consciente de él, quizás pasaron como flashes por mi mente el costo del pasaje, cómo enfrentaría a mis padres con sus respectivas enfermedades, los charcos en las calles de balasto, las cabezas de los vecinos juzgándome asomados entre las persianas y los almacenes oscuros con productos vencidos hace varios meses.

Le dije que lamentaba no poder ir. Que estaba en medio de un período de mucho trabajo, que debía esperar los resultados de una investigación que estaba haciendo y que presenté a una agencia del gobierno para obtener el financiamiento. Que, por otro lado, ya nada me ataba al pueblo. Nada me unía y nadie me recordaría, ni siquiera La Cabra. Que dejé todo para no volver hace ya mucho tiempo y que ahora ya no tengo razón para hacerlo. Que lamento mucho la muerte, pero no era el momento de volver. Todo eso le dije, o me hubiera gustado decir. Posiblemente, mi respuesta fue mucho más corta e infantil.

—Te entiendo. ¿Puedo comentarte otra cosa? —siguió Ana—, en tres meses y en honor a La Cabra la confederación va a hacer la regata clasificatoria a los Juegos en el club, ¿te imaginás? Y hasta nos dejan presentar un bote. Lástima que no tenemos atletas dispuestos.

Corté, pero ya no pude dejar de pensar en ese tono de voz y en lo que traía detrás. Permanecí

sentado en el alféizar de mi apartamento. Con el sol débil en la nuca podía ver la cama, la cocina, la mesita de madera compensada con las dos sillas plegables que la acompañaban y el bol con los tres limones que cuidaba como oro, en esta ciudad donde todo tiene precio de metal precioso. Mi apartamento entero, no solo a rango de vista, sino que estirando los brazos podría tocar al mismo tiempo la heladera y la mesa de luz. Golpeé mi cabeza contra el marco de la ventana. La plata ahorrada alcanzaba apenas para un pasaje de ida. No fue como lo imaginé.

Estas memorias deberían ser más fáciles de escribir. Debió ser otro yo el que estuviera en San Francisco. Uno que hubiera sobrellevado con entusiasmo los obstáculos en la universidad de la costa este, esforzándose al máximo para ser uno de los mejores remeros universitarios y clasificar a los Juegos Olímpicos. Que luego de obtener la gloria se hubiera recibido con honores de químico, y que ahora disfrutara de un alto cargo en una empresa tecnológica, o siendo director de su propio emprendimiento, financiado por los mayores inversores. Unas memorias donde el pueblo solo se nombrara al principio, como un hecho: viví ahí hasta los diecisiete años, nada más, apenas una o dos anécdotas que quedarían insignificantes frente a lo logrado posteriormente.

Siempre creí que mi escape traería olvido, que yo sería olvidado por el pueblo, y que yo olvidaría. Pero no fue verdad ni para el pueblo ni para mí.

Que no fue verdad para mí lo tenía bien claro todas las noches, pero que no fue verdad para el pueblo lo comprobé la tarde de la llamada de Ana, cuando me di cuenta de la coincidencia entre fechas y comencé ser consciente de que mi escape no fue un final, sino parte de algo que todavía se estaba desarrollando, y que solo yo podía darle la conclusión que merecía.

Haré el esfuerzo por ordenarme al contar mi historia y tratar de por lo menos arrancar con el comienzo. Debería ser el de mis juegos imaginarios, de niño, donde la cama representaba un bote. Esa es la primera imagen que me llega. Sin embargo, no puedo permanecer ahí, el flujo de recuerdos salta hacia un momento más reciente. Es el momento en que regresé a la casa de mis padres después de quince años, en el pequeño pueblo de Santa Helena, con la determinación de remar nuevamente para el club al que pertenece el gimnasio desde donde escribo, el otrora prestigioso Santa Helena Rowing Club, y poder terminar lo que dejé a medio hacer, honrando a La Cabra y clasificando a los Juegos Olímpicos.

2

No fue que creyera que rejuvenecí o volví atrás el tiempo dieciséis años por haber regresado al pueblo. No soy tan ingenuo. Pero verme en el reflejo de la ventana del cuarto, convertida en espejo por la oscuridad previa al amanecer de esa mañana en la que llegué, y notar las mismas arrugas y canas en las patillas que tenía cuando me vi en los espejos del baño del aeropuerto de Los Ángeles, donde hice escala de regreso, igual me impactó.

Palpé los pegotines que estaban pegados en la parte baja de la ventana. Quise sentir el relieve y ganar el sentido del tacto, el más difícil de evocar en los recuerdos. Los pegotines, blancos, descoloridos por el sol, ya solo tenían cabezas en mi memoria. Jugadores del mundial del noventa sonreían pegados tan aleatoriamente como mi peinado luego del largo viaje, ubicados con la desprolijidad acorde a la falta de solemnidad de un niño.

En cierta forma copiaron el desorden mental en que los recuerdos de madrugadas frías y pitidos agudos se me mezclaban con el reflejo de mi cuerpo hosco, ancho, jorobado, según dirían algunos de mis excompañeros.

Tenía las piernas agotadas. Me senté en la cama casi desplomándome, con el leve propósito de abrir

el bolso y comenzar a desempacar las pocas ropas había traído. La dureza de mi caída fue devuelta en todo su peso por las maderas, traspasando lo delgado y gastado del colchón. En ese momento supe que, en la vuelta, no habría lugar para el descanso.

Como siempre, viviría en la nebulosa del sueño continuo. La maleza mental que se desvela como el sauce llorón del frente de la casa que me recibió cuando bajé del taxi y me fue abriendo paso por el camino de piedra laja. Las ramas que, como la tela en mi mente, me llevaron hacia los mismos ladrillos mohosos y rejas herrumbradas que me despidieron quince años antes y que al regresar me recibieron riendo, pero no de felicidad, no, sino burlones de mi regreso en el fracaso. Sabiendo, como lo sabe todo lo inanimado de este mundo, lo que guardamos con vergüenza.

La almohada de polifón intacta, con la funda blanca de anclas y velas, tomó con firmeza el timón de mis recuerdos. En la aureola amarillenta, que imprimió mi nuca noche a noche como un sudario durante toda la niñez, pude ver expresadas las pesadillas que nunca recordé. Registro de la transpiración fría con que me despertaba gritando de miedo ante el inminente ataque o peligro. Solo recuerdo los gritos. A veces eran ahogados, a veces chillones, muy pocas veces, una palabra, como *pará*, *conchudo* o un simple *no*. También, aunque no

recuerdo las imágenes, sé que existían unos escasos segundos de traspaso del inconsciente al consciente en donde podía retenerlas, y luego se esfumaban detalle a detalle, el lugar, las caras, las situaciones, para nunca volver. No sé si era siempre la misma pesadilla o si se trataba de situaciones originales. Pero si en mi inconsciente viviera algún tipo de continuidad, un hilo conductor, si de verdad existiera algo que uniera todo, ese hilo sería el eje de un collar de perlas. Cada perla formada por las gotas de sudor impregnadas en la almohada humedecida que dejaba al salir de esas pesadillas. Cada pesadilla, una perla que en su acumulación formaron esta mancha amarilla clara al centro, pero con los bordes reafirmados, casi naranjas. Ni mi madre, con su obsesión por la limpieza y el control, pudo extraerla. Así como tampoco pudo cortar o corregir el hilo conductor en sus visitas cuando respondía a mis gritos, basando su insistencia en dormir todos con las puertas abiertas para escucharnos. Entraba al cuarto lenta y sonriente, casi como diciendo *mi vigilia vale la pena*, dejando a mi padre roncando, frustrado y paralizado en sus propias pesadillas, y con la manga de su camión, blanco con lunares rojos, me secaba la frente, no la nuca, y me arrimaba el vaso con agua que siempre estaba a punto de desbordarse, pero que ella me acercaba sin derramar ni una gota.

No escuchaba sus pasos. Quizás se escondía en el pasillo, parada, esperando para asistirme. Pero lo más probable es que caminara muy liviana, como si lo hiciera sobre un puente colgante hecho de papel, armado con las páginas del diario más importante del país, en donde por un tiempo los titulares solo correspondían a los hechos de mi padre, pasados y presentes. Encontrando vínculos mucho más fuertes en una historia que mi madre ignoraba o eligió ignorar, pero que en esos años iba pisando con tanto cuidado, haciendo equilibrio y evitando el rompimiento para no caerse en el abismo de la locura. No lo conseguí. El puente era muy largo. Y así como nos forzaba a mantener las puertas abiertas dentro de la casa, su obsesión se amplió para evitar las miradas condescendientes de las vecinas, obligándonos a cerrar las cortinas y persianas todo el tiempo, dejando la casa con un aire fantasmal que todavía mantiene.

¿Qué tan lejos debí irme para escapar de los genes?

A pesar de la soledad en las noches, viviendo solo o mal acompañado, desde que me fui pude hacer que las pesadillas desaparecieran. Entonces, me pregunté si con la vuelta también regresarían, junto con los sobresaltos que me provocaban. Al igual que cuando se invirtió el ritual en los últimos años y la que gritaba en las noches era mi madre.

También me pregunté si debería soportar las risas de mi padre que para evitarlas decidió ignorar el sueño completamente, mientras se recordaba estampando su firma en decretos entre cigarros y carcajadas. ¿O serían llantos? Dormir en esta cama nunca fue fácil. Nunca.

Solo me gustaba estar en ella cuando podía encerrarme en el cuarto y subir la música del casetero. Hacer de la cama el bote con el que gané tantos Juegos Olímpicos de todas las formas posibles. De atrás y justo antes de llegar. Por varios botes de ventaja. Desmayándome justo al cruzar la meta. Soltando los remos y saludando. Tirando los remos al agua y saltando detrás de ellos. Parándome en el bote y tomándome con las dos manos los testículos en dirección del segundo. Luego la cama se convertía en el estrado y me veía cantando el himno emocionado. O como atleta independiente negando la patria. O tomando la medalla y lanzándola. O rehusando cualquier ceremonia. Algunas veces, las menos, perdiendo por lo mínimo y jurando la venganza que cumpliría en los siguientes Juegos. Pero siempre solo. El bote y yo en completa sincronía con las ondas del agua. Nadie jamás me acompañó en mis fantasías, no tenían lugar.

Me negué a dormir. Todavía quedaban unas horas hasta que fuera momento de ir al río a ver las regatas de esa mañana. Pude tratar de descansar

un rato, pero sabía que sería imposible hacerlo. Ya estaba demasiado sumergido en los recuerdos. Busqué la tabla partida de la cama, causada por alguna exageración en el festejo ficticio. Pasé la mano por debajo y exploré las maderas; encontré pequeñas astillas que me rozaban y se tentaron con clavarse, pero no encontré la tabla rota. ¿La habrían cambiado? En la exploración lo único que destacó fue una pequeña protuberancia, endurecida, pero que al rasarla la arrastré como un silbido de mal agüero y, recuperada, incrustada en la uña, luego de olerla y percibirla, pude descubrir que se trataba de un moco petrificado. Gris y duro como las calles de San Francisco donde maduré hacia la putrefacción. Es cierto, de niño me los quitaba y los hacía bolita. Los pasaba de un dedo al otro, y luego los pegaba debajo de las sillas, los sillones y de esta misma cama.

Apreté el moco con los dedos como un granito de varicela, como los sueños de vidas anteriores. Desde dentro, liberado de su pequeño encierro, despertando de la muerte, un gusano. Una larva asquerosa se quedó en el dedo, parada, disecada, un pequeño fósil que se petrificó junto con el moco. ¿De dónde pudo salir? ¿Será que mi cerebro, ese que tanto quiero comprender, está lleno de pequeños parásitos y de ahí sus fallas, sus incoherencias, sus estupideces? Haber fracasado por una invasión

de larvas en el cerebro. Bien podría ser. Bien podría mi cuerpo estar infectado desde que era un niño. No solo las piernas, que fallaron en esas últimas remadas, sino también el cerebro, porque todo se basa en la fortaleza mental para enviar las señales correctas a los músculos. En la regata por la clasificación a los Juegos hace dieciséis años debí luchar contra la miserable línea de pesca, tanza flotante anclada en la arena, con los anzuelos y señuelos esperando agarrarse de lo que se le cruzara, y terminó enganchada en el remo. Esa línea que nadie vio y nadie me creyó que existiera. Solo yo sé que existió, por más que después todos en el pueblo me miraran con desprecio. Pero existió y vuelvo a decirlo porque estas son mis memorias, mi verdad, y se enredó justo en los últimos doscientos metros. Vi la plomada con forma de pirámide que se proyectaba como boleadora en cada recuperación. Si bien el peso de la plomada no era tanto como para decir que fue el factor del retraso, sí lo fue la desconcentración milimétrica debido al pejerrey enganchado del anzuelo y que planeaba cerca de mi cara, con las aletas filosas y esos ojos duros y endiablados que me miraron siempre que traía la pala del remo hacia atrás. Gusanos en mi sangre, peces en el río.

La tanza que hizo que mi padre cabeceara las paredes del club en gesto de ira, superando su

control estoico. Lo vi al finalizar la regata, regresando al vestuario, cruzando el pasillo con olor rancio perpetuo, perdiendo la vista con cada golpe que a lo lejos provocaba el temblor y parecía querer derrumbarlo. Luego, en la noche, yo bañado en la humillación y el pueblo bañado en frustración, saliendo del club, pude ver a La Cabra sentado en la lancha, absorbiendo el frío, iluminando el agua con una linterna. Quizás buscando, incrédulo, la prueba de lo que le dije, de mi excusa, esperando encontrar la maldita tanza, así todo sería más fácil. O quizás simplemente contemplaba los peces que se acercaron encandilados, mientras pensaba que no era tan grave, que solo tendría que esperar cuatro años más. Que todavía no era tan viejo.

3

Ningún heleno sabía de mi regreso. Nadie salió a recibirme ni hicieron de mi llegada un desfile. Unos minutos antes de salir de San Francisco le avisé a mi padre y cuando le comenté que el vuelo llegaba en la madrugada me dejó la puerta abierta para que entrara sin despertarlo, o sin tener que preguntarle por mi madre. Luego salí de la casa y ellos todavía dormían.

Llegué temprano, me acomodé en el largo banco de hormigón, todavía frío, que enfrenta la línea

de meta. El sol asomaba sobre el horizonte de los árboles, dejando el agua de color dorado. Comenzó a entrar el resto de la gente, que al enfrentarme me miró para luego taparse los ojos. Quizás se debió a que tenía el sol detrás. Quizás se estaban tapando para no encandilarse. De todas formas, en ese momento, sentí que lo hacían porque vieron algo que les pareció fantasmal.

Se tapaban porque al verme se les presentó la tragedia que arrastraba como ondas en el agua. El aura pesada que solo se desvela en los funerales, de eso se trataba, donde todos tienen el gesto de arrepentimiento y yo llevaba el mayor de todos, el de la ocultación. Miré las caras, muchas, casi todas, conocidas. Cambiados, el pelo blanco o pelados, con ropa que parecía prestada porque estaban más flacos o más gordos, y vi reflejada en ellos mi historia incompleta. Se alejaron de mí. Comentaban entre ellos y se sentaron de tal forma que quedé solo, en el centro de un círculo al que parecía que no podían entrar. Entendí que cuando me miraban veían solo la parte de la trama que ellos conocían, que imaginaron o les contaron, y que la aversión o antipatía que sentían era porque no conocieron mis motivos. ¿A quién quiero engañar? Si supieran mis verdaderas razones, la aversión se convertiría, seguramente, en profundo odio.

Sabía que el rechazo era una posibilidad, incluso la violencia. Pero necesitaba la exposición. Necesitaba ser visto y ver cuál era la reacción. Nadie olvidó.

Se cubrían la cara con la mano. Algunos con la palma hacia ellos, haciendo visera, pero muchos otros lo hacían con la palma hacia mí, casi en actitud de defenderse de un demonio, y noté que todos tenían la palma ennegrecida. Pensé que podía ser una sombra, pero no, todos tenían las palmas de las manos marcadas con algo negro. Eran tatuajes.

La coincidencia de fechas de la que hablé anteriormente se daba entre la del suicidio de La Cabra y la de esa última regata en la que no pude clasificar a los Juegos Olímpicos. Recordaba muy bien el día, no sé cuántas personas más lo harían. Ahora estoy seguro de que La Cabra también, y que su suicidio no fue casualidad. No sé por qué, pero siempre creí que sería bueno que más gente pudiera recordarlo y festejar, tomarlo como un día festivo, que entre los que recordábamos ese día, alguien, por lo menos alguien, pudiera ponerse contento. Me pregunté si el peruano que me ganó o el bote de dobles argentino que humilló a Carlos y Dionisio lo recuerdan y festejan con la inocencia de ignorar lo que nos pasó a nosotros desde ese momento. Si se reúnen a recordar ese día y la felicidad que les trajo a ellos, si abren una botella de espumante y

lo sirven bien frío en copas finas de cristal, como si estuvieran en el lanzamiento del libro con sus memorias triunfantes.

Durante muchos años, ese día lo conmemoré tomando. Al igual que como imaginaba a los argentinos y peruanos, pero tomando solo, sin festejo, fuera de cualquier ceremonia. Pasados los años de universidad en Boston me mudé a la costa oeste, nuevamente escapando, ya sabrán por qué. Deambulaba por las calles de San Francisco, en esos repechos que me hacen envidiar al salmón, sin reloj y sin mucho sentido del día en que vivía debido a mis horarios rotativos en el trabajo. Pero cuando descubría el aniversario por mera casualidad, en la computadora o en un San Francisco Chronicle tirado en la vereda, brotaba de mi cuerpo una ansiedad que me llevaba a cualquier supermercado a comprar una botella de vodka, siempre la de más abajo de la góndola, y encerrarme en mi apartamento hasta vaciarla.

Dos veces en esas noches cortas y profundas del alcohol soñé con la muerte de La Cabra. Dos veces caminando por la avenida que lleva al muelle 39 me encontré con Carlos sentado en un bote, con el pelo abultado como cuando éramos jóvenes, llorando y gimiendo lamentos, rogándome por favor que lo acompañe remando por el Pacífico hasta el pueblo para llegar a ver a La Cabra, para salvarlo. La

tercera vez, si bien también me pareció un sueño, estaba despierto. Y Carlos nuevamente estaría sobre un bote.

Alguien pasó por detrás y sentí su rodilla en mi espalda. Siguió de largo. Una piedra cayó en el banco cerca de mí. Siguió picando y rodando por la tribuna hasta llegar, con lo último de su energía, al agua. Me di vuelta y nadie parecía estar viéndome, pero más allá distinguí una silueta caminando en mi dirección. A pesar de los años sin verla, reconocí a Ana caminando y trepando la tribuna de hormigón.

166 Venía cubriéndose la cara como el resto, pero de forma intermitente, para poder guiarse hacia mí. En su camino yo también me cubrí la cara como imitándola, burlándome, y ella sonrió.

Se sentó a mi costado, mirando hacia el río vacío de botes. La curva no permitía ver la línea de salida, pero por la hora sabíamos que faltaban unos minutos para escuchar la corneta que indica el comienzo. Durante los años en que no la vi, siempre que sentí el aroma dulce, cálido y aterciopelado de ese perfume, pensé en ella. Nunca pude identificar de cuál se trataba, aunque sé que era común, fácil de encontrar en oferta en cualquier perfumería. No se lo pregunté tampoco, no le di importancia, pero ese día no lo estaba usando. Era ella, no tuve dudas, fue la visión de la pequeña cicatriz en la frente, en el

lugar en que la dejé, lo que me lo confirmó, pero el perfume que traía se sentía diferente, frío, acuoso, maduro.

—Estás acá, ¿por qué volviste al final?

Fue lo primero que me preguntó, pero sería lo último que le respondiera. Esa pregunta rondaría en nuestro alrededor como yo rondaré la respuesta, con excusas o mentiras, con sonrisas y quitando la mirada, con razones que irán de un lado al otro del espectro del amor. Y en esos paréntesis, que son redondos como globos listos para explotar, estarán las mentiras que cubren un grito de ahogo, un grito hecho desde lo más profundo y que flota hacia la superficie como burbujas que revientan en la nada.

La primera regata fue por el campeonato nacional juvenil, y los equipos comenzaron a aparecer a lo lejos. Desde la perspectiva nuestra era difícil adivinar la separación entre botes. En el fondo se destacaba un niño flaco y alto, con huesos que parecían querer salirse del cuerpo, augurando el crecimiento muscular que le esperaba. Felipe es el hijo de Ana y de Carlos, ese día corría junto a otros juveniles en un bote de cuatro. Pensé que era un buen logro que un muchacho de quince años corriera en una categoría para subdieciocho, que quizás tenía un gran futuro, que fuera talentoso. Ana me respondió que se debía a la falta de atletas. La bandera del Santa Helena Rowing Club no se

había modificado desde que me fui, seguía siendo un triángulo blanco con borde rojo y las iniciales del club en vertical, cada letra en un color diferente, verde, azul, negro y amarillo, por lo que contiene los cinco colores de los aros olímpicos. Ese es el código, no tan secreto, que honra a mi padre y a La Cabra por haber clasificado a los Juegos y que flamea en los mástiles al costado del río por todo el recorrido de la pista, así como se plasma en el pecho de las mallas de los atletas.

168

El sol les daba en la cara a los remeros, es decir que apuntaba a la llegada, ya que en el remo los atletas van mirando hacia atrás, siempre hacia atrás. Ana no parecía muy entusiasmada con la regata, y no me pareció extraño. Lo de ella, cuando niña, era la música. Interpretar sonatas o sinfonías, sonreír y mover los dedos cuando escuchaba a Mahler o a Bach, pero su vocabulario no pudo ir más allá del «bienvenido» o «tome el programa de esta noche». El trabajo de acomodadora en el auditorio de la ciudad capital, a dos horas del pueblo, le permitía ver los conciertos gratis, y soñarse, solo soñarse, como parte de una gran banda sinfónica, admirada por el público uniforme y oscuro que tose siempre en el peor momento. Viajar al exterior y tocar en los mejores teatros del mundo, quedarse en un hotel cercano al auditorio y salir a caminar, en las noches, luego de los conciertos, por calles estrechas

y silenciosas, cubierta por un chal y expulsando vapor al exhalar. Las mejores noches en las grandes ciudades son las de invierno, imaginaba ella, noches grises en el cielo y azules en las ventanas de los comercios que permanecen abiertos hasta tarde. Caminar con el estuche del violín, su instrumento favorito, que en el sonido de vibración dulce es más parecido al perfume anterior que al actual, si es que eso significa algo. Volver a Santa Helena, entrar a la casa en la madrugada y despertar a su hijo. Sentarse en la cama junto a él y contarle lo lindas que son esas ciudades, las diferencias con el pueblo, prometerle que algún día lo llevaría con ella. Quizás hasta pudieran irse a vivir a otro lado, porque un sueño que yo desconocía, y que Ana pudo verbalizar en su mente luego de mi huida, es el de irse del pueblo con su hijo. Irse como yo, tomarme de ejemplo, verme como el símbolo de su esperanza.

169

(Le contesté la pregunta, entrecortado e inseguro como cualquiera a quien o bien le piden que lleve a palabras algo que solo es sentimiento, o bien está mintiendo. Le dije que volví por la esperanza. En honor a La Cabra. Por lo que le debía al pueblo. Por la regata que les negué. Para remar y enmendar mi error, por haberlos abandonado. Que su llamada me conmovió y luego de cortar sentí algo místico que me impulsaba a intentar lo que debí intentar hace muchos años, y que, en el fondo, por

alguna razón también inexpresable, podía estar seguro de que clasificaría a los Juegos Olímpicos. Lo haría para darle al pueblo lo que debí darle hace tiempo. Sabiendo que no sería fácil, que necesitaba entrenar como cuando joven y más, aunque fuera día y noche, pero que estaba dispuesto a darlo todo.)

Esperaba la tranquilidad de una competencia de remo, pero el ambiente estaba lleno de hostilidad.

Una señora mayor, apoyada en un bastón y con la cabeza cubierta con una bolsa de nylon, se acercó a insultar al bote ganador. Bajó los escalones con mucha energía y quedó a un paso de caer al río. Levantó el bastón y gritó: «Andate, andate por donde viniste, acá no te queremos». Al darse vuelta me miró fijo con los lentes empañados y golpeó el banco de hormigón con el bastón.

170

En ese momento el bote de Felipe cruzaba la meta en último lugar, a cuatro o cinco botes de distancia del penúltimo. Navegando casi de costado y corrigiendo las descoordinaciones como podían. Leves aplausos los recibieron y caminaron cabizbajos hacia el vestuario. Ana había permanecido impasible a mi lado.

—Mirá qué bien, ¿así que vas a correr con Carlos de vuelta?

Nombró a Carlos con un aire de superación, como si no tuviera ningún peso en su vida, como si

hubiera olvidado toda la historia o hubiera tomado otro rumbo. Y le creí.

—No, no, corro solo, con el lugar que nos cedió la confederación, vos me lo dijiste por teléfono.

—Ah, ¿sí? ¿Y no te dije que es para el dobles esa plaza? No hay invitación para el individual, creo que el único atleta con figuración internacional es Carlos. Vas a tener que convencerlo.

A pesar de mis claros intentos por hundir los genes de mis padres en la oscuridad del lecho marino, junto a otros monstruos o criaturas ocultas de la superficie, siempre recaigo en esos pequeños actos reflejos que me unen a ellos como un puente irrompible por el que cruzan detalles que no puedo evitar. En ese momento cruzó por el puente uno de esos genes, que flotó en mí y no pude evitar que navegara hasta el frente mismo de mi consciencia, y ese gen contenía solamente la palabra favorita de mi padre: *mierda*.

171

4

Iba a escribir sobre Carlos, Carlitos, Carlos el carismático, Carlos el seductor, Carlos el inútil, Carlos el traidor. Sobre lo que pasó cuando lo vi remar esa tarde y lo que pasó cuando traté de convencerlo de que corriéramos juntos nuevamente. Pero todavía no puedo. No puedo porque esa

tarde de regatas con Ana fue eterna y real. Pasaron los botes dobles, los cuádruples, los botes de ocho, en juveniles, en hombres, en mujeres. La mayoría sin representación local. Durante todo ese rato se fueron generando las nubes. Se asomaron desde la dirección del mar, pasando de la blancura infantil al gris de la adultez. Subiendo por el río hasta cubrir el sol, dejando el agua con un color tan oscuro como el manto que cubrió al pueblo desde que me fui, y que comencé a entender gracias a las horas que pasé con ella, en ese banco de hormigón frío, y luego en su colchón, igual de frío.

—Va a empezar a llover ¿Será por muchos días como dicen?

172

Miró hacia el cielo encapotado y su expresión era la de alguien por cuya mente circulan imágenes de heridas o granos de pus. Granos violáceos en las afueras y blancos en el centro, granos de una varicela tardía y complicada, una segunda varicela que nunca debió padecer. Me contó más de su trabajo. La noche anterior fue al auditorio una orquesta alemana, de Dortmund, una ciudad rodeada de castillos y bosques mágicos. Le gustaban las grandes orquestas por sobre los ensambles de cámara o barrocos. Sin embargo, rápidamente desvió el tema, casi como si no pudiera hacerlo de otra forma, como si fuera el camino de menos resistencia, y comenzó a hablar del público que asistía a

los conciertos. Veteranos con plata, empresarios, políticos. Todos van ahí y ella duda si realmente les gusta la música, si la entienden, pero lo cierto es que van, y a veces la miran. La miran y ella piensa que podría cambiar de vida, salir de Santa Helena, llevarse a su hijo con ella. A veces les habla, a veces les devuelve la mirada. Cuando los guía al asiento, generalmente en palcos o en la platea, los toma del brazo y siente cómo se ponen nerviosos. Cómo se les eriza la piel al rozarlos con los pechos y les cuenta con el dedo el número de asiento que les corresponde. Los podría dirigir a cualquier lado, a un cuarto, a una cama, a un palco que supiera que estaría vacío, hacer un par de movimientos y listo. No sería muy difícil y podría salir de aquí, dejar de dirigir a estos viejos que van siempre al mismo asiento, pero que se hacen los que no saben dónde queda. Les huele el perfume que se pusieron por ella. Perfumes modernos pero erráticos, así como ella también cambió su perfume por uno más antiguo, para traerles buenos recuerdos. Observa cómo esperan a que esté libre, cómo calculan todo para que los acomode ella y no sus compañeros. Después, en los intermedios, están las miradas cuando se para adelante, de frente a la platea. Alguna vez se desabrochó un botón de la camisa, lo hizo para que se le viera el sutién, devolviendo las miradas. ¿Te parece muy horrible todo esto? (No sé, ¿Acaso

es mi vida mejor que eso? ¿Acaso mis motivos son mejores?) Ese día debimos ser como unas pinturas muy tristes que me enseñaron en la universidad. No recuerdo al artista porque en esos días aprovechaba las clases para recuperar sueño, ya que en las noches debía trabajar y en las mañanas entrenar. Pero lo que sí recuerdo es que lucían muy nostálgicas, de personas y parejas en restaurantes o bares, pinturas en las que parece que si se rascara el óleo caería de detrás de los protagonistas una ola de vergüenzas, como cuando se abre un armario lleno a tope de boyas de madera.

174 Durante unos días, cuando éramos niños, si abría el armario de mi dormitorio me encontraba con Ana dentro de él.

Fue durante la epidemia de varicela. Tendríamos siete u ocho años, Ana y yo nos enfermamos y no fuimos a la escuela. Ella se mudó a nuestra casa para evitar contagiar a sus hermanos, según el arreglo entre las madres. Durmiendo en mi cuarto, compartiendo programas de dibujos animados de la tarde y cepillándonos los dientes en las noches pasaron esos días en que mi principal tarea fue evitar que cualquiera de los dos nos rascáramos los granitos. En mi caso era fácil, la disciplina innata y la palabra sagrada de mi madre, pero con Ana debía hacer de policía, lo cual llevó a muchos juegos donde ella se escondía y yo debía buscarla;

y muchas veces elegía el armario. Pero sobre todo llevó al «pacto», palabra de la que recién habíamos aprendido su significado, y a la que nosotros le dimos uno propio, como nombre del ritual en el que cada uno podría rascarle un granito al otro, sabiendo, o no, que esa única cicatriz quedaría para el resto de nuestras vidas. Yo elegí un granito justo entre los ojos, y ella no se quejó cuando pasé mi uña, con cierta torpeza, pero sin ningún tipo de nerviosismo. Llegado su turno me estremecí cuando puso su mano tibia en mi corazón, el lugar elegido por ella. (Regresé para que todo vuelva a ser como era antes.) Nunca consideré esos días como algo especial, pero ahora me doy cuenta de que fueron los más felices de mi vida, y de que, en ese momento, como todo niño, no adiviné que jamás se volverían a repetir.

175

Cuando años después me fui del pueblo ella estaba embarazada, aunque yo no lo sabía. Nuestros caminos, que en la escuela parecían trenzados, se fueron desviando en el liceo y ya sobre el final no compartíamos nada, mucho menos los inicios de la sexualidad.

No me extrañaría que la fecundación hubiera sido parte de aquella noche en que se libró una batalla en el escritorio de mi padre, desordenando todos sus papeles. Un hecho simple en la historia de la rebeldía adolescente, pero luego comprendí

que influyó en la vida de todos los habitantes del pueblo. La noche en que me llamó *traidor* luego de gritarle que me negaba a correr la clasificación a los Juegos en el dobles junto con Carlos. Como estaba planeado, como veníamos entrenando desde hace años. Competiría solo, aunque mi padre me dijo que no tenía posibilidades, que me faltaba mucho para estar a su altura. Pero no quería media clasificación, quería una clasificación entera. Como tuvo él. Golpeó el escritorio y los papeles flotaron con palabras que luego serían tachadas con marcador negro. Salí sin mirar atrás hacia el club dispuesto a utilizar como combustible el deseo de probarles a todos que estaban equivocados.

176

Tomé el bolso y nada más, sin siquiera ponerme un abrigo. Corrí, quizás determinado a no volver, cortando camino entre los baldíos, siguiendo el sendero de pinocha ya marcado de tantas veces que lo utilicé. Esquivando los árboles a oscuras, porque no necesitaba verlos. En eso fue que me los crucé. Me calmé un momento y seguí caminando. El bolso colgado iba pegándose en las nalgas a cada paso. Avancé sintiendo la piel de gallina en los brazos, mirando el humo de mi aliento sin saber si se trataba de frío o de deseo. Así fue que vi a Ana y a Carlos, sin preocupaciones. Siempre Ana y siempre Carlos. Jamás llegué a comprender que no podría separarlos. Estaban en la parada del ómnibus,

debajo del techo. Se dieron vuelta al escuchar el ruido en el monte, posiblemente supieron que fui yo, sabían que ese era mi camino. Miraron mi sombra avanzar. Me miraron con lástima, y el humo que salía de sus bocas no era el mismo que el mío, sino el de cigarrillos, pero detrás estaba el olor de ella: ácido, fermentado, amarillento. La saliva invadió mi boca y por ese instante el deseo fue tapado por la frustración de no poder tenerla. De nunca haberla tenido.

Agaché la cabeza y seguí caminando hacia el club, haciendo como si no los hubiera visto o como si no hubiera llegado a reconocerlos. Y en cada remada, esa noche, imaginé que los movimientos de palada y recuperación iban sincronizados con las penetraciones de Carlos, entrando y saliendo del hormonal cuerpo de Ana que nunca pude palpar. Un cuerpo que debió ser muy diferente al que yo conocí en este regreso que estoy contando, un cuerpo que ya era calmo, sin vibraciones, como podré contar más adelante. Sentí el contraste de mi pecho caliente con el del aire casi congelado, y me vi muy lejos de ella, como en dos mundos aparte. Ana también fue una causa para intentarlo todo, para intentarlo sin Carlos. Y luego de clasificar el sacrificio hubiera sido justificado, podría dedicarme a cultivar mi relación con ella. Porque lo cierto era que no bastaba yo, nunca fui suficiente. Siendo

simplemente yo no podía tenerla, debía avanzar con un escudo de logros delante mío, ser el caballero olímpico. Si no competía en los Juegos jamás lograría que se fijara en mí. Si no me mostraba mejor que el resto del pueblo, si no lograba que mi existencia alcanzara a todos y los sobrepasara. (Volví para ser alguien diferente.) Esa noche que los crucé en la parada supe que, si no podía clasificar remando solo, si fracasaba, no me quedaba otra opción que irme de Santa Helena para siempre.

Navegué con la luz amarillenta de la luna reflejándose en el agua y con la compañía de un cisne blanco que vagaba en la zona. Pobre cisne aislado que no sé de dónde salió, qué fue lo que lo generó, pero es evidente que también esa noche sintió el hechizo y fue atraído hacia mi espacio del ser. Navegando junto a mí como la luna, el cuello curvado hacia sí mismo, como si quisiera besar su corazón a través del pecho blanco, en el agua negra del río calmo. Las luces del pueblo, a lo lejos, aparecían ondulantes proyectándose en el humo de las chimeneas. El reflejo de la luna formando el camino directo hacia el cisne. A mi espalda se formó el pasillo que me llevaba al destino de ese ser creado para ser parte de mí y también de mi rival, y no pude más que dar vuelta la cabeza y apuntar con el bote, con la proa filosa, hacia el pecho inflado del ave. Orientar y guiar el bote hacia el cisne que,

aceptando su destino de mártir, no se movió más que hacia arriba y hacia abajo cuando las ondas de mi movimiento le llegaban cada vez más fuertes. Ejercí mi mayor potencia. En el tironeo con la técnica perfecta generé el impulso que sonó como un trueno, primero las piernas, luego la espalda, terminando con los brazos y las manos al pecho, la mandíbula dura, sin pestañear, a una velocidad que jamás había alcanzado. Una velocidad de medallista e inconsciente, exhilarante, avancé sin titubear hacia el ave blanca.

5

Esto que escribo son mis memorias, mi historia. Lo menciono nuevamente porque sé que prometí contar sobre lo que le ocurrió al pueblo en mi ausencia, pero al final me desvié hacia la noche en que hice oficial mi plan de correr de forma individual por la clasificación. Es difícil mantenerse en el camino planeado, en la calle iluminada, sin parar a mirar lo que esconden los baldíos a los costados. Atender los llamados que salen de ahí, examinar esos lamentos y risas que como el viento entre los árboles llegan a mí de todos lados; soy incapaz de discernir un origen común. Pero soy un hombre de palabra, entonces cumpliré lo prometido. Vuelvo a ese día inicial y ferviente, luego de que Carlos

corriera la última regata, ya lloviendo de forma decidida. Vuelvo con la Ana de pelo corto y redondez delicada que encontré a la vuelta, la del perfume diferente, la que se cubría de la lluvia en el alero del club y se abrazaba a sí misma para contrarrestar el frío. Vuelvo con ella a la salida de la pista, prontos para ir a su casa, según el pacto adulto y juguetón que establecimos.

Caminamos rápido, sin hablar entre nosotros. Tratando de evitar explicaciones internas, con pasos cortos que renegaban la mojadura. Pero al llegar a la plaza con el monumento, que se abrió ante mí entre árboles como una fuente romana rodeada de callejones, sentí una fascinación infantil, como si hubiera descubierto una hipótesis descartada por la ciencia. No lo pude evitar, a pesar de tratarse de la misma figura de siempre, la que representa la clasificación de mi padre a los Juegos Olímpicos. El único punto que, dentro de la oscuridad, parecía estar iluminado. El verdor del bronce en esa forma de bote perpendicular al piso, con la popa apuntando hacia el cielo, hacia la gloria. El agua corría en gotas gordas por todo su cuerpo, generando un aura traslúcida que recordaba la base fundacional de este lugar, el pegamento que nos unió forjado en este deporte de resistencia y fuerza. Debajo se encontraba la placa con el nombre de mi padre y el de La Cabra junto a la fecha en que compitió.

El orgullo ensamblado en el centro. El punto de todos los festejos, de los actos escolares en fechas patrias, con la bandera flameando sobre el bote. De las ferias de navidad y fin de año en donde las luces de colores colgaban desde la popa hasta los árboles de la plaza. De la conmemoración propia de Santa Helena, el día en que se celebraba la clasificación, con una antorcha encendida al frente de todas las casas y luego la caminata para llevarlas a la plaza en donde se izaba, en lugar del pabellón patrio, la bandera olímpica y la del club, demostrando el verdadero nacionalismo, el de la tribu, el cercano, la real identificación. Y cuando las chispas de las fogatas y las antorchas flotaban por el aire, ya entrada la noche, cuando no importaban las estrellas en el cielo porque el cielo estaba en esta plaza, girando y flotando sobre el monumento como una superstición o como magia, con todos los helenos en la plaza, la medianoche llegaba y los niños formábamos los anillos del símbolo olímpico para deleite de las personas en la pequeña tribuna, cuyo centro era reservado para mi padre y La Cabra, pero el bote era el verdadero centro del mundo. «Ya no lo hacen más», contó Ana, con esa facilidad para quitarle importancia al pasado que no se cansaba de mostrarme. (Volví para buscar reconocimiento, porque podía ser lo que Santa Helena necesitaba, que mi cuerpo fuera el monumento.)

Seguimos hasta la casa. Íbamos chocando levemente, rozando los hombros separados por campearas, extendiendo la promesa del placer lo más posible. Aunque no podía dejar de pensar en nosotros dos y lo que debía ser, en varias oportunidades me exalté con cada perro gigante y negro que se acercó ladrando y mostrando los dientes hasta el borde del enrejado de las casas o desde el centro de algún terreno vacío. También con el eco de las motos a lo lejos, en la costa del río o en el interior del pueblo, quizás tapando el sonido de alguien pateando la puerta de una de las casas vacías.

182

El cielo encapotado oscurecía el camino. Transitamos por el medio de la calle para evitar los charcos que se estaban formando. Sabía que estábamos cerca. Pude reconocer la casa con rosales al frente, la única casa de dos pisos en Santa Helena, aunque estuviera totalmente cercada. Mi madre ya no podía robarle las flores. Durante todo el camino noté que las casas parecían más protegidas, aunque ya abandonadas. Caminé hasta el borde de la calzada y me paré justo antes de la zanja. Miré las rejas observando los diferentes tipos de punta que predominaban en la cuadra, como lanzas medievales, como mango de paraguas, con cerco eléctrico, muros con vidrio molido. No me saqué las manos de los bolsillos, aunque las tuviera mojadas.

—Esto era un baldío —dije señalando con un cabezazo—, me acuerdo bien, venía a tu casa atravesando este terreno, por el caminito entre los árboles.

No se lo dije, pero también recordaba el sonido de las chicharras y el olor a eucaliptos. Pero ahora hay más casas, rejas con perros gordos expectantes. Casi todos los pinos desaparecieron. (Volví porque extrañaba caminar por el monte, el sonido de la pinocha al pisarla, porque no soporté el olor a cañería.)

Ana me respondió desde su lugar.

—¿Te acordás que entrábamos y salíamos siempre, de día o de noche, que armábamos campamentos con Carlos? Pero eso cambió, ¿sabías? Luego empezaron a dar miedo. Nos juntábamos a tomar en los terrenos y terminaba en cosas feas. Ya no fue lo mismo. A veces se escuchan voces y discusiones cuando pasás por enfrente de uno. Nunca dejé que Felipe jugara en un baldío. Ahora no se ve nadie, pero siguen estando, lo que dejamos atrás sigue durmiendo ahí.

—¿Se juntaban a tomar?

Ana siempre sacó mejores notas que yo en el liceo, pudo haber sido lo que quisiera. Si ella se hubiese ido seguramente no habría tenido que regresar para enfrentarse a un pueblo que, a pesar de las construcciones nuevas, daba la sensación de estar derrumbado.

Mientras entramos a su casa y saludó a su perro me fue contando del alcoholismo generalizado en el pueblo. Un alcoholismo que, como un virus, fue contagiando y aislando del mundo a Santa Helena, sin que nadie supiera cómo contenerlo. Ana participó de esos rituales también, en la pizzería, en el bar ahora cerrado de dos cuadras más abajo o en los innumerables almacenes chicos que, vendiendo desde las ventanas de casas, sobrevivían a base del consumo de vino barato del que abusaban todos los helenos. Sucedió luego de que me fuera a estudiar, y pasaron unos cuantos años hasta que pudieron salir.

Permanecemos un rato en la cocina, secándonos con una toalla y compartiendo un vaso de agua de la canilla. Su hijo, como siempre después de una carrera, cenaba con sus compañeros en la pizzería del centro, imagino que hablando de cualquier cosa menos de remo.

Dejé el vaso en la mesada y le tomé las manos. Palpé con mis dedos la figura tatuada en su palma, un niño con los pelos parados y los pómulos resaltando. Felipe. Ella comenzó a hacer fuerza para girarlas. Me sorprendió y la solté.

—Fue idea de tu padre, ¿sabías? Lo de los tatuajes. Él nos salvó.

Su hijo fue la causa que encontró para dejar de tomar, para que, cada vez que sintiera el deseo de agarrar con esa mano el vaso con vino o whisky,

mirara esa figura y, en el recuerdo, tuviera la disciplina de dejarlo. Cada uno de los helenos eligió una persona que le diera la energía para rechazar la liviandad del alcohol y se la grabó en la palma, creyendo que era para siempre. Pensé que eso también fue culpa mía, todos esos años de deterioro de Santa Helena a consecuencia de mi fracaso, y pude ver que mis conmemoraciones con vodka, en la distancia, me unieron con un pueblo también hundido en la borrachera. Cuando esos días levantaba el vaso, maldiciendo la tanza que se enganchó en el remo en los últimos metros, en realidad estaba brindando con La Cabra, con Carlos, con Dionisio, y también con Ana y todo Santa Helena que como yo fueron incapaces de aceptar las derrotas y dejar de mirar hacia atrás.

185

Me acerqué para besarla y debimos cerrar los ojos. Nos besamos un instante y separamos las bocas para abrazarnos. Fue demasiado fuerte chocar nuestros labios, nuestras lenguas. Le sequé una lágrima con el pulgar. Ella hizo lo mismo.

Entramos de la mano en el frío de su habitación. Era la de su madre, que ahora ocupaba ella y dejó la suya a Felipe. Nos tiramos en la cama. Me pregunté qué estaría pensando ella. Qué sentimientos recorrerían su cuerpo.

Se quitó la camisa y se quedó con el sutién. Nunca la había visto en ropa interior, ni siquiera en malla.

Se dejó tocar, se dejó acariciar. Que le pasara la mano por la espalda, por las nalgas, por los senos. Toda su piel expuesta para mí, amándola en rojo. Se dejó palpar y yo lo hice para salir de la ilusión, para sentir que era la realidad.

Años, un deseo que duró años, un deseo que forjó mi historia, mis errores. Todo lo que tuvo que pasar para que culminara. Quería abarcarla toda, cubrirla, no dejar parte de su cuerpo sin palpar. Era como si quisiera hacer en unos minutos todo lo que imaginé durante un cuarto de siglo.

Me puse sobre ella. Su torso desnudo sí lo había visto. Lleno de granos, pero no con sutién. El cuerpo sin cicatrices gracias a nuestros juegos de mano. A cuando la sacaba del escondite en el armario tomada del brazo y la llevaba hasta la cama, la empujaba, me sentaba sobre ella y sentía el peso de mi cuerpo sobre sus caderas. Le sostenía las muñecas con los brazos en cruz para que no se rascara. Era mucho más fuerte que ella, o ella se dejaba. Y sus gemidos.

De forma que así son sus gemidos, así expresa el deseo, este es el olor detrás del perfume, así muestra su desnudez y abre sus piernas. ¿Cuándo habría sido la última vez que estuvo con Carlos, que le había hecho estos mismos movimientos, que lo había acariciado y aceptado?

Era Ana, pero no era la idea de Ana. Era Ana, pero no era el nombre, no eran las letras escritas y

recitadas en el mantra. Era su cuerpo, como el de cualquier otra mujer.

No pudo ser diferente al resto del pueblo, no pudo escapar del destino común. Ella era el pueblo y el pueblo era ella. Pocas cosas quedaban, solo la portátil iluminaba su piel y la almohada, solo las miradas que descubrían con asombro lo que estábamos haciendo.

Era ella, pero era el pueblo. Eran los amigos de la infancia, los vecinos que me odian, los baldíos, el río. Cada vello, público un árbol de los montes donde jugábamos. Cada estría, una calle de balasto con pozos que nunca se taparon. Cada pliegue de su piel, el río, aunque lleno con el agua salada de nuestra transpiración. Cada dedo, una casa y cada uña, una ventana con las chusmas detrás, mirándonos entre las persianas y juzgando que ya era tarde para nosotros, que los príncipes de Santa Helena ya estaban podridos por dentro y el reino de ellos, derrumbado.

No quedaba pureza. No quedaba ingenuidad. Era todo tan imperfecto. No podía aceptar el premio todavía. No debía eyacular. Si eyaculaba, todo terminaría. Si eyaculaba dentro, moriría.

Salí de ella. Mi pene apuntaba al cielo, brillando a causa los fluidos, igual que el bote de bronce. Fue cayendo poco a poco, perdiendo toda su fuerza mítica.

Quisimos seguir, pero ya no pude. Sentado contra el respaldo de la cama y mirando la bombacha gastada que colgaba de la silla de plástico de jardín, oculté la vergüenza y el arrepentimiento de lo que quisimos hacer con la simulada vergüenza de un fracaso sexual. Más que lamentarlo me dio la felicidad de sentir que había recibido un poco de lo que merecía, y que ya me faltaba menos castigo para quedar libre.

—¿Por qué me llamaste?

Ana miraba el reloj colgado de la pared. Lo miraba tan fijo como si quisiera que el segundero comenzara a correr en el sentido contrario, llevando el tiempo atrás. Quizás solo lo miraba pensando que el hijo que tuvo con Carlos podría llegar en cualquier momento.

—No lo sé. ¿Seguís siendo el mismo que cuando te fuiste?

6

Dos kilómetros en siete minutos. Eso es una regata. Parece poco tiempo comparado con una carrera de larga distancia, y mucho tiempo para un sprint. Es lo más dificultoso del remo, esos siete minutos en que se debe mantener la misma intensidad. El cuerpo y la mente se entrelazan por un tiempo que no es ni mucho ni poco, en un deporte

que no permite la desconcentración ni por un segundo. Un sprint es tan rápido que es fácil mantenerse enfocado, y las carreras largas perdonan distracciones o compartir la atención por algunos momentos. Pero en el remo eso no está permitido. La falta de concentración o bajar la tensión del cuerpo significa perder. Siete minutos: es muy difícil mantener el foco durante ese tiempo, así como mantener el cuerpo en su máximo esfuerzo. Pero se puede lograr. Se puede entrenar. En el momento en que me di cuenta de eso fue que comencé a dividir mi vida en bloques de siete minutos, sometido a una disciplina tal que todavía puedo recordar alguno de los módulos. De 04:18 a 04:25 levantarme. De 04:25 a 04:32 desayunar. 04:32 a 04:39 hacer caca. 04:39 a 04:46 cepillarme los dientes. 04:46 a 04:53 ir al club. 04:53 a 05:00 cambiarme. 12:03 a 12:10 agitar el batido de proteínas. 18:18 a 18:25 bañarme. 18:32 a 18:39 estudiar. De 20:46 a 20:53 masturbarme. De 20:53 a 21:00 fantasear con Ana antes de intentar dormir (que es diferente a cuando pensaba en ella para masturbarme). Siete minutos para planear las jugadas de ajedrez con La Cabra en las tardes de lluvia intensa. Siete minutos aguantando las picaduras de mosquitos luego de que pasara la lluvia. Siete minutos mirando el reflejo del sol en el monumento los mediodías de verano, o aguantando la respiración bajo el agua del río en las noches de invierno.

Siete minutos fue lo que estuve suplicándole a Carlos para que corriéramos juntos.

Lo miré a los ojos como último recurso, apostando a una piedad que de todas formas nunca creí que tuviera. Fue una estrategia desesperada porque siempre evitamos mirarnos a los ojos desde que ocurrió el incidente en el liceo. Desde el incidente, que ya contaré, hasta ese momento en que dirigí mis ojos hacia los suyos, su mirada solo podía recordarla, o percibirla.

La percibía viéndole la nuca sucia y quemada por el sol en el bote de dobles, y la recordaba siempre que recibía noticias del pueblo mientras vivía en el exterior. Noticias que incluían la mediocridad de Carlos en los campeonatos nacionales. Sin embargo, cada año que pasaba, mi disfrute ante estas noticias iba disminuyendo. Al principio esperaba con ansias conocer cómo era incapaz de convertirse en un remero de elite, era lo único positivo en mi vida, lo poco que me daba alegría. Pero al final sus fracasos solo evocaban la misma tristeza que los míos. Por más separados que estuviéramos, mi destino siempre estuvo atado al de él.

En ese momento en el que, a diferencia de la última vez, era yo quien buscaba su mirada para transmitirle un mensaje, pude ver que sus ojos seguían tal cual los vi cuando era adolescente, a través de los brazos alzados del profesor mientras

toda la clase susurraba teorías conspirativas. La directora tomó del brazo a Carlos, quien la siguió sin resistencia, aunque pareciera un gigante al costado de ella.

Pero días antes de ir a su casa a pedirle que compitiéramos juntos, antes de que tuviera que arrodillarme a suplicarle, él estaba en un bote de singles y yo, sentado junto a Ana en la tribuna, lo miraba humillarse. Había comenzado a llover, pero nadie se movió. La grada se mantuvo llena y el desinterés que precedió a las regatas anteriores fue sustituido por una expectación que hizo parar a toda la tribuna cuando llegó el turno de Carlos. Se escuchó la corneta que indicó el comienzo de la regata. Me pasé la manga por la cara para secarla, Ana y los demás parecían tomarlo con más estoicismo. En los tablonés de hormigón las huellas secas que dejaron las colas se fueron perdiendo con la lluvia que ya provocaba charcos. Agradecí poder mantener las manos calentitas en el bolsillo, de otra forma estarían moradas por lo blanco de mi piel, al igual que sucedía por la fuerza con la que tomaba los remos, moradas a pesar del sol. También se ponen de ese color con las barras olímpicas para levantar pesas, y más moradas justo cuando intentaba, porque era

retado, levantar el mismo peso que Carlos. Los rostros de todos los atletas en el espejo en que yo mismo contemplaba mis dedos y mis cachetes inflados mientras la barra apenas se movía separándose de los hombros. Nunca fui el más fuerte ni al que le quedaba mejor la malla. Mis compañeros no eran capaces de entender por qué miraba en la televisión la mayor cantidad de regatas posibles. Creían que me quería lucir frente a La Cabra. Nunca entendieron la relación entre la técnica y los resultados, ni el sacrificio que se requiere.

192 Acurrucado en la campera me sorprendió la reacción del público al comenzar la regata de los individuales por el campeonato nacional, gritaron el nombre de Carlos y el del club, los cantos que nunca llegué a escuchar cuando era yo el que remaba. Tenía razón Ana, para este pueblo el remo seguía siendo su identidad y su corazón.

A pesar del entusiasmo, la gente sabía lo que sucedería a continuación, lo habían visto muchas veces. Yo también. Siempre fue su estilo desde que corríamos juntos, y nunca se interesó en cambiarlo. Sin ver el comienzo de la carrera igual sabíamos lo que estaba ocurriendo. Carlos arrancaría en punta con grandes explosiones de sus piernas. A los seiscientos o setecientos metros comenzaría a perder sincronía, los remos no saldrían perpendiculares al agua ni se desplazarían paralelos. Comenzaría a

utilizar la energía en corregir las pequeñas imperfecciones de la técnica en lugar de impulsar el bote. Con la pérdida de velocidad viene la desconcentración, y con la desconcentración empeora la técnica. Es un ciclo sin fin. Cuando los vimos entrar en la curva, a los mil metros más o menos, ya estaba tercero y perdiendo terreno con el más novato del peor club.

De todas formas, la sensación era diferente a cuando miraba una tabla de posiciones o alguien me contaba por teléfono los resultados. Estar en el lugar, presenciando su sufrimiento, hizo que me diera cuenta de que algo seguía alimentándolo, ardiendo dentro de él y que lo ayudaba a soportar estas humillaciones semana tras semana.

193

Llegó a la meta detrás de todos. Al pasar frente a nosotros el público aplaudió y lo animó. Parados gritaron su nombre precedido de un *dale* o un *vamos*.

Al terminar no pude resistirme a mirar a Carlos, con la malla estirada por encima de la cara, cubriéndolo, y los brazos tensos tras la nuca. La mancha en la malla azul podía ser de transpiración o de baba. Quizás de lágrimas.

Los habitantes de Santa Helena que fueron a ver la regata lloraban junto a él. Aprovechando ese momento como válvula de escape para sacar el vapor de la angustia por la muerte del entrenador,

por el redescubrimiento de su continua mediocridad ahora volviendo a surgir en el fondo de la laguna ya seca en la sobriedad. Por ver sus esperanzas quebradas como remos de cartón. Me pregunté si en este pueblo, desde que me fui, alguien por un instante pudo ser feliz. Si en algún momento dejaron de llorar.

—¿Y yo qué? ¿Y mi destino? ¿Y todo lo que pude ser?

Cualquiera de los dos pudo haber dicho eso.

Quizás lo dijimos al mismo tiempo, quizás nadie lo dijo y solo lo recuerdo porque hacía tiempo que me imaginaba diciéndoselo a alguien. Quizás es una pregunta tan recurrente en la mente de todos que ya flota en el aire como partículas de polvo y simplemente hay que recordar la juventud para evocarla, inhalarla, que suba por la nariz al cerebro y quede ahí, entrometiéndose en cada sinapsis. Debí suponer que iba a pasar, anticiparme y preparar alguna respuesta conciliatoria, evitar el choque. Pero solo pude acudir a la súplica.

Lo llamé y lo convencí de vernos en su casa, al fondo de un terreno grande, una pieza pensada como barbacoa, pero devenida en un cuarto de alquiler. Estábamos en la penumbra de su pieza de bloques sin revocar, con la luz gris que entraba por los huecos entre los marcos y las paredes, yo parado tapando el televisor y él sentado en el sillón cama, con su postura disfrazando al atleta. Así fue que

busqué sus ojos y seguí su mirada donde fuera que él la dirigiera durante siete minutos en los que le expliqué nuestro deber de redimirnos, de correr juntos la carrera que evitamos y darle al pueblo lo que merece, por todo lo que vivió. Que no importaba si hacíamos el ridículo, que lo importante para el pueblo era vernos correr juntos.

Me echó, por supuesto. No le importó que le pidiera disculpas. Creyó que no fueron sinceras, que solo lo hice porque lo necesitaba, con el mismo egoísmo de siempre, o porque era otra trampa que tenía pensada para humillarlo nuevamente. Corrí la cortina gastada tratando de tocarla apenas con la punta de los dedos y salí de la pieza sin cerrar ninguna puerta. Crucé el corredor hasta quedar de frente a la calle, mirando el cielo encapotado reflejarse en los charcos perpetuos, en una zona de la periferia del pueblo, donde los techos son de lata y agujereados, con fachadas cuyos diseños quedaron determinados por el tipo de puertas y ventanas que pudieron conseguir regalados. Con la vista lo más baja posible comencé a caminar hacia mi casa.

Cuando se mantiene la respiración por siete minutos llega un punto en que el cerebro se confunde, piensa que está respirando, pero en realidad está hundido bajo el agua. Quizás si La Cabra hubiera sido capaz de aguantar siete minutos no hubiera necesitado saber nadar, hubiera podido caminar

por el fondo del río hasta la orilla, como si lo hiciera por una calle.

Antes de esa visita a su casa, la última vez miré a los ojos a Carlos fue cuando el profesor sacó de su mochila mi billetera, la de dibujitos, con la plata para la merienda.

Sus ojos achinados, bajo las cejas gruesas, me miraron con desprecio y lástima. La misma lástima con la que me miraba desde la pelea, cuando ya no pudimos ser más amigos, ante mi apuro por quitar de las manos del profesor la billetera y abrirla para ver que todo estuviera en su lugar: la plata, los dos boletos capicúas, el trébol de cuatro hojas y lo más importante, lo que estaba en el bolsillo con cierre, la foto del grupo de la escuela, tomada el último día antes de pasar al liceo, y de la que recorté solo la figura de Ana y la mía, mi moña descendiendo y confundándose larga y azul hacia su pelo, ella parada un par de escalones debajo de mí. Mis manos, en un engaño de perspectiva, parecen descansar sobre sus hombros.

Lo echaron del liceo y por unas semanas no lo vi. Y a pesar de que fue readmitido, de las charlas por horas en que mi padre nos reunió a La Cabra, a Carlos y a mí, a pesar de que en palabras todo se solucionó y seguimos entrenando y compitiendo juntos, cuando volvió a entrenar ya no lo reconocí. Su pelo se había oscurecido y desde ese día nunca

perdió la costumbre de irse sin mirar atrás, sin despedirse. Por eso cuando años más tarde, en una práctica, remando, le anuncié que no tenía intención de participar junto a él en dobles para la clasificación a los Juegos Olímpicos, su ritmo no se alteró, tampoco su nuca sucia y quemada. Simplemente percibí que tenía la misma mirada de esa última vez. No sé por qué se lo anuncié ahí, en el bote, en medio del río. Por un lado, evité que viera mis ojos temerosos, mis labios temblando; pero sobre el bote, pase lo que pase, no hay separación, siempre nos estamos siguiendo de cerca, siempre podré sentir su olor a transpiración.

Muchas veces me pregunté por qué guardaría mi billetera en su mochila. Por qué no tomar la plata y tirarla a la basura si lo que quería era solamente comprarse una merienda. Ya sé que nunca le convidé, que él solo quería alimentarse y yo creía que no lo merecía. Yo quería comer más para ser tan grande como él, ignorando su hambre, porque con mi técnica y su fuerza hubiera estado entre los mejores del mundo sin dudas. Nunca entendí su explicación del hambre como motivo, pero no podía concebir otra razón, no creía que Carlos fuera capaz de intenciones más complejas.

No recuerdo que en nuestra discusión mencionáramos la coincidencia de la fecha de nuestra regata fallida con la del suicidio de La Cabra, pero

seguro que no fue necesario. Seguro que todos los días se levantaba y pensaba en ese día. En cómo yo fracasé compitiendo solo y cómo él, con Dionisio, mi sustituto de último momento, hizo el ridículo perdiendo por más de dos botes de distancia con los argentinos. Lo recordaría en cada mesa que limpiaba en la pizzería con la malla del club debajo de la camisa ante la ausencia de otra ropa interior. Cada vez que utilizaba el remo como garrote para atacar las ratas de su pieza, con la segunda intención de comerlas. Cada vez que volvía al río en las noches heladas para bañarse y lavar la malla, y cada vez que cruzaba el pueblo en las madrugadas y se internaba en la zona donde vivía, pensando en qué fue lo que cambió, por qué sería que la pobreza cuando niño era diferente.

No me arrepiento de haberle visto los ojos, aunque me hubiera gustado que nuestras miradas fueran diferentes. No me arrepiento, aunque fuera en esa circunstancia, aunque él haya visto en mí la desesperación y yo haya visto el desprecio. Como si en lugar de vernos a nosotros estuviéramos viendo algo que teníamos entre medio, una burbuja de miseria que representaba el pasado a punto de explotar, conteniendo todos los futuros posibles.

Luego de la regata, durante esos minutos que le dio Carlos al pueblo para liberar lo contenido durante todo este tiempo, para unirse en el llanto

colectivo que necesitaban y que surgía como un géiser, el llanto que no estuvo en el velatorio de unos días antes porque el pueblo necesitaba llorar a La Cabra en el río, en su casa, imaginé que quizás fuera esa su intención al robarme la billetera. Dar-nos una oportunidad para unirnos nuevamente. Y lo hizo de la forma que podía hacerlo en aquel momento, a través de su nuevo lenguaje, de la violencia y la transgresión. Unirse a mí porque él también extrañaba nuestra relación de la infancia, porque no la recordaba como una época de inocencia estúpida o porque había descubierto que tampoco era feliz en la desobediencia bruta, como luego no fueron felices en la embriaguez.

199

El mensaje en el teléfono decía que nos encontráramos en el club la mañana siguiente a las seis para comenzar a entrenar. No sé qué pasó por su cabeza en esos siete minutos entre que salí de su casa y recibí el mensaje. Nunca se lo pregunté. Debí esforzarme más en entenderlo. Quedará como otro de sus misterios.

7

En esos días en que solo me dediqué a entrenar había un elemento que se repetía siempre: el olor a pasto húmedo y el reflejo de las nubes en los charcos oscuros de las calles.

Escribí una sola frase y sin embargo ya cometí dos errores, uno de ellos a propósito y otro sin querer.

Sin querer fue que, a pesar de adelantar que una sola cosa se repetía, mencioné dos: el olor y el reflejo.

El error a propósito fue comenzar el párrafo diciendo que había una sola cosa que se repetía en esos días, cuando bien sé que eran muchas más. Casi todas, diría. Un listado de ellas llevaría bastante tiempo de no ser porque, como ocurre con las cosas que ya damos por sentadas en nuestra rutina, me olvidé de la gran mayoría.

200 Lo que quise decir, de una forma más poética de la que soy capaz, es que en esos días la lluvia fue el denominador común. Siempre estaba lloviendo o recién terminaba de llover o estaba por comenzar a llover o se veían los rayos en el horizonte presagiando el chaparrón. Y esa lluvia traspasó toda la estanquidad de mi ropa clavándose como una tortura en los momentos de quietud, pero también fue una caricia refrescante cuando en el esfuerzo del entrenamiento mi cuerpo hervía afiebrado.

Antes de entrar en calor y de que el sonido de mi respiración tapara el golpe de agua contra agua, lo que predominaba era el silencio.

El silencio de las madrugadas en que caminé de la casa hacia el club por calles estrechas. Con el

agua corriendo al costado imitando el sentido del río Santa Helena, acompañado de los papeles que viajaban como un crucero fuera de control. Luego de abandonar a mi padre en su ritual crematorio y a mi madre en sus paseos matutinos, sin saber si el sol no había salido o solo estaba tapado por las nubes, ese era el único momento sin los ruidos sospechosos, sin motos ni perros, sin las risas que surgían de los baldíos.

Todo ese silencio en el momento en que parecía expresarse mejor el débil equilibrio en que vivían los helenos. Momentos en los que hasta los pájaros se abstienen de cantar y las bolsas de basura rotas vuelan libres arremolinándose por los jardines y cada una de esas bolsas elabora patrones, buscando el rumbo que les permita llegar al río.

Vacilaba mucho en mi recorrido. La lluvia —el querer evitarla— era el motivo para acelerar el paso, pero no podía mantener un ritmo rápido, porque eran mucho más fuertes las razones para ir despacio. No solo para cuidarse de no enterrar los pies en los charcos, sino que en cada tramo del camino reaccionaba con parálisis ante ese rompecabezas demacrado que se armaba en mi memoria al ver las mismas construcciones ahora ya desgastadas y caídas en el desplomo.

Nada se salvó. Ni siquiera la parada en donde vi a Ana y a Carlos en el preámbulo sexual, a la que le

quedaban solo la base de hormigón y unos pocos ladrillos negros y con olor a pichí. Como si el ácido la hubiera comido y en esas ruinas se enterraran los secretos de nuestra juventud. Atrás estaban los restos invadidos por los yuyos altos de la casa que albergó el almacén del pueblo. Donde antes, mucho más inocentes, nos juntábamos a repartirnos los caramelos que nos regalaban por cuidar el local, por estar sentados sin hacer ruido y vigilantes de los gatos del barrio que solían prepararse en posición felina para atacar a las palomas que comían las migas en el frente. Y delante de esos monumentos a la decadencia me paraba cada vez que pasaba frente a ellos, al ir en las madrugadas y al volver en las noches.

Pero no fueron las edificaciones las que me preocuparon. A pesar de los nichos para virgencitas sin íconos, y de que en sus ventanas rotas podía ver el vacío hambriento que las atacaba. Lo que me dejaba estático eran las personas del pueblo, aquellas con las que compartí mi infancia.

¿Por qué creía que todos íbamos a ser famosos, que no había lugar para lo común?

Me crucé con Dionisio, una de las noches, mientras caminaba, su sonrisa mostró la ausencia de las paletas. Sus ojos oscuros parecían no tener parte blanca. No pude saludarlo, agaché la cabeza y seguí. No podré estar con ellos nuevamente.

Me arrepiento de no hablarle. ¿Cómo es tú historia? ¿Me recuerdas? ¿Qué te has tatuado en la palma de la mano ahora que estás bien peinado, con la camisa rota pero limpia, que hasta usas paraguas para no mojarte?

Las preguntas que debí hacerle me atacaron como ellos mismos lo habían hecho en el frente del almacén cuando comenzaron a lanzarse entre Carlos y Dionisio mi vaca. Pasándosela entre ellos mientras yo saltaba sin poder alcanzarla.

Esa tarde que estuve llorando porque debía tirarla junto con todos los otros juguetes para los que ya era grande. Mi madre, con el vestido rojo de verano y los labios pintados no sé por qué, con su mano me acarició y fue como cuando me acariciaba con el peluche de la vaca, tan suave, y supe que no tendría nunca más a ninguno de los dos.

Envolví los juguetes en el mantel rojo y los llevé arrastrándolos sin importarme, lo extendí todo y me senté a esperar compradores frente al almacén, donde hoy es todo verde y amarillento, con las paredes grafitadas quizás por los mismos Carlos y Dionisio, que vinieron y me quitaron la vaca y se la pasaban uno a otro sin que yo pudiera alcanzarla.

Eesa vaca voladora era una joya que me defendía en los sueños, sueños en los que flotaba junto a ella y me sentía seguro. Y todo se fue esa tarde en que mi madre me obligó a desprenderme y no me supe

defender, solo presencié la lluvia del algodón que la rellenaba. La piel blanca y negra rajándose y las risas de los que hasta hace un verano habían sido mis amigos, cuando parecíamos compartir el destino, que llevábamos la misma vida y el mismo rumbo. Sentí el espacio entre nosotros agigantarse como un océano azul y turbulento.

La vaca comía mis pensamientos al dormir. Rumiaba y masticaba todos los sueños para que pudiera descansar tranquilo. Al irse propició el declive y la encarnizada lucha con el descanso que todavía llevo y que comenzó esa misma noche en que las luces filtradas por la ventana y las sombras que se movían no dejaron que durmiera. El problema con el alcohol es solo una muestra de lo que no entendí de todos ellos. Me fui sin ver para atrás pensando que estarían bien, pero solo siguieron el camino que pudieron. El camino barroso, rodeado de árboles tenebrosos y sin hojas que apenas dejan pasar la luz de la luna, que alojan cuervos y lechuzas que los seguían con la mirada para comerles los botones de las camisas.

Pero ahora, en esta investigación de causas y de puntos de inflexión, cuestiono mi visión como la víctima de toda esa evolución a la violencia que presencié y sufrí sin entenderla. Y es que me es imposible evitar la visión de Carlos peleando con Dionisio. La pelea que se dio a la salida de la

escuela, antes de que confabularan para quitarme la vaca. Más bien me llega la imagen de Dionisio levantándose con la túnica sucia y los ojos vidriosos. El alboroto del círculo incitador y la nube de polvo que se elevaba como una bolsa de harina tirada contra el cuerpo de una quinceañera. El puñetazo que Carlos le dio en el pómulo lo hizo tambalearse hacia atrás, pasos erráticos hasta apoyar la mano en el piso y terminar por caer del todo. La cara de Carlos de haber probado el placer de la violencia y la adrenalina de lo revoltoso. Quizás ese fue el momento de mayor distancia entre los dos y el origen en el que dejamos de pertenecer al mismo bote.

No. Golpeo mi cabeza contra la mesa en la que escribo. Fue antes de la pelea. Fue cuando la diferencia de altura y peso no era una división, cuando todavía pasábamos todas las tardes juntos, con él y con Ana, en el monte de la esquina trepando árboles o haciendo pozos. Inventando cobertizos con techos de pinocha, hasta que mi madre gritaba mi nombre desde la casa al caer el sol y yo me iba al calor de la estufa a leña, ignorando adónde se iba Carlos. Ahí, en esas tardes previas a la pelea, fue que lo alenté a luchar con Dionisio. En su mente todavía estaba la duda, el rechazo inocente a la violencia. Ana quiso convencerlo de que no lo hiciera, pero en última instancia Carlos me miró a mí. Me dijo, en su última demostración

de vulnerabilidad, que sentía miedo y que quizás lo mejor sería no enfrentarlo, pedirle disculpas. No pude ser consciente de las consecuencias, lo alenté y le dije que debía pelear. Lo vi como un juego, como la continuidad de nuestros juegos, la defensa de nuestra amistad. Nada más errado. Pude frenarlo, entender que me lo decía porque quería seguir en estos montes con nuestros juegos de niños, sin embargo, lo llevé a la violencia y nunca más volvió a jugar con nosotros.

206

Entre las cosas que se repetían todos los días también estaban las charlas en las madrugadas con mi padre. Estaba entusiasmado, comenzó a contactar a otras personas del pueblo y había tomado la cabeza de la organización de la regata por la clasificación. «Vos dedícate solo a entrenar, del resto me encargo yo», me dijo.

Él no acostumbraba a desayunar más que un café, así que, mientras yo engullía los huevos revueltos y las tostadas, me fue aclarando, con una energía oscura que sin embargo interpreté como un entusiasmo por haber vuelto para competir por el club, lo que pasó en el pueblo durante mis años de ausencia. Y aunque el tema del que más hablabamos también se repetía, la forma de expresarlo fue cambiando, abstrayéndose, buscando símbolos. Como si mi padre quisiera descubrir una razón oculta y común a todos para explicar el espiral

descendente al que concurrió el pueblo, rechazando la idea de una multiplicidad de razones aleatorias.

—El problema de este pueblo de mierda es que está al oeste del río. ¿Vos sabías que en la antigüedad los pueblos estaban al este de los ríos? Siempre, y al oeste hacían los cementerios. El lado del atardecer es el sitio de la muerte.

Puede ser, no lo sé, nunca lo chequeé, lo cierto es que hacía días que el sol estaba ausente.

8

Ana López, Ana López, Ana López, Ana López, Ana López. Así quedó impreso, varias veces repetido, aunque confieso que no lo escribí de esa forma. Me tomé mi tiempo para ir agregando cada nombre y apellido. Escribí uno y salí a caminar por el río. Escribí otro y seguí limpiando los vestuarios con cuidado de no tirar los azulejos flojos. Volví a escribir un nombre y contemplé la marca del agua en la pared. Quiero evitar cualquier tentación, pero, aun así, casi como un experimento, me gustaría que fuese leído de corrido, como cuando lo recitaba. Me intriga saber si en otras personas es capaz de provocar lo mismo que provoca en mí.

Es un nombre simple, común incluso. Incapaz de despertar nada: ni misterio, ni elegancia, ni inteligencia, menos aún sensualidad. Sin embargo,

cuando lo repetía una y otra vez, con diferentes ritmos y entonaciones, solo en pensamientos o susurrándolo entre exhalaciones jadeantes, en situaciones de soledad y con los calzoncillos en los muslos, o incluso estando con otras personas, generaba en mí mayor excitación que la que cualquier otra imagen o caricia podía lograr. Hablo en pasado porque hace tiempo que no lo pruebo, y no quiero hacerlo. Me esfuerzo todos los días para suprimir esta adicción y convencerme a mí mismo de que ya la superé. Pero durante toda mi vida fue tal el poder de este mantra que podría, como rápida demostración, presentar tres instancias en donde a pesar de los alcances tan diferentes de mi ser, respecto de mí y de ella, me hacía lugar y tiempo para recitarlo, y sentir su poder relajante e iluminador. En uno de esos momentos me sentía liberado por la vergüenza y el sentimiento de perdición. En otro, la lejanía geográfica debió superar la emocional y obligarme a dejar de pensar en ella. En el tercer momento elegí la seguridad del mantra incluso sobre la carnalidad más pura con Ana López.

Los lugares en los que lo recitaba también son variados, en espacio e higiene. Si digo que uno de esos lugares es el dormitorio en la casa de Santa Helena no sería muy sorprendente, como sí lo es el hecho de que lo hacía con la puerta cerrada.

Luego de perder la clasificación a los Juegos, luego de ver a mi padre golpearse la cabeza contra la pared del club tan fuerte como para hacerla re-tumbar y temblar los techos, luego de que por unos días La Cabra evitó verme a los ojos y los vecinos daban vuelta la cara mientras regaban el jardín y me apuntaban con la manguera como por error, me encerré en mi habitación y tranquilé la puerta por dentro. Jugaba en la cama, como cuando era niño, y no tenía tiempo para pesadillas porque apenas dormía. Podía saltar y despegarme del piso, como si en esa regata hubiera quemado el combustible del cohete y ahora no solo estaba más liviano, sino que ya había salido de la tierra y avanzaba en órbita por el vacío. Hacía poco tiempo que habían instalado una computadora con internet en mi cuarto, y en esos días en que no salí, en que recibía la comida de mi madre y cerraba la puerta inmediatamente, en los que no contestaba a los golpes y gritos rotundos de mi padre, fue que me dediqué a la tarea en la que posiblemente más me enfoqué en mi vida: el escape del pueblo.

No necesité internet para masturbarme, para eso alcanzaba solo con la recitación. Utilicé la conexión para enviar las cartas en las que invoqué a mi padre y a La Cabra. Cartas que escribí a un puñado de universidades de elite en Estados Unidos, sabiendo que si quería irme debía estar seguro de

tener una beca completa. Conocía, por las historias que nos contó, cuáles fueron las universidades que invitaron a La Cabra a enseñar sus técnicas, como disertador o como entrenador invitado, y pude rastrear las universidades en las que mi padre compitió durante su gira de preparación previa a los Juegos Olímpicos. Invoqué sus nombres y algo más. Falsifiqué las cartas de recomendación.

210

Unas semanas después volví a ir al liceo en los últimos días de clase. Las compañeras vestían menos ropa y más ajustada, excepto Ana, que llevaba ropa holgada, aunque no lo entendí en ese momento. Es la época del liceo donde las bromas se vuelven más ruidosas y los profesores se resignan o se hacen cómplices. Para variar, y porque ya no iba más al club, utilizaba bicicleta como transporte y pude ver una cara diferente del pueblo, la de las calles de balasto en lugar de los caminos entre montes. Por esos días también comenzaron a amontonarse las latas de cerveza y las cajas de vino en las cunetas, aunque solo era el comienzo y no se comparaban con los cardúmenes que más adelante se formarían. Llegaron las primeras cartas de respuesta, cartas escritas que el cartero dejaba atadas al portón de la casa, lo que hizo que todo el pueblo viera los sellos en los sobres y se enterara de lo que estaba buscando. Mi madre también se enteró ahí —no le había dicho nada— y dejó de hablarme.

Las respuestas fueron todos rechazos. Con excusas que siempre rondaban los mismos temas: por ya tener completos los cupos de becas deportivas, por la falta de equivalencia aparente entre el sistema educativo de aquí con el de allá o porque no tenía el perfil que buscaban.

Pero un día, mientras recitaba el mantra una tarde en la ducha, mi madre recibió la carta con la aceptación de la universidad situada sobre el río Charles y se desmayó. Entendió que no dormiría más en mi cuarto, que no iba a saber todos mis movimientos, la rutina, que no podría estar más bajo su mantel, bajo su vestido.

En mis años de ausencia, cuando su enfermedad empeoró, en parte a causa de mi huida (aunque no me fui por ella, no pude haberme ido por ella, no pude ser tan cobarde), fue cuando comenzó a pasear por el pueblo. Salía a cada momento olvidándose de cocinar o dejando la comida a medio hacer, con el fuego prendido y las ollas quemándose. El incendio salvado por el vecindario chusma que detrás de las cortinas y las persianas, siempre con dos dedos bajando una de las aletas, miraba en nuestra dirección, porque los rumores sobre mi padre ya eran fuertes, pero, además, por ser el segundo deporte más reverenciado en Santa Helena. Las chusmas estaban siempre mirando y agradezco que así sea, ya que evitaron varios incendios en

casa mientras mi madre hacía siempre el mismo recorrido. Absorta y simpática, con el palo en la mano para asustar perros, caminaba todavía derecha, todavía flaca y joven, todavía con el vestido rojo algunas veces, por las calles aún cercadas por montes en los terrenos baldíos, calles de balasto angostas, con crecimientos de pasto y ella con su pisada suave. En su recorrido paraba en dos sitios siempre: en el monumento y en el río. En ambos me la imagino maldiciendo en silencio, con su lenguaje discreto, el lenguaje de madre. Maldiciendo triste y preocupada, pensando en lo que ella me falló y en lo que yo no soy como hijo, en cómo no fui el que ella quería.

212

No le contaba la verdad en las charlas por teléfono. Así como ella me decía que estaba bien y yo sabía que no era así, yo le mostré una realidad para que no se preocupara tanto. Una realidad lejos de la que viví luego de que al finalizar el primer semestre me recortaran a la mitad la beca por deportes y, al no tener la plata suficiente para vivir en el campus, debiera alquilar una habitación encima del restaurante chino, abierto las veinticuatro horas, que parecía congrega a todos los latinos de Boston. No le conté de las recorridas por los pasillos de la universidad solo acompañado por el sonido del sistema de ventilación, arrastrando el carrito con los implementos de limpieza. Fregando los baños,

escondido tras el tapabocas, pasando franelas en inodoros salpicados de caca, deseando trabajar de mozo; sin saberlo, deseando ser Carlos.

Para el segundo año perdí la beca del todo. Estaba en algún punto del contrato, lo sé, lo leí cuando fui a firmar, pero ya no podía echarme atrás. Decía que para mantener la beca debía estar, al final de cada año, entre los veinte mejores remeros universitarios del país. Estaba a mi alcance, lo hubiera logrado si me hubieran dado botes nuevos y remos sanos, si hubiera visto peces en el río como en Santa Helena y llevado los colores olímpicos en el pecho. Si me hubiera entrenado La Cabra.

No sé qué tipo de sueños tenían mis compañeros de equipo, pero no incluían los Juegos. No parecía interesarles ni ser siquiera una posibilidad. Nunca pude comprender qué alcance tenía su vocabulario, ni a dónde pretendían llegar con eso. La cantidad de términos para referirse al fracaso, para humillar al que no pertenecía a su grupo, era interminable. Todas palabras nuevas que solo buscaban la degradación del que no los seguía e idolatraba, del que no les festejaba sus juegos macabros.

Huyendo de ellos una tarde de invierno caminé pisando en chancletas las baldosas impecables de la ciudad, cuando cansado de las goteras en el apartamento en que vivía decidí usar las monedas juntadas de detrás de los inodoros para tomar un café

en una cafetería. Me senté junto a una ventana para leer con luz natural el libro de química. Ni siquiera había podido recibir el pedido cuando los vi venir por la calle, los tres remeros mayores. Saltando uno encima del otro como jugando, pero de reojo mirándose en el reflejo de las vitrinas, altos y anchos como supongo que Carlos lo sería a esa edad, pero rubios. Tal era mi aborrecimiento hacia ellos que decidí esconderme debajo de la mesa antes que sufrir su lenguaje, su vocabulario tan bruto como sus toqueteos y risas. Me escondí con la intención de estar solo unos minutos hasta que pasaran, pero permanecí enganchado en el fragmento sobre combustión y liberación de energía que estaba leyendo, cuando se asomó debajo de mi mantel Rosalinda, con su pelo morocho y ojos casi rasgados, cara chata y sonriente. Me trajo el café y me preguntó si necesitaba más luz ahí debajo para poder leer mejor. Me lo preguntó en español y entendí cada una de sus palabras, tan transparentes como un lago calmo en que los sedimentos fueron a parar al fondo. Pude entender su bondad a pesar del acento salvadoreño y sus dientes amarillos.

Rosalinda fue mi novia. Limpió mi apartamento porque decía que ya limpiaba mucho en la universidad. En las noches me visitaba con comida, siempre a base de harina de maíz. Masajeó mis piernas cuando apenas podía doblarlas. Todos los meses

me regaló una artesanía que conseguía en no sé cuál mercado, a pesar de su escaso sueldo. Con palabras de aliento me animó a continuar estudiando y remando. Me abrazó cuando, llorando frente a ella, le confesé que mi carrera estaba casi terminada debido a que perdía peso constantemente al no poder alimentarme como correspondía.

A esa novia no la respeté. La recibí con las peores ropas, la destrataba en sus sentimientos, en su forma de pensar, en su poca cultura, pero sobre todo nunca abandoné mi mantra. Lo recitaba en mi mente para excitarme cuando nos besábamos. Lo susurré un par de veces mientras teníamos relaciones y ella pretendió que no me escuchó, o no le importó. Con el paso del tiempo se volvió costumbre, yo encima y Rosalinda sobre las sábanas gastadas que transparentaban el colchón. Comencé a decirlo en voz alta, a gritarlo, a pedirle a ella que lo dijera, a decirlo a coro, a alternar uno el nombre y el otro el apellido. No permití otras palabras más que esas, desde el comienzo hasta la eyaculación. Y ella lo hizo sin resistencia, sin preguntas, como si ese conjuro, que a veces era súplica y a veces invocación, no se tratara del nombre de otra mujer, de una mujer lejana en el espacio pero inserta en lo más profundo de mi lujuria. Aun así, siempre me sonrió con esos dientes amarillos y terminaba abrazándome después de tener relaciones en las que sabía que no era

ella la que había estado ahí para mí, sino que fue solo un cuerpo para el depósito de mi otro deseo.

Gracias por todo, Rosalinda, le dije, y cambié de océano. Ni bien recibí el título de químico tomé un avión hacia San Francisco y nunca más la vi o le hablé.

A esa altura, cuando llamaba a casa, mi madre ya era incapaz de mantener una conversación.

9

216

Debo terminar con lo que comencé. Sé que me faltó desarrollar la última de las tres situaciones que planteé en las que recité el mantra, la más cercana en el tiempo, la que se dio luego de mi regreso.

¿Cómo pudo un atleta olímpico salir de este club? ¿Cómo pudo el Santa Helena Rowing Club obtener el reconocimiento, los títulos nacionales y continentales, el prestigio? ¿Cómo llegó a ser la definición del pueblo?

Eso rondaba en mi cabeza las incontables horas en que daba vueltas en la cama tratando de dormir las noches de preparación para la competencia. Pensando en los aparatos escasos y viejos, en los botes pesados, en las duchas rotas, en las paredes escritas, en la actitud de Carlos, en lo incontrolable de la adolescencia. Los milagros de La Cabra son cada vez mayores.

¿Qué sentido tenía si no me hablaba, si los entrenamientos en silencio se ahuecaban en los vestuarios y se perdían entre los otros ruidos? ¿Si mis indicaciones eran ignoradas y nuestros tiempos, muy lejanos a los necesarios? ¿Si todas las mañanas debía esperar con los pies en el barro y bajo la lluvia a que él llegara una hora tarde al entrenamiento con su aliento a ayuno, ojeroso, en la bici sin guardabarros, con la campera sucia en la espalda, con la única llave del club colgando de su cuello atada a una cuerda?

El bote sufría, avanzando pesado y lento, casi hundiéndose. En estos años su remada se volvió más desviada, más inquieta y corta, la mía grandiosa, amplia y abarcativa. Pero dudaban, ambas eran inseguras de llevarnos donde queríamos. Esas remadas eran tan diferentes como nuestros pelos, como nuestros dientes, como todo lo que se percibía de nosotros.

Además, estaban los enanos salvajes que pululaban. Salían de debajo de las baldosas como ahora salen los muyos en este club abandonado.

Y es que en los últimos años La Cabra fue más que el entrenador, fue el administrador, limpiador, cocinero. Y en su obsesión diseñó el último plan para tratar de encontrar un atleta digno de ser entrenado para clasificar. Un plan que sufrí en esos días en que fui y era arrinconado por grupo

de atletas de entre doce y quince años que en las tardes merodeaban el club.

Eran los hijos del alcoholismo. Los que dormían en los mismos baldíos en que fueron concebidos, resultado de las orgías bajo los árboles y entre la pinocha en que los helenos alcohólicos se derrumbaban. Hijos sin padres reconocidos ni madres que se hicieran responsables, fuente de suposiciones permanentes y cambiantes a medida que crecían y sus rasgos se parecían más a uno u otro.

Pero La Cabra vio algo. Vio que a veces los niños imitaban a los atletas cuando jugaban en el río en verano. Eso le hizo creer que podría atraerlos.

218

Se convenció de que la fuerza mítica del pueblo estaba en ellos. De que esos muchachos tendrían los genes mezclados de las personas, pero que eran los hijos puros de Santa Helena, hijos no de personas, sino de la mítica, del monumento en el centro. Es la fuerza que surgió de los montes. Esos pequeños curiosos, que los veían entrenar, que crecieron de casa en casa, que compartieron los padres borrachos que no los controlaban. Que sentían atracción por el río, sin miedo, y que los imitaban remando sobre latas o botes inflables robados. Tenían eso que se perdió en nosotros. A estos hijos del pueblo La Cabra los adoptó y los cuidó. La vestimenta, los vaqueros, las camperas, estaban gastadas, se conseguían con donaciones.

Pero al principio fue muy difícil que vistieran con las mallas, les daba una vergüenza que por costumbre ocultaban con violencia.

Varias veces destruyeron todo y saquearon el club. La Cabra fue muy tenaz en eso, tenía una visión de que el potencial estaba en ellos. Los dejaba arreglar sus problemas, no los quería parar, debemos dejar que se las arreglen, que peleen en los botes hasta la extenuación, decía.

Creyó que los entendía, que no eran tan diferentes a la infinidad de jóvenes que había entrenado. Que solo debía lograr que canalizaran la energía que absorbían de los baldíos que eran sus padres. Les permitió y los incentivó a pelear. Se volvió un club de pelea más que de remo. Los aparatos y los botes estaban manchados de sangre. De los que no eran hijos irreconocidos, solo Felipe y Carlos siguieron, pero a Carlos no lo molestaban, tampoco a Felipe, por ser su hijo.

Nunca lo pudo conseguir. Su último plan se descontroló en el fracaso.

Adolescentes que actuaban como uno siendo muchos. Cuya fuerza radica en la acumulación, en aislar a las víctimas y superarlas en número. Cuando trataba de ajustar las estrategias de los entrenamientos en la computadora venían por detrás y me apretaban la palma contra el teclado o pasaban y, haciéndose los distraídos, pateaban el cable de la

computadora. Se reían a mis espaldas, se burlaban de mi puntualidad. Siempre ocupando los vestuarios, tirando el jabón o el shampoo por encima de mi cabeza. Siempre mirándose al espejo en la sala de musculación, pero muy pocas veces en el agua, donde se burlaban de mí riéndose y con la foto de La Cabra y mi padre que a modo de estampita usaban para persignarse antes de subirse al bote, pero que luego de ese gesto se la colocaban debajo de la malla, en la zona de los genitales y se la frotaban, mirándome, siempre de a muchos y riendo exageradamente. Apenas soy capaz de imaginar por lo que pasó La Cabra esos últimos años.

220

Vivía con el dolor físico, pero no soportaba el dolor de cabeza, el dolor psicológico de la descendencia del pueblo que me impedía dormir. Para cuando debía remar ya estaba sin fuerzas.

Luego de entrenar, en lugar de ir con Ana, que me estaría esperando para cenar juntos, llegaba a casa y pasaba al garaje. Entraba de costado, en el espacio entre el auto y los estantes con latas de pintura, algunas nunca abiertas, otras con trapos viejos y las menos conteniendo una colección de tornillos oxidados.

No recordaba tan angosto el pasaje, y aunque en mi regreso todo me parecía más chico, en este caso también la falta de sueño estrechaba todo, como si una hipersensibilidad hiciera que las cosas me

rozaran, que me moviera a través de un túnel cada vez más angosto.

Mi intención, tan clara y focalizada como solo el pinball onanista que me impulsaba puede hacerlo, era entrar al garaje, evitar expresamente mirar los estantes del fondo, donde en cajas húmedas estaban todos los elementos de mi niñez, meterme en el viejo Chevette marrón claro, colocarme el pantalón en los muslos y comenzar a recitar el mantra que traería la paz mundial y disolvería todas las malas decisiones de mi vida.

La primera vez que lo hice, necesitado de algo con lo que limpiarme, saqué el brazo por la ventanilla y me estiré lo suficiente para llegar al estante más alto, donde en la penumbra vi una caja de calzado semi abierta y un pedazo de tela verde que asomaba. Tiré de la tela y toda la prenda cayó junto con la caja. Me limpié pensando si debería avisarle a Ana que no podría ir, si debía decirle alguna excusa. Ese día le dije que tenía que ayudar a mis padres a arreglar una pérdida en la cisterna. Y todo me pareció inútil. La tela verde con la que me limpié, luego de una rápida inspección, resultó ser el saco militar de mi padre. El saco que relucía como retocado con Photoshop en fotos viejas, que parecía siempre brillar a pesar de no haber sol y que nunca más utilizó después de mi niñez. Estaba limpio y mantenía las marcas de los dobleces de tantos años

guardado, las iniciales bordadas dentro del cuello sin síntomas de desgaste, pero en lugar de las insignias estaban los restos de las costuras arrancadas y el verde más oscuro que delineaban las siluetas. Todas las condecoraciones, las estrellas, todos los rangos fueron quitados. Solo la simple señal de teniente indicaba el último puesto que mantuvo mi padre en el ejército. Así me enteré de que había sido degradado años atrás. Ahora también sé las razones, qué sentimiento encegueció su visión de tal forma que lo dirigió por un túnel tan estrecho que ni su dignidad pudo atravesar, y que lo llevó directo a la humillación profesional. Sin embargo, no es este el momento de contarlo, ya lo haré más adelante.

Bajé la caja para volver a poner el saco. Como en todas las cajas con pertenencias suyas, estaba la firma, estampada con la tinta color negro lava, que según él no había nadie más que utilizara ese color. La firma que tanto había trabajado para que demostrara el poder y la autoridad, el orgullo y la masculinidad. En las curvas, en las rectas, en los puntos y las líneas continuas que según él también contaban su historia, en subida, eran sus orígenes humildes en el pueblo, era el pico de los juegos olímpicos, eran los continuos ascensos militares, era el haber conocido a mi madre, y era mi nacimiento, todo en subida según él. Toda la

superación personal de un ganador. No se distinguía su nombre, no era necesario, lo que estaba plasmado era su persona, su ser, sus logros.

Siempre que recité el mantra en el Chevette usé el saco para limpiarme.

Luego del primer entrenamiento, cuando nos pesamos y medimos, comencé a llevarle una vianda con carne a Carlos y lo obligaba a almorzar juntos. A sentarnos en la tierra del galpón, rodeado de los botes en desuso y los carritos herrumbrados con ruedas desinfladas, y comer. Debía asegurarme que al menos una vez al día se alimentara bien. Los primeros días fue todo en silencio, pero durante un almuerzo, luego de que un trueno retumbara en las chapas de las paredes, me habló:

—¿Qué es esta obsesión con los Juegos? Nunca la voy a entender. Los que fueron se mueren por volver, los que nunca fueron se mueren por llegar. —Tomó una pata de pollo del tupper, la levantó como para examinarla, mierda, si me parecía un remo en miniatura—. ¿Por eso La Cabra se tatuó los aros en la palma? ¿Por eso se dejó humillar y destrozar el club que tanto quería? ¿Por eso se mató? ¿Es tan grande esto que hace que un viejo que simplemente podría dejarse morir se suicide? —Le dio una mordida a

la pata, los labios y el bigote le quedaron brillosos por la grasa, los ojos también—. ¿Te acordás que tocaba la guitarra? ¿Que nos tocaba el día antes de una regata? Nunca supe qué canción era, hablaba de defender el lugar del que somos, de una lluvia negra, ¿te acordás? Desde que se cortó los dedos no pudo tocar más. Fui un par de veces a su casa y la tenía en una esquina, llena de polvo, con algunas cuerdas reventadas. —Hizo gran esfuerzo para tragar lo que había mordido. Tiró la pata al tupper, con desprecio, y se paró, caminó hacia el portón del galpón que habíamos dejado abierto. A través de la lluvia miró el río, como espíándolo, sospechando más bien—. Fue un buen tipo, lo extraño, ¿sabés? Unos días antes de morir, yo no lo vi, me contaron, pocos días, dos o tres, de noche, antes de que empezara esta lluvia, fue hasta la plaza y atacó el monumento con la guitarra, lo golpeó y golpeó hasta destrozar la guitarra. —Se llevó la mano dentro de la boca e hizo un movimiento de búsqueda, luego escupió fuera del galpón algún cartílago o pedazo de hueso—. Voy a correr contigo, ¿sabés? Pero sin La Cabra solo vamos a hacer el ridículo.

De vez en cuando trataba de levantarme el ánimo imaginando al pueblo soleado. Por más que buscara, siempre volvía al mismo recuerdo, esa mañana de primavera en la que acompañé a La Cabra a su casa. Era una mañana en la que, a pesar de la brisa fresca,

el sol calentaba anunciando el calor venidero. Las cotorras cantaban en los eucaliptos, altos, y el aire liviano incitaba a respirar profundo, a estar contento solo por poder caminar en un pueblo chico, con calles angostas y árboles que impenetrables se paraban recibiendo a los visitantes como retándolos, diciendo «mirá qué unidos y qué fuertes somos». Lo acompañé del club a su casa llevando un par de remos que estaban rotos en la pala. La Cabra me dijo que tenía en su casa un pegamento que los podría dejar casi como nuevos, por lo menos para los entrenamientos de los juveniles, con los que yo debía entrenar por edad, aunque hacía ya unos años que lo hacía con el equipo principal. Caminamos lento y sin hablar hasta que La Cabra se paró como anclado, como uno más de los árboles. Apoyó el remo como si fuera un bastón o un cayado y mirando las hojas verdes moverse en la copa de los árboles, en ese movimiento en que parece que cambian de color, me dijo, aquel día que solo debo cerrar los ojos para recordarlo:

—Escuchame, algún día, estoy seguro, algún día vas a clasificar a los Juegos. Como tu padre.

Yo, que también había adoptado el remo como bastón, bajé la mirada al piso y le contesté, tan consciente del tono infantil de mi voz que me dio vergüenza:

—Señor, no diga pavadas.

No tenía sentido, solo no iba a lograrlo.

En esos almuerzos con Carlos debí demostrarle que nuestras vidas no fueron tan diferentes, él tuvo a Ana, yo tuve una educación, poco más nos diferenciaba.

Los primeros días, en los cuales los dolores musculares eran tapados por el dolor de cabeza y el resfrío adquirido por la lluvia que no paraba, fui testigo invisible de los acercamientos de Carlos a Felipe. Del desinterés de Felipe. De su indiferencia hacia su padre y el cambio en la expresión de la cara de Carlos. La sonrisa sostenida con la mayor de las fuerzas para no expresar la tristeza de su fracaso.

226 Carlos tenía tatuado a Felipe en la palma, el mismo tatuaje que Ana. Ya alejado de ella, el club era el único lugar en que lo veía, en que se acercaba a él con la malla gastada, los dos de malla, y le hablaba, como compañero, como remeros, nunca como padre. No dejaría de remar mientras Felipe fuera al club, pero sabía que eso sucedería por poco tiempo, hasta que terminara el liceo, y que a partir de ese momento no lo vería nunca más.

Uno de esos días en que Felipe se alejó de Carlos sin mirarlo, dándole la espalda y dejándolo con la palabra en la boca, me acerqué y me puse al costado de él, rozando mi hombro con el suyo, compartiendo la visión del alejamiento de Felipe.

—Es tu última oportunidad de demostrarle lo que valés.

(Te necesito, necesito que uses a tu hijo, que tomes de él las fuerzas, no solo para la sobriedad, sino también para ayudarme a clasificar.)

Desde ese momento los retrasos en las mañanas se terminaron y los hijos del alcoholismo dejaron de molestarme. Se podía entrenar tranquilo, se podía vivir en el dolor solo físico, sentirse vivo nuevamente. Reírnos de nuestros errores y trabajar para mejorarlos. Aunque las recitaciones del mantra y la falta de sueño continuaron.

Cuatro semanas de entrenamiento. Eso era lo que teníamos para ponernos al nivel de los mejores remeros sudamericanos. Pero, como le dije a Carlos en un almuerzo, cuando seguíamos el ritual de sentarnos bajo las chapas del galpón sintiendo el sonido de la lluvia y con la tierra del piso flotando entre nosotros, cuando solo yo hablaba porque él siempre estaba masticando y tragando de los dos, tres, cuatro tupperes que le llevaba:

—Al fin y al cabo, los mejores remeros del mundo tienen nuestra edad.

10

Tirado bajo los árboles. Así me quedaré hasta que muera o terminen los días. Volvía del club la tarde en que comenzó a despejarse el cielo y se pudo intuir el sol en el atardecer. Una luminosidad

mayor que alumbró las hojas de los eucaliptus, con las pintitas amarillas y las gotas de agua todavía colgadas de las puntas y tirando hacia abajo. El sonido poluto de un par de motos sin caño de escape se escuchó a varias cuadras. Decidí saltar la cuneta y enterrarme lo más posible en el barro para no poder salir. No logré tanto, pero quedé sentado contra un tronco. Cada ráfaga de viento provocaba la caída del agua a mi alrededor. Pasó mi madre por la calle. Un poco encorvada, con el cuello estirado hacia delante, el pantalón le quedaba grande y lo iba pisando con el talón. La saludé con la mano, me vio, pero no respondió. Game over. Los avances con Carlos fueron notorios, pero nunca tendríamos oportunidad. Estábamos muy lejos de los tiempos de clasificación y no era realista creer que podíamos mejorar lo suficiente. Solo quedaba correr para que Santa Helena nos viera y disfrutara, aunque sea insultándonos al vernos llegar últimos. Esa tarde, mientras llevábamos el bote al galpón, le dije a Carlos que después de la regata él debería tomar el puesto de entrenador en el club. Con tantos años escuchando a La Cabra algo le habrá quedado. Sonrió y me dijo que sí, que ya lo tenía pensado. Me preguntó qué haría yo y le dije que todavía no lo sabía. Solo quería quedarme debajo del árbol y, por primera vez, sentí el alivio de no estar escapando.

Tomé el teléfono para revisar el correo. Hacía días que no lo hacía. Semanas. Repasé por arriba la inmensidad de correo basura sobre temas que en algún momento me interesaron, aunque no podía recordar por qué. Abrí el mensaje de la fuerza naval de Estados Unidos y había perdido tanto la costumbre que me costó entender el inglés. Me levanté, debí sostenerme de una rama del árbol por el mareo al pararme de golpe. El agua cayó sobre el teléfono. Salí corriendo dejando un rastro de barro por la calle.

Llegué a casa y fui directo a bañarme. Al salir, entre las nubes de vapor apoyé los brazos en el granito del lavadero. Me sentí incómodo en el equipo deportivo del club, apretado, reducido. El cuello gastado de hace veinte años me irritaba la garganta, pasé la mano por donde debía estar el escudo pegado, el escudo que quité de un tirón y arrojé en la cara de mi padre, y del que solo quedaba la silueta blanquecina del pegamento.

Acerqué la cara al espejo hasta ya no reconocerme, hasta el punto al que nunca había llegado. No me puedo describir ni adjetivar, ¿mi nariz es grande? ¿Mis ojos saltones? No puedo poner en referencia mis rasgos ni determinar algún grado de belleza. Siempre han dicho que soy muy parecido a mi padre, pero no logro darme cuenta de eso. Ni siquiera cuando veo las fotos de él en su juventud,

ni siquiera cuando en esas fotos está sobre un bote, remando.

Entonces, me volví a preguntar qué sabiduría hay dentro de nosotros para vivir solo del instinto. Si alguna vez sería diferente. Si podría tener la madurez para tomar las decisiones de forma segura, como parece tan natural en él, en el que me esperaba para decirme las verdades encaminadas de su larga vida. Al igual que lo hizo la vez anterior, cuando había entrado a su oficina para mi primera renuncia y al verme tomó los papeles que tenía desparramados en su escritorio, los ordenó golpeándolos contra la mesa y los dejó sobre un costado, ignorante de que unos momentos después estarían flotando en el aire. El que con seguridad había abierto el primer cajón de su izquierda y, sin mirar lo que hay dentro, sino que con sus ojos fijos en mí y con la sonrisa de quien ve venir al heredero, sacó la tarjeta de acreditación de atleta olímpico, especial para mi postración, pero lo hizo como si fuera un error, seguido de un pequeño gesto de equivocación, de sorpresa por su casual torpeza, y luego volvió a meter la mano en el cajón para sacar el grabador que siempre usó en sus reuniones. Grabarse y volver a escucharse una y otra vez, regocijándose en sus aseveraciones y fieles discursos a la sabiduría de la madurez. Había comenzado, como siempre, preguntándome si esto es todo lo que tengo para dar, si no hay más dentro de mí.

Esta segunda vez entré en su oficina y no estaba sentado, sino parado. Mirando por la ventana el tacho de basura tirado con las bolsas rotas y la mugre esparcida. Un perro metía el hocico en lo que parecía una caja de pizza. Lo miraba fijo con las manos en la espalda, sosteniendo una franela amarilla. Me quedé parado esperando su movimiento.

—Es solo cuestión de tiempo para que se pierda este equilibrio.

Se sentó en su escritorio, pero no sacó ni la grabadora ni la acreditación. Me acerqué a la ventana como tratando de demostrar que podía tomar su lugar.

—Me voy. Me ofrecieron un trabajo. Quieren probar en un buque de guerra el compuesto combustible que creé. Pero tengo que presentarme en dos días. Recién veo el correo. El bote zarpa y no me esperarían si no llego. Me tengo que ir. ¿Podrás prestarme plata para el pasaje?

Hay algo que está mal, todas las decisiones parecen nuevas. No puedo recurrir a ninguna experiencia anterior ni basarme en principios inamovibles. Son tantas las derrotas que debemos construir nuestra confianza en sueños muertos.

Dejó la franela y tomó su bastón. Se paró con un poco de dificultad y caminó hacia mí con las piernas curvadas. Siguió de largo y salió de la oficina, hacia el patio del fondo de la casa, donde está el

horno que mantiene encendido de forma perpetua, según él por temas de eficiencia energética, pero yo solo veo sus continuas alusiones nostálgicas a los Juegos Olímpicos.

Prendió un cigarrillo con el fuego del horno y so-
pló hacia arriba, dejé de verlo por un instante y, por
alguna razón, creí que cuando se abriera el humo
su cara sería más joven, y la mía también. No pasó,
lo que sí sucedió es que comenzó a hablar como un
mago que en su vocabulario abarca todo el univer-
so, como si lo escondiera entre ropas viejas con olor
a río y ahora quisiera desempolvarlo.

232

—Los tatuajes de las palmas. En poco tiempo
estarán todos borrados. Y los jóvenes que La Cabra
mantuvo a raya en el club para protegernos saldrán
a la calle otra vez. Volveremos a ser la misma mier-
da que antes.

La voz ronca, carraspeante. Sacó una navaja de
su bolsillo, la abrió y se acercó a mí, me la mostró,
como si quisiera que viera los detalles del mango,
del escudo militar. No sentí miedo, o sí, posible-
mente sí. Tomó una de sus autobiografías que tenía
debajo del horno y comenzó a cortar las hojas con la
navaja, las cortaba y las tiraba al fuego, una por una.

—El remo debe ser el único deporte en donde no
se ve el destino, la meta, sino que vas viendo lo que
se deja atrás. No debes perseguir a nadie, sino es-
capar de los que te vienen siguiendo. La motivación

está detrás. No importa que te cuelguen una zanahoria o que larguen una liebre por delante, siempre se trata de la mierda que vamos dejando detrás, vemos el rastro de todos nuestros errores, las ondas que se expanden y en las que se puede leer lo mal que lo hicimos.

¿De dónde venía esta grandilocuencia estoica? ¿Cuándo aprendió a tapar la ira?, ¿o es que ya esperaba mi renuncia? ¿Por qué esta voz tronadora y paternal?

Dejó el libro y la navaja. Sin mirarme se alejó unos pasos y se colocó junto al matorral de helechos. Se desabotonó el pantalón y comenzó a orinar. El ruido era burbujeante, efervescente, y el aroma a cloro mezclado con las hierbas llegó rápidamente a mí. Hizo un pequeño movimiento de balanceo con los pies. Sus hombros caídos ya denotaban la joroba que le estaba creciendo, propia de esos músculos gigantes que ahora estaban atrofiados. El pelo blanco que iba desapareciendo hacia la coronilla. Así voy a ser, así también quedarán mis músculos y mi mente, estaba mirando el destino.

Levantó la cabeza. Su cuello extendido y afeitado, mirando al cielo. La navaja sobre la pila de libros. Su lentitud, su debilidad y vejez, sus lecciones, sus castigos. Tomé la navaja y la aprecié de cerca, abrí la hoja y vi que ya estaba gastada en el filo, que tenía pequeñas muescas. No lo mataría, aunque quizás

era la salvación, la de ambos. Solo quería que fuera feliz, que no viviera en la decepción, que no desgarrara su vida y la prendiera fuego. Nunca lo lograría, nunca podría escapar. Miró el cielo y fue como cuando yo lo hacía de niño. Cuando sentía el rumor grave de las turbinas de un avión y miraba, giraba en el sitio tratando de encontrar el origen del sonido, algunas veces pequeño, otras veces más grande, y en ese avión iban cientos de personas, cientos de historias, de héroes, hacia aventuras, hacia mejores vidas. Me asombraba, me desconcertaba, desconocía todo lo que había detrás de un avión que pasaba por encima de la casa. Pero no pensaba en ellos, no pensaba en las personas sobre ese avión. Cada vez que uno pasaba y que inevitablemente me hacía correr de la casa, de la cocina, del cuarto, de donde estuviera, corría hacia este mismo punto donde estaba mi padre parado y miraba el cielo como él, miraba para descubrir el origen del trueno. Dejaba de estudiar, de comer, de pensar en ella. Era el escape y la renuncia. El avión me daba permiso para dejar todo y poder mirar el cielo, escaparme de mí, renunciar a mi vida y a mis obsesiones. El avión siempre significó escape, por eso solo pude irme en él, siempre el escape será en avión, no en bote, no por el agua, sino por el cielo.

—En unos días, cuando estés en ese barco y solo pienses en saltar por la borda, quiero que sepas que

no podrás volver. No habrá nadie que te rescate de la mierda en que te metiste. Solo podrás hundirte y en esos instantes en que vas a estar desesperado por aire, cuando sientas que tus pulmones se prenden fuego y que el ardor se transfiera a todo el cuerpo, cuando sientas que serías capaz de cualquier mierda con tal de una única bocanada de aire más, podrás darte cuenta de que siempre estuviste rodeado de agua, por más que no fueras consciente, y entenderás, al fin, las consecuencias.

El río de orina escapó del matorral y comenzó a surcar por la tierra hasta el camino de piedras donde estaba parado. Se fue diversificando como un delta y en su caudal traía pequeños palitos que flotaban y jugaban carreras entre sí. La tierra, saturada por el agua de la lluvia, no absorbió más líquido; la orina siguió avanzando, llegando, lentamente, como una invasión, a tocar la punta de mis pies.

Se sacudió el pito y cerró la cremallera.

—¿Sabés lo que dice el libro? ¿Lo que está repetido cientos de veces en esa pila ahí, esperando a ser quemado? ¿La única confesión real de ese libro, la única mierda que cagué del pecho, de los pulmones, del corazón? ¿La única que me dio la fuerza para seguir y lograr convencer a cada persona de este pueblo de mierda de que se tatuara la palma de la mano, de pagar todos los tatuajes de mierda? No son las confesiones de las licitaciones arregladas,

de las coimas, del servilismo y lo arrastrado que fui con los que ahora me desprecian. La única confesión real es que hicimos trampa para clasificar a los Juegos Olímpicos. La Cabra y yo, los dos. Está todo ahí, en esos libros de mierda, está cómo boicoteamos el transporte del bote del argentino que era mejor que yo y cómo le prestamos un bote fallado del club. Así clasifiqué, así lo llamamos La Cabra y yo. ¿Cómo se te ocurre que en este pueblito, en ese mísero club, puede haber un atleta de nivel olímpico? Ni yo ni La Cabra ni vos ni nadie. Es toda una mentira, todo el pueblo se sustenta en esa mierda de mito que creamos con La Cabra.

236

II

Camino a oscuras, tropezando con los muebles. Creía conocer el camino, creía que podría ubicarme a pesar de no ver. Pero cambiaron de lugar las cosas, se entreveraron, tropiezo y me golpeo en los pies, las canillas, los codos. No es una pesadilla, la pesadilla la contaré más adelante, me refiero a los continuos obstáculos que me depara mi mente al tratar de hablar de esta historia.

Debía ir a lo de Ana a buscarla y tratar de explicarle lo que nunca pude. A decirle, por fin, libre del río, del remo, del mito, del club, la verdadera razón por la que volví.

Huí de mi padre por el costado de la casa, pasando por el jardín hacia la calle. ¿Por qué me seguía volviendo ese sueño? Esos días me llegaban como flashes por el simple hecho del roce con las hojas de anacahuita. Es un sueño que tuve hace muchos años. El pasto grueso y verde, su sonrisa de dientes blancos, sus ojos casi cerrados y la musculosa roja. Por qué me sentía tan bien cuando me salpicaba con agua, cuando mi madre metía la mano en el balde y la mantenía ahí por unos instantes como acrecentando la expectativa, mirando cómo reaccionaba ante la salpicadura venidera, su cabello transparente al sol.

Lamenté no poder hablarle. No pude cuando me fui, ahora ni siquiera sé dónde está. Sin los rayos de las tormentas todo el pueblo parecía más oscuro. El río estaba caudaloso, creciendo minuto a minuto, el sonido se escuchaba a varias cuadras y parecía querer apurarme para que llegara a la casa de Ana.

La encontré en el fondo de su casa. Junto a una cuerda que cruzaba de lado a lado del jardín, atada a pitones en los muros de los costados. Estaba parada, vestía de un rojo que lucía apagado, casi naranja, y sobre un banquito metálico tenía un canasto gigante de ropa recién lavada. El tiempo estaba mejorando por fin, esa tardecita dejó pasar los primeros rayos de sol y realizó todos los lavados atrasados por las lluvias interminables de días anteriores.

No pude entrar. Tenía el portón cerrado y detrás de él estaba su perro, esperando con la boca abierta para agarrarme en el aire si tan solo pensaba en saltarlo. Golpeé las manos, grité su nombre, pero no me escuchó, no se daba por enterada. Desesperado comencé a gritar la respuesta, la única válida, la que evité decirle todo este tiempo:

—¡Volví por vos! ¡Volví por vos! Solo por vos.

Estaba tan lejos, parecía que todo tuviera la dimensión de cuando era niño y ese patio se extendía como planicie verde, un campo gigante donde el verde contrastaba con el gris del cielo y el rojo de ella, pequeña, cada vez más pequeña. ¿Así de simple sería? ¿Así de simple me daría por vencido? Seguí gritando:

—¡Ya no me importa remar! ¡Me ofrecieron un trabajo! ¡Quiero que te vengas conmigo! ¡Nos tenemos que ir, nos tenemos que ir de aquí!

Su perro, enorme y gris como las nubes que el viento estaba limpiando, se abalanzaba contra el portón saltando, ladrando, me mostraba los dientes, parecía que su único objetivo era que Ana no me escuchara. Vi el perfil de ella, abrigada parecía más vieja, los brazos cansados. Tomó una camisa del trabajo, la miró por delante y por detrás, como buscando algo, alguna prueba de su inocencia, y la colgó con dos de los palillos que tenía prendidos del buzo. Al costado tenía una sábana.

—Felipe se viene con nosotros también —volví a gritar, cada vez con menos entusiasmo—, podemos comenzar juntos nuevamente. Al fin todo será como lo soñé siempre.

El perro comenzó a aullar ahogadamente. Se alejó de mí un instante, arañando la puerta de entrada a la casa. Las ramas de los árboles se resquebrajaban y las piñas golpearon contra el suelo, a pocos metros de ella, salpicando el agua que comenzaba a encharcar el patio. Sentí la remera pegoteada al cuerpo, mojada, la transpiración incapaz de evaporarse a través de la campera. Ana tomó una remera verde de Felipe, la sacudió un poco como para quitarle las arrugas del centrifugado, examinó un agujero en la axila derecha y la tendió junto a la camisa de ella.

239

Seguí hablando, ya no grité, le hablé al perro que seguía rasqueteando la puerta.

—Al principio tendré que embarcarme por unos meses, poquitos meses, por trabajo, pagan bien, pero cuando vuelva podremos vivir juntos. Va a ser muy lindo, ¿no te parece?

El perro golpeaba la puerta con la cabeza. Golpes secos y rítmicos, tomaba un poco de carrera como un toro antes de cada golpe. Esos palillos debían ser de hierro, porque la ropa flameaba descontrolada, pero no salía volando. Me transpiraban las piernas, las gotas caían desde la cola y se deslizaban

por los isquiotibiales. Ana levantó lo que me pareció la bombacha con corazoncitos y la colgó de un lado con un palillo, la vio moverse y tras un instante tomó otro palillo y la dejó prendida más firme. Apenas pude susurrar.

—¿Qué te parece? Ya no tengo nada que lograr acá.

El perro dejó de moverse. Se quedó echado frente a la puerta. Mi frente estaba llena de gotas que brotaban de los poros.

Ana sacó otra camisa del canasto, blanca también, pero más grande. Sus dedos finos con las uñas largas y despintadas la tomaron de los hombros y la extendió en el aire. La sábana se movía con el viento, se ahuecaba y enroscaba de tal forma que quedaba como envolviendo un bulto, un niño, dos niños, un niño y una niña, ella y yo, que estábamos encerrados en esa sábana y nos movíamos bailando. De forma lenta y fantasmal.

El agua comenzó a subir cada vez más, tapando la entrada y casi todo el patio, llegando a los talones.

—¿Tenés miedo? —le pregunté al perro.

Una camisa muy grande, gastada, con manchas, no era de ella ni de Felipe. Por un instante pensé que podría ser mía, pero no había forma de que lo fuera. Se la acercó a la cara y fue la única prenda que olió. Respiró profundamente con el cuello tapándole la nariz, luego la colgó como venía haciendo, de forma despiadada.

Las pesadillas, pude recordarlas. No hay monstruos ni otras personas. La causante es la malla ajustada. En el sueño solo quiero sacarme la malla, pero no puedo, se me queda atascada en la cara, está tan mojada que se pegotea, me aprieta, me sofoca, me queda en la cara y no puedo respirar, toso, me atraganto con la saliva, me lloran los ojos, me arañan las orejas para despegarla, la muerdo tratando de abrirla, me caigo al piso barroso y me golpeo la cabeza con una roca, no logro quitarme la malla de la cara, se fusiona con la piel, se entremete en las fosas, me ahogo.

El agua en el patio continuó subiendo. La lluvia había cesado, pero la crecida venía desde abajo del pasto, ya casi llegaba a los tobillos. Quería que me escuchara, aunque más quería encontrar las palabras. Transmitirle por telepatía, mover las ondas electromagnéticas entre nosotros, las cargas que trajo la tormenta y que ahora se estaban normalizando.

Cuando remaba, de joven, sentía que mi cuerpo se extendía hasta el fin de la estela que dejaba el barco. Al remar más fuerte me estaba extendiendo y abarcando más, ampliando mi existencia. Ese soy yo, hasta ahí me extiende y si esas estelas chocan con otro barco entonces los absorbo.

Golpeé el piso con los pies. Varias veces. Golpeé el agua embarrada y llena de hojas que nos unía. No veía sus pies, hundidos, pero vi las olas, las pequeñas

ondas que generé avanzar hacia ella y chocar con sus tobillos, traté de alcanzarla de esa forma y ver lo que hice, entender que mi ser abarca más que las olas, llega hasta el fin de las consecuencias de mis hechos, y que yo también soy la consecuencia de hechos infinitos. Golpeé más fuerte. Salté con ambas piernas. El barro llegó hasta mi cara, hasta mis ojos y mi frente, tapó la cara del perro que ya permanece inanimado, pero lo que llegó a ella fue apenas un movimiento casi imperceptible del agua, oculto por el viento que soplaba de costado. Ni cosquillas.

242

Su estampa era la de un pez moribundo, ahogado, rogando para poder respirar. Como si estuviera esperando que el agua lo tapara para revivir y salir nadando de este lugar oscuro que nos comenzaba a cubrir. Pero permanecemos quietos como si estuviéramos en el fondo del mar y la presión nos atrapara, lentos y silenciosos, sin poder verme. No me escuchaba, pero si lo hacía, de todas formas no importaba, era incapaz de entenderme.

El perro salió de su estado de resignación, se paró y movió la cola golpeándola contra el agua. Escuché la cerradura de la puerta, a continuación, vi cómo se abría y detrás detecté la silueta desnuda, morocha e intimidante de Carlos. El perro entró en la casa, él lo levantó y la puerta volvió a cerrarse.

Cuando fui a su casa esa tardecita ya hacía varios días que no nos veíamos. Durante los días anteriores, en los que pretendimos ser pareja, descubrimos el aburrimiento. Quisimos usar la oportunidad de reflejarnos en alguien nuevo para ser diferentes, para ser mejores. Cambiar para ser lo que fuimos, niños con varicela que juegan a la escondida. Pero no fue posible. Temeroso de aburrirla y de decepcionarla hasta el punto de la parálisis, utilicé el cansancio por el entrenamiento como excusa para mis abstinencias. La imagen guardada que tengo de nosotros es de la última vez que me habló, sus palabras no como respuesta a algo que haya dicho, sino a mi actitud: acostado en el sillón del living de su casa, con el equipo deportivo, tratando de encontrar una postura que minimizara el dolor muscular del cuello. Ella usando el perfume anterior, el que reconocía, con el brillo dorado de su vestido negro haciendo juego tanto con el tono de pelo nuevo como con los aros, pero no con la decepción rojiza que mostraban sus ojos. Si alguien nos estuvo viendo del otro lado de la ventana no necesitó escuchar sus palabras para entender lo que me dijo:

—Al final, ¿para qué volviste?

(Volví para poder irme nuevamente, la única satisfacción que es capaz de darme este pueblo.)

Me acaba de pasar algo extraño: estaba limpiando las telarañas en las botellas de la cantina y tuve una sensación muy agradable. Una alegría subterránea que partió del núcleo y germinó hasta la piel. Ya se está yendo. La noto irse como el rastro del bote en la orilla, cuando las olas son apenas ondulaciones lustrosas. Trato de aferrarme a este estremecimiento del corazón, a la sensación de la piel erizada, pero no puedo. Trato de volverla a traer, aunque sea de forma sutil, aunque sea con la caricia del aire en los pelos del bigote al respirar. Tampoco puedo. Aclaro que lo extraño no es la sensación, ni mi reacción hacia ella, ¿qué puede ser más normal que tratar de extender los momentos agradables y no poder hacerlo? Lo raro es que no recuerdo cómo llegué a ese estado. No puedo recordar en qué pensamientos estaba hasta hace unos instantes, que me produjeron esa sensación. Un golpe, el caño de escape recortado de una moto, algún grito de un loco. Algo me sacó del trance y ahora escarbo y escarbo, pero no toco nada. O no quiero tocar, ya que las pistas de mi investigación me llevan a una única imagen lejana y fuera de foco: la mañana del cumpleaños de quince de Ana. Me da bronca. Siento que ya hablé mucho de ella.

Tengo claro que todo momento de luz con Ana queda eclipsado, más tarde o más temprano. Quiero prometerme no hablar más de ella, pero ahora debo hacerlo. Aun así, para que entiendan el placer que sentí en su cumpleaños, antes debo hablar de la otra sensación.

Y esta otra sensación, que más bien es un deseo, es muy difícil de expresar en palabras, o por lo menos a mí me cuesta mucho encontrarlas. Es una sensación de querer abarcarlo todo, de extender mi piel para cubrir el mundo y sentir sus emociones. Me surge cada tanto, y casi nunca la puedo satisfacer. Ese día fue una excepción.

Me abrazó y quedé lleno de huevos, de salsa de tomate, de harina, de algo parecido a una sopa de uva o de remolacha. Tan sucio como ella. Con el equipo deportivo del club como un arcoíris de mugre, los pedazos de cáscaras perduraron en mi pelo por días. Frente a la casa de Ana, colgado entre el muro del costado y una rama del limonero, el pasacalle de los quince años —que no pinté, pero aporté la pintura— ondulaba calmo en la mañana de otoño. Nos reunimos ahí, junto al muro petiso donde tantas veces me senté a conversar con ella, donde diez años antes, en otro de sus cumpleaños, esperábamos a los invitados para su fiesta de disfraces, yo con la medalla de cartón colgada y la antorcha en la mano, arrastrando un remo muy

pesado para mí. Pero en sus quince el disfraz era otro, o más bien era el mismo de todos los días, lo que estaba cambiando era lo que ocultaba debajo. Ana corría de un lado al otro de la calle, tenía el pelo largo y estaba un poco gorda, características que nunca más repitió. Corría y esquivaba los lanzamientos de huevos lejanos, los ataques cuerpo a cuerpo con bolsas de harina o salsa de tomate, los manguerazos de la madre que luego de un rato ya apuntaban a cualquiera que pasara cerca.

Los gritos agudos y las risas de los compañeros del liceo tapaban cualquier otro sonido. Sucios, de remera, corriendo bajo el sol que hacía brillar las gotas de transpiración. Le tiré apenas un par de huevos y le erré, me paré junto a la madre, al borde de la calle, viendo los roces entre todos, los abrazos y las manos que se extendían exploratorias a los cuellos, las cinturas, las piernas y caderas. Vi las frentes juntarse, las peleas luego del fuego amigo, las manos con huevos entrando por debajo de las remeras por la espalda o por delante.

Se alejaron, se alejaron como una cuadra y media. Llegaron cerca de la ruta, algunos autos tocaban bocina, saludaban. Ya no la podía diferenciar en el tumulto, eran doce o trece rebotando entre sí como un pool mal jugado, aunque los rebotes en lugar de separarlos los juntaban. Salió volando el último kilo de harina, se elevó como el hongo de

una explosión nuclear y los terminó de unir como una masa. Saltaban abrazados, ella en el centro, le cantaban el feliz cumpleaños y otras canciones tan fuerte, orgullosos, que las faltas en el tono y de sincronización llegaban claras hasta donde estaba. En ese momento me surgió el deseo del que hablé. Quise apoderarme de esos sentimientos, extenderme sobre ellos como una manta y cubrirlos, meterme dentro para que su felicidad sea la mía. Vi a la madre con las lágrimas de emoción y por un instante logré atrapar todo. Comprendí nuestra juventud y lo que estábamos perdiendo.

Volvieron despacio. Ella iba primero y sus dientes parecían lo único que no se había ensuciado, y no necesitaba más, porque de lejos se veían y expresaban la alegría que todo el resto del cuerpo tenía oculta bajo la capa de repostería. Detrás, el resto de los compañeros volvían agotados, extasiados. Faltando media cuadra Ana comenzó a correr hacia nosotros, separándose del resto. Me aparté unos metros de la madre porque supuse que venía hacia ella, pero al correrme Ana desvió y siguió dirigiéndose hacia mí. Entendí el juego y comencé a correr escapándome de ella. Simulé lo más que pude, hice curvas, rodeé árboles, salté el murito, haciendo como si no quisiera que me agarrara. Daba vuelta la cabeza para verla perseguirme y se reía, y en la remera mojada se le marcaba el sutién,

los senos. Dejé de correr, temiendo que se aburriera del juego, aunque yo lo hubiera extendido por el resto de mi vida. Me dejé atrapar, me abrazó fuerte y sentí la humedad, el pegoteo, el olor a salsa de tomate y huevos, a fideos con boloñesa. Me pasó las manos por el pelo enredándose en la suciedad y acercó su cara. No puede ser otro el momento que surgió de toda mi consciencia para hacerme sentir la suprema felicidad por unos instantes.

—Te quiero mucho, mi medallista —me dijo.

—Todavía ni siquiera clasifiqué.

248 Esa noche, ya bañados y con el vaquero del color de la única calle asfaltada, la del centro, incapaz de decidir el gusto del helado, con el sonido estridente de las maquinitas, mientras hablaba de la próxima competencia con algunos de los compañeros, Ana y Carlos estaban juntos, apoyados contra la pared de la heladería, al oscuro. Carlos, que, por supuesto, no estuvo esa mañana —eran cosas de niños para él— mantenía los ojos sobre Ana y los hombros más anchos que nunca, sosteniendo el cigarrillo en una mano. Ana sonreía con timidez, sin saber bien cómo seguir. Miré hacia abajo inmediatamente, traté de adelantarme a cualquier reacción que pudiera tener. Hice bien, sentí el calor en los cachetes y los ojos vidriosos, el escurrimiento del corazón. ¿Si me voy, quién me seguiría? No soy un líder. Me miré las rodillas, los muslos, preparé la sonrisa y

cuando levanté la cabeza ya se habían ido. Hice como que no pasaba nada. Algunos amigos me miraron con cara de lástima, pero no hicieron mención alguna. Me fui temprano, cuando ya sentía el vacío, la música y las pantallas de las maquinitas parecieron quedar fuera del rango de mi consciencia. En mi regreso entre los montes deseé encontrarlos en la calle, que me vieran, no sé por qué.

Me quedé en la parada, oculto, y sin una gota de duda tomé el ómnibus hacia la capital. Lo más lejos que podía ir en ese momento. Hubiera tomado un avión de ser posible. Me senté en el fondo, abrí la ventanilla al máximo para dispersar el olor a vómito que me abrazaba y dejé que el viento congelara mis mejillas. La imagen de Ana, las tetas, mi fugaz imagen de nosotros juntos, sus dientes y la caricia de su aliento en mi oreja, todo aparecía oxidado, amarillento y arenoso. Imaginé que en el asiento delantero iba Carlos, delante de mí como en el bote, como siempre con su nuca sucia y quemada por el sol. Carlos era el único que sabía de mi atracción. Al único que se lo dije, en el río, en la insolación de esas tardes donde La Cabra no mostraba piedad y debíamos seguir a pesar de que hasta los peces ya se habían retirado a dormir. Se lo conté cuando, como un juego para él, me presionaba con preguntas sobre mi inexperiencia, luego de haber escuchado cómo chupó y succionó partes de casi

todas las compañeras de clase. Como un espejo en reverso, miraba su espalda como mía, mis propios movimientos, corrigiéndolo, entendiendo las señas miserables de La Cabra y trasmitiendo los pequeños puntos que luego él nos repetiría en el club y que Carlos no oiría por mantener su pose soberbia, rebelde. Luego, en el vestuario, me preguntaba qué fue lo que dijo y yo le explicaría nuevamente cómo podíamos ser los más rápidos del país fácilmente. Me di vuelta para ver hacia atrás, no pude soportar viajar mirando hacia delante, me mareaba, debía hacerlo como si estuviera remando, mirando el paisaje alejarse y perderse en la distancia.

250

Me bajé en la única parada que conocía, la misma que me servía para caminar dos cuadras y tomar el ómnibus local hacia el lugar de entrenamiento de la selección. No conocía la noche de la ciudad. Me sorprendió la cantidad de luces encendidas en los edificios, de televisores, de ruido de platos y vajillas. Nunca estaba despierto a esa hora, posiblemente nadie en el pueblo lo estuviera. Caminé en sentido opuesto al que hacía para ir a entrenar, buscando más ciudad, más edificios, siguiendo el olor a basura y no el del mar.

Las calles se volvieron más angostas, las veredas más desparejas, la gente más depredadora. Algunos gritos aislados salían de los apartamentos. Entré en un bar, en una esquina sin carteles, donde

me pareció que la clientela era joven, y no sé si por el físico de deportista o porque no le daban importancia, pero me sirvieron el vodka sin preguntar. Estuve con el codo en la barra, sin saber muy bien para qué. Nadie se acercó, nadie me habló, nadie me miró, no había mujeres. ¿Qué esperaba de todo esto? ¿Esta era mi venganza? ¿Con esto probaba que estaban equivocados, que yo era igual de adulto que ellos? No, no podía quedarme en un simple viaje solo porque Carlos no podía hacerlo, porque no tenía la plata en el bolsillo para pagar el boleto.

Dos años esperaré para la venganza. La decisión la tomé ahí, sentado en un banquito de ese bar que ni siquiera podría volver a ubicar, la vista fija en los aros de agua que dejaban los vasos en la barra, pidiendo un vodka atrás de otro con los ojos ardiéndome. Dos años para que todo su futuro dependiera de mí, de remar juntos para clasificar a los Juegos Olímpicos, y mi rechazo sería la justicia que impartiría sobre él, la sentencia por todas sus traiciones.

Sabía que debía esperar, pero no podía permitirme el olvido. Caminé mareado hasta la casa de tatuajes enfrente. Acostado en la camilla le comía al tatuador las galletas de campaña que tenía en un paquete, porque ya estaba con hambre. Sentí más en el pecho el roce de sus rastas largas y mugrientas que el de la aguja, mientras le asentía todo lo

que me hablaba sin entenderle nada e imaginaba que su cuerpo delgado y descamisado no soportaría una traición. El tatuaje de los aros olímpicos, en el pecho, era subrayado por un solo remo, símbolo de mi compromiso hacia la clasificación en solitario, la demostración de mi superioridad como remero, y el ocultamiento de la cicatriz de la varicela.

252

Metí la mano en el bolsillo y solo saqué la mitad de la plata que costaba el tatuaje. Debí suponer que la venganza no es muestra de buen discernimiento cuando vi a mi madre darle al tatuador el resto de la plata y el paquete de galletas que le pedí que trajera cuando la llamé por teléfono. Volví en el auto con mis padres, en el asiento de atrás, con la cabeza apoyada contra la ventanilla, viendo mi aliento alcohólico empañar el vidrio. Mis padres permanecieron en silencio. Llegamos al pueblo con la claridad del día mientras dibujaba en lo empañado el símbolo olímpico y en mi cabeza circulaba una y otra vez, grabándose en lo más profundo de mi memoria, tanto que hoy lo puedo reproducir sin siquiera esforzarme, el beso con lengua entre Ana y Carlos.

13

Todavía no sé cómo nombraré estas memorias, pero mi padre, sin dudas sintiendo que ya se había

terminado el tiempo de sutilezas, que solo quedaba un último grito desesperado, encontró la única palabra que representó el combustible que le ardió por dentro y tituló la suya, en letras rojas sobre fondo blanco, *Respeto*.

Desde un punto A hasta un punto B se puede llegar por infinitos caminos. La teoría cuántica va más allá y dice que, de hecho, se utilizan infinitos recorridos, y solo por imaginarnos uno se le asigna cierta probabilidad de haber sido utilizado. Lo que voy a contar es un posible camino. Se trata del que recorrió mi padre desde el salón de fiestas que contrató la editorial para el lanzamiento de su autobiografía —o memorias— hasta llegar a Santa Helena. No sé la diferencia entre memorias y autobiografía, y aunque la supiera no podría determinar qué fue lo que quiso publicar, ya que nunca las pude leer. El contenido fue en gran parte quemado y el resto, sumergido.

No fui testigo de lo que ocurrió, no me lo contaron tampoco, simplemente quiero darle la probabilidad de haber sido utilizado. Puedo imaginar la escena porque en la circularidad de lo que estoy contando llegó el punto en que el deseo del respeto perdido se unió con la vergüenza de la venganza convertida en fracaso.

La cronología de los hechos es simple, en eso no puedo equivocarme: hay un punto de partida y uno

de llegada. Lo que me llama la atención es la música. Me parece totalmente necesario que esta canción en la que no puedo dejar de pensar sea la que escuchó mi padre en el Chevette que siempre me dijeron que era dorado, pero que ahora encuentro marrón, regresando, huyendo más bien. Corriendo de la fallida presentación de su libro, en cuya contratapa la editorial, por error, imprimió la cara de otra persona como si fuera el autor, una cara ni siquiera parecida, en lugar de la de mi padre.

Y esta canción, que comienza con el punteo bruto y meloso de la jarana, que recuerda el pasado y es premonitoria de lo que vino después, debe ser —sin dudas es— la que escuchó mi padre en el viaje. Comenzó en el centro de la capital, apretando el volante con todas sus fuerzas, incapaz de soportar los segundos parado en el semáforo.

No me manden al oscuro, a morir como un traidor
A morir como un traidor, no me manden al oscuro
Yo soy bueno y, como bueno, moriré de cara al sol.

Circulando entre edificios de fachadas de vidrio oscuro, reflejantes de la vergüenza y ocultando en su interior los observadores que lo siguen como a quien corre desnudo por la calle en un desfile de muertos. Tapándose con una mano los genitales y con la otra la cara que nadie vio. Pasando a la zona más comer-

cial y terrenal, con los grandes galpones de venta de colchones y de talleres de autos, de gente simple que vive sin sentir el peso de la desgracia en sus pechos azules y no verdes.

Adiós adiós, padre jaguar, padre maíz
Si muero en guerra sería alimento de tu raíz
Adiós adiós, padre maíz, padre jaguar
Si muero en guerra me vuelvo en monte para
florear.

Tomando la ruta angosta que pasa por las casonas cercadas, era imposible ver hacia adentro más que los techos tejados y las chimeneas humeantes con el fuego falso impermanente de los generales corruptos y los comerciantes coimeros. Y en su proceder, en su humilde proceder, mi padre deseándoles la muerte y el designio de sus insultos que aborrecen la vida de los que no conocen el río ni la lluvia lejana. Errático en su manejar, avanzando como un felino borracho persiguiendo un ciervo entre los pastizales de la pradera, ebrio de depresión, comprendiendo a su vez la depresión del pueblo y la borrachera real de ellos.

Adiós adiós, madre del río, madre del río
La lluvia negra, la lluvia negra en el caserío
Adiós adiós, madre del monte, madre del monte
La lluvia negra, la lluvia negra en el horizonte.

Entra a la ruta gigante, con sus puentes y tréboles, con los aviones que lo sobrevuelan cerca del aeropuerto deseando que le caiga uno encima. Las chimeneas de las industrias elevándose, cuyas sombras dan el efecto de pasar por dentro de un túnel, para salir al reflejo del sol, cegado, y en cada cegamiento las imágenes de la fiesta que lo invaden. La fiesta de la que se fue sin que nadie lo notara, sin que nadie diera vuelta la cara cuando entró triunfal. Sin que nadie se exaltara ante El Autor, emocionados de que las palabras que se pronunciaban eran suyas, de la narración real que leían y admiraban, la historia del héroe que sacrificó hasta su honor por el bien de todos, el que mostraba el perro sarnoso que siempre llevó en su hombro y que nadie fue capaz de ver. Todo eso era él, pero nadie lo reconoció cuando entró. Nadie lo celebró y se fue sin que lo pudieran alabar y darle el respeto que estaba buscando desde que dejó de remar para pasar al servicio.

Cuando ya no cante sonos ni cabalgue por el viento
Ni cabalgue por el viento cuando ya no cante sonos
Recordaran mis pregones porque dejo un sentimiento
Porque dejo un sentimiento sembrado en sus corazones.

Y cuando las chimeneas terminan y solo es campo, cuando solo quedan las plantaciones de maíz y la ruta comienza a pegarse al río calmo, ahí se da cuenta que ya debería dejar de cabalgar, de explicarse, de tratar de montar el caballo de la hidalguía pregonando sus verdades. Pensando una y mil veces si la guerra que nunca tuvo lo hubiera rescatado, si una muerte en batalla habría llenado el vacío en que se ahogó y hubiera logrado ese funeral lleno de fanfarrias con el que tanto sueña.

Cartel tras cartel los límites de velocidad son cada vez mayores. Los semáforos desaparecen y la ruta se vuelve de una sola vía. Las líneas amarillas son el compromiso invisible entre lo histórico y lo demagógico. Mi padre levanta la vista para ver la tormenta a lo lejos con los relámpagos y las nubes negras, y acelera hacia ella, pasando autos uno tras otro, haciendo maniobras inmorales entre los grandes camiones de leña o de frutas.

257

Adiós adiós, madre del río, madre del río
La lluvia negra, la lluvia negra en el caserío
Adiós adiós, madre del monte, madre del monte
La lluvia negra, la lluvia negra en el horizonte.

La carretera se pega al acantilado y el río debajo lo llama a su última regata. Cegado por el encandilamiento de un camión que circula en sentido contra-

rio, le viene nuevamente la imagen de la fiesta, de los invitados del mundo literario, de los críticos e intelectuales que no lo conocían, que fueron solo por la comida, invitados por la editorial que apuró tanto la salida del libro que ni siquiera dejó que secase la tinta de la impresión. Mi padre ríe a carcajadas golpeando el volante con las dos manos, burlándose de las personas que brindaron con champaña, que alzando las copas se horrorizaron al ver la cara desconocida estampada en sus palmas, porque al tomar las copas húmedas la tinta aún blanda se traspasó a sus palmas como un tatuaje y del susto dejaron caer las copas. Convirtieron el festín en un estallido cristalino, gritos más agudos ante la indignidad de la mugre, que terminó con todos los vestidos manchados y pedazos de vidrio incrustados en las piernas.

Aunque me miren a mí, humilde en mi proceder
Humilde en mi proceder, aunque me miren a mí
Es mi orgullo defender la tierra donde crecí
Aunque me miren a mí, humilde en mi proceder.

Y al llegar a las primeras casas de Santa Helena, las primeras puertas y ventanas tapiadas, con las marcas de la humedad en las paredes, los pastos crecidos y los árboles con ramas quebradas, los perros corriendo ladrándoles a las ruedas, observa al final de la calle la pintura desgastada y la mesa de jardín amarillenta

que protege la entrada del bar. Se da cuenta de que solo allí, en ese lugar humilde, puede ser útil. Puede recuperar lo que perdió y rescatar a todo el pueblo junto a él. Siente que todavía no es tarde y que si es tarde no importa, que solo puede hacer lo mejor. Se da cuenta de que las letras son un desperdicio, inútiles, debe quemarlas ya que ellos no leen, y reemplazarlas por algo más simple, por una imagen que sea el alimento del regreso de la tormenta.

No me manden al oscuro a morir como un traidor
A morir como un traidor no me manden al oscuro

Yo soy bueno y como bueno moriré de cara al sol.
Conduce despacio por la calle llena de pozos,
salpicando el agua negra y esquivando las ramas de
los árboles, detiene el auto, se baja y camina hacia la
entrada del bar.

259

Quizás, y de esto no estoy seguro, mientras avanza por el camino de pedregullo piensa en mi escape. Trata de comprender las razones y las consecuencias, lo compara con su propia huida, y cuando pasa los dedos entre las tiras de plástico multicolores que hacen de puerta, todos los helenos dentro del bar oscuro ven la palma de su mano, en la que lleva escrito el título de su libro, apelmazado, borroso, sangrante.

Era costumbre que mi madre masticara cerca de mí, junto al oído. Hacerme escuchar el continuo claqueo, salivoso, húmedo, con el bolo a punto de salir. Masticando con los dientes del frente por haber perdido las muelas y produciendo ese sonido que me hacía erizar los pelos de la oreja. No podía cerrar bien la boca y las arrugas que se formaban al terminar el labio serpenteaban hasta morir cerca de la nariz y la pera. Comía parada y quitándonos la comida del plato a mi padre y a mí. Nunca la vi servirse un plato para ella.

260

Ya cuando era niño su mirada comenzó a cristalizarse, a perderse. Los olvidos a aumentar y la rutina a ser el único refugio.

Fue cuando yo era adolescente que comenzó a masticar los restos de nuestra comida, a castañear con los dientes y a alimentarse solo de los restos.

Si bien eso se acrecentó antes de que me fuera, no es que me fui por ella. No pude haber sido tan cobarde. No me fui por su ropa descuidada, por los dedos torpes, por los gritos en las noches. No pudo ser esa la razón. Ahora no lo sé. Mis pensamientos no me parecen convincentes. La historia que siempre conté oficialmente, que me fui por la beca para estudiar afuera, pensé que en un principio ocultaba

la vergüenza del fracaso deportivo o amoroso, de la traición. Ahora todas las razones se aparecen ante mí como un disfraz de retazos cayéndose y descubriendo, debajo, la mirada acobardada de mi madre, de quien yo pensaba, deseaba, que no sería capaz de darse cuenta de lo que sucedió.

Cuando ocurrió la inundación solo pude pensar en ella. Y ahora me doy cuenta de que siempre traté de quitarla de mis memorias, que hasta ahora ha aparecido poco en la narración, pero que siempre estuvo detrás de todo. Sabía que no iba a poder comunicarme con ella. Lo asumí. Y desde que volví siempre estuvo durmiendo o paseando, haciendo el mismo recorrido que mantenía como una fuerza mayor en su mente, y que le permitía volver a casa siempre, a pesar de la lluvia que arreciaba hasta el día antes del desborde de la presa. Paseaba lento, con una rama en la mano para ahuyentar a los perros, mientras saludaba a todos con un beso y una sonrisa, a pesar de no reconocerlos, de ser siempre personas nuevas para ella. Solo después del sueño entiendo su importancia y ahora trato de enmendar este error.

La inundación golpeó rápido en el olvido y la soberbia. Todas las marcas de agua de la anterior crecida fueron borradas con pintura, o derrumbadas, ya no existía ni como mito, nadie hablaba del tema.

Fue tan rápido que se confundió con la alegría de la tormenta moviéndose esa tarde hacia el oeste, con el cielo estrellado y la esperanza de ver el sol nuevamente. Pero lo que nadie previó, por más que ahora parece obvio, es que el viento llevó la tormenta hacia donde nace el río, acelerando la crecida del caudal.

El agua marrón, espumosa, sucia, apareció llevando todo consigo. El arrastre de kilómetros y kilómetros de sedimentos, de basura, bolsas plásticas, techos de casas, ramas, bicicletas. Entró al pueblo desde los costados, desde atrás, desde abajo, levantando el césped artificial de los jardines, el contenido de los pozos sépticos. Emergió dentro de las casas, por debajo de las puertas y por entre las baldosas. Los cimientos en suelos barrozos se comenzaron a mover, propulsando a los helenos a correr y ser arrastrados por la corriente, golpeados, azotados por la basura, tropezando con las bolsas que se enredaban en sus piernas.

Corrí con el agua en los tobillos, en las canillas, en las rodillas, cada paso más lento y cansador. Perros y ovejas flotaban sin signos de vitalidad, todos con destino al océano, que los esperaba con la boca abierta y el frío de la corriente subterránea, pronto para devorarlos hacia el fondo.

Solo tenía a mi madre en la cabeza y sabía que había salido a pasear. El primer paseo de la madru-

gada. Era probable que algo la hubiera golpeado y posiblemente estuviera desorientada.

Llegué al club y entré en el galpón de los botes caminando en el agua que, como ácido, transparentaba las paredes de las casas con su toque marrón.

Al entrar y ver el caos de los botes y remos apilados contra una de las paredes, me paré y por primera vez sentí el frío. Las lluvias de días anteriores mantuvieron elevada la temperatura, pero en ese momento el viento era gélido y silencioso. El frío calaba todo mi cuerpo, comenzaron a temblarme los hombros.

Carlos —no puedo negarlo más—, mi amigo, mi compañero, flotaba en uno de los botes. Su cabeza colgando, con el cuello doblado como un cisne, como tratando de morderse el corazón. Me estaba esperando. Tomé un par de remos y subí con él.

—Vamos, remá, remá, debemos encontrarla, tenés que ayudarme a encontrarla.

(No te rindas, no hagas como yo, no te vayas, no debíirme, no debí abandonarte.)

Carlos nunca levantó la cabeza. Su espalda ancha seguía erguida, los codos tensos sosteniendo los remos. Tenía el pelo enmotado con canas y la remera con el cuello gastado. Estaba paralizado.

—Vamos a remar juntos, aunque no te guste, para que nos vea todo este pueblo de mierda, dale, hijo de puta, ¡remá!

Echó su cabeza hacia atrás, miró al cielo, el techo de chapas enrollado como un papiro, buscó alguna constelación, largó una carcajada y su voz liberada me lo dijo:

—No puedo, ya solo soy un fantasma.

Las chapas del techo flameaban como una bandera, las paredes comenzaron a inclinarse.

Lo pateé para que cayera al agua y su cuerpo quedó flotando boca abajo. La campera roja manchada de barro como un mantel esperando el picnic. Podría usarlo como bote, pararme en su cuerpo flotante y navegar por las calles sobre él, mierda que podría haberlo hecho, mierda que se lo merecía.

264

Lo empujé con el remo. Más bien lo golpeé como si fuera un hachazo. Debía buscar un bote individual que estuviera en condiciones. Debía llegar al costado del galpón donde los botes se amontonaban y ya estaban abriendo un escape entre las uniones de las chapas. Desde lejos llegaban gritos, insultos o alaridos que se arremolinaban con el viento gélido. Alguno podría ser de mi madre. Sabía que podía llegar a los botes caminando con el agua en la cintura, pero no respeté esa vida ni ese cuerpo. Me subí encima de él y traté de usarlo como puente. Haciendo equilibrio, pisé su cola y su espalda. En la última demostración de superioridad, con especial empeño puse mi pie derecho sobre su cabeza. Resbalé y fue silencio. Me hundi

completamente. Quedé enredado entre sus brazos y ropas. El cuerpo de Carlos encima del mío no me dejaba salir a superficie, oscuridad total. Mi espalda pegaba contra el piso. Traté de patearlo, de empujarlo hacia arriba. Cerré los ojos, no podía creer lo que me estaba sucediendo, que mi ahogo, el que de todas formas sufriría en algún momento, fuera de esa forma. Comencé a expulsar el aire, mis pulmones se vaciaron. Pude agarrar de algo de la ropa de Carlos e impulsarme hacia arriba. Cuando abrí los ojos tenía la cara de Carlos junto a la mía, chocando frente con frente, sus ojos abiertos y duros como los del pejerrey, marrones y grandes, su cara rígida, el agua en sus cachetes, los pelos de la nariz moviéndose como algas. Puse mi mano sobre su rostro, no soporté el terror, corrí la cabeza y me di el espacio justo para asomar y respirar.

265

Me paré al fin y dejé que el cuerpo de Carlos flotara hacia el rincón. Corrí hacia los botes y pude tomar el último que quedaba. El resto ya escapó del galpón. Sentí mi piel congelada a pesar de la agitación del corazón. Me quité la ropa mojada, preferí enfrentar el viento que el agua.

Fui a ser parte del desfile trágico. Remando en contra de la corriente, con la cabeza dada vuelta, mirando hacia atrás mientras trataba de avanzar entre la mezcla vegetal y animal. Debía buscar, no podía rendirme como lo hizo La Cabra. Remé por

las calles del pueblo buscándola entre los torsos erguidos de los hijos del alcoholismo que, lentos en su andar, sonrientes y juguetones, caminaban con el agua hasta la cintura impunes y desalmados dedicándose a irrumpir en las casas. Entraban y salían rápidamente pateando las puertas y rompiendo las pocas ventanas sin rejas en busca de lo que pudieran meterse en los bolsillos o colgarse del cuello.

Para el pueblo mi huida fue ir a favor de la corriente, dejarme llevar, pero ahora no podía ser como ellos me veían, como yo fui con ellos. No puedo tapar a mi madre como tapé mi tatuaje de los aros olímpicos cuando en San Francisco, abrumado por la neblina y un futuro que no era el mío, sentí el peso del tatuaje como la traición que me definía, que dejé que me definiera, y todo fue como una broma, una broma pesada que me mostró sus dientes blancos. Ahora mi pecho tenía una mancha rojiza, cicatrizante. Por un momento en esa búsqueda todo pareció mío. Pude fascinarme con lo que estaba sucediendo, con la demostración de humildad a la que fuimos sometidos. Mis brazadas se calmaron y sentí que la respiración se estabilizó. Comencé a avanzar seguro, con remadas amplias. La estela generada, las ondas, a pesar del movimiento del agua, estaban llegando a todo el pueblo. Porque todo el pueblo era el río, todo el pueblo era mis estelas. Lo abarcaba todo, estaba inundado,

lo sentía todo. Y deseé que mi madre sintiera las ondas y supiera que decían que iría por ella, que la encontraría. La luna apenas brillaba en la claridad previa al amanecer. El bote de bronce, el monumento a la mentira, estaba siendo barrido como toda la mugre y se alejaba de la plaza que lo mantuvo. En su paso fue golpeando contra los muros y los autos, destrozando parabrisas, surfeando las calles con su punta filosa, la que tanto daño hizo. Se abría paso golpeando los tachos de basura y las motos flotantes. Observé su marcha de despedida bajo el cielo despejado, reflejando la nueva claridad de ese día en que por fin saldría el sol.

Temblé del frío, del dolor. Mis dientes castañaban y mis dedos estaban mucho más morados que lo habitual, pero nunca solté los remos. Seguí luchando contra la corriente. Soportando los golpes de las ramas, en los remos el enredo de las bolsas blancas que, como icebergs, debajo ocultaban lo importante. De repente, entre todo el caudal de pertenencias, entre los objetos y los animales, entre los que no tienen padre que, cubiertos con una campera y linternas, caminaban boca abajo para recoger las pertenencias de los otros, vi los libros, las memorias de mi padre. El resto de la edición, que no llegó a quemar porque lo hacía de forma lenta y pernicioso, comenzó a pasar junto a mí. Seguí la pista de letras inútiles, de palabras huecas

que nunca serían leídas, y llegué al frente de casa. Pude ver a mi padre vistiendo la única ropa que quedó fuera del alcance de la crecida, seca en los estantes superiores del garaje, el saco militar con las insignias arrancadas y el residuo de mi iluminación. Mostrando ya sin apego sus vergüenzas, para poder terminar en silencio.

La búsqueda de una persona que nos haga sentir más auténticos se revela como una mentira. No existe nada genuino, siempre es una máscara que debajo solo oculta miedos, y debajo de los miedos, nada. Parado sobre el sillón, mirando curioso por la ventana, vi su resignación, sabiendo que en ese momento no había más lugar para las ocultaciones ni la mentira.

Mi padre estaría bien, lo sabía. Ya era libre, por eso seguí en la búsqueda. Comenzó a salir el sol y no recordaba que pudiera ser tan rojo. Como el lacrado que sella un sobre que contiene nuestra historia. Los primeros rayos oblicuos le dieron al torrente en un tono sangriento.

Seguí avanzando, con los párpados pesados y descoordinado por la hipotermia. Las sombras alargadas que proyectaban los árboles, en su tono de sacrificio, me indicaban que ella estaría en uno de los baldíos, caminando entre montes. La búsqueda era para encontrar aquello de lo que antes escapé, porque no podía darle besos a quien me

miraba de esa forma. Pero en el fondo, detrás de esos ojos, oculta y bloqueada, está su compasión. Espero que este sea mi sacrificio, escribir la historia para entender que todo sucedió como no podía ser de otra forma. Con el monumento derrumbado por el mismo río que santificó su gloria, reflejando el cielo en esas tardes calurosas en que mi madre jugaba conmigo, jugaba tirándome agua desde un balde, salpicándome, sacando la mano y mojándome. Ese es el recuerdo primordial, no fue un sueño, sino un recuerdo. Me llegó en ese momento en que la hipotermia limitó mi actividad cerebral al mínimo. Cuando todo se calmó y la maleza se abrió quitando todo lo que molestaba. El mito que me definía no era jugar en la cama a ser campeón de remo, no. Lo que brota en silencio, cuando ya no tengo la mente ocupada y solo queda lo que está más en la profundidad, es esa imagen de mi madre jugando conmigo. Pero no me recuerdo a mí, solo a ella y la alfombra verde que me parece perfecta, que se extiende como un mantel y ella con la musculosa roja, y las gotas de agua que me salpican joviales. Pero no es el agua del río, el río está lejos y la vida está lejos. Y sé que ella en el fondo de su mente tiene el otro punto de vista. No se ve a sí misma feliz como la veo yo, sino que me ve a mí, desnudo y riendo como lo hacen los bebés, moviendo los bracitos sin coordi-

nación. La vi entre los árboles, cansado de remar, exhausto como nunca lo estuve, sin poder gritar por tener la lengua congelada, cuando los recuerdos pasaron a ser alucinaciones y la lucha ya pasó a ser contra la desidia. No llegaría a ella en el bote. Solo es un vehículo, nos acerca, pero no nos deja en el destino. Para llegar a ella debía bajarme y caminar. Mojarme los pies, enterrar las piernas en el barro y caminar con el agua por la cintura entre la caca de todo el pueblo.

270

Parecía vestirse como la noche que recién terminaba. Me miró y supe que quería decirme algo, que podía alertarme y advertirme sobre lo que no veo, lo que ella siempre vio, pero que yo no vi. Las palabras salían de su corazón, no de su boca ni de sus ojos perdidos. Estaba parada, con el balde en la mano, el mismo balde. Trataba de contrarrestar la inundación a baldazos, la tarea más imposible que se pudiera recordar. Me miró, empapada, temblando de frío, abrió sus labios buscando las palabras y por un instante pareció que iba a decirme todo lo que ya no puedo deshacer:

—Perdón hijo, no recuerdo tu nombre.

Avancé hacia ella, pero antes de llegar un tronco la golpeó en la cadera y se hundió. No la vi salir a la superficie.

Estas memorias debieron ser más fáciles de escribir. Debieron ser el desfile del bote ganador. Debí ser otro yo el que estuviera acá. En el mismo lugar de destino, pero llegando por el camino circular del otro costado, por el de la perseverancia. Un camino en el que no hui de mis responsabilidades como atleta, como hijo. En el que respeté a mis dos padres y los ayudé a pagar un poco todo lo que les debo. Que compitió en el bote doble y, aunque fallara esa primera vez, se quedó y entrenó cuatro años más para volver a intentarlo, pero sin trampa. Sentir los últimos años de lucidez de mi madre y ayudar con las obsesiones depresivas de mi padre. La historia en donde me incliné con humildad ante mi padre para declarar que no estoy hecho para este mundo, y a la orilla del río espiar cada momento de oscuridad esperando lo peor para superarlo. Sé que lo prometí. Prometí que en algún punto de esta historia contaría la falta de mi padre, la verdadera razón por la que fue depuesto de su rango en el ejército y ganó el rechazo público. No lo voy a hacer. Hasta aquí llegué en mis confesiones de pus. Aprieto el granito del pecho, el aro rojo infectado con el centro como bolitas blancas, pero veo que solo sale sangre. Ya es tiempo de amigarme con mi real destino, con la soledad de un club sin atletas, con un pueblo que deberá reconstruirse de cero y

creará su nueva identidad a base de los héroes de la inundación. Los mismos que La Cabra atrajo hacia él fueron los que rescataron a mi madre del ahogo y la pusieron a salvo, los que me cedieron un abrigo en el momento justo y que me permiten cuidarla en su senilidad. Esos hijos de todos, helenos puros, fueron los que no huyeron, sino que dejaron atrás sus pertenencias para salvarla, para salvarme. No estaban tratando de saquear ni robar, simplemente trataban de rescatar a los ancianos. La mirada que mostraban era la misma, pero la intención era la de los héroes.

272

Duermo tranquilo. Sueño con el momento en que estas memorias sean publicadas como la historia de un pueblo que se redimió, renunció a sus mentiras y comenzó nuevamente.

Ya no quedan botes ni monumentos. Están flotando en el océano y mis sueños se han vuelto claros, no son sobre Juegos ni sobre Ana o sobre aviones. En mis sueños protejo al pueblo y su historia, soy mi padre tratando de curarlos, soy La Cabra tratando de mejorarlos, soy mi madre tratando de quererlos a todos. Y siento un gran alivio, porque en ese sueño logré contar la historia de un pueblo que renació en paz, al que no le queda nada del inicio tramposo. Una narración real, en la que todos son héroes menos yo.

Nadie me quitará de donde estoy ahora, de esta querencia a la que volví por la traición, y firme como los árboles que dan la bienvenida, no permitiré que nadie más practique remo, ni que se vuelva al río con esas intenciones.



**Una perla fea
en el fondo del latón**

CARLOS CHOLO GÓMEZ

«Me parece mentira
después de haber querido
como he querido yo
Me parece mentira
encontrarme tan solo
como me encuentro hoy
¿De qué sirve la vida
si a un poco de alegría
le sigue un gran dolor?...»

En un rincón del alma
ALBERTO CORTEZ



I

Nona querida, ahhh... tanto tiempo. Ya sé que hace más de una década que estás muerta, pero necesito escribirte. Necesito decirte todo esto que te voy a decir. No sé si sirve escribir para los muertos, pero sé que, en la medida en que te escriba y te diga lo que quiero decirte, vas a resucitar un poquito. No necesito que estés viva. Me alcanza con que estés acá, en el mismo lugar donde estoy escribiendo esta cosa que es entre una larguísima carta y una enorme confesión.

«Nona querida», escrito así, con letras, es una forma de invocarte, de revivirte en la ficción de estas palabras. Yo sé que a vos nunca se te pasó por la cabeza que ibas a vivir en un texto, en esta cosa que estoy escribiendo. Pero ya ves, esta es tu casa. Porque te escribo, porque te necesito en esta ficción, porque extraño los baños con esponja que me dabas adentro de un latón, cuando yo era un niñoito flacucho y con el pelo cortado estilo taza. Nunca más me sentí tan limpio. Nona querida. Ahora soy de barro, alcohol y grasa. Necesito tu esponja, necesito el latón y la jarra de agua tibia. Necesito tu mano decidida a dejarme bien limpio, pero sin exagerar. Siempre era así, un baño un poco a la que te criaste, pero resultaba.

Ahora me voy al boliche. Sí, Nonita, al boliche. A tomar whisky con los parroquianos de ese templo barrial, de esos que ya casi no quedan. El boliche está acá, en tu barrio, La Mondiola. Vivo acá, a dos cuadras de la casa donde naciste. ¿Te das cuenta? Y si bien no soy «el más rana», según los muchachos soy bastante. Después te cuento.

2

278

En realidad, antes de irme al boliche voy a armar un par de cigarros de marihuana. Fumo cogollo, Nonita. De lo mejor que hay acá en Uruguay. Soy secretario del segundo o tercer club cannábico inscripto en el país. ¿Qué me decís? Nada, ya sé. En esta, tu casa, no tenés voz. Pero no sé por qué, ahora que estás muerta, me parece que estás más allá del bien y del mal. Estoy seguro de que no te vas a asustar mucho. Mientras viviste, viste de todo, así que... Bué, parece que la maría ya me está haciendo efecto. Linda. Ahora sí, me voy para el boliche.

3

Nona, sos tan la que eras viva que me sale un respeto desubicado. Ya sé que puedo decirte cualquier cosa. Pero me sale ese respeto antiguo... En tres horas y media chupé whisky propio y ajeno.

Whisky para mí y whisky convidado. Yo también convidé. Mando las vueltas que exige el código. Pero... ¿sabés qué? Casi siempre tomo más de lo que convido. Es una fiesta. Un derroche. Gasto y gasto. Siempre tengo fe en el presente. Y por ahora no le erro. O eso creo. Me fumé una maría yo solito y convidé otra. Va y viene. Va y viene. El mar de atorantes no es estúpido. Aunque muchos piensen que nos stupidizamos. Y claro, frente a vos me siento un gusanito. Pero no es frente a vos. Es frente a la que eras. Lo que pasa es que no me acostumbro a que estés muerta.

Tan poco me acostumbro que siento tu esponja y el latón bajo mis pies desnudos. Me limpiás con un susurro que dice que me acueste. Hasta mañana. Y me acuesto. Armo un tabaco y me acuesto. Sueño con tu esponja. Sueño esponja. Latón. Agua tibia. Sueño. Estás acá, Nonita.

279

4

Los otros días, no sé por qué tipo de asociación, comenzó a sonar en mi cabeza una canción con la voz de una mujer y unas inflexiones muy reconocibles para mí. Era una de tus canciones favoritas. Tenías un disco simple, de vinilo, de los que se escuchaban a treinta y tres revoluciones por minuto, que de un lado tenía esa canción y del otro, otra que no

tengo ni idea de cuál sería. Junto con la canción, me vino la imagen de la mujer cantando en la televisión, cuando todavía era en blanco y negro. Entonces de golpe me di cuenta de que estamos en la era de YouTube y la busqué. Solo recordaba una parte de la canción que decía: «En un rincón del alma...».

La encontré. Descubrí que la canción fue escrita por Alberto Cortez y que la mujer aquella era Estela Raval cantando con Los Cinco Latinos. Me emocionó. Viajé al momento en que la vi por televisión a tu lado. Leí la letra de la canción y comprendí cosas que cuando niño no podía comprender. Entendí la fuente de tu emoción. Era por el abuelo. Era porque cuando se murió vos tenías apenas treinta años. Y nunca más te quisiste casar. Por eso llorabas y la disfrutabas al mismo tiempo. Sentías que, si alguien podía contar lo que te pasaba con tanta pena, entonces tu dolor se reivindicaba y te ganabas el derecho a dolerlo.

Nonita, tenías razón, la vida se parece mucho a un culebrón. En un rincón del alma siempre te voy a llevar junto a tu pena.

¿Por qué me sonó así, en la cabeza, como si alguien hubiera apretado *play*? ¿Fuiste vos?

¿Qué importa quién fue?

Golpearon la puerta de esta casa.

Yo abrí.

Y eras vos.

5

¿Vos sabés que te iba a contar algo? Pero no. Tengo que preparar la clase que doy a la tardecita. Hasta que no lo haga no voy a estar en paz. Quiero hacerlo. Me divierte. Pero, ¿podrás creer?, todavía creo en las obligaciones. Tengo un policía allá en el fondo que me dice: «Caaarliiitos, vaya a hacer los deberes m'hijo, que si no después tenemos lío con tu madre». Tiene una voz parecida a la tuya, hace tus mismos gestos y también tiene puesto el delantal.

6

No hice nada. El rebelde sin causa que no soporta al policía del fondo me ganó de golpe y no preparé la clase y la empecé tarde y con la boca pastosa.

Por suerte tengo oficio y mis alumnos me quieren.

Lo malo es no haberte contado lo que quería. De repente, si lo hubiera hecho, el rebelde se calmaba un poco. No sé.

7

«¿Lo angustia escribir? Sé que le gusta. Pero al mismo tiempo veo que lo angustia y hace que no lo soporte mucho». Eso me dijo ayer mi analista.

Le contesté que sí.

Que me angustia. Que es como caminar por el borde de un precipicio de mentira, de ficción, pero tan real que es imposible no sentir el vértigo y la adrenalina.

Y que, además, duele un poco.

También lo disfruto. O eso intento.

Una cosa compensa la otra, pero en estos momentos como que gana la angustia.

Cuando aprendí a manejar me pasó más o menos lo mismo. Diez cuadras me dejaban agotado. Pero cada cuadra era un goce y un triunfo.

Te cuento esto porque si no te lo contaba no iba a poder seguir con lo que quiero contarte desde hace rato.

282

Y... sí, voy a la analista. Nunca te gustaron ni los psicólogos ni los locólogos de ningún tipo. Pero... ¿sabés qué, Nonita? A mí me ayuda mucho.

Fue ella la que me impulsó a escribir. Piensa que para mí escribir es la llave para equilibrarme, para integrarme. Y yo pienso que tiene razón. Lo sé de sobra y es una de las cosas que intento transmitir en mis clases.

Se me ocurrió escribirte a vos, porque llevo pegado por dentro el amor que me diste, como un hechizo.

Esa es mi llave.

La puerta de la jaula siempre estuvo abierta.
Pero yo no lo sabía.

Bien dice el refrán que el que no sabe es como el
que no ve.

Solo veía la jaula. Nunca la puerta abierta.

Hay llaves que abren los ojos. Y hay más ciegos
de los que pensamos.

Yo solo veía la jaula, yo quería entender.

Me llevó mucho mucho tiempo ver que no hay
nada que entender.

Que la puerta está abierta y hay mucho mucho
por jugar.

Hace un tiempo escribí este cuento:

283

Antes del té con leche

Llegué a la escuela como siempre. Tenía los
dedos marcados por el cuero húmedo y des-
gastado del asa de la cartera. Pesada, gorda de
libros y cuadernos forrados con papel y *nylon*
arrugado. La puerta estaba como siempre. El
patio era el de siempre. El salón y los bancos
de madera gastada eran los de siempre. Sin
embargo, había algo en el aire, en las caras
de las maestras, en los grupos de niños. Vino
Marcela y me preguntó:

—¿Te enteraste?

—No —le respondí—, ¿qué pasó?

—Se murió Marisa Álvarez. La mató la madre.

—¿Cómo que la mató?

—La mató, la mató. Le pegó un tiro y se suicidó.

—¿Por qué?

—Quedó viuda hace poco y me dijo mi madre que no tenía para parar la olla.

Parar la olla. Era la primera vez que escuchaba eso de parar la olla. Marisa muerta. Marisa tan tímida y con pocas amigas. Marisa saltando al elástico y yo que no sabía nada. No sabía que el padre había muerto. No sabía que eran pobres. No sabía nada de la vida de Marisa de túnica blanca y zapatos negros gastados en la punta hasta un gris áspero.

En la escuela no dijeron nada. La maestra no dijo nada. Los adultos callaban con rostro grave. Marcela me contó que su madre fue al velorio. Apenas una tía, la directora y, sobre el cajón más pequeño, una cruz de claveles blancos con una cinta que decía: «Escuela Austria».

Tiempo después con Marcela fuimos a pagar la factura de OSE al Club de Bochas La Aldea. Cuando salimos, Marcela me mostró la puerta.

—Ahí vivía Marisa Álvarez, ¿ves esa puerta? Es un corredor al fondo. Mi madre un día les trajo de comer. La madre de Marisa estaba muy triste. No sabía qué hacer.

Yo miraba la puerta y la atravesaba. Veía llorar a la madre de Marisa Álvarez que se secaba las lágrimas con la manga, con la punta del delantal, con cuidado. Marisa Álvarez tomaba el té con leche. Miraba el fondo de la taza. La madre le acariciaba el pelo desde atrás. En silencio. Le acariciaba el pelo y lloraba. Marisa también lloraba y miraba el fondo de la taza y era lo último que veía antes del disparo. La sangre tibia manaba por la sien de la niña de túnica blanca y zapatos gastados. Lo último, el fondo de la taza de té con leche. Después, el alarido, el segundo disparo, la otra sien que sangraba contra el piso barrido por Marisa. Antes del té con leche. Cuando ella, y Marcela, y yo, de veras que no sabíamos nada.

285

No se puede querer entender lo inentendible.
Entender el drama.
Sigo sin saber nada.
Pero una cosa es cierta. Y esa cosa la aprendí con vos, Nonita.

Estábamos en tu cuarto mirando «la comedia», que es como vos le llamabas a la telenovela de la tarde. Creo que se llamaba *El amor tiene cara de mujer*.

Estábamos los dos compenetrados con la trama de esas vidas en blanco y negro. Con esas actuaciones que nosotros sabíamos que eran actuaciones. Sin embargo, cualquiera de los dos prefería olvidar ese detalle del asunto para meternos de lleno en la historia, para pactar con la ficción y la fábula, para ganarnos otro mundo que estaba detrás de una pantalla de vidrio de quince pulgadas. Un mundo diferente al de nuestra casa. Diferente de tu tejido perenne y de mis deberes en hoja Tabaré. El mundo de la imagen en blanco y negro era fascinante y parecía más cierto que la realidad en colores. Era en blanco y negro, pero la pantalla brillaba. Y nuestra realidad era opaca. Opaca de materialidad, de supervivencia, de miedo...

286

Ahí estábamos, en el mundo paralelo de la ficción novelesca, de la comedia.

Entonces apareció mamá, tu nuera, en la puerta de tu cuarto.

Me habló, o sea, habló dirigiéndose a mí e ignorándote a vos.

Dijo: «Carlitos, no mires tanta tele y, por favor, no mires esa porquería de telenovelas que no sirven para nada».

No recuerdo qué le contesté o si le contesté. Solo recuerdo lo importante: mamá se fue y vos me miraste y me dijiste: «Tu madre debe saber más que yo de estas cosas porque ella estudió mucho, pero... m'hijo... estas cosas pasan». Y levantaste el dedo índice señalando hacia la pantalla de vidrio del televisor.

«Estas cosas pasan». No importa lo inverosímiles, vulgares, banales o absurdas que sean. Las cosas pasan.

Obvio que, en su momento, por más que me quedó grabada, no comprendí tu afirmación en su verdadera magnitud. Eso lo comprendo recién ahora, después de haber vivido infinidad de situaciones de telenovela, dignas de tu comedia de la tarde, inverosímiles, vulgares, banales, absurdas... y muchas veces dolorosas.

Vos admitías que creías no saber nada, pero que las cosas pasaban, que la vida y la muerte estaban ahí, pegadas a la realidad y a la ficción.

La botinera de tu mesa de luz estaba llena de novelitas de Corín Tellado. Puedo ver el color amarillo del papel grueso y texturado de las páginas. Puedo oler el papel. Puedo sentir el misterio de amor que suponía el conjunto de libritos, tus ojos ávidos de historias que llevaban títulos como *Te odio porque eres de otra*.

Lo cierto, Nonita querida, es que tanto vos como yo necesitamos la ficción tanto como la realidad.

No como forma de evasión, sino como otra dimensión en la que vivir, otro plano, diferente de eso tan banal que se llama *la realidad*.

Y sin embargo... Los planos se mezclan. A mamá la ponía nerviosa que yo pasara tanto tiempo contigo. Pero yo no tengo la culpa de que ella no supiera dar el amor como lo dabas vos.

Es como me lo dijiste: estas cosas pasan.

9

El Pato Donald. A veces me siento como el Pato Donald. Puro *baj baj baj baj*, un blablá que no se entiende, un discurso loco, una maquinita con cuerda que no puede parar.

A veces.

No siempre.

También sucede que recupero el habla verdadera.

Y digo algo coherente y simple.

Algo dicho con calma y buena dicción.

Tan sencillo como un «hola».

O, como decía Charly García, a veces me sucede que «yo solo tengo esta pobre antena que me trasmite lo que decir; una canción, mi ilusión, mis venas y este souvenir: chipi chipi bon bon, chipi chipi bon bon».

Si no sintonizo mi pobre antena, se escucha puro *baj baj baj* de Pato Donald, pura estática, puro ruido.

Quiero un gato.

Si lo pienso, sé que no es el momento. Que es una responsabilidad y que me quita libertad de movimiento.

Pero quiero un gato.

Me acostumbré a vivir con gatos. Los tres que teníamos con Elisa se fueron con ella cuando concretamos la separación. Los extraño. Tenía claro que no los iba a separar. Vivieron toda la vida juntos. Con una separación alcanzaba.

Los extraño.

No extraño vivir con Elisa. Los últimos años fueron duros. A veces la extraño a ella, a Elisa. Vivimos juntos muchos años.

Ahora me cambió el paisaje.

Ahora es como el medio del mar, y no hay caminos.

Y eso me encanta, o quiero que me encante.

Y me aterra, Nonita.

Un paisaje sin gatos. Porque ya se sabe: a los gatos no les gusta el agua.

Pero quiero un gato.

Soy capaz de prometerle que no voy a dejar que se moje.

II

Soy patético, Nonita.

Le dije a mi analista que la transferencia funciona a mil y que estoy totalmente enamorado de ella.

Levantó las cejas y dijo: «¿Ah, sí?»

Tiene lindas cejas, como de india de la India.

El enamoramiento siempre tiene algo de patético, ¿no te parece?

Le dije que tal vez era una forma de escudarme, de poder contar que estoy enamorado de alguien y entonces zafar de enamorarme de alguien.

En seguida asocié con el *off side* en el fútbol: el *orsai*, el fuera de juego.

290

Ella asoció con la posición adelantada, con cruzar una línea, con un destiempo.

Le confesé que quiero un gato. Y cuando lo dije en voz alta sentí un golpe de angustia que casi me hace llorar.

Ella asoció con una amante, tomando gato por gata.

Le dije que no, que el tema es compartir la vida con un ser de forma cotidiana.

Esto de escribirte es una forma de compartir mi vida con un ser. Pero también quiero hacerlo con un ser vivo que forme parte de mi domo, de mi casa.

Tengo miedo de enamorarme, de encontrarme con una mujer. Añoro, deseo a la mujer, el cariño, la

ilusión, la dulzura. Miedo y deseo. Así estoy, en un tire y afloje. Y quedo en orsai con las mujeres, con el deseo.

Quiero un gato. Un gato que va a ser de los dos, Nonita. Ta, lo voy a cuidar yo. Vos no vas a hacerte cargo de nada. Vos solo vas a escuchar los cuentos. Ya tengo el nombre de pila, se va a llamar Elnono, así, todo junto. En honor a vos, que sos la Nona. Y cada vez que lo acaricie, el mimo también va a ser para vos. ¿Qué te parece? Lo del apellido queda pendiente. Menos mal que quiero gato y no gata. Porque si fuera gata le tendría que poner Orsai. Los gatos tienen cejas muy raras y largas como bigotes. Dice el refrán: «Como gato chico... no conoce el peligro». Elnonito va a ahuyentar el miedo.

291

Ya no sé ni lo que digo.

Son más de las dos de la mañana.

Carlito quiere un gatito, qué patético Carlito, «¿Ah, sí?».

12

¿Sabés qué, Nonita? Anoche tuve un sueño muy vívido. De esos que un poco te hacen olvidar que estás soñando. Casi un viaje astral.

Se organiza una gran reunión en la casa familiar.

Me sentía ajeno y al mismo tiempo invadido por mucha gente extraña.

Entro en una habitación y veo un grupo de personas desconocidas —una pareja y tres muchachos— que ríen despatarradas por el suelo como si estuvieran en su casa.

Me da bronca y les pregunto de mala manera quiénes son.

La mujer se para ofendida y dice que se va.

Los otros tratan de calmarla un poco, pero también se paran.

El hombre me habla y me dice que él es el doctor fulano (dos apellidos raros), tiene el pelo cortado muy extraño y parece más joven que ella.

Me dice que salgamos de allí, que él me va a explicar.

292

Salimos a la calle.

Hay más personas que salen y entran a la casa.

Una mujer con dos niños sube la escalera exterior de entrada.

Entre los que están en la vereda aparecen dos tigres de bengala que vienen hacia la base de la escalera. Están tranquilos, pero provocan miedo.

Subo hasta la puerta.

Ahora la puerta es como una ventana que está a varios metros de altura.

Llego hasta arriba —no sé cómo— y cuando entran los que venían delante de mí, apoyándose en una mesa redonda como de bar, quiebran una chapa lateral que permite el acceso a la mesa.

Quedo agarrado de un tubo que hay contra la pared e intento subir a la mesa. No puedo. La mesa se mueve, se balancea. Tiene unas patas larguísimas y muy finas. Entonces cae.

Sigo colgado y veo un montón de gente que se acerca al borde de la ventana. Están de fiesta. Se burlan de la situación. Se burlan de mí.

Yo sigo colgado, intentando estrategias para recomponer la entrada.

Pienso que va a venir alguien de mi familia a ayudarme, pero no viene nadie.

Estoy cansado y me da pánico caerme.

Entonces me doy cuenta de que, si bien no puedo arreglar la entrada, puedo entrar yo. Y entro. Me meto por la ventana a las puteadas con los imbéciles que se ríen y me abren paso, un poco nerviosos.

Llego a la sala principal y veo a papá —tu hijo— sentado a una mesa redonda, está de fiesta. Cuando lo increpo dice cosas incoherentes —lamento no recordar la frase, era como una frase poética o metafórica—. Una mujer lo defiende. Salgo de ahí.

A esta altura ya me di cuenta de que la casa es la casa de la calle Blanes de la tía Dolores. Voy al fondo y me encuentro con el primo Arturo. Como se burla lo desafío a pelear. Agarramos unos palos de madera que hay en el piso. Tienen pinta de livianos y quebradizos. Arturo se burla, pero no llegamos a pelear porque nos frena el primo Fito. Fito me pregunta

qué me pasa. Yo le grito que por qué mierda los hombres de esta familia no saben ser solidarios. Él me mira sorprendido y con un gesto de dolor. Hablamos como borrachos dramáticos. Me pregunta cómo se me ocurre decir eso. Entonces yo le digo que es cierto que él supo ser bueno conmigo, pero que solo él. Nos abrazamos. Lloramos. Él esta viejo como nunca llegó a serlo porque murió joven.

Entonces me desperté.

13

Yo apagué el fuego. La última brasa de mi tabaco. La apagué con mis dedos.

294

Después de eso solo hay cenizas.

Hoy fue una noche de antología que no te voy a contar.

Toda noche de antología termina en cenizas.

Toda noche es interminable más allá del sol.

Puro espacio vacío entre las estrellas.

Pura ceniza.

14

¿Todo o nada? ¿Existir o no existir?

Hace mucho que no veo telenovelas, Nonita.

Ahora leo eso que se llaman clásicos o buena literatura. Como *Hamlet*.

Sin embargo, hoy de mañana, cuando fui a servirme el café vi que la cafetera no estaba funcionando, se había roto. Y me puse a llorar. ¿Te das cuenta? Me puse a llorar como si fuera una tragedia, como si no tuviera dinero para comprarme otra, como si se hubiera muerto un ser longevo.

Me pasé casi todo el día paseando por la casa vacía, cruzando de un lado a otro un pequeño río de agua que nace en la estufa a leña. Ayer llovió todo el día y hoy también. Para peor, es domingo. Se inundó la azotea. Tenía el desagüe tapado. Entró agua por la base de la chimenea. Una fuga en la membrana asfáltica. El agua bajó y cayó por el piso de la estufa. Atravesó el piso de monolítico del estar hacia la puerta del baño y corrió hasta perderse detrás del wáter. Destapé el desagüe de la azotea y frené la corriente de agua que no tiene más de un paso de ancho. Se me enfriaron los pies. No tenía ganas de secar el piso. Me pasé el día cruzando ese arroyo de mi dormitorio a la cocina. De la cocina al dormitorio. Deambulando por la casa vacía, desnuda de Elisa, despojada de sus colores y sus cuadros. Lleno de imágenes de cuando la casa era la casa. El agua de lluvia de la azotea inundada me enfrió los pies. Corrió por el desagüe. Crucé de un lado a otro del charco largo del estar. Se me empañaron los lentes, de angustia, de llanto ruidoso. Necesitaba llorar, necesitaba dejar correr el agua por los

caños. Frenar el desborde que se filtraba a través de la membrana. Una de las imágenes me mostró a Lolita yendo del estar a su cucha en la cocina y viceversa. Una y otra vez la perrita caniche hacía el recorrido con un llantito lastimero que primero llamaba a la compasión y al rato al asesinato. Buscaba a los hijos que nunca quiso tener. Se echaba en la cucha, se lamía las tetas, se paraba, buscaba por el piso del estar y volvía a la cucha en un ciclo que repetía durante un buen rato. Y todo eso lloriqueando con ladridos lastimeros. La imagen lanuda, blanca y nerviosa, moviéndose pegada al piso, de un lado a otro, de un llanto a otro, a mi llanto. Necesitaba llorar, Nonita. La azotea no se secó del todo porque sigue lloviendo, pero ya no está inundada. El agua ya no se filtra por la membrana asfáltica. El lago alargado sigue dividiendo el estar. Lolita se murió de cáncer unos meses antes de que se fuera Elisa con los cuadros y los muebles, dejando esta casa desnuda, fría. Sigo con los pies helados. Cruzo de un lado al otro entre imágenes viejas y más actuales. Y son eso, son imágenes. Un agua que me atraviesa y me deja los pies fríos y los lentes empañados. Así como yo atravieso el agua en el piso del estar y la observo a cada vuelta. A contraluz se ve claro. A la inversa se esconde, se disfraza de piso.

¿Todo o nada? ¿Existir o no existir?

Es lo que se pregunta Hamlet, Nonita.

Ahora que llueve y el agua corre libre por el desagüe, me pregunto qué quiero, para qué quiero existir. ¿Y sabés qué me contesto?: que para el drama seguro que no, quiero dejarlo como se deja un vicio.

Me voy a ir de esta casa. Seis meses de dolerla vacía son suficiente duelo.

Lo decidí en el mismo momento en que me decidí a levantar el agua del piso del estar con un trapo y recordé que Elisa se llevó todos los baldes y las ollas grandes.

También decidí dejar que el laguito se evaporara durante esta noche para terminar de secarlo en la mañana.

Voy a buscar otra casa por el barrio.

Y cuando la encuentre voy a adoptar un gato.

297

15

Dormir, dormir, dormir. Abrazado a un almohadón. El que tengo a la derecha y el que tengo a la izquierda de la almohada. Dormir hacia la izquierda con un almohadón sin volados y bien lleno. Dormir hacia la derecha con otro que tiene un volado todo alrededor y está flaco, fofo. Dormir, dormir, dormir. Horas, horas, horas. Hacia la izquierda están los números rojos del radioreloj. Dormir hacia la izquierda, abrir los ojos, ver los números borrosos porque no tengo los lentes puestos. Darme vuelta

hacia la derecha y apoyar un brazo sobre el almohadón fofo, sin luces rojas, fresco luego de un rato de dormir hacia la izquierda. Dormir, dormir, dormir. Horas, horas, horas.

Dormir la mona después de seis horas de whisky y amigotes en el boliche.

Anestesia, mucha anestesia.

Disculpá que demore en escribirte, Nonita, son días, meses, en que no quiero sentir más que las risas del boliche y el abrazo de mis almohadones.

No busqué otra casa en el barrio.

No busqué otra mujer.

No te escribí.

298

16

Antes que nada, quiero decirte que te mentí. Durante mi tiempo de boliche intenté de forma muy floja buscar otra casa, te escribí con la mente y busqué una mujer.

O capaz que no te mentí a vos, sino a mí mismo.

17

Qué vergüenza.

Soñé.

Yo llegaba a una casa en la playa, muy paqueta y de gente paqueta. Llegaba luego de ciertas

aventuras por una rambla y por unas playas con esas entradas de cemento, como farallones.

En la casa había un familión. Había muchos niños, adultos, un dueño de casa que era el padre de una muchacha muy joven, tipo dieciocho años.

Yo iba porque era el noviete de la muchacha. Ella era rubia, de piel rosada, de ojos claros y grandes.

Antes de quedar a solas con mi novieta, veía una mesa puesta para la merienda de los abundantes niños y niñas. Estaba como en un *deck*, en el fondo. Yo estaba como en movimiento de un lado al otro y veía que cambiaban la mesa de la merienda para una gran mesa ovalada en un salón interior a la casa.

Después estábamos con mi novieta en su cuarto. Yo estaba sentado en una cama y ella en otra.

Yo estaba confuso, porque cuando llegaba a la casa, me abría la puerta una mujer de unos cuarenta años a quien yo reconocía. Por detrás se veía saltar a mi novieta loca de contenta. En ese momento la reconocía y recordaba que era mi novieta, ¡y no podía recordar cómo se llamaba! Pero, además, sentía que a ella no la quería. Yo estaba preocupado y metido con otra mujer que no era una niña. La saludaba con alegría, la abrazaba. Optaba por llamarla «dulzura».

Conversábamos en la cama y de repente ella me decía que no le contara lo que sentía cuando nos

tocábamos al saludarnos con mi analista. Que se ponía celosa. Que yo no la quería. Se ponía a llorar. Trataba de calmarla, quería explicarle. Ella no me escuchaba y salía corriendo del cuarto y lloraba a los gritos alertando a la casa.

Salía detrás de ella y sentía que la había cagado mal. Ella se escabullía por la casa. Llegaba al living y ahí estaba la familia, un montón de gente. Entonces veía a un veterano pelado y con cara de pocos amigos que tenía a un niño de un año en los brazos. Yo me hacía el boludo y saludaba con brevedad a quien reconocía como el padre de mi novieta. De inmediato me prendía de la cabeza del niño que era regordeta y le daba besos y le decía cosas graciosas y alababa lo bonito que era. El niño ponía una cara rara, casi de disgusto. Me alejaba del padre como para saludar a otra gente. Pensaba que estaba frito. Me angustiaba pensando en cómo salir de esa situación.

300

Sonó el timbre.

Era el cerrajero que venía a arreglar la puerta del garaje.

Le tengo que contar el sueño a mi analista, pensé, porque si no... le mentiría. Le tengo que contar que en el sueño tenía una novia que me decía que no le hablara de lo que sentía cuando nos tocábamos al saludarnos con mi analista. Que se ponía celosa.

No sabés la vergüenza que me da.
No sé qué me va a decir.
«Ah, ¿sí?».

18

Nonita, tengo que hablarte de mamá.
Hoy hace tres años que se murió.
Me cuesta mucho hablar de mamá. Mucho más hoy.
Una tarde de otoño leía tirado en mi cama, en mi cuarto, o en la cueva, como te gustaba decir. (Siento el eco de tu voz: «Carliiitoss, salí de la cueva, te vas a quedar sin ojos de tanto leer, m'hijo querido».)
Había quedado en silencio y miraba el cielo por mi ventana. Era de un celeste opaco. Casi sin nubes. Un color que de pronto me arrancaba de la vida y me hacía sentir, por primera vez, la absoluta conciencia de la muerte. Yo me iba a morir. Punto final. Ya no iba a estar más en ese cuarto ni en esa casa. Ya no iba a bajar a tomar el café con leche de la tarde. No me iban a llamar para tomar el café con leche. Las voces de la casa seguirían su curso sin dirigirse a mí, o hablando de mí como si yo no estuviera. Porque yo no iba a estar más. Y el espanto y el horror de darme cuenta de aquello hacían que el corazón me latiera muy rápido, que el cuerpo necesitara moverse. Y me erguía y quedaba sentado en la cama, con los ojos en la puerta del cuarto. Con los oídos

atentos a las voces. Con un ansia de vida que me resucitó. Con una vida casi nueva.

Y no sabía qué hacer con esa vida nueva. Lo próximo era el café con leche de la tarde. Miraba la hora y faltaba bastante.

Decidí seguir con la aventura que tenía entre manos y volví al libro que estaba leyendo.

Esa noche sentí que mamá se podía morir. Lo sentí de la misma forma en que esa tarde había sentido mi muerte. Las imágenes que entreví eran tan horribles que las cerré y las tapé con un hondo deseo de que por favor no se muriera.

De vos no quise ni pensar ni mirar nada.

Por suerte siguieron vivas por mucho tiempo.

El asunto era mamá. El asunto era la vida de mamá. Esa vida que compartíamos. Y yo miraba la vida de mamá con la misma intensidad con la que vos y yo mirábamos la comedia. Algo así me pasaba con todas las vidas, pero la más importante era la vida de mamá.

Yo hacía todo para que me diera amor. Ella me quería, me quería mucho. Me quería como ella sabía querer. Pero su amor no me llegaba. O yo no podía sentirlo como amor.

Lo peor de todo es que para la gente mamá era una especie de santa. Una santa que pasó del socialismo al catolicismo, que no soportaba la existencia injusta de los pobres de esta tierra, que quería

ser buena, siempre buena, solidaria, justa. Y se la jugaba. Pisaba el barro de los cantegriles, levantaba el dedo con su voz de maestra y su dicción casi perfecta para desparramar valores y sabiduría: en el comité, en la parroquia, en nuestra casa, en las reuniones de familia. Una santa a la que cada tanto le venían unas jaquecas terribles que la apartaban del mundo y le fruncían el ceño. Una santa que se reía con una risa tosca, que parecía falsa, que hacía sospechar que en el fondo no entendía de qué se estaba riendo. Una santa adorada por todos, abandonada por mí que me negué a verla durante muchos años. Años de culpa, años de sentirme mal agradecido, hijo malo de madre santa, hijo pedante que no se conformaba con lo que la santa le podía dar. En esos muchos años escribí este relato:

303

Pesadillas

Estaba en pleno desierto, sentado contra la base de un cactus que le laceraba la espalda, con los brazos hacia atrás atados con una cuerda que le lastimaba las muñecas. Un águila vieja y gigante le picoteaba las entrañas. No podía escapar.

Despertó con sed y el cuerpo enredado en las sábanas. En la oscuridad se dirigió ansioso hacia la cocina restregándose las muñecas con

temor. Abrió el refrigerador y la luz lo calmó mostrándole que todo estaba en orden: la botella de agua, la de cerveza, los trozos del cadáver de la madre bien envueltos en *nylon*.

En esos muchos años, cada tanto, mamá intentaba comunicarse conmigo. Y yo lo sentía así, como un picotazo en las entrañas. Estaba atado, no sabía qué hacer y persistía en tenerla congelada, trozada, acomodada en un estante. Cada vez tomaba más alcohol y menos agua. Cada vez tenía más sed.

304

Lejos de solucionar las cosas, las empeoraba y me convertía en una tierra seca, cada vez más desesperada por el agua del amor.

Yo no podía ver todo eso y mucho menos podía aceptarlo. Me aferraba al deseo de que Elisa fuera esa agua. Le daba toda mi atención. Estaba unido a ella con firmeza. Pero nada saciaba mi sed. Los dos nos cansamos de verter agua en la arena. Ese fue el final. Ni si quiera pude darle un hijo, para que la quisiera, como toda madre se merece.

Nonita, te imagino diciéndome: «No seas así, cómo le vas a hacer eso a tu madre».

Al final nos despedimos, Nonita. Hablamos unas horas antes de su muerte.

Nos miramos a los ojos.

Nos perdonamos.
Nos dijimos que nos amábamos.
Aceptamos que pasó lo que pasó.
Al final, cuando la abracé, cuando acerqué mi mejilla a la suya para darle un beso, sentí su olor, el olor a mamá, el olor de mamá.
Una sensación fresca, un atisbo de paz.

19

La sed, Nonita, la sed. La ausencia del agua. El vacío.

Soy un pozo en la arena. No me lleno con nada. El agua corre y se me escapa por el vacío que hay entre los granos de arena. No es que no tenga agua. Es que no logro retenerla, hacerla mía, convertirla en saciedad y sentirme hidratado por fin.

La sed, es horrible la sed.

Trato y trato de apagarla y solo lo hago por intervalos muy pequeños. Como el de la pitada de un tabaco, el del sorbo de whisky, el de un bocado de comida, el del orgasmo, el de la mano suave de una mujer que regala una caricia.

Acumulo cuarenta años de pitadas de tabaco, más de veinte de pareja, ciento veinte kilos de peso y muchos muchos litros de whisky. Y cada cosa deja su resaca, su barro, su grasa, su recuerdo, su ausencia, otro vacío.

Vivo de a sorbos. Muero de a sorbos.

Ahí están la sed y la resaca.

Es así, Nonita.

Me avergüenzan mis resacas.

Me avergüenza haber llegado a lo que llamo el *blackout*. Varias veces. La total pérdida de la conciencia, pero sin desmayo. La desaparición de los recuerdos de cierto lapso de tiempo en la que uno hizo cosas. Recordar que salgo de la casa de un amigo en la madrugada, después de una noche de muchos vasos de whisky con hielo, y que el siguiente recuerdo sea estar caído en la vereda, con los lentes y la cara rotos, con una luz del alumbrado público sobre los ojos, con la horrible sensación de no saber cómo fue que llegué ahí, por qué me caí, en qué lugar estoy, hacia dónde queda mi casa.

Me avergüenza la incapacidad de saciar mi sed.

¿Dónde es mi casa?

¿Se termina la sed?

20

Me imagino, Nonita, que capaz que te quedaste un poco sorprendida con lo que te acabo de contar. Tranquila, no todo es horrible. Y en eso vos tenés mucho que ver. Desde que te escribo me protege el agua de tu esponja, esa que recuperaré para siempre. Un hechizo de palabras que me recuerda el camino

a casa. Ya el blackout es un fantasma. Las palabras que te escribo calman mi sed y son un remedio para la resaca. La alquimia al principio es dolorosa, pero, luego de atravesar el cáliz del pudor, me permiten recuperar el agua de tu esponja, que en mi mundo y en mi piel entonces siguen existiendo, tanto como el vacío. Y con un golpe suave, como la brisa, todo eso junto existe en cierta paz, en cierto equilibrio.

Contarte todo esto no solo me permite retener tu agua. También retengo otras aguas. Eso calma la sed. Eso cura resacas. Produce un agua de vida. Un arroyo. Un remanso. Un oleaje sutil. La vida se convierte en el paisaje que cambia, que fluye. Las palabras llegan solas, dulces, exactas. Agua de palabras que fluyen desde tu esponja a mi piel.

Para retener un agua de lluvia púrpura escribí esto:

307

Siete minutos

Estaban abrazados y desnudos cuando solo quedaban unas brasas vacilantes.

Él se incorporó, tomó agua y puso música.

—Vení —dijo y extendió su mano.

—¿Qué? —dijo ella.

—Vamos a bailar. Vos y yo nunca bailamos.

—Es cierto —dijo ella con un cierto asombro que convirtió en sonrisa.

Bailaron desnudos en la penumbra, bajo la
Lluvia púrpura de Prince.

Se empararon de música, de risas, besos,
abrazos y caricias a la luz frágil de la luna que
se colaba por una ventana.

Él lo sintió en ese instante: ese pico de
felicidad era tan alto como liviano y débil es el
aire en las cumbres de las montañas.

Disfrutaba de ella desnuda entre sus
brazos y sabía que ese baile era tan hermoso
como efímero, tan suave como inasible.

La canción duró siete minutos.

La relación unos meses.

La lluvia púrpura se quedó para siempre.

308

Agua de lluvia púrpura que me sacia.

Dicen que el púrpura es el color de la trans-
formación, el color donde se juntan la vida y la
muerte. Creelo, Nonita, es así. Acordate que vos
decías: «Yo no creo en brujas, pero que las hay,
las hay».

21

Papá me contaba las historias del conejo Rabito.
Yo tendría unos cinco o seis años.

Tu hijo jugaba a hacerme reír. No tanto por lo que contaba, sino por cómo lo contaba. Hacía voces, actuaba. La historia daba giros repentinos y absurdos. Me llenaba de sorpresas. A veces decía malas palabras, como *cagar*. En una situación crucial de la historia de Rabito, cuando este tenía que decirle algo al lobo que se lo quería comer, movía el hocico, miraba para un lado, miraba para otro y, de repente, le decía: «Esperame un poquito que tengo que ir a... cagar». Y decía *cagar* con un énfasis que marcaba al mismo tiempo que aquello era una mala palabra y una guiñada de complicidad. Él era capaz de cruzar conmigo la línea de lo que estaba bien visto si se quería ser gente educada. Una de las tantas líneas que en general marcaba mamá: ante todo, había que ser educado.

En ese saltar de vez en cuando la línea, el conejo Rabito me regalaba risas y alivio. Era tirar un poco la chancleta. Era un regalo que papá me hacía cada tanto, cuando no andaba de gira por el interior del país, cuando trabajaba todo el día, pero en nuestra ciudad. Cuando sucedía era una fiesta. Las líneas seguían ahí, pero se ablandaban y se podían saltar. Como en el juego del elástico en el recreo de la escuela. Se podía jugar. Se podía respirar.

Capaz que te suena exagerado, pero son las sensaciones que me vienen.

Le estoy eternamente agradecido.

Así me daba su amor.

Y me llegaba.

Ahora serían otras las líneas que tengo que flexibilizar. Ahora comprendo que las malas palabras tienen un poder expresivo único si se las sabe usar. Eso ya no es un problema. Papá me lo enseñó bien cuando yo era niño. Cuando uno se hace consciente de algo, la línea desaparece y al mismo tiempo está. Buena palabra, mala palabra, todas las palabras están para ser usadas. Es sencillo y no tanto.

¿Cómo sería una historia del conejo Rabito contada hoy? Contada por mí, con un Rabito que salta las líneas.

310

Eso es un desafío, Nonita, un desafío. No sería un cuento para niños.

Empezando por que Rabito sería un elefante del tamaño de un conejo, con la piel peluda y blanca y unos ojos rojos de largas pestañas rosadas. Tendría una cola prensil y andaría de rama en rama y de liana en liana con la ayuda de su trompa. En la punta de la cola prensil tendría como una mano de solo huesitos duros y ocho dedos de diferente tamaño, como patas de araña. A los costados de la cabeza le colgarían unas orejas muy largas, plegadas como un paraguas sin mango. La trompa tendría como rayas o nervaduras púrpuras del nacimiento a la punta. En la punta de la trompa en vez de dos agujeros tendría uno. La boca le quedaría escondida

bajo la trompa. No tendría colmillos de marfil. Sería un peluche que andaría colgado de los árboles, lejos de la tierra, cuando anduviese por la selva o el bosque. A saltitos torpes cuando cruzase las praderas, las sabanas y los desiertos.

Una mañana, Rabito era una bola peluda y blanca entre los pastos y las flores silvestres de un prado al borde del bosque. Dormía ocultando cola, patas, orejas y trompa bajo la panza. Del bosque salió una araña enorme, de patas peludas. La araña caminaba dando tumbos porque estaba encandilada por el sol. Tanteaba el terreno con la punta de las patas para no tropezar o caerse en un pozo. Así descubrió a Rabito, que no se despertó porque dormía como una piedra. Tan como una piedra que la araña se confundió y dijo:

—Qué piedra tan suave. Me voy a sentar en ella hasta que mis cientos de ojos se acostumbren a la luz brillante del sol.

Y, luego de decirlo, se sentó sobre Rabito, y él quedó como enjaulado entre las patas peludas de la araña que, de tan cómoda que estaba, largó un ovillo de hilo pegajoso que envolvió a Rabito y se fijó a los pastos.

Aplastado por el peso de la araña, Rabito se despertó y sin moverse dijo:

—A quien sea que se me sentó encima: no soy una piedra peluda.

La araña, que seguía adaptando sus cientos de ojos a la luz del sol, pensó: «Ojos que no ven, corazón que no siente», y de inmediato contestó:

—Callate piedra, no digas nada, porque las piedras no hablan.

—Que no soy piedra —contestó Rabito.

—Que te calles —dijo la araña.

—Vos lo dijiste —casi susurró Rabito con rabia contenida—: las piedras no hablan.

—¡Callate piedra atrevida! —gritó la araña.

La piel de Rabito se puso negra. Con furia desplegó sus orejas gigantes y membranosas como alas de murciélago. Desgarró la tela, cortó las patas de la araña y la envolvió y la apretó y la apretó hasta que no fue más que una masa viscosa, mientras le gritaba:

—¡No soy piedra, no soy una piedra, no soy de piedraaa!

Se sacudió lo que quedaba de la araña y, con un chillido estridente, abrió la trompa como una flor gigante erizada de pequeños colmillos de marfil y se la comió. Durante unos segundos, la trompa cerrada quedó gorda como una boa constrictora que se comió un ternero y de inmediato estornudó una lluvia de pelos de araña y volvió a su estado normal.

Otra vez fue peluche y saltando se acercó al bosque. Los huesos de la punta de su cola prensil tintinearón de gusto cuando la cola se aferró a una

rama y Rabito voló entre los árboles, hasta perderse bien adentro en el bosque, de rama en rama y de liana en liana, mientras pensaba con una sonrisa: «las piedras no vuelan, las piedras no vuelan».

Me dirás que esto no es un cuento ni para niños ni para nadie. Puede que tengas razón. Y, sin embargo, Rabito se mueve.

22

Nonita, estoy gordo, gordo, panzón. Y encima toso, toso. A veces me vienen unos ataques de tos que terminan en una apnea y en un subidón interno donde todo se vuelve muy nítido y el tiempo se disuelve o casi se para... y me lleno como de una energía de circulación de sangre, estoy como más vivo, pero de vez en cuando ese sacudón de energía viene con convulsiones, movimientos del brazo o del torso sin control. Son diez o quince segundos en un borde, en un paso, como de atravesar una puerta dimensional: una pequeña muerte. Me asusta, pero insisto en querer fumar. Soy así, Nonita, a vos te lo puedo decir.

Y no quiero escuchar. Con tanta tos y tanta gordura, tengo los oídos tapados. Como decía una consigna del Mayo del 68: «Los oídos tienen paredes».

Y todos los que me quieren me lo dicen: estoy muy gordo, toso mucho, respiro pesado y agitado.

Me lo dicen con palabras, con la cara, con cariño, en serio, como un chiste, con susto, como al pasar me lo dicen. Pero mis oídos tienen paredes.

Vuelvo a mis nueve años, después de la hepatitis: no me quiero mover, me siento traicionado por mi cuerpo, lo desprecio. Mi cuerpo estaba fallado, roto, era imperfecto. En aquel entonces sentía que me había curado a pura fuerza de voluntad, desde mi interior, desde lo que no era cuerpo, en una quietud muy parecida a la inmovilidad. Porque si me movía... y mi cuerpo de nueve años se quería mover. Pero entonces aparecían la cara de mamá y tu cara, Nonita. Aparecían en el momento exacto en que me decían que el médico se acababa de ir y que había dicho que yo tenía hepatitis, una enfermedad muy muy grave del hígado, que entonces necesitaba reposo absoluto y que, por lo tanto, no me podía mover, porque si no... y las caras eran peores: máscaras de un susto de muerte, con los ojos fijos en la imagen de un hígado hecho una piedra arrugada.

Me lo dijeron claro: para curarme no me tenía que mover porque el hígado tenía que estar quieto. Mover tronco no, piernas no, brazos... un poco. La mayor parte del tiempo posible, acostado boca arriba. Estaba claro que un poquito me iba a tener que mover. Pero, para curarme, ese poquito tenía que ser muy poquito. Que iba a tener que estar así por lo menos un mes, pero que eso dependía de mí, de

que me quedara lo más quieto e inmóvil posible. La cura dependía de mí. De mí. Tenía que tenerlo bien claro. Y me quedó claro. Me impactó. Mi salvación dependía de que pudiera dominar mi cuerpo enfermo, defectuoso, traidor.

A eso se le sumaba una dieta estricta de comidas ultralivianas, casi sosas y lo más secas y desgrasadas posible.

Todo aquello me parecía una tarea titánica, imposible de cumplir, irreal, injusta e impuesta a fuerza de la peor amenaza: la muerte.

No culpé al destino o al azar o a la vida: *son cosas que pasan*. Culpé a mi cuerpo.

Me quedé solo con mi alma.

Afronté la terrible penitencia que se me imponía para seguir vivo.

En lo que ahora sé que es la *posición del muerto*, la quietud pasó de ser una tortura a ser una meditación.

Mi mundo interior estalló como un big bang y fue mi realidad y mi refugio durante la mayor parte de ese mes. Pasé horas observando la belleza y el caos del entramado de las ramas de dos enormes eucaliptus que se veían a través de la ventana de mi cuarto. Me animé a terminar de leer por mí mismo *El principito*, que mamá me había comenzado a leer unos días antes. Por primera vez navegué por el mar de letras y palabras de una novela: *La isla del tesoro*.

El infinito estrellado de mi interior se superponía con el entramado de ramas de los dos eucaliptus gigantes como baobabs y del mar de letras y palabras de un barco de piratas y de una historia escondida.

Todo eso era hermoso, excitaba mi cuerpo, lo llenaba de inquietud. Pero tenía que estar quieto. La belleza, al final, siempre dejaba una resaca de tortura.

Y entonces me dijeron: «Se murió el Tata». El único abuelo que conocí. No puedo recordar qué me dijo cuando me vino a visitar en mi quietud unos quince días antes de morir. Solo recuerdo el sobretodo imponente, los lentes gruesos de carey y el chambergo en reposo sobre la falda. Como no podía moverme, no lo pude ver muerto. Quería verlo muerto, quería verlo una vez más. Pero no lo vi nunca más. Su muerte fue una frase en medio de la quietud.

Después de un año, donde no me dejaban correr nada al principio y un poco al final, mi cuerpo se curó. Mi relación con él quedó marchita, manchada.

Así estoy, Nonita, así estoy.

Me parece mentira que a un poco de alegría le siga un gran dolor.

23

Después de la hepatitis me convertí en un gordo sedentario. Prefiero la quietud, el encierro

confortable y las comidas con picantes y grasas. Prefiero la ficción a la realidad. Prefiero mi mundo interior al mundo exterior. Perdí los límites y siempre tuvo que haber alguien que me los pusiera o que me los propusiera: salí de la cueva, no leas tanto, hacé algo de ejercicio, comé menos, fumá menos, no mires tanta tele, hay un sol precioso, mirá que los demás estamos acá. Después de la hepatitis, los oídos tienen paredes. Después de la hepatitis me vino la absoluta certeza de la muerte, ineludible. Me ofendí con la vida, con mi cuerpo torpe y traidor. Me perdí el respeto. Cargo con las costras de unas heridas infectadas que nunca terminan de sanar.

Esto que escribo es como sacarme esas costras para limpiar el pus y quedar llagado. Hasta que salga otra costra y, tal vez, más pus. Hasta sanar. Es un proceso doloroso. Hay que tener voluntad y ser decidido. Tirar fuerte de la cáscara y aguantar. Es así.

Una vez vi a un padre aplicando este proceso con su niña pequeña de siete años. La niña tenía un estafilococo en la nariz, sobre una de las fosas nasales. El padre la curaba. Arrancaba de golpe la costra de esa nariz pequeña con un movimiento fuerte y rápido de sus dedos enormes. Consolaba el sufrimiento mientras la desinfectaba con una gasa. La abrazaba. Secaba las lágrimas. La besaba. Y al rato la niña jugaba contenta. Al tiempo le pregunté al padre por su hija y me contó que se había curado.

Se sorprendió de que yo recordara el hecho. «Ya pasó», me dijo. Parecía que me consolaba.

Te escribo porque me consuela saber que estás acá. Te imagino tejiendo en tu cuarto. Escuchando de costado todo esto que te digo y, de tanto en tanto, mirándome con tus ojos claros, ojos limpios que curan y perdonan. Ojos de esponja, de gasa, de amor.

24

318

Me imagino, Nonita, que estarás un poco cansada de tanta historia pesada, triste, quejona, nostálgica. Me imagino que te encantaría que más bien te contara una historia de amor. Una digna de ver en el vidrio grueso de tu televisor en blanco y negro. Una de la tarde, de esas que son más dulces, de las que tienen final feliz. Una que me tenga como protagonista. No puedo contarte una historia de esas basada en hechos reales. Puedo contarte alguna historia de amor, pero fantástica. Un amor de fantasía. Porque esos son mis amores de hoy en día: fantasías. Y en general no tienen un final feliz. Después de Elisa, por favor, que te quede claro que no la culpo, descreo de los finales felices. No es que no los considere posibles, o deseables. Los considero improbables. O lo que es peor: innecesarios.

Pero tengo mis fantasías, claro. Hay un poco de deseo, de tímida esperanza...

Al final son fantasías.

25

Poner en palabras, Nonita, poner en palabras... Es tan difícil... Desde hace un mes que quiero poner en palabras mis fantasías de amor para contarte algo lindo... y no puedo. Quedé trancado en mis fantasías. Se lo comenté a mi analista. Le dije que caí en la cuenta de que tenía que seguir, que tenía que pasarlas por alto, aunque te decepcionara, aunque te dejara sin tu novela de la tarde. Le dije que a fin de cuentas las fantasías son eso: una mentira, un deseo absurdo. Me dijo que no, que las fantasías son importantes, que ponerlas en palabras es importante. Insinuó algo así como que ayudan a construir, como que invocan. Estoy de acuerdo. Pero hoy tan solo puedo decir cuatro palabras cursis: quiero volver a enamorarme. Sin embargo, no aparece nadie y tampoco busco mucho ni salgo a caminar para ponerme en forma, para invocar otro cuerpo, para encontrar otra luz.

Desde hace un tiempo me persigue una luz de ilusión, una luz cálida de una tarde de primavera, de cuando era niño. Entraba por el ventanal del comedor del apartamento chico en el que vivía en

ese entonces. Iluminaba una esponjosa torta de naranja que había hecho mamá. Se llenaba de la música de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, que mamá ponía en un pequeño tocadiscos portátil, mientras se movía al compás de las notas y daba vueltas alrededor de la mesa imitando los movimientos de un director de orquesta. Primavera, verano, otoño, invierno y la luz que daba vueltas, que acompañaba el paso del tiempo, que se reflejaba en un bol de vidrio lleno de agua, apoyado en la esquina del aparador, donde daba vueltas y más vueltas un pececito naranja condenado a morir joven.

320

Ayer me puse unos auriculares y escuché *Las cuatro estaciones* para volver a atrapar el recuerdo. Durante un rato se me escapó como se escapa un pez al querer atraparlo con las manos. Lo dejé seguir su curso, su propia vida. Me sumergí en el agua viva de la música que me inundaba. Los violines cantaban y cantaban. Ágiles, furiosos, a veces lastimeros. Me pregunté si un violín podía cantar con voz de hombre. Vocalizar palabras. Cantar como un tenor, como un barítono, como un dios que hace música a capela. Imaginé a un violinista obsesionado por hacer cantar como un hombre a su violín. Lo vi desesperar en el intento. Durante años y años perfeccionó la técnica hasta darse cuenta de que era imposible. Pero no abandonó la idea. No era un violín lo que necesitaba. Lo que necesitaba era un

instrumento que imitara las cuerdas vocales de un hombre. Invirtió más de la mitad de su vida y luego de un camino lleno de frustraciones, fracasos, silencios y chirridos infernales, logró el anhelado instrumento. Lo llevó a la cima de un cerro, en una tarde de primavera. Allí colocó el inmenso artefacto lleno de clavijas, huecos, teclas y cuerdas escondidas. Hizo un profundo do. Sonrió al ver que del instrumento salía un hermoso y largo do de tenor. Pero entonces... entonces no supo qué decir ni qué cantar ni a quién cantarle. Enmudeció en el cerro hasta el atardecer. Lloró lágrimas sin palabras. Dejó pasar el tiempo.

Cuando terminé de escuchar hasta el último acorde de *Las cuatro estaciones* me saqué los auriculares y me fui a dormir frustrado.

Sin decir una sola palabra.

Sin nombrar a las lágrimas.

321

26

En ese tiempo en que mamá hacía torta de naranja y ponía música clásica en el tocadiscos portátil —una suerte de valija con un solo parlante incorporado—, decidí que quería ser mago. Mi deseo fue causado por una niña de la que me enamoré. No te puedo contar por qué me enamoré de esa niña. En su familia le decían *Polilla*, no sé por

qué le decían así ni cómo me enteré del asunto. Ella cumplía años. Vivía cerca de casa. Me llevaron vestido como correspondía a un cumpleaños, prolijo, limpio y con un regalo en las manos. Entré en su casa que era una casa, no un apartamento como en el que yo vivía, una casa con tres escalones delante de la puerta principal y una fachada de ladrillos pulidos, casi de cuento. Cuando se abrió la puerta me llené de más nervios y ansiedad de los que ya tenía. Había muchos niños y niñas y, por supuesto, ella era la reina de la fiesta. Entregué mi regalo con timidez y de inmediato fui relegado a la masa infantil que se sentaba en el piso de parqué porque los adultos decían que venía el mago. En el improvisado espacio que hacía de escenario, apareció un hombre vestido como el mago arquetípico, con traje, capa y galera. De inmediato se dirigió a la cumpleañera. Polilla, digo así porque ya no me acuerdo de su verdadero nombre, de inmediato lo miró con ojos maravillados. Toda ella era una maravilla, un hada, un ángel, un ser que suspiraba una extraña sustancia que yo identificaba con el amor, sin saber de amor o de sustancias. El mago hizo sus magias y ella siempre lo miraba. El mago la hechizó con sus trucos. Polilla se sentía atraída hacia él como hacia una luz potente. La observé todo el tiempo. El espectáculo era ella. No lo dudé más, yo tenía que ser mago.

Lo intenté. Pedí que me regalaran una caja con trucos de magia. Me hice una galera de cartón y una capa de tela oscura. Pero nunca pude hacer mis trucos frente a Polilla, los hice con una seriedad insólita frente a mi familia, con uno de mis primos mirando de costado y denunciando los pequeños fraudes, con un aplauso compasivo de los adultos que me miraban con sonrisas indulgentes. Espectáculo pobre y fracasado, tan de cartón como mi galera, tan oscuro como la tela de mi capa y tan de plástico como la varita de mi caja de magia.

Abandoné la idea de los magos que hacen trucos, sentí que no podía seducir con barajas y trampas de cartón.

No me olvidé de Polilla. En mi vida, Polilla no es un truco, es la magia verdadera del amor más puro. Es un aroma sutil, un rayo de sol en un piso de parqué, una tarde tibia, un relámpago vital en los ojos de una niña que es feliz en su fiesta de cumpleaños.

En mi vida, Polilla es el ángel caído en las mujeres que me enamoraron.

Vaya uno a saber, Nonita, si volverá a caer en otra.

Lo cierto es que no uso galera ni capa ni varita mágica.

Pero tengo palabras.

Tal vez por eso escribo.

Para que Polilla caiga sobre mi vida.

Nonita, esto va lento, va lento. Y yo no sé por qué me parece un despropósito tanta lentitud en escribir este texto. Es para vos, que ya tenés la eternidad, que tenés tiempo. Hace meses que no te escribo. No sé por qué me parece que está mal y me hace sentir culpable. Es absurdo. Te concedo que yo no tengo la eternidad, pero igual. Esto que te escribo es solo esto que te escribo, y no tiene vocación de ser más que eso, cosa que me resulta muy liberadora. Y sin embargo... ahí está eso de andar lento. ¿Lento según qué parámetros, qué expectativa, qué punto de vista? Culpa, ¿por qué causa?

324

A vos no te puedo mentir. El problema son mis pretensiones literarias. O mis divagues literaturales, antinaturales, dictatoriales, cacofónicos. Resultado directo de haber leído con placer tantas historias escritas con arte, tantos autores a los que admiro, y de sentir que quiero hacer lo mismo. Qué gil. Como si alguien que escribe pudiera hacer lo mismo que escribió otro. Es imposible. Cada cual a lo suyo. Cada maestrillo con su librito y cada escritorcito con su textito. Ahí está el arte, en descubrir lo de uno, en escribir lo que nadie más puede escribir, en contar lo que solo cada uno puede contar. Y, sin embargo, el gil se construye cercos de pretensiones literarias.

Mis primeros divagues literarios eran de un barroquismo absoluto. Una vez comencé a contar la historia de un tal Pedrito. Resulta que cuando Pedrito era niño, en la casa, la abuela y la madre le decían que cuando uno se despertaba, para poder levantarse bien, despejado y con la mente clara, había que rascarse con suavidad la cabeza durante diez minutos. Entonces, a pesar de que ya no era un niño, la mañana en que comenzaba el cuento, Pedrito abría los ojos, se sentaba en la cama y durante diez minutos procedía a rascarse la cabeza con suavidad. Pero claro, yo quería mostrar que diez minutos rascándose la cabeza es una eternidad. Si uno lee «y durante diez minutos Pedrito se rascaba con suavidad la cabeza», lo lee en pocos segundos y no siente los diez minutos. ¿Cómo hacía para hacer sentir al lector la tediosa y eterna repetición de una acción durante diez minutos? La idea que se me ocurrió fue tosca y simple: Pedrito se despertaba en su cama, abría los ojos y se rascaba suavemente la cabeza, se rascaba suavemente la cabeza, se rascaba suavemente la cabeza... Y repetía la frase «se rascaba suavemente la cabeza» durante páginas enteras, para que la lectura repetitiva de la frase demorara unos diez minutos. No estaba mal la idea. Pero no contaba con lo obvio: cualquier lector que viera páginas enteras de la misma frase repetida no las iba a leer. Pasaría las páginas para ver cuánto

duraba el dislate repetitivo y pensaría que el que escribió eso estaba mal de la cabeza. Hice la prueba con varios amigos. En aquellos tiempos, cuando escribía algo enseguida se lo mostraba a mis amigos, que también escribían algo, igual que un niño que está aprendiendo a hacer caca y cuando logra hacer se levanta de la pelea y va corriendo a mostrarle la caca a la mamá. La mayoría dio vuelta las páginas con la frase repetida y me miraron desconcertados o divertidos, pero sin entender lo que yo había intentado hacer. Eso sí, varios de ellos expresaron su desconcierto rascándose suavemente la cabeza. Pasa que en aquel entonces sentía que tenía que ser superoriginal, innovador y superartístico para contar. No me daba cuenta de que alcanzaba con contar lo que solo yo puedo contar. Alcanzaba con ser libre. Ahora me pasa lo mismo. Algún día debería terminar la historia de Pedrito. El pobre sigue ahí, rascándose suavemente la cabeza para levantarse bien, despejado y con la mente clara, como le dijeron su abuela y su mamá cuando era niño.

28

Juego al solitario. Me entretengo. Me tengo entre. Juego al solitario. Fumo. Voy al boliche, tomo whisky. Miro comedias, miro series, miro titulares en el teléfono. Fumo. Voy al boliche, tomo whisky.

Me tengo entre. Juego al solitario. Me entretengo.
Me tengo entre. Juego al solitario. Fumo. Voy al
boliche, tomo whisky. Miro comedias, miro series,
miro titulares en el teléfono. Fumo. Voy al boliche,
tomo whisky. Me tengo entre. Juego al solitario.
Me entretengo. Me tengo entre. Juego al solitario.
Fumo. Voy al boliche, tomo whisky. Miro comedias,
miro series, miro titulares en el teléfono. Fumo.
Voy al boliche, tomo whisky. Me tengo entre.

Podría llenar páginas. Con «copiar y pegar».
Porque escribir...

No escribo.

Eso sí, leo y doy clases. Aunque no sé cómo hago.

29

327

Diez meses. Pasaron diez meses. Pero acá estoy.
A ver... no es que no haya estado acá, estuve, pero
ahora estoy acá con el procesador de texto abierto,
el cursor titilando en el lugar indicado y los dedos
que se mueven sobre las teclas y escriben estas
palabras. Pero me imaginé acá, en este texto, en
esta historia. Imaginé pasajes truncos, critiqué,
desprecié, maldije, imaginé que te borraba en
una línea o te cambiaba el nombre y ya no eras mi
abuela, intenté olvidar, escribí otras cosas, escri-
bí un cuento para un concurso, escribí deliciosos
intercambios de chat, escribí ideas, quería olvidar,

eludir, abandonar. Pero acá estoy. Y, mal que me pese, tengo que hablarte de mamá. O, mejor dicho, de mi ofensa con mamá. Digo «tengo» porque considero que está muy bien que yo hable de esto con mi analista, pero necesito hablarlo con alguien más, con vos, que estás acá porque no tenés más remedio, porque yo te invoco, sos discreta y escuchás con amor. Porque ese es el asunto, yo necesito que alguien me escuche hablar de mamá, pero con amor, con amor filial. Vos dabas ese amor y lo ponías por encima de mucho y eras capaz de enredarte en todo tipo de entuertos para ayudar a uno u otro miembro de la familia. Tu amor tenía pocos límites. Siempre se podía contar con tu comprensión si las papas quemaban de veras. Con mamá no era así. Mamá era idealista, de las idealistas ideales, a rajatabla, jugada, valiente, con una regla clara de coherencia entre sus ideales y su vida, cosa que le traía muchos conflictos y una jaquecas negras, pesadas, pétreas, que irradiaban al mismo tiempo temor, angustia, desconsuelo... Su amor tenía los límites de lo ideal, lo mejor, lo altruista, lo justo, lo moralmente correcto. Pero era amor. Auténtico amor de madre. Madre ideal: buena, justa, correcta, ejemplar, santa y, sobre todo, coherente. Mi ofensa con mamá viene de esos límites de su amor, de la rigidez moral, de lo que me hacía sentir cada vez que ella sentía que yo los transgredía. Ya sé,

problema mío. Encima eso. El problema se resuelve acá, ahora, cuando te escribo que comprendo que su amor era amor. Sin calificativos. Amor de madre. Y me lo daba. Ante eso me rindo y se me pasa la ofensa. Le agradezco su amor y sus infinitas expresiones en cosas de la vida: desde cambiarme los pañales hasta enfrentarme con su ideal, porque eso era lo mejor que, ella sentía, tenía para dar. Hasta ahora arrastré con el ideal. Pero lo suelto. Le doy la mano a la vida. La vida es como es. Nunca es un ideal puro. Nunca es la madre perfecta. No. Se mezcla con el barro, la carne, la sangre, el miedo y el amor. La vida anda suelta y es agreste. En todo lo que acontece encuentra su ideal efímero desde algún punto de vista. Es uno el que no lo puede ver. Porque uno es un solo punto de vista, por más que uno intente ponerse en el punto de vista de otro.

329

Mamá era todo un personaje y vos también. Y sé que, desde sus puntos de vista, así me veían ustedes a mí: todos personajes.

Y eso somos aquí, en este texto.

30

Le doy la mano a la vida, te dije, y es así. Hace casi un año que abandoné el whisky y el boliche. Al final, el dolor hay que vivirlo, aunque duela y hasta que no duela. Tapararlo con lo que sea, dormirlo con

lo que sea; eludirlo como sea, solo estira la situación. Yo me doy cuenta de que soy muy manteca, Nonita querida, muy sensible, a veces demasiado. Me cuesta verme así, pero es así. Entonces, lo del dolor y la vida agreste lo siento con mucha intensidad. No estoy pegado al vidrio, como quien dice, estoy más o menos centrado, pero esa sensibilidad un tanto elefantiásica me tira hacia el vidrio. El dolor que intenté tapar con tanto alcohol es el dolor por el fin de mi vida con Elisa, el dolor de la separación. Grano de arena en la carne viva que recubrí con capas de sufrimiento y ebriedad, la más de las veces en forma desordenada, inarmónica. De ese dolor sale esta perla imperfecta, Nonita. Te la regalo. Sé que la guardarías en el cajón de tu mesa de luz, así como mamá guardaba nuestros dientes de leche. Vos me dijiste que estas cosas pasan. Son tan humanas. Ahora lo sé. Como sé que la vida, no hay caso, para mí, es un sueño muy intenso y lindo de soñar, como en tus libros de páginas amarillas llenas de historias de amor y desamor, como en el vidrio grueso de la pantalla de tu televisor blanco y negro, las más de las veces, gris, como esta perla imperfecta, que, por influjo de tu esponja, se desprende de mi cuerpo y se pierde en el agua jabonosa del latón.

Posdata

Plagio con esta posdata al maestro Borges. Su fecha, hora, minuto y hasta la milésima de segundo coinciden con el momento exacto en que la leés.

Luego de terminar este breve texto, luego de seleccionar, editar, sacar, agregar, releer, corregir, dejar, volver, pensar, releer, agregar, corregir durante cinco años, lo di por terminado. Durante todo ese tiempo lo respeté y lo dejé ser como comprendí que él quería. Tuve que aceptar que es lo que es, como lo es un hijo. Tuve que hacer a un lado todos mis juicios y mis conocimientos sobre eso que se llama *la literatura* para dejarlo ser y crecer como él quería y al ritmo que él quería. En un momento era obvio que ya era lo que era y que no iba a crecer más. Entonces decidí darlo a luz.

Lo sometí a la luz primera de los ojos generosos de un par de personas queridas y respetadas, muy buenas lectoras, muy sensibles e inteligentes, a mi humilde modo de ver. Dos personas que en ese entonces hacía poco que habían entrado a mi vida, que no me conocían tanto. A las dos les pedí el favor de su lectura y opinión. A las dos les dije que iba a editarlo. (En rigor, durante esos cinco años, el texto salvaje y en proceso fue escuchado parcialmente por mi analista y leído por una amiga durante un breve período, también compartí un

capítulo con un grupo, todos gestos que emulan las caricias a la panza de una madre, el tacto del nonato que se mueve.)

Una me dijo sin alharacas que le había gustado y que lo había leído de un tirón, que apenas si le había hecho unas marcas, que tenía ciertos pasajes que le habían gustado mucho. La otra se alarmó, me dijo que publicar este texto, en su opinión, era quedar demasiado expuesto, que no era necesario, que hasta podía llegar a ser inconveniente. Las dos, con diferentes énfasis, me insinuaron que trabajara más el texto. Comprendo y agradezco sus puntos de vista, la luz de sus ojos, el respeto y el cariño con que se expresaron.

332

En ese mismo momento llegó a mis manos el texto «La tiranía del tema», de Mariano Tenconi Blanco, una diatriba contra lo útil que en su interior tiene una sutil diatriba contra los textos que hablan de uno mismo, eso que se etiqueta como *literatura del yo*. Me gustó mucho el texto, tiene esa cosa exagerada y tajante, propia de una diatriba. Me gustó lo que dice, la defensa de la inutilidad del arte, aunque Mariano parezca olvidarse de que siempre estamos en el fin de los tiempos.

En definitiva, recibí, de parte de gente respetada, la opinión de que mi hijo no está mal, pero puede incomodarme, porque me deja expuesto con sus limitaciones y miserias y, encima, es otro más

de su generación en el que narrador no hace otra cosa que hablar de sí mismo.

Sobran razones para que lo vean así. Además, como dice el maestro Cervantes en su prólogo al *Quijote*, de este texto son libres de opinar, como lo eres tú, «lo que te parezca, sin temor de que te amonesten por lo mal ni te premien por lo bien que vayas a hablar».

Sucede que, a este texto, hijo mío, que se declara feo, que miente y cuenta una verdad, le pasa lo mismo que al maestro Cortázar, al que no le bastaba con que le dijeran que eso era una mesa, o que la palabra *madre* era la palabra *madre* y ahí se acaba todo, por el contrario, él pensaba que ahí se iniciaba un itinerario misterioso, incómodo, me permito agregar.

333

Mi texto es un itinerario misterioso e incómodo y lo edito para declarar que quien no se narra a sí mismo, quien no lee su propia vida, padece del peor de los analfabetismos: el analfabetismo vital, ese que muestran los que ignoran que cuando me narro, narro a los otros; que cuando me leo, leo a los otros, porque es obvio que, sin el otro, no hay yo, y que el mundo, sin el cuento del mundo, no es humano.

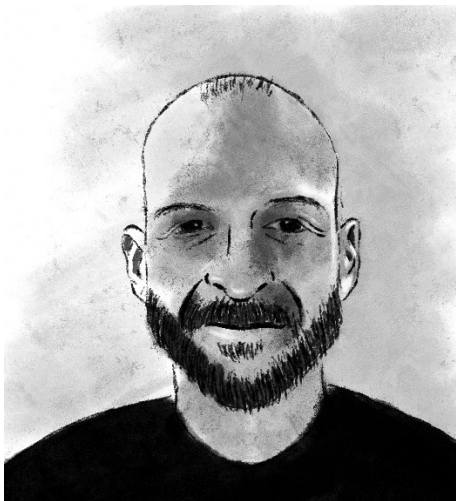
Gracias por leerlo, por leerme, por leerle.





Marco Algorta vive de contar historias hace 45 años. Es paulista, con un francés atravesado y más uruguayo que el agujero del mate. No sabe en qué idioma escribe. Tiene cinco hijos y tres gatos.





Eduardo Santos nació en 1983 y vivió en Parque del Plata su infancia y juventud. De profesión ingeniero y ultramaratonista en ocasiones, al momento de esta publicación lleva diez años participando de los talleres de Estación Sur Escuela de Escritores.





Carlos Alfredo Gómez Guerrero, más conocido como CHolo Gómez, es un ser humano que vive el misterio de la vida con intensidad. Está rodeado y acompañado de gente hermosa. Se analiza, escribe, lee, comparte, hace cosas.



Este libro se puede comprar en formato papel hasta agotar edición, o descargar gratuitamente en formato digital en www.carasucias.uy

Carasucias fue diseñado y puesto en página entre octubre y noviembre del 2023 por Camila Gómez García. Se usó la tipografía Alegreya, en sus variantes regular, italic, bold, extrabold y versalita, en cuerpos 11, 13 y 20 pts. con interlínea de 13 pts. en los primeros dos casos y 24 pts. en el último.



Esta primera edición consta de 300 ejemplares y se terminó de imprimir en noviembre de 2023 en Montevideo, Uruguay, sobre papel Bookcel de 80 g.

